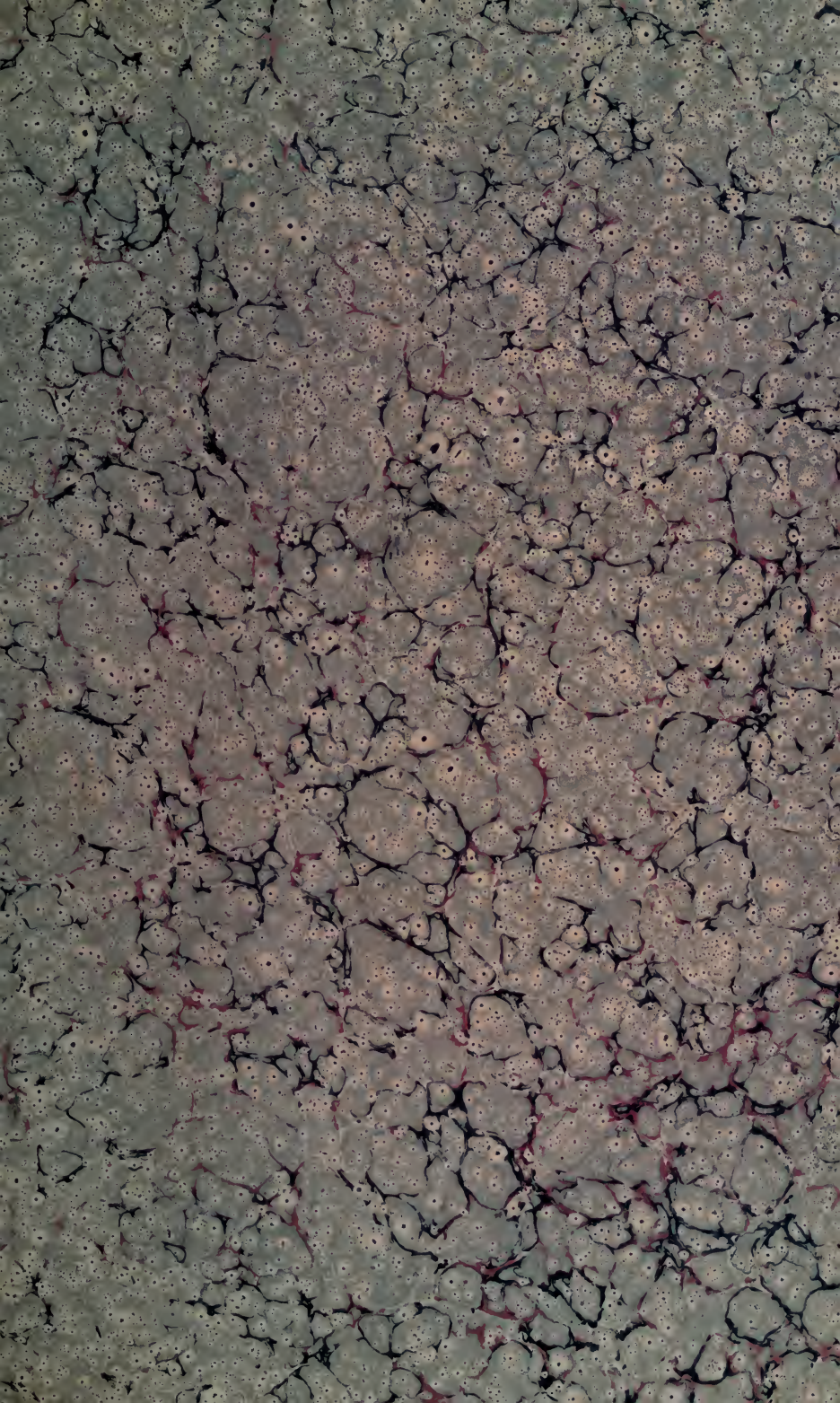
UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 01794373 9



LEYENDAS

NOVELAS Y ARTÍCULOS LITERARIOS

ESCRITOS POR LA

SEÑORA DOÑA GERTRUDIS GOMEZ

DE AVELLANEDA.

La Velada del helecho.
La bella Toda.
La Montaña maldita.
La Flor del ángel.
La Ondina del lago azul.
La Dama de Amboto.
Una anécdota de la vida de Cortés.
El Aura blanca.
La Baronesa de Tours.
El Cacique de Tormequé.
La Mujer: artículos.

34016
5/6/94

MADRID:
LIBRERÍA DE **LEOCADIO LOPEZ**, EDITOR,
calle del Cármen, número 13.

1877.

MADRID, 1877.—Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de Aribau y C.ª
(sucesores de Rivadeneyra), Impresores de Cámara de S. M.

LA VELADA DEL HELECHO

ó

EL DONATIVO DEL DIABLO.

LEYENDA FUNDADA SOBRE UNA TRADICION SUIZA (1).

(1) Se publicó esta obrita en Madrid por los años de 1845 ó 46. Reimprimióse poco despues en la Habana y en Nueva York, y ha sido posteriormente retocada por la autora.

LA VELADA DEL HELECHO

ó

EL DONATIVO DEL DIABLO.

I.

Al tomar la pluma para escribir esta sencilla leyenda de los pasados tiempos, no se me oculta la imposibilidad en que me hallo de conservarle toda la magia de su simplicidad, y de prestarle aquel vivo interes con que sería indudablemente acogida por los benévolos lectores (á quienes la dedico), si en vez de presentársela con las comunes formas de la novela, pudiera hacerles su relacion verbal junto al fuego de la chimenea, en una fria y prolongada noche de Diciembre; pero, más que todo, si me fuera dado trasportarlos de un golpe al país en que se verificaron los hechos que voy á referirles, y apropiarme el tono, el gesto y las inflexiones de voz con que deben ser realzados en boca de los rústicos habitantes de aquellas montañas. No me arredraré, sin embargo, en vista de mis desventajas, y la tradicion — cuyo nombre sirve de encabezamiento á estas líneas — saldrá de mi pluma tal cual llegó á mis oidos en los acentos de un jóven viajero, que — tocándome muy de cerca por los vínculos de la sangre — me perdonará sin duda el confiársela á la negra prensa, desnuda del encanto con que la revestia su palabra (1).

---

(1) La autora alude á su hermano D. Manuel, que, habiendo viajado largo tiempo por casi toda la Europa, le proporcionó — con apuntaciones curiosas — los argumentos de algunas de las leyendas que contiene este tomo.

Era la víspera del dia en que solemniza la Iglesia la fausta natividad del Precursor del Mesías. El sol iba á ocultarse detras de las majestuosas cimas del *Moleson* y del *Jomman*, magníficas ramificaciones de los Alpes en la parte occidental de la Suiza, y la pequeña y pintoresca villa de *Neirivue* —situada á alguna distancia de las orillas del rio *Sarine*, en el canton de Friburgo — presentaba aquella tarde el espectáculo de un movimiento inusitado entre sus pacíficos moradores. La causa, sin embargo, no era otra que el estar convidados una parte de ellos — que en la época de nuestra historia no llegaban á 300 — á pasar la velada en la casa del rico ganadero Juan Bautista Kéller, poseedor del más grande y hermoso *chalet* de cuantos se conocian en Neirivue, y en el cual celebraba todos los años, en compañía de sus amigos, la noche que antecede á la festividad de su santo.

Los viejos del país, que podian atestiguar la antigüedad que tenía en él la costumbre de solemnizar la mencionada noche con alegres veladas, acudian gozosos á tomar parte en la fiesta del espléndido Kéller, quien en tales circunstancias ponia á disposicion de sus convidados los más exquisitos productos de su quesera, y los mejores vinos de Berna y de Friburgo. Los mozos, por su parte, no desperdiciaban la ocasion de solazarse un poco, descansando de las fatigas de sus diarias faenas; animado ademas cada uno de ellos con la lisonjera esperanza de bailar con Ida Kéller, que no era solamente una de las más ricas herederas del lugar, sino tambien la más apuesta y gentil doncella de cuantas pudieran encontrarse en muchas leguas á la redonda. A pesar de esto, mostrábase tan modesta y tan afable la hija de Juan Bautista, que la querian de todo corazon sus compañeras, y andaban tambien muy solícitas para ir á felicitarla el dia de su padre, luciendo con tan plausible motivo las galas de los domingos.

Veíanse, pues, circular por las calles de la humilde poblacion — dirigiéndose de todas partes al chalet de Kéller— bulliciosos pelotones de zagalas y pastores, entonando á coros aquellos cantos particulares de su país, cuyo mágico poder sería probablemente nulo para los oidos del extranjero, si no conociese de antemano ser tan grande el que ejerce so-

bre los naturales, que—segun nos ha hecho saber el elocuente autor de *La Nueva Eloisa*— hubo que prohibir bajo pena de muerte que se tocasen aquellas melodías, llamadas *Ranz de las vacas*, entre los soldados suizos; pues era tal la impresion que les hacian, que desertaban para volver á su patria ó sucumbian á la terrible enfermedad de la nostalgía.

El siempre limpio chalet del opulento ganadero ostentaba aquella tarde señales del extraordinario esmero con que procuraba la bella Ida hacerlo más agradable y digno de los regocijos de que iba á ser teatro. Hallábase construido aisladamente á las orillas de un arroyuelo formado por parte de las aguas del torrente de *Hongryn*, que — despues de perderse entre las villas de Allieres y Montvobon—vuelve á aparecer cerca de la de Neirivue, cuyo nombre toma, andando para ello cerca de legua y media por un canal subterráneo.

Lo exterior de aquel sencillo edificio de madera no ofrecia nada de notable; mas cuando se traspasaban sus humildes dinteles, echábase de ver que no carecia en él su dueño de ciertas comodidades poco comunes en los *chalets;* los cuales no consisten, generalmente, sino en cuatro extensas paredes de madera formando un cuadro, con techo de tablas sobrecargado de piedras, para servir de abrigo en el mal tiempo á los ganaderos y á sus reses, que se aposentan juntos en maravillosa armonía.

Distinguíase el de Kéller tanto por la mayor solidez de su construccion como por su capacidad y buen arreglo. Constaba, como los otros, de un solo piso bajo, pero suficiente para prestar alojamiento á los varios pastores que empleaba el dueño en la guarda de su numeroso ganado; teniendo ademas otro departamento reservado para él, y que será el único de que hablarémos, por estar destinado á servir de punto de reunion á los convidados para la velada de San Juan. Componíase, pues, dicha parte de la casa, de dos salitas cuadrilongas, de las cuales una estaba señalada—el dia á que nos referimos — para la recepcion de los convidados, y la otra para las mesas en que debian disfrutar más tarde la agradable refaccion que se les preparaba. Ornaban las paredes de la primera várias cornamentas de gamuza, que indicaban no ser Kéller ménos buen cazador que ganadero; confirmando la verdad de dichas señales, grandes cuchi-

llos de monte confundidos entre aquéllas, y las escopetas que — en union con gruesos garrotes de agudas y férreas puntas, indispensables á los que transitan por los Alpes—se veian hacinadas debajo de las altas rinconeras en los cuatro ángulos de la sala. Dos largos bancos de pino, pintados de verde; una monstruosa mesa de encina; y algunas sillas de haya—agrupadas cerca del hogar—completaban el mueblaje; que tenía por exuberancia la añadidura de cuatro figuras de aliso hábilmente labrado, representando á la Santa Vírgen, al bienaventurado San Juan Bautista, al glorioso apóstol San Pedro y al bendito San Nicolas, objeto de especial devocion entre los friburgueses. Se ostentaban las mencionadas efigies sobre las rinconeras de encina, entre jarrones de flores, agrupadas con tal arte y variedad de colores, que demostraban haber andado en ellas la delicada mano de Ida Kéller.

A pesar de la buena disposicion de su chalet, el ganadero era bastante rico para no vivir en él, y habia hecho construir en el centro de la villa una linda casa de dos pisos, en la que se daba la importancia de un señor feudal; si bien conservándole siempre á su chalet el exclusivo privilegio de servir de teatro á las campesinas fiestas de la víspera de su Santo.

La tarde aparecia serena, y el sol se aproximaba á su ocaso, dejando coronadas las montañas con brillantes aureolas de sus últimos rayos, cuando los convidados de Kéller comenzaron á llegar al chalet, que al punto fué iluminado con numerosas hachas de viento, sembradas en las márgenes del arroyo, y por grandes faroles que se encendieron en lo interior de la casa. Juan Bautista, con aire de hospitalidad verdaderamente patriarcal, salió al encuentro de sus huéspedes; miéntras que su graciosa hija — puesta de pié en el umbral — tendia por todos los grupos que se acercaban anhelantes miradas, como procurando distinguir algun objeto, que sin duda no logró encontrar, pues — exhalando un suspiro — se adelantó á recibir á sus alegres compañeras, con una sonrisa que tenía algo de forzada y melancólica.

En breve fué tan numerosa la concurrencia, que hallándose apretados en la pequeña sala del chalet, y viendo la serenidad del tiempo, corrieron los jóvenes de ambos sexos á esparcirse y á bailar á las orillas del arroyo, en tanto que

las personas de madura edad tomaban posesion, en fuerza del hábito, de las inmediaciones del apagado hogar.

A los sonidos del tamboril y la zampoña, que tocaban dos pastores, la bulliciosa tropa juvenil comenzó á bailar con creciente vigor; pero Ida continuaba distraida y displicente, negándose á tomar parte en la danza, por más que la invitasen á porfía los mejores mozos de la villa. Sin embargo, quien la observase atentamente hubiera notado, poco despues, iluminarse de súbito su mirada con inefable expresion, y prestar nueva gracia á su fisonomía cierta sonrisa de triunfo, en el instante en que vino á interrumpir momentáneamente el baile la presencia de un nuevo personaje.

Era éste un jóven como de 22 á 23 años, delgado, esbelto, de estructura nerviosa, con hermosos ojos azules y rizados cabellos oscuros, tez fina y pálida, y manos cuya blancura indicaba un hombre no dedicado á los trabajos del campo.

—¡Arnoldo Késsman! ¡Arnoldo Késsman! exclamaron al verle los circunstantes.—¡Que baile con Ida! dijeron las doncellas. — Sí, que baile con Ida, repitieron, aunque de mala gana, los mancebos.

El recien llegado obedeció, presentando su diestra á la hermosa hija de Kéller, que no se negó esta vez á tomar parte en la danza; no, empero, sin decir ántes á su pareja con tono de reconvencion amorosa:— Sois el último que habeis venido, Késsman.

—Ya sabeis que me hallo verdaderamente esclavo — respondió el jóven al conducirla; — os he dicho cien veces que estoy sujeto al hombre más adusto é intratable de Helvecia.

— Salid, pues, de su casa; dejad á ese rudo conde de Montsalvens, repuso la doncella. ¿Os parece justo que no podamos vernos sino cuando su capricho lo permite?

El mancebo suspiró, pero no contestó palabra, porque la danza comenzaba. Miéntras ella dura, quiero dar algunas noticias á mis amables lectores del individuo cuya presencia ha disipado los enojos de la linda Kéller, y del otro que parece haber sido causa de la tardanza que les diera orígen.

No era ciertamente la época de nuestra historia de las más prósperas para el feudalismo, en la antigua Helvecia sobre todo; pero hay que advertir que el lugar que tenemos por

especial teatro, es el que conservó por más tiempo el sello de aquel sistema.

Corrian los primeros años del siglo XV, y no se contaba todavía Friburgo entre los cantones emancipados, cuya confederacion consolidaron las victorias de Grandson y de Morat, obtenidas á mediados del mismo siglo. No se preveia entónces aquella próxima ruina del poder de Borgoña, ni ménos se contaba con los repetidos desastres que habian de forzar —poco despues—al emperador de Alemania á renunciar sus derechos y á celebrar la paz con la Suiza. Los friburgueses, constantemente agradecidos á los privilegios que les concediera Rodolfo de Hapsburgo por los años 1274, se mantenian fieles y adictos, no obstante el contagio de tan opuestos y victoriosos ejemplos, hasta que en 1450 la misma Austria tuvo á bien eximirle de sus juramentos.

Así, pues, aunque el feudalismo hubiese comenzado á decaer en Helvecia desde el siglo XIII; aunque las cruzadas — disminuyendo las familias privilegiadas — favorecieran el desarrollo de las ciudades; y que la triunfante insurreccion de Uri, Schwytz y Unterwalden, hubiese dado golpe mortal á la nobleza, ligada con el Austria en contra de ellos; ni esto ni los nuevos levantamientos que se sucedian rápidamente, siempre coronados con el triunfo, habian podido destruir el prestigio de las casas aristocráticas en el canton de Friburgo. El feudalismo, pues, aunque amenazado por todas partes, y en muchas completamente hundido, declinaba con gran lentitud en aquel lugar, hallando tenaces simpatías —que en vano hubiera buscado en ningun otro de la antigua Helvecia — cuyo nombre se habia cambiado por el de Suiza desde el sangriento bautismo de Morgarten.

Entre los grandes señores que tenian sus dominios en Friburgo, uno de los más poderosos, despues de los condes de la Gruyère, era el de Montsalvens, al cual servia en clase de paje el jóven Arnoldo Késsman, quien — como ya han comprendido sin duda nuestros perspicaces lectores — gozaba la dicha de ser adorador preferido de la bella Ida Kéller. Segun conjeturaban las gentes de Neirivue, pertenecia aquel paje á alguna noble familia, pero debió quedar huérfano desde los primeros dias de su vida, y con nada—al parecer—habia contado ni podia contar en el mundo, sino con el amparo de

su señor; á quien la voz pública no aclamaba, sin embargo, hombre compasivo y generoso.

Enterados los lectores de las antedichas circunstancias, tornarémos á buscar los pastores y las zagalas, que están dando fin á su prolongada danza.

— ¡Arnoldo! decia un robusto moceton, que veia con envidia las preferencias que aquél alcanzaba de la hija de Juan Bautista, y que deseaba probar ante ésta la superioridad de su propio mérito, graduado por él segun la extension de las fuerzas corporales. ¡Arnoldo! ¿quereis luchar conmigo? El que derribe á su contrario tendrá derecho de estar toda la velada cerca de Ida Kéller.

— Forma un talle como el mio cada uno de vuestros brazos, Gester, respondió el provocado; pero no importa, lucharé con vos si lo permiten estas beldades.

— No por cierto, dijo Ida, asiéndose de uno de los brazos de su amante. Mirad, amigos; el cielo se va oscureciendo y viene de las montañas un viento desagradable. Os ruego volvamos al chalet, donde ya debe estar preparada la frugal colacion en que teneis la bondad de querer acompañarnos.

— Dice bien Ida, observó otra de las doncellas; ¡estaba tan hermoso el tiempo hace un momento!..... Késsman,— añadió riéndose,— habeis traido con vos la tempestad.

— La llevo siempre en el corazon, dijo Késsman en voz baja á su linda compañera; y continuó con ella en animada conversacion dirigiéndose al chalet, y siguiéndolos en tropel toda aquella gente turbulenta, que inundó como un torrente el hasta entónces pacífico recinto en que platicaban las personas machuchas.

Habian discutido sin alterarse sobre los precios de los cereales en aquel año; graduado la exportacion de quesos que tuviera Friburgo; y áun entraban ya en la enumeracion de las arbitrariedades y rapiñas del gobernador austriaco (á quien cordialmente detestaban, á pesar de obedecerle sumisos), cuando se vieron de pronto interrumpidas por la bulliciosa tropa que invadió sus dominios y desterró de ellos para siempre toda esperanza de calma. En balde los más ancianos,— que son por lo comun los más tenaces,— intentaron repetidas veces reanudar el roto hilo de sus graves discursos; imposible fué entenderse en medio de la algazara

de la jóven cuadrilla, que intentaba continuar en la sala el baile comenzado en el campo. Para acallar á unos y disipar el enojo de otros, Juan Bautista creyó lo más prudente anunciar en alta voz que iban á dar las nueve, y que le parecia conveniente pasar á la otra sala, donde la refaccion los esperaba.

Nadie oyó con disgusto tan halagüeña noticia; y en un instante se vió sitiada por todos lados la ancha y larga mesa, colocada en medio del cuadrilongo que formaba el nuevo recinto, y que—cubierta por blanco mantel—ostentaba ricos quesos del país y exquisitas mantecas, alternando con promontorios de sazonadas y diversas frutas, y flanqueadas por anchas ánforas llenas de vino, y por cestillos atestados de tortas de cebada y panecillos de trigo.

Durante algunos minutos preocupó tanto á los convidados la presencia de aquellos apetitosos objetos—cuyo goce no limitaban solo al sentido de la vista—que reinó gran silencio en toda la compañía y pudo oirse el ruido del viento, arreciando por instantes, y no permitiendo duda de que el inconstante cielo de la Suiza habia hecho suceder la tempestad á la deliciosa calma con que comenzó la noche.

Sin embargo, la gente desvelada no parecia inquietarse por aquel cambio repentino, á que están habituados los moradores del país, y como la estacion alejaba temores de una *avalanche* (1), ni los silbidos del viento, ni los sordos y dilatados truenos—que devolvian las montañas—interrumpieron las inequívocas señales con que daban á entender á Juan Bautista que encontraban deliciosa la colacion prevenida.

Dos personas únicamente hacian poco honor á los incitantes manjares: eran Ida y Arnoldo, quienes—aprovechándose de la general distraccion—continuaban charlando en los términos siguientes:

---

(1) Creemos que nuestros ilustrados lectores no ignorarán que las *avalanches*, fenómeno el más terrible y extraordinario de los que presenta la naturaleza en los Alpes, consisten en la precipitacion de enormes masas de nieve ó de hielo, que—con un ruido semejante al trueno—se desprenden y ruedan desde las montañas á los valles, arrastrando cuanto se opone á su paso, y causando á veces grandísimos daños. En nuestros Pirineos, donde tambien se experimentan—aunque con ménos violencia y estragos—se llaman *aludes*.

II.

—Vuestro señor me parece un mal hombre,—decia, haciendo graciosos mohines, la hija de Juan Bautista.—No lo he visto sino una vez, que andaba de cacería con otros propietarios de los alrededores; pero os confieso, Arnoldo, que me hizo muy desagradable impresion su figura alta, flaca y acartonada, con aquellos ojillos grises y hundidos bajo la ancha y protuberante línea de sus cejas encrespadas. Apostaria cualquier cosa á que jamas se ve asomar la risa á los labios del tal magnate, y á que apénas conocen su voz las gentes de sus dominios. Pues no; los condes de la Gruyère, con ser tan grandes y poderosos, no tienen el orgullo de vuestro áspero Montsalvens, y no digo nada del jóven baron de Charmey, que es la llaneza misma. ¿Conoceis al baron de Charmey, querido Arnoldo?

—Su castillo no está distante del de Montsalvens, Ida, pero no recuerdo haber visto nunca al sujeto á quien celebrais. Creo que viene rara vez á sus posesiones.

—¿Sus posesiones?..... no son muy vastas por cierto, aunque dice mi padre que ha sido opulenta aquella ilustre casa, y que áun debia serlo hoy dia, por una herencia á la que le asistia incuestionable derecho. En todo el país se murmura de vuestro señor, porque se ha apropiado dominios pingües, que le corresponden al baron.

—Ésas son, sin duda, habladurías, pues bien debeis conocer que no se dejaria despojar tan tranquilamente el señor de Charmey si tuviera en realidad los derechos que le supone el vulgo. He oido decir que cuando el conde tomó posesion de los señoríos á que habeis aludido, y que son, por cierto, de los mejores de Helvecia, intentó disputárselos el baron; pero pronto debió convencerse de la injusticia de sus pretensiones, toda vez que se apartó de ellas y no ha vuelto á pensar en renovarlas.

—Es verdad, Késsman, muchas veces se ha admirado mi padre de esa conducta del señor de Charmey, que él llama incomprensible; porque nadie le podrá persuadir que

no tiene derechos preferentes á los dominios en cuestion. Pero ya veis: el baron es jóven y un poco mala cabeza, segun dicen; así se cuida poco de sus intereses y sólo piensa en divertirse. Os aseguro que me alegraria mucho de verle mostrar más prudencia, porque es tan amable, tan franco!..... habla con los villanos como si fuesen sus iguales, y todos lo quieren como á las niñas de sus ojos. ¡Mi padre, sobre todo, le tiene una ley!..... es verdad que la merece, pues los Kéllers siempre han sido muy favorecidos por los señores de Charmey. Mi difunta madre fué hija de un montero del viejo baron (que Dios haya perdonado), y el dicho montero mi abuelo (que tambien descansa en paz), tuvo una vez la dicha de salvar la vida á la señora baronesa Eleonora, que dicen era la más hermosa dama de su tiempo. Os contaré, si quereis, la ocasion y el modo de prestar mi abuelo tan importante servicio á la casa de su amo.

—Dejadlo para otro momento, mi querida Ida. ¡Alcanzo tan raras veces la felicidad de poder hablaros! Decidme solamente si habeis pensado en mí algunos minutos, durante tantos dias que hemos pasado sin vernos.

—¡Y qué! ¿necesitais preguntar eso, ingrato? exclamó la jóven, dándole un golpecito sobre las manos con el ramillete que tenía en las suyas.

—No; sé que me amais; pero ¡oh Ida! temo que no haya esperanzas para nosotros..... que nunca, nunca he de poder llamaros mia. Este pensamiento ha de volverme loco.

—Dios protege los sentimientos puros,—repuso ella; ¿por qué no hemos de confiar en su bondad infinita?

—Soy pobre, lo seré siempre, y vuestro padre (perdonadme el decirlo), vuestro padre es codicioso. Jamas dará su hija á un hombre que nada posee, ni espera poseer.

—Pero sois noble, Késsman, y como mi buen padre es tambien algo vano.....

—¿Noble?..... ¡decis que soy noble!..... ¿sé yo por ventura lo que soy? No he conocido nunca á mis padres; desde muy niño me hallé recogido como por caridad en casa de Montsalvens. No existe nadie por estas cercanías que tenga el apellido que á mí me dan, y que ignoro á qué familia pertenece. ¡El conde es tan taciturno! por más que me he aventurado en diversas ocasiones á hacerle preguntas sobre mi

nacimiento, sólo he podido entrever que soy huérfano, y que mis padres, aunque muy desgraciados, no eran personas oscuras. Esto me ha indicado el conde; esto creen—sin darse cuenta de los fundamentos de su creencia—las personas del lugar; pero ni yo mismo puedo estar seguro de que sea cierto, y áun siéndolo, no es mi suerte, querida niña, muy envidiable por ello.

—Sabed, Késsman, que no falta quien sospeche podais ser hijo natural del mismo Montsalvens, y como no los tiene legítimos, bien pudiera suceder..... Pero no, no quiero aceptar la suposicion de que tengias por padre á ese antipático personaje. Vos, tan hermoso y tan bueno, ¿habriais de proceder de un hombre tan feo y tan egoista?

Sonrióse el paje y respondió:—Sois muy lisonjera conmigo y muy severa con mi protector; pero pienso, como vos, que carece de toda verosimilitud la suposicion á que os habeis referido. Sí, el conde de Montsalvens no es mi padre. Mas hablemos del vuestro, Ida. ¿Teneis alguna esperanza de que pueda ablandarse en favor nuestro?

—Confieso que lo conceptúo un milagro, y que, por tanto, sólo lo aguardo del poder y de la piedad divina.

—¡Ah! ¡no! yo no espero nada,—exclamó el mancebo con profundo dolor. Nací con aciaga estrella; no hay para mí felicidad en la tierra!.....

—Es cosa horrible que os desalenteis de ese modo, mi buen Arnoldo, le dijo la doncella esforzándose por ocultar una lágrima—que temblaba á pesar suyo en sus hermosos párpados.—¡Escuchad! hablábamos hace poco del baron de Charmey, y no sin idea he pronunciado su elogio, porque más de una vez se me ha ocurrido implorar su poderosa mediacion en favor de nuestros amores. Habeis de saber que cuando fuimos mi padre y yo á felicitarle y á ofrecerle nuestros respetos, la última vez que estuvo en su castillo, me dijo muy bajito al despedirme: «Ya sé por William (William es su conserge, querido Késsman); ya sé por William que un buen mozo delira por tus ojos y que el papá no se muestra propicio; cuenta con mi apoyo cuando lo necesites.» Por desgracia dejó el castillo algunos dias despues, hace ya dos meses, y áun no ha vuelto..... Y eso que en aquella ocasion le dijo tambien á padre: «Resérvame un jarro de vino y el me-

jor pedazo de queso, la noche de la velada de San Juan, pues te advierto que quiero visitar tu chalet en aquella época de su gloria.»

—No presteis crédito, ángel mio, á las promesas de los nobles señores, porque tan prontos son en hacerlas como en olvidarlas. Ademas, por grande que pueda ser el respeto de vuestro padre por el baron de Charmey, no condescenderia en dar su hija única á un pobre mancebo como yo, sin porvenir en el mundo. Necesito ser rico, y me es imposible. ¡Oh! ¡no acertaréis á imaginar cuán devorante es esta sed de oro que el amor ha despertado en mi alma! Daria mi vida por un solo dia de riqueza, porque ese dia, Ida, lo pasaria en vuestros brazos. ¡Dios mio! ¡perdonadme! pero momentos hay en que creo pagaria el oro á precio de mi salvacion eterna.

—No digais eso, Arnoldo; ¡oh! ¡no digais eso nunca! Quiero que me ameis más que á todas las cosas del mundo, pero no consiento en que me prefirais á vuestra felicidad en la otra vida. Á pesar de todo lo que nos aflige, tengo el presentimiento de.....

La doncella no habia acabado su frase, cuando una de las puertas de la pieza en que se hallaban se abrió de repente con estrépito, y entró por ella un gallardo jóven de hasta ventisiete ó ventiocho años, en traje de cazador, dejando oir al mismo tiempo la concurrencia esta exclamacion unánime: ¡El señor baron de Charmey!

—El mismo en persona, respondió el nuevo personaje, apoderándose sin ceremonia de una de las sillas próximas á la mesa. Héme aquí, rollizo Kéller; vengo en busca de la parte de tu refaccion que te encargué me reservaras. No os molesteis por mí, buenas gentes—añadió al ver que se mantenian en pié los circunstantes:—volved á ocupar vuestros asientos y continuad divirtiéndoos como mejor os plazca, miéntras reconozco por mí mismo si Juan Bautista tiene, cual se asegura, los mejores quesos y los más añejos vinos del país.

Acabando estas palabras, empezó á comer y á beber con muestras de muy buen apetito; si bien echando investigadoras miradas por su alrededor, hasta que—descubriendo á Ida—las detuvo en ella, exclamando con galantería:—

¡Bendita sea por el glorioso San Juan la rosa de Neirivue, la estrella del Moleson! Brindo por la salud de Ida Kéller. —Y desocupó de un solo trago los restos del ánfora que tenía delante.

Juan Bautista se apresuró á acercarle otra enteramente llena, hacinando ademas junto á ella todos los cestillos de tortas y los diferentes platos de mantecas y quesos que quedaban en la mesa; no sin expresar al mismo tiempo cuán sensible le era no los hubiese comenzado su ilustre huésped, y que — si se dignaba aguardar un instante — se traerian nuevos manjares, más exquisitos é intactos.

—No hagas tal, contestó á esto el jóven cazador; los restos de tu refaccion bastarian para abastecer por muchas semanas la cartuja del Val-Sainte, fundada por mi digno abuelo el baron Gerardo de Corbières. Bebo segunda vez á la salud de todos los de la velada, y en particular por la persona que sea más grata entre todas á los bellos ojos de Ida Kéller.

—¡Os ha mirado, Arnoldo! dijo en voz baja la doncella á su amante.

—A vos es á quien mira demasiado —respondió él, dominado por cierto impulso de celos.—Y desde aquel momento, á pesar de la hermosa y simpática presencia del jóven baron, y de la llaneza casi excesiva de su trato, se sintió poco dispuesto á participar del orgullo y la satisfaccion que causaba en los campesinos ver á un gran señor alternando con ellos. Kéller, sobre todo, en quien recaia la mayor parte de tan extraordinaria honra, no cabia en sí de gozo, y tan trastornado lo puso el regocijo, que rompió seguidamente dos grandes ánforas llenas de vino, de cuyo contenido hizo partícipes á los vestidos del mismo Charmey y de otros varios de sus convidados. Todo, empero, se le perdonaba en circunstancia tan rara como gloriosa.

Cuando hubo dado fin el baron á la doble racion de queso que él mismo se sirviera, sazonándola con repetidas libaciones, dijo volviéndose al ganadero: — Ya ves que soy fiel á mi palabra, pues he venido á tomar parte en tu fiesta desde no pequeña distancia; y luégo, ¡con qué tiempo! ¿Sabeis, mis buenos amigos, añadió dirigiéndose á la reunion, que hace una noche horrible para los que intenten *velar el hele-*

cho este año? Vosotros al ménos velais debajo de un buen techo, y si aprieta el viento frio—que va haciéndose sentir—teneis abundante fuego, que he visto encender á mi llegada.

—Cuando vuestra señoría lo disponga, dijo Kéller, nos acercarémos á él; pero me sorprende, señor baron, que tengais noticia de la *velada del helecho*, pues creia que sólo nosotros, los hijos del pueblo, conociamos esa vieja costumbre.

—Permitidme decir, vecino Kéller, repuso otro ganadero llamado Tomas Huber—reputado hombre muy instruido entre sus compañeros—que la costumbre á que aludis no existe desde hace bastante tiempo; y tan es así, que acaso los jóvenes que se hallan presentes no tienen noticias de ella.

—¡Yo sí!—¡Yo sí!—¡Yo tambien! exclamaron muchos pastores y zagalas.

—No está tan olvidada como pensais la velada del helecho, Sr. Huber, dijo entónces el anciano Nicolas Bull. Sin ir más léjos, os puedo asegurar que dos personas la hicieron el año último, y no creo falte alguna que la haga en éste, á pesar de la tempestad que aumentará los horrores del *camino de Evi*.

—¿Conoce vuestra señoría, preguntó Kéller á su noble huésped, todas las particularidades de la tradicion de que se habla?

—Mejor sin duda de lo que crees, contestó aquél; pero, pues me brindabas hace poco con el calor de tu hogar, vamos allá, y me contaréis todo lo que sepais de esa antigua costumbre, que sentiria hubiese caido en desuso, como afirma el buen Tomas; pues tengo grandísima inclinacion y singular respeto por las viejas tradiciones.

El baron se levantó, se acercó á Ida, la ofreció el brazo, no sin mirar ántes al jóven Késsman con incalificable expresion, y toda la compañía fué á instalarse al rededor de la gran chimenea, en que chisporroteaba la gruesa leña de encina invadida por las llamas.

—No sé, dijo entónces Kéller—sentándose en frente de su ilustre huésped,—ni creo que pueda nadie saber, desde qué tiempo data precisamente la popular creencia, cuyas particularidades desea conocer su señoría; así como tampoco podriamos decir su orígen: lo cierto es que de padres á hijos se ha trasmitido durante muchas generaciones, y que—segun

ella — es cosa notoria que la víspera de mi glorioso patron, cuando se cubren de helecho — planta hija de las sombras y de la humedad — los bordes del precipicio que llaman los de la tierra *camino de Evi*, precisamente á la mitad de la noche aparece en aquel lugar el mismo Satanás en persona, y, mediante ciertas condiciones, enriquece cada año á aquel ó á aquellos que se encuentren velando el helecho en un paraje cubierto por dicha planta.

— ¿Y no se explica cuáles son las condiciones que impone el diablo á los que alcanzan sus donativos? preguntó el baron, que parecia tratar con seriedad aquel asunto, ridículo probablemente á juicio de nuestros lectores.

— Sólo se dice, repuso Juan Bautista, que la persona agraciada debe hallarse completamente sola y en profunda oscuridad, y no falta quien asegure que el demonio exige, ademas, se le entregue un papel, y que en dicho papel escribe, para hacerlo constar á su debido tiempo, la compra que hace de aquella pobre alma.

— ¡Dios mio! exclamó Ida estremeciéndose; ¿luego se condena para siempre quien recibe el donativo?

— El diablo no regala nunca, niña mia, dijo con acento grave el anciano Nicolas; sólo hace cambios en provecho propio. Cualquiera que acepta sus dones queda esclavo suyo por toda la eternidad.

— Yo no lo entendia así, dijo el baron; pensaba que ese donativo era un castigo que imponia Dios á Satanás, obligándole á ser generoso á su despecho, y á festejar el dia del santo Precursor del Mesías. Tengo razones para creer que no son funestos sus dones para quien los recibe en tan fausta ocasion, y que el documento exigido debe ser como una prenda, que — depositada ante el trono de su Juez — pruebe hallarse cumplido su mandato.

— Eso no es tan horroroso, observó Ida, quien, sin embargo, continuaba temblando y acercándose maquinalmente á Arnoldo, que habia vuelto á su lado; pero éste por primera vez de su vida parecia olvidado del objeto de su amor. Con la mirada fija, la frente más pálida que de costumbre, y el aliento casi suspenso, atendia con todas sus potencias á la conversacion que se habia entablado.

— El señor de Charmey hace demasiado honor al demo-

nio, dijo á su turno el erudito Tomas, cuando presume que desempeña con tal fidelidad las comisiones del Altísimo. Sabido es que aquel enemigo de nuestras almas es un rebelde pertinaz, y si alguna vez nos dispensa aparentes beneficios, no cabe duda en que lo hace por cuenta propia, y siempre seguro de resarcirse con usura. Pero no veo en la tradicion de que se trata sino un cuento de viejas; nadie, que yo sepa, ha recibido nunca el tal donativo de la velada del helecho.

— Es verdad, dijo otro interlocutor, que la tia Andrea, —que fué una de las dos personas que pasó en el camino de Evi toda la noche víspera de San Juan hace un año,— sólo sacó de allí una pulmonía, que la llevó al sepulcro algunas semanas despues.

— Y el pastor Lami, añadió una zagala, ha hecho la velada tres años seguidos, y tan pobre se está como se estaba.

— ¡Jesus, María! exclamó otra; ¿con que, hay quien desee el oro hasta de manos del diablo?

— ¡Dios nos preserve! dijo santiguándose Nicolas Bull; pero por desgracia es cierto que existen muchas gentes que no reparan en nada cuando tratan de enriquecerse, y que si no se venden al diablo, es porque no quiere comprarlas por el precio en que se estiman.

— ¿Qué teneis, Arnoldo? preguntó en aquel instante Ida á su jóven amante. Estabais pálido, y ahora parece que quiere saltar la sangre de vuestra cara.

El paje nada respondió : evidentemente todo su sér estaba concentrado en un pensamiento único. Tan extraña preocupacion debió ser notada por el baron, pues tenía clavados en él sus penetrantes ojos — color de venturina — cuando pronunció estas palabras :

— Como la conversacion que hemos entablado pudiera afectar á las personas excesivamente nerviosas é impresionables, os ruego, mis buenos amigos, que cambiemos de asunto; pero permitiéndome ántes deciros que aunque vosotros— los poseedores de la tradicion — no teneis noticia de ningun hecho que la acredite, yo, con pertenecer á una clase que apénas tiene conocimiento de ella, puedo atestiguar su verdad con un ejemplo respetable.

Todas las miradas se fijaron con ardiente curiosidad en el semblante del ilustre jóven, quien — echando de ver que se

esperaba con ansiedad la relacion del suceso que acababa de indicar,—atizó la leña, tosió por dos veces, para desembarazar su garganta y aclarar su voz, y se expresó como verán á continuacion nuestros lectores benévolos.

III.

«Mi abuela, que Dios tenga en su reino, señora de cuya escrupulosa veracidad no nos es dable admitir la menor duda, referia gravemente que allá en los tiempos de su mocedad tuvo por amiga á una hermosa dama llamada Emma (espero que me dispensaréis de decir los nombres de familia), la cual amaba apasionadamente al doncel Arturo de..... con quien la naturaleza anduvo tan pródiga, como avara la fortuna. Para mayor desgracia, el baron, padre de la doncella, se hallaba arruinado y era hombre incapaz, por su carácter, de comprender el invencible poderío de una pasion generosa. Así, pues, negándose á aceptar por yerno al noble doncel sin patrimonio, se decidió á dar la mano de su hija á cierto plebeyo rico, que se ofrecia—ambicioso de emparentar con gente ilustre—á pagar las enormes deudas del magnate. En tal estado las cosas, llegó al país en que pasaban, la vieja Margarita, labradora de Albeuve, y que habia sido nodriza de la madre de Arturo, á quien recibió en sus brazos cuando vino al mundo. Halló al pobre mozo en triste situacion, y pronto echó de ver que corrian á la par inminente riesgo su razon y su vida, si llegaba á perder de todo punto la esperanza que—áun contra todas las probabilidades—alienta todavía en el fondo del corazon más destrozado. La anciana labradora se acercó al lecho en que yacia, postrado por su tristeza, el amante de Emma, la noche en que acababa de saber estar definitivamente fijado el dia funesto que pondria entre los dos un muro insuperable, y colocando su diestra sobre el pecho del jóven, — ¿Teneis valor? le preguntó.

—¡Oh! exclamó él, ¡si sólo se necesitase arrostrar los más inauditos peligros para conquistar á Emma!.....

—Pues no es menester otra cosa, dijo—sin dejarle concluir—Margarita. ¡Levantaos, Arturo! id á presentaros al baron, pedidle que difiera por sólo dos meses el casamiento concertado, y que si al cumplimiento de dicho plazo volveis á su presencia siendo poseedor de una fortuna superior á la del rival á quien sois pospuesto, os conceda el derecho de entrar con él en competencia, decidiendo Emma cuál de los dos es más digno de su mano.

—¿Estais loca, buena anciana? repuso el doncel. ¿Qué caso ha de hacer el baron de semejante proposicion, ni qué ganaria yo con verla admitida? Bien sabeis que no puedo abrigar la menor esperanza de hacerme rico en tan breve tiempo.

—¿No estamos en los últimos dias del mes de abril? preguntó Margarita.

—Así es.

—¡Pues bien! en los últimos dias de Junio podréis ser más opulento que el villano que osa competir con vos; porque aquel que ha de dotaros ha sido llamado, y debe serlo todavía, *príncipe del mundo.*

—Ningun poderoso de la tierra me ha protegido nunca, observó el mancebo.

—Hay poderes superiores á los terrestres, respondió la vieja.

—Nada comprendo de cuanto quereis decir, Margarita, pero no importa; necesito una esperanza, por quimérica que sea: ¡mandad! haré cuanto querais.

—Marchad, pues, sin tardanza á pedir al baron el plazo que os he indicado. Sois noble, y alcanzaréis desde luégo que os prefiera—en igualdad de las otras circunstancias—al caballero de nuevo cuño, á quien quiere honrar con su alianza. Aseguradle que, de hoy en dos meses, sus deudas estarán satisfechas y os ofreceréis á Emma con una corona de conde.

—Pero, Margarita.....

—¡Callad! Nada lograréis, os lo advierto, si no teneis, en primer lugar, fe; en segundo, *valor.*

—¡Bien! voy á obrar como si poseyera la una, y os afirmo que deseo ardientemente pongais el otro á prueba.

En efecto, Arturo hizo al baron su demanda, y aunque sin duda le pareció á éste muy risible ó extraordinaria, se prestó — despues de algunas vacilaciones — á los deseos del mancebo, y le empeñó su palabra de no casar á su hija ántes del postrer dia del mes de Junio, á cuyo tiempo, si volvia á presentársele tan rico como su rival, Emma sola decidiria la eleccion.

Volvió Arturo con esta promesa adonde lo esperaba Margarita, y la dijo : — ¡El plazo está concedido; héme aquí! ¿qué debo hacer ahora?

— Acompañarme á mi lugar, respondió ella.

— Estoy determinado á seguir en todo vuestros consejos, repuso Arturo; pero ¿no quereis darme alguna luz respecto á vuestros intentos? ¿Qué esperanzas teneis? ¿Adónde me mandaréis á buscar esos tesoros que deben adquirirme la posesion de mi amada?

— *Al camino de Evi*, respondió sin vacilar Margarita.

— Pero, si no estoy trascordado,— observó el jóven,— el camino de Evi no es otra cosa que una senda casi intransitable que conduce al Moleson. ¿Cómo es posible que encuentre allí los medios de enriquecerme?

— Allí es donde únicamente podeis hallarlos, contestó Margarita.

— Me parece, replicó Arturo, que habeis hablado de no sé qué protector..... ¡de un príncipe! ¿Quién es ese personaje, de quien tanto esperais?

— Es poderoso; todos los hombres nacen siervos suyos : todos le rinden tributo durante su vida.

— ¿Pero su nombre?..... decidme su nombre, Margarita.

— Va á daros miedo.

— Os juro que no soy susceptible de otro temor que el de perder á Emma. Pronunciad, pues, ese nombre, cualquiera que sea.

— Pues bien, Arturo, el protector que os ofrezco se llama..... ¡Satanas!

Palideció el doncel y quedóse suspenso por algunos instantes, mas no abandonó su empeño. Siguió á Margarita á la villa de Albeuve, que, como sabeis, se halla vecina del camino de Evi, y dos meses despues—el dia 30 de Junio—volvió á verlo entrar por las puertas de su castillo el arruinado

baron, que por su parte cumplió religiosamente la promesa empeñada.

Mi abuela asistió algunas semanas más tarde á la suntuosa boda de la hermosa Emma con el muy alto y poderoso conde Arturo de..... poseedor de vastísimos dominios en la parte occidental de la Helvecia. Aquella enamorada pareja disfrutó muchos años en este mísero mundo la felicidad más completa que pueda en él alcanzarse, y debemos esperar piadosamente, mis buenos amigos, que el soberano dispensador de todos los bienes la haya prolongado más allá de su vida pasajera, puesto que dieron ejemplo, durante ella, de acrisoladas virtudes; habiéndoles proporcionado el donativo del diablo poder alegar muchas buenas obras delante de Dios.

—Que descansen en paz, como su señoría lo desea, dijo el viejo Bull cuando acabó su relacion el baron; pero que nos preserven nuestro divino Redentor y el bienaventurado San Juan Bautista, á todos los que aquí estamos, de anhelar jamas tesoros venidos por semejante conducto.

—*¡Liberanos, Domine!* repitieron los labriegos, y el mismo señor de Charmey respondió devotamente: —*¡Amen!*

En aquel momento la gran campana de la parroquia de Neirivue sonó lentamente las once, y—al espirar la última vibracion—se vió levantar al paje de Montsalvens, como si súbitamente le hubiese mordido una víbora, y lanzarse hácia la puerta con tal ímpetu, que hubiera podido creerse era impulsado contra su voluntad por la fuerza superior de una potencia invisible.

—Késsman, Késsman! le gritó Ida, ¿querèis dejarnos ya? no son más que las once, y hasta la media noche no se termina la velada.

—Volved, Arnoldo, añadian las demas doncellas. Mirad que—con el permiso del señor baron—bailarémos un poco todavía; venid y tendréis á Ida por pareja. ¿No ois cómo brama la tempestad? Dejadla calmar un poco su violencia ántes de poneros en marcha para el castillo.

El paje—que se habia detenido en el umbral de la puerta miéntras se le dirigian tan persuasivos ruegos—volvió, en efecto, hácia la reunion; pero fué para despedirse de ella, haciéndose sordo á todas las instancias con que se pretendia detenerlo.

Apénas traspasó los umbrales, cuando una sonrisa indefinible apareció y desapareció fugaz en los labios del baron, y si hubiese habido allí algun maligno observador que recordase el disimulado empeño con que aquel personaje habia provocado y sostenido la conversacion de la Velada del Helecho, y las penetrantes ojeadas que de tiempo en tiempo lanzaba sobre el amante de Ida, acaso hubiera sospechado que — adivinando la nerviosa vehemencia de aquel pobre jóven y la especial predisposicion en que se hallaba su espíritu,— obraba en todo con refinado artificio, para alejarlo de allí y poder suplantarlo cerca de la linda criatura.

Esta suposicion, que no nos atreverémos á decir fuese de todo punto infundada, hubiera adquirido mayor fuerza al ver que — no bien pasados tres minutos de la ausencia de Késsman — el galante Charmey fué á ocupar la silla que dejára vacante junto á Ida; andando no ménos listo — cuando un instante despues se trató de renovar la danza—para ofrecerse por su caballero. La doncella, sin embargo, no parecia muy lisonjeada con las preferencias de que era objeto; desde que Arnoldo dejó la reunion, Ida perdió su alegría, y hablaba y bailaba como autómata, pintándose en su semblante la preocupacion de su ánimo.

Por poco perspicaces que pudieran ser en general los asistentes á la velada, no dejaron de hacer aquella doble observacion, y se entablaron en voz baja algunos dialoguillos, poco más ó ménos de la índole del siguiente :

— Mirad qué derretido está el baron con la hermosa hija de Kéller; el pobre Arnoldo se ha marchado sin duda por eso. Habia estado acechando las miradas del jóven caballero, y conoció ser Ida el objeto á quien se dirigian constantemente. Se ha alejado de aquí loco de celos; ¿no notasteis qué cara tenía tan desencajada, y cuán desatinado se iba, sin decir adios á nadie?

— Pues lo que es la muchacha no le da, por cierto, motivos para estar celoso. Mirad cuán displicente se muestra miéntras baila con el señor de Charmey. Está perdidamente enamorada del paje, y no comprendo qué esperanzas puede alimentar; pues es bien seguro no consentirá nunca Juan Bautista en que se case su hija única con un hombre que no tiene más que la noche y el dia, como decirse suele.

— ¡Escuchad! decia otra voz femenil. Se han visto grandes señores casarse por amor con humildes pastoras. Tiene tan feliz estrella ese Kéller, que no será mucho le veamos convertido en padre de todo un baron.

— A la verdad, añadió un acento ménos blando que el anterior, son extraordinarias las demostraciones de aprecio que dispensa á esta familia el señor de Charmey, y sólo se pueden explicar creyendo que encierran miras particulares. Pero ¡qué! no hay que pensar por eso que se le ocurra la idea de casarse con Ida. ¡Vosotras las mujeres sois á veces tan cándidas!..... Las gentes de cierta clase se persuaden que honran mucho á una villana tomándola por querida.

— ¡Pues no, lo que es eso no sucederá con Ida! dijo un mozo, no insensible á los encantos de la que nombraba. Se engaña su señoría si piensa que nos dejarémos robar la perla de las doncellas del país, para que le sirva de juguete. No le faltan á Ida Kéller buenos partidos para establecerse, aunque no seamos barones.

— Pero es extraño que no esté más alegre, bailando con un caballero tan galan, que se conoce la va diciendo cosas muy dulces, dijo una rolliza zagala que se habia quedado sin pareja. A mí me parece mejor mozo el baron de Charmey que ese Arnoldo, tan descolorido y tan triste. ¡Oh! ¡tiene el baron unos ojos!.....

— Los mismos de su madre, observó Nicolas Bull. La baronesa Eleonora era de las bellas si las hay. ¡Lástima que la hubieran casado con un hombre que podia ser su padre! Lo ménos hace diez años que murió, y me parece que la estoy mirando. ¡Qué talle aquél! ¡qué garbo! su hijo se le asemeja bastante; sólo que tiene la boca un poco grande, como el padre, pues lo que es la de la baronesa, aquello no era boca, sino un boton de rosa.

Miéntras así charlaban los excluidos del baile, la parte de la reunion que gozaba de aquel placer daba muestras de ser verdaderamente incansable, y no sabemos hasta cuándo se hubiera prolongado la velada si Ida no se hubiese sentido ligeramente indispuesta. Desde el punto en que la reina de la fiesta se mostró poco deseosa de continuarla, la general animacion comenzó á decaer visiblemente, y acabó del todo cuando el baron — no obstante las miras que le sospechaban

— declaró no hallarse dispuesto á prolongar por más tiempo su permanencia allí. Al chasquido del látigo que llevaba en la mano, apareció el palafrenero que le acompañára, y — cumpliendo órdenes perentorias—fué corriendo á ensillar los caballos, volviendo muy en breve con el anuncio de que ya estaban prontos.

Despidióse el ilustre jóven de todos y de cada uno en particular, con cuya atencion acabó de ganar los corazones; por manera que luégo que se ausentó hubo por algunos minutos numeroso coro de alabanzas, que Kéller escuchaba con tanto orgullo como si fuese el baron un miembro de su familia.

Era tan grande el vacío que dejabà éste en la rústica sociedad, encantada con su presencia, que no fué posible reanimar los espíritus, y á la primera campanada de las doce todos se apresuraron á separarse; los más para ir á dormir tranquilamente, descansando de los placeres de la velada; algunos para pensar en ellos; y la hermosa Ida para contar hora tras hora en fatigante insomnio; pues se hallaba enteramente perturbada por la inexplicable conducta de su amante en los últimos momentos pasados junto á ella. ¿Qué orígen pudo tener la profunda preocupacion en que cayó Arnoldo, haciéndose sordo é insensible á la voz que hasta entónces ejerció siempre tan gran poder en su alma? ¿Por qué se habia alejado, despreciando una hora más que podia pasar junto á su amada? ¿Se habria enojado contra ella? ¿Estaria realmente celoso del baron? Pero, de todos modos, ¿qué significaba aquella salida súbita y desordenada? ¿Adónde habia ido?

La pobre Ida no podia adivinarlo, por más que martirizase su pensamiento en aquella noche de vigilia; mas yo me apresuraré á sacar de iguales dudas á los amabilísimos lectores — que se dignen dispensar al héroe de mi historia sus lisonjeras simpatías — haciéndoles saber dónde se encuentra Késsman, en tanto que vela, pensando en él, su interesante Ida.

Oscura por demas estaba la noche en el momento en que abandonó el paje la casa de Juan Bautista. Sólo le alumbraban de cuando en cuando los relámpagos, que — como fugaces sierpes de fuego — se tendian y desaparecian instantáneamente sobre las montañas. Algunas gotas de lluvia co-

menzaban á desprenderse de las densas nubes que envolvian el cielo, y el viento—que las movia al parecer con trabajo—dejaba oir fuertes y penetrantes silbidos, confundiéndolos con los rimbombantes ecos del trueno, que rodaban incesantemente desde aquellas alturas.

Arnoldo respiró con avidez los soplos de la tempestad, y recibió la lluvia en su cabeza descubierta, como si quisiera apagar con ella el devorante pensamiento que sentia abrasarla. Andaba de prisa, y—cuando brillaba la siniestra luz de los relámpagos—volvia los ojos atras con notable azoramiento, como recelando ser seguido y acechado por algun malicioso espía.

El castillo de Montsalvens, cuyas ruinas se enseñan todavía al viajero, estaba situado al declive del puntiagudo Mont-Merlan, guardando—por decirlo así—á la villa de Cruck, que se extiende en la orilla derecha del Sarine, en la confluencia de dicho rio y de los torrentes de Jogne y de Treme; pero no era ésta la direccion que tomaba Arnoldo Késsman. Encaminábase hácia el S. E. del Moleson, y al cabo de media hora de marcha se encontró á la entrada de un sendero sombrío, del cual se oia salir la amenazante voz de un torrente, sobresaliendo entre los bramidos de la tempestad. Detúvose allí el mancebo; gruesas gotas de sudor se mezclaban en su frente con el agua que destilaban sus empapados cabellos, y si alguna vista humana hubiera podido contemplar—en medio de las tinieblas—la mortal palidez que le cubria, su mirar extraviado, sus rodillas trémulas, y la expresion de cruel vacilacion que se pintaba en todas sus facciones, hubiera creido sin duda hallarse presenciando los últimos esfuerzos de la razon y del instinto contra el atroz pensamiento del suicidio. Sin embargo, Arnoldo no iba á buscar la muerte; sin que nos atrevamos á decir por esto que era ménos culpable y horrorosa la idea que se albergaba en su alma. ¡Tenía delante de sus ojos *el camino de Evi!*.....

Todavía existe allí, tal cual estaba en la época de que hablamos, aquella gruta abierta en peña viva, y encajonada—digámoslo así—en los bordes de un hondo precipicio, en cuyo fondo muge incesantemente—aprisionado entre murallas de piedras, que apénas dejan paso á la luz del dia—un espumoso torrente. Los ganados que tienen sus pastos hácia

aquella parte del Moleson, toman algunas veces tan peligroso sendero; mas los pastores no dejan entrar sus reses sino de dos en dos, ó de tres en tres, y el cura del lugar — con el hisopo en la mano—los espera para bendecirlos ántes de que penetren en aquella especie de abismo.

Nadie, empero, se hallaba allí en tan tempestuosa noche para dar una bendicion al desdichado huérfano, que—dominado casi á su pesar por sus ideas religiosas, mas empujado por la irresistible fuerza de una pasion delirante—se adelantaba y retrocedia repetidas veces delante de aquella entrada tenebrosa, que bien podia representar una de las bocas del infierno. De repente se le ocurrió que miéntras perdia el tiempo en cobardes vacilaciones, acaso estaba á punto de sonar la hora solemne de la media noche..... Inexplicable vértigo se apoderó entónces de su turbada cabeza; pensó que llegaban hasta su oido las palabras que la vieja Margarita habia dirigido un siglo ántes á otro amante tan desesperado como él:—*¡Tened valor!*— Y desatentado, loco, con el cabello erizado y las trémulas manos extendidas, se precipitó entre las tinieblas por la angosta garganta del precipicio.

Los campanarios de Neirivue y de Albeuve, villas cercanas á aquel lugar, daban en el mismo momento las doce. ¡Aquélla era la hora precisa de la aparicion del diablo!.....

El ruido de las pisadas de Késsman habia cesado de percibirse ya, y sin embargo, á la pálida luz del relámpago se hubiera podido descubrir una figura siniestra, que se deslizaba silenciosa por la entrada de la gruta.

IV.

Lucia el 28 de Junio; habian trascurrido tres dias desde la noche de la velada, y Arnoldo Késsman no habia vuelto á aparecer por la casa de su amada. No era ciertamente la

primera vez que pasase tanto tiempo, y áun otro más dilatado, sin verse nuestros jóvenes; pues distaba cerca de tres leguas el castillo de Montsalvens, y no siempre alcanzaba permiso el paje para ir á pasearse á Neirivue, ni tenía proporcion de escaparse sin que se notase su ausencia. Nunca, empero, habia sido tan alarmante y dolorosa para Ida la separacion de su amante como lo era la vez á que nos referimos. La doncella — que no podia explicarse á sí misma satisfactoriamente la conducta de aquél en las últimas horas de la velada — ansiaba ocasion de hablarle, y — despues de pasar tres largos dias en inútil espectativa — resolvió hacer alguna diligencia para encontrar á aquél que parecia olvidarla.

Era domingo, y tales dias, en la buena estacion, solian las zagalas subir al Moleson en las primeras horas de la mañana, para correr y bailar á sus anchuras, aprovechando la festividad. Arnoldo asistia algunas veces á aquellas reuniones matutinas, porque no dejaba Ida de tomar parte en ellas, siempre que Juan Bautista se hallaba favorablemente dispuesto en el instante de pedirle permiso. Por fortuna sucedió así el dia 28 de Junio, y la jóven — que no habia dormido mucho la noche anterior — saltó del lecho á los primeros gorgeos de las aves, saludando el alba, y vistiéndose con ligereza corrió á juntarse á la lozana tropa juvenil, que iba á emprender la subida al compas de tamboriles y zampoñas.

Estaba alegre y fresca la madrugada, y las muchachas gozosas y juguetonas como los pájaros, que saltaban trinando entre las ramas de los árboles, y como los corderos y ternerillos, que triscaban subiendo por las herbosas faldas de la montaña; pero nada alcanzaba á distraer á nuestra heroína de sus amorosas inquietudes, y en medio del regocijo de la naturaleza parecia presentir que aquel dia, tan sereno y tan puro al despuntar, sería señalado para ella por graves é inesperados sucesos.

El Moleson, elevado 1.997 metros sobre el nivel del mar, notable por su forma pintoresca, por sus riquísimos pastos y por las plantas útiles y raras que en él abundan, es, ademas, uno de los puntos de más hermosas vistas que pueden gozarse en aquella parte de la Suiza. No léjos de su cúspide se eleva tambien la del Jomman, desde donde exclamaba,

trasportado, el célebre autor del *Childe Harold*: — «¡Esto es hermoso como la ilusion de un sueño!»

En efecto, así en aquella altura como en la del Moleson, admira el viajero uno de los cuadros más grandiosos que puede presentar la naturaleza. La vista se extiende por todo el rico territorio de Friburgo; contempla el de Vaud, encajonado entre elevadas cumbres; recorre gran parte del de Berna, Soleure y Neuchatel, con su borrascoso lago; alcanza las amenas orillas del Morat, y—siguiendo la inmensa cordillera del Jura—penetra en el canton de Basilea, descubre la Saboya y el bajo Valais, y se pierde en el magnífico anfiteatro de los Alpes.

Vacadas y rebaños cubrian las pendientes de la montaña, y miéntras los pastores que las custodiaban se reunian á las jóvenes, y preparaban—sentados en la yerba—un desayuno frugal, Ida de pié en lo más elevado de la cima, tendia á un lado y á otro sus afanosas miradas, indiferentes, sin embargo, al soberbio panorama que se desplegaba ante ellas. ¡Arnoldo no estaba allí! ¡Arnoldo no aparecia por ninguna de las subidas del monte!

Ida—que con tal circunstancia no hallaba atractivo alguno en aquella fiesta campestre—se escabulló al cabo, sin ser notada, en el instante en que se disponia una danza, y comenzó á bajar tristemente por el sendero más corto.

Insensible á la fatiga y á los ardores del sol, regresaba cabizbaja á su domicilio, sin conceder una mirada á los bellos paisajes que la rodeaban, cuando de repente un grito de júbilo se escapó de su pecho, que palpitó conmovido: la voz de Arnoldo acababa de pronunciar su nombre, y dos minutos despues se apoyaba en aquel brazo que le era tan querido.

—¿Qué os habeis hecho? articuló entónces con quejumbroso acento: ¿os ha sido imposible hasta ahora alcanzar permiso del conde para venir á Neirivue?

—De hoy en adelante, respondió él, no será menester licencia de nadie para veros. He dejado el servicio del señor de Montsalvens.

—¿Habeis sido despedido?

—No, Ida; pero le he dicho al conde que no podia permanecer más tiempo en su casa, porque iba á casarme.

—¡A casaros!

— De eso necesitamos hablar, querida mia.

— ¡Arnoldo! temo que no esté muy en caja vuestra cabeza. Os veo demudado, y las palabras que proferís.....

El jóven se pasó la mano por la frente, cual si quisiera borrar todas las señales de la extraña turbacion que leia la doncella en su semblante, y dijo luégo con acento más tranquilo :

— Oso esperar que obtendré vuestra mano, que quiero pedir inmediatamente al Sr. Kéller. ¿Sabeis dónde se halla?

— Pero, ¡Dios mio! ¿no estais persuadido de que jamas consentirá?.....

— Callad, Ida; ya tocamos los umbrales de vuestra casa, y veo aparecer en ellos á vuestro padre. Dejadme con él: pronto saldrémos de dudas.

— Decidme ántes, en nombre del cielo, Késsman.....

No pudo Ida terminar su frase, porque se les acercó Juan Bautista, fruncido el entrecejo y desapacible el gesto al ver llegar á su hija acompañada de Arnoldo; pero éste, sin intimidarse le dijo resueltamente :

— En vuestra busca vengo, Sr. Kéller; hacedme el favor de que entremos ambos en el chalet, donde podamos hablar sin testigo alguno.

— Retírate á tu cuarto; pronunció el ganadero, dirigiéndose á su hija, miéntras que—sin mirar siquiera al paje de Montsalvens — atravesó, precediéndole, los umbrales de la casa.

Ida, amedrentada de la audacia de su amante, que no acertaba á explicarse, se arrinconó, ocultándose en un extremo de la estancia en que iba á tener lugar la conversacion del ganadero y del paje, la cual no tardó en entablarse de la manera siguiente :

— ¿Qué me quereis? dijo Kéller, no sin alguna aspereza.

— Debeis conocer, articuló Arnoldo conmovido, que hace más de un año amo apasionadamente á vuestra hija, cifrando mi felicidad en que me la deis por esposa.

— ¡Hum! ¿qué decis? exclamó Juan Bautista, saltando de la silla en que se habia sentado, como si le pinchasen alfileres. ¡Daros por esposa á mi hija!.....

— Esa es toda mi ambicion, repuso el jóven, perdiendo del todo la serenidad con que comenzó á explicarse.

— Lo comprendo, dijo Juan Bautista con maliciosa sonrisa: Ida es única heredera de un hombre que puede alfombrar con sus quesos todo el camino de Neirivue al Moleson; pero—aunque me hagais la justicia de pensar que no soy avariento ni orgulloso — debierais conocer que es imposible participe yo de los deseos que expresais. No quiero que Ida compre á su marido, ¿entendeis? Hay un antiguo refran, que dice que en el casamiento, si uno lleva el almuerzo, le toca al otro el aportar la comida.

— Eso no me parece mal, replicó el jóven; pero no presumo que exijais sea un potentado vuestro yerno.

— No, ciertamente, dijo Kéller: ni un potentado ni un mendigo; ni más ni ménos que mi hija; pero sabed, Késsman, que el dia que se case Ida llevará por dote á su marido un *alpaje* de primera clase con una *sennte* (1) de 200 vacas de las mejores del país, y por añadidura 400 ducados de Berna (2) en buena moneda de oro.

— ¿Os bastaria, preguntó Arnoldo, que esa dote pudiera ser aumentada por el marido de Ida con mil piezas de oro de treinta y dos *franken?* (3).

— ¿Qué duda cabe? contestó el ganadero, que no sabía qué pensar de todo aquello. Os he dicho que no ambiciono por yerno á un potentado; que me contento con que mi hija no caiga con su dote en manos de ningun descamisado: esto no lo digo por vos, Arnoldo; no trato de ofenderos en lo más leve. Si se la presenta un partido ventajoso—y por tal estimaria al mozo que comenzase su carrera con mil piezas de oro de 32 franken,—no sólo lo aceptaria gustoso, sino que hasta aumentaria la dote de la niña con 50 vacas más.

—Pues yo vengo precisamente á rogaros, Sr. Kéller, me guardeis en depósito esa suma, que traigo encima y que

---

(1) En Suiza se da el nombre de *alpaje* ó *alpe* á la extension de terreno de pasto que es propiedad de alguno, y se llama *sennte* el número de vacas que se alimentan de él. El valor de un *alpaje* varía segun su extension y calidad de su pasto.

(2) El ducado de oro de Berna equivale á poco más de 11 francos y medio de Francia.

(3) Cada pieza de oro de 32 *franken* vale, en el cambio con la moneda francesa, 47 francos y 42 céntimos. Es decir, nueve duros españoles próximamente.

me pesa sobrado, dijo el jóven, desenvolviendo su talle de dos anchas fajas elásticas, que tenian por entretela lucientes monedas de oro, las cuales empezaron á caer sobre la mesa á medida que las sacaba su dueño de aquella especie de cárcel.

Juan Bautista, con los ojos desmesuradamente abiertos y atentos los oidos al choque del sonoro metal (pues no se fiaba del testimonio de un solo sentido), miraba sucesivamente á Arnoldo y al dinero, sin acabar de persuadirse — con todo eso — de ser realidad lo que pasaba á su vista.

— Aquí teneis mil piezas de 32 franken, dijo Késsman cuando acabó de amontonar delante del ganadero todo el oro que traia: podeis contarlas si gustais.

Hízolo Juan Bautista, miéntras su interlocutor—aprovechando el momento—buscó con los ojos á Ida, que, alelada por cuanto presenciaba desde su escondite, apénas podia decir si estaba despierta ó dormida. El jóven se acercó á ella, la tomó por la mano, y el ganadero se halló con entrambos en frente cuando concluyó la cuenta.

— Mira, Ida, mira, dijo trasportado: ¡mil piezas de oro de 32 franken! De Arnoldo, ¡todo es de Arnoldo! ¿No es así, mi guapo Késsman? ¿vuestro exclusivamente?

— Sí, Sr. Kéller, esa suma me pertenece, y si os parece suficiente para equilibrar mi posicion con la de Ida, los dos os suplicamos que señaleis sin demora el dia de nuestro enlace.

— Ningun inconveniente miro ya, respondió Juan Bautista; pero ¿sabeis que no hubiera sospechado jamas fuese tan generoso el conde de Montsalvens? ¡Mil piezas de oro de 32 franken!..... Creo ahora positivamente, mi querido Arnoldo, que era fundada, exacta, la suposicion que hacian algunos en el lugar..... Sí, el señor de Montsalvens es vuestro padre.

— No es el conde quien me ha hecho ese donativo, repuso el mancebo, bajando los ojos y cambiando de color dos ó tres veces en un minuto.

— ¡No ha sido el conde!..... Pues mirad, me alegro, Arnoldo; me alegro de que no debais la vida ni la fortuna á ese usurpador de los dominios ajenos. Pero decidnos pronto, decidnos quién es el protector generoso.....

Arnoldo le interrumpió articulando con temblorosa voz :

—Os ruego encarecidamente que no me hagais pregunta ninguna : debeis comprender que existen á veces circunstancias graves, que exigen secreto.

— Estoy en todo, dijo Kéller, queriendo prestar á su ancha y mofletuda cara un aire de sutil penetracion. Hay probablemente mezcladas en este negocio personas de importancia; se sabe que perteneceis á una noble familia; todos lo creen así por lo ménos : vuestros padres, ó ilustres parientes, os habrán hecho ese regalo para que podais estableceros : nada más natural; pero, en fin, cuando uno no ha nacido con autorizacion del cura párroco es menester que las cosas se hagan con cierto misterio, sobre todo tratándose de gentes encumbradas. En mi concepto, nada os perjudica, querido jóven, el que vuestros padres no puedan reconoceros públicamente : no por eso dejais de ser noble y tener derecho á que miren por vos, como ya—á Dios gracias— han empezado á hacerlo. ¡Oh! yo os aseguro que debeis esperar mucho de la ternura paternal, tanto tiempo reprimida. Decidme solamente.....

—Nada sobre ese particular, mi amado Sr. Kéller, le interrumpió Arnoldo : vuelvo á suplicaros no me hagais preguntas que me molestan, porque no debo, no puedo responder á ellas. Básteos saber que ese dinero es mio, y tened la bondad de guardarlo; pues habiendo dejado para siempre el castillo de Montsalvens, é ignorando aún dónde he de albergarme esta noche, no quisiera tenerlo conmigo.

— Quedais desde este instante instalado en mi casa..... en la vuestra, pues ya la debeis considerar como propia. Corre, niña, haz que la criada disponga habitacion para Arnoldo : mañana dejarémos el chalet para trasladarnos á nuestra casa de la villa.

Ida obedeció regocijada. Las hipótesis de su padre —respecto á la procedencia del súbito caudal de su amante—la habian parecido completamente satisfactorias, y cualesquiera que hubiesen podido ser los temores que se le ocurrieran en el primer momento de tan extraordinaria sorpresa, todos quedaron disipados, dejando reinar absoluta la seductora idea de que nada se oponia ya á la ventura de su amor; que iba á ser en breve para ella un deber tan dulce

como sagrado. Miéntras tanto habia sacado Kéller de un escaparate una bolsa de piel de gamuza, en que guardó el dinero, diciendo — durante esta operacion — á su futuro yerno, que la miraba en silencio :

— Pues deseais señalemos hoy el dia de la boda, y que os quedais en casa desde luégo, creo, mi buen Arnoldo, que lo más pronto es lo mejor, para evitar hablillas y murmuraciones del lugar. Así, pues, id vos ahora mismo á prevenir al cura, á fin de que todo se arregle con la brevedad posible, y yo por mi parte avisaré al escribano y daré parte á los amigos; pues — si no lo llevais á mal — celebrarémos mañana el contrato y la comida de boda, y el 6 del próximo Julio—dia en que cumple Ida sus diez y ocho años —se puede verificar la ceremonia nupcial.

— Me parece muy bien, respondió Késsman, y os ruego me dispenseis ademas el obsequio de ser nuestro padrino.

— Sí que lo seré, hijo mio; pero ¡maldita casualidad, que se haya marchado á Friburgo el buen baron de Charmey! Si estuviera en su castillo, él, y no otro, os acompañaria al altar. ¡Oh, sí! es bien seguro que lo haria con mil amores.

— Renuncio sin pena al honor de tener por padrino á ese personaje, dijo Arnoldo,— que áun no habia olvidado las atenciones del jóven baron hácia Ida;— me agrada más que lo seais vos, Sr. Kéller.

— Os lo agradezco infinito. ¡Eh! ya está bien encerrado vuestro oro : voy á meterlo en el arca, y saldré al instante á cumplir mi parte de diligencias. Marchad vos á casa del cura : ya conoceis el adagio, *Casamiento y caldo escaldando.*

Acabando estas palabras, salió el ganadero de la estancia para ir á guardar los doblones de su presunto yerno, ansioso de correr en seguida por toda la villa divulgando aquellos sorprendentes sucesos y rindiendo testimonio de que Arnoldo habia descubierto ser hijo natural de un magnate opulentísimo, á quien motivos poderosos obligaron á observar hasta entónces el más profundo silencio; pero que acababa de reconocerlo, haciéndole—por primera demostracion de su paternal afecto—un regalo de *dos mil* piezas de oro de 32 franken : no ignoraba Juan Bautista que — tocante á intereses pecuniarios — es asaz general la antigua costumbre de

atribuirse el duplo de lo que realmente se posee; siempre que no sea mayor la conveniencia de rebajarlo.

Késsman por su parte salió tambien, ménos por ver al cura que por respirar al aire libre, ensanchando su pecho, y procurar sobreponerse á los contrarios sentimientos que le combatian.

Logró, en efecto, presentarse más tranquilo á la hora de la comida, y sostuvo las conversaciones de la noche con bastante desembarazo; pero cuando se halló sólo — encerrado en el cuarto que le habian señalado para dormitorio;— cuando se volvió á encontrar consigo mismo en el silencio y pavura de la alta noche, esforzándose por conciliar el sueño, que tenazmente le huia; entónces, decimos, cambió completamente de aspecto, y hubiera causado lástima á su mayor enemigo (si algunos tenía), la deplorable situacion de su conturbado espíritu. ¡Oh! bien se echaba de ver que un recuerdo horroroso, un remordimiento profundo, se albergaba en aquella alma. Los descompasados pasos con que recorria el triste recinto de su estrecha estancia; los estremecimientos nerviosos que por momentos le asaltaban; la especie de pánico terror con que se asombraba al más leve rumor de la madera que crujia, del gato que saltaba al tejado; la expresion particular de sus ojos y la contraccion de sus labios..... todo estaba indicando que el malaventurado jóven se hallaba muy distante de la serenidad de conciencia, con que descansaba — bajo el mismo techo que él — la inocente Ida en su lecho virginal.

Cayó, por último, de rodillas despues de su prolongada y tétrica agitacion, y un torrente de amargas y abrasadoras lágrimas brotó con violencia de sus párpados.— ¡Oh Dios! ¡Dios de misericordia! exclamó con voz ahogada; tenedla de este infeliz culpable. ¡He sucumbido al irresistible poder de una pasion insensata, en un momento de delirio y de fascinacion!..... pero no me desecheis para siempre! ¡no me condeneis, como merezco!

Aun permaneció postrado y llorando delante de Dios una gran parte de la noche, y esto pareció calmarle, pues se adormeció por fin cerca de la madrugada; y cuando — al despertar al otro dia— vió su estancia inundada de luz, y á Kéller que estaba poniendo sobre la mesa hermosos ramille-

tes de flores salpicadas de rocío—que Ida habia ido á recoger por sí misma á las faldas de la montaña, para enviárselas como primer saludo;—cuando oyó cantar las aves y mugir las vacas, y sintió por todas partes el movimiento y la actividad de la vida, parecióle que sus anteriores pesares no habian sido más que una tormentosa pesadilla, y que salia de ella con nuevo vigor y aliento.

En efecto, el cielo despejado y sereno, la tierra alegre y engalanada con la pompa de la estacion y de la aurora, todo contribuia á hacer olvidar las tétricas meditaciones de la noche, y anunciaba que aquel dia—en que se iban á celebrar los convenios de los novios—presidiria dignamente tan faustos preliminares de próxima ventura.

Arnoldo se sintió gratamente impresionado por las influencias exteriores, y al presentarse delante de su amada, su hermoso aunque descolorido semblante habia recobrado la natural expresion de apasionada dulzura. Pero bien pronto fué menester separarse: aquél era un gran dia; Kéller no paraba dando disposiciones para la traslacion á su linda casa de la villa, donde habia determinado solemnizar con un banquete la celebracion de los contratos. Ida, que esperaba asistiesen á ellos todas las mujeres del lugar, se apresuraba á preparar sus galas; Arnoldo, que debia hacer su regalo de boda en el acto de firmarse las capitulaciones, áun no lo habia comprado; cada cual, pues, tiraba por su lado, y todo era agitacion en la casa del ganadero, que tenía la gloria de haberla hecho extensiva á la poblacion entera, pues no habia quien no hablase de los acontecimientos ocurridos y de los que debian ser su consecuencia inmediata.

—¿No os decia yo que Juan Bautista Kéller era el hombre más afortunado del mundo? pronunciaba la frescota propietaria de una de las mejores viñas del país; miéntras en union con tres ó cuatro vecinas iba colocando por sí misma —en un cesto—los hermosos frascos de barro vidriado, llenos de excelente vino, que destinaba por regalo á los novios. ¡Ya veis! su hija no se casa con el baron, pero el paje se convierte de pronto en rico caballero para ser su yerno: eso es tener buena estrella, ó no las hay buenas en el firmamento.

—Hace mucho tiempo que habia oido yo decir que el jóven Késsman era noble; pero á la verdad no se me pasaba

por las mientes que podia salir siendo hijo de un conde? ¿no dijo Kéller que era conde el padre de su yerno?

—¿Conde decis.....? ¡príncipe! á mí me han asegurado que es un príncipe de no sé dónde.

—Teneis razon vecina: Juan Bautista es hombre de suerte; todavía lo habeis de ver á él mismo, en carne y hueso, hacerse conde y príncipe el dia ménos pensado.

—Callad, vecina, callad; que hay cosas capaces de hacer dudar de la justicia del cielo; porque, pregunto yo: ¿qué virtudes tan grandes practican ciertas gentes, que en todo son venturosas? ¿qué es lo que han hecho para merecer su constante fortuna.....? Otras hay que se consumen trabajando y nunca salen de pobres.

—Vos no podeis quejaros; vuestras viñas prosperan á pedir de boca; pero ¡yo, pobre de mí! soy viuda de un escudero de buena alcurnia, y áun no he podido reunir un miserable *sennte* de 100 vacas.....!

—Pues ¿qué decis de mí? saltó otra; mi marido era el jefe de los monteros del conde de la Gruyère, y sin culpa ninguna se ve arrojado del castillo y obligado á ganar el pan guardando ganados de plebeyos.

—Mi hijo se hubiera muerto de hambre despues que salió del servicio del conde de Montsalvens, si ese buen jóven que Dios bendiga, el baroncito de Charmey, no le hubiera hecho su paje de cámara; por cierto, vecinas, que ha venido á verme esta mañanita; él fué quien me despertó, ¿y sabeis lo que me dijo?

—¿Qué? preguntaron á la vez todas aquellas comadres.

—Me dijo, prosiguió la otra en tono de confidencia, que el baron iba á..... á..... ¿creereis que lo he olvidado.....? Pero debió ser á Friburgo, porque allí es, segun creo, donde se ventilan esas cosas.

—¿Qué cosas, vecina? ¡Si no habeis dicho nada!

—¿No lo dije? ¡Ah, tengo una cabeza!..... Pues bien, ¿no habeis oido asegurar que las pingües posesiones que constituyen las riquezas de Montsalvens, pertenecen en justicia al baron de Charmey?

—Eso es positivo, y luégo que despache este regalo os he de poner tan en claro los derechos del baron sobre dichos dominios, que podais jurar en conciencia ser tan suyos

como mios estos frascos; miéntras no salgan de mi casa, se entiende.

—Pues bien, mi hijo dice que el señor de Charmey ha ido á reclamar lo que le pertenece, y que Williams, el conserje del castillo, da por seguro que ha de volver triunfante ántes de mucho.

—Ya lo creo: si eso consiste en enseñar sus títulos y ya está. Lo extraño es que no se le haya ocurrido hasta ahora á ese buen baron el hacerlos valer; pero ¡Dios mio.....! ¿qué hora es esta que suena? ¡Las doce, y á las tres se firman los contratos! Dejadme, os ruego, vecinas mias; tengo que mandar mi regalo y que arreglar mi vestido color de escarlata.

—Nosotras tambien estamos convidadas.

—¡Oh, todo el pueblo! Kéller es rumboso; tocante á eso no se le puede tildar.

Las mujeres se separaron para hacer sus *toilettes*, y en idéntica ocupacion se halló una considerable parte de la gente femenina del lugar, hasta que sonaron las tres en la gran campana de la iglesia. Entónces los ámbitos de la casa de Kéller comenzaron á llenarse de lucida concurrencia. Ida hacia los honores, vestida sencillamente con infinita gracia, y poco despues se presentó el ganadero, enlazado un brazo al de su yerno futuro, y ostentando sus más lujosos atavíos.

Unánime aclamacion resonó en la sala, y todos los asistentes se apresuraron á felicitar á entrambos, y en especial al hijo del *opulento príncipe*, que recibia por primera caricia paternal dos mil piezas de oro de 32 franken.

Al mismo tiempo apareció el escribano con las manos cargadas de legajos, y leyó en alta voz la escritura dotal de la novia, en la que declaraba el esposo recibir de su padre político un extenso alpaje con 200 vacas gordas, otro más pequeño con 50, y la cantidad de 400 ducados de Berna en buena moneda de oro.

—¡Viva el rico ganadero! ¡viva el generoso papá! exclamaron los testigos; miéntras Kéller entregaba á su yerno las escrituras de donacion, y en un lindo bolso de seda los 400 escudos mencionados. Nuevos vítores resonaron al ver en manos del jóven aquella dote, considerable para ser de una villana, y se aumentó el entusiasmo cuando Arnoldo decla-

ró dotar, por su parte, á la jóven desposada con mil piezas de oro de 32 franken.

—¡La mitad de su fortuna actual! decia Kéller al oido de sus vecinos; pero ¿qué es eso para el hijo de un potentado?

—¡Viva el señor Késsman! ¡viva el novio espléndido! exclamaban todos, exaltados por aquel rasgo de desprendimiento y de conyugal ternura, y el jóven firmó las escrituras entre un concierto de aplausos.

En tal momento nuevo tropel de gente invadió de súbito la sala de reunion, y todo ruido cesó, y todas las miradas se preguntaron con lenguaje mudo qué significaba aquello; pues los recien venidos eran hombres de armas y traian la divisa de una ilustre y temida casa.

—Señores, dijo Kéller, adelantándose, ¿qué buscais aquí de este modo, en un dia de regocijo para mi familia?

—¿No se oculta en este recinto,—preguntó el que hacia veces de jefe,—el jóven Arnoldo Késsman?

—Es novio de mi hija, respondió Juan Bautista, y no se oculta de nadie: héle allí; ¿qué quereis de él?

—¡Arnoldo Késsman! pronunció entónces con atronante voz el que capitaneaba á los otros. En nombre del muy alto y poderoso señor conde de Montsalvens, de quien sois vasallo, quedais preso desde este instante. Seguidme; tengo órden de poneros incomunicado en uno de los calabozos del castillo.

—¡Preso! exclamaron todos asombrados.

—Pero ¿de qué delito es acusado este jóven? preguntó balbuciente el ganadero.

—Se ha perpetrado un robo en el castillo de su señoría, respondió con rudeza el hombre de armas, y todas las sospechas recaen en ese perillan. Asidlo vosotros, añadió dirigiéndose á su gente.

—No es menester —dijo Arnoldo adelantándose hácia ellos, pálido como un espectro:—estoy pronto á seguiros.

V.

Miéntras la pobre Ida, desmayada, era conducida á su lecho por algunas vecinas caritativas, que se afanaron por asistirla; y miéntras que Juan Bautista,—espantado y trémulo ante el miedo de aparecer cómplice ó encubridor de un robo,—se disponia presuroso á ir á poner en manos del Gobernador de Friburgo la cantidad de que Arnoldo le hiciera depositario; la mayoría de los convidados para la celebracion de los contratos nupciales, se alejaba cuchicheando de aquella casa donde acababa de penetrar la desgracia.

—Hé aquí en lo que han venido á parar los humos del rico ganadero, decia la propietaria de viñas. Despues de tanta bambolla, se ve hoy objeto de burla ó lástima para todo el lugar. ¡Vaya con su yerno, el hijo del príncipe, de qué modo prueba su elevado orígen!

—Parece increible que ese muchacho haya podido cometer un delito infame. ¡Tiene aspecto tan noble y aparenta tan buenos sentimientos!..... pero la culpa no es suya, sino del codicioso que se negaba á darle su hija si no se hacia rico. Ya veis, era ponerle en el disparador, porque el pobre chico estaba furiosamente enamorado.

—¿Y por qué tuvo la audacia de remontar tan alto su pensamiento? preguntaba cierto moceton, idólatra de Ida y envidioso de Késsman. Nunca me ha petado el tal paje, con sus pretensiones de nobleza, sin ser más—en resumidas cuentas—que un espúrio, que no conoce el nombre de sus padres ni el lugar de su nacimiento.

—Por dicha reputaria al presente fuera tal ese misterio que lo envuelve, que no pudiese probar el conde de Montsalvens estar sujeto á su jurisdiccion (pronunció gravemente el viejo Bull); pues creo capaz á aquel magnate,—Dios me perdone el mal juicio,—de hacer ahorcar sin misericordia al pobre jóven por sólo la sospecha de una falta.

—¡Falta! ¿llamais falta á un robo considerable con abuso de confianza? repuso el moceton envidioso: tal crímen, ademas, aparece claro como la luz del dia. ¿De qué modo

explicar, si no, que Arnoldo, sin tener sobre qué caerse muerto, deje de repente el servicio del conde, y aparezca poseedor de mil piezas de oro de treinta y dos franken?

—En efecto, la cosa no admite dudas,—añadió la propietaria de viñas. Compadezco con todo mi corazon al desventurado Arnoldo; pero es preciso confesar que todas las apariencias le condenan.

Despues de estas palabras, cuyo peso debieron sentir vivamente las personas que se mezclaban en la conversacion, el pobre amante de Ida quedó declarado reo casi unánimemente, y apénas si hubo una voz misericordiosa que se negase á calificarlo de ladron desalmado.

Sin embargo, casi en los mismos momentos se entablaba en el castillo de Montsalvens un diálogo singular entre el juez acusador y el vasallo acusado, que, á ser oido por los vecinos del pueblo de Neirivue,—como lo será por nuestros benévolos lectores, á quienes se lo trascribirémos fielmente,—les hubiera sorprendido no poco, dando á sus pensamientos inesperado giro.

—Arnoldo, decia el conde, á cuya presencia fué conducido el preso; malignas sugestiones os persuadieron sin duda de que teniais derecho á sustraer de mi escritorio los documentos que repentinamente han faltado de él; pero escuchadme, porque os voy á hablar con toda sinceridad y con el interes que un padre pudiera sentir hacia su hijo. Las ventajas que podais sacar de la posesion de aquellos escritos, que—no sé cómo—habeis logrado robarme, son muy inferiores á las que estoy dispuesto á concederos si me los devolveis inmediatamente; dejando burladas las ambiciosas esperanzas del enemigo mio que ha abusado de vuestra candidez, para engañaros y decidiros á una mala accion impropia de vuestro carácter, y la cual ciertamente no debia esperar el amigo, el protector que os acogió desde vuestra desvalida infancia, y que os quiere..... ¡oh! sí, Arnoldo,—os quiere, podeis estar seguro, con la ternura de un padre.

Jamas hasta entónces habia sido el conde de Montsalvens tan benigno, tan blando, tan expresivo con su paje, el cual, conmovido indudablemente por aquellas muestras insólitas de generosidad y de afecto, no pudo ménos de precipitarse á sus piés, exclamando con lágrimas:—Perdonadme, señor; confieso

arrepentido que, aprovechando vuestro sueño, la noche siguiente á la de la velada de San Juan, os cogí la llave del escritorio, y busqué y hallé la cartera á que haceis referencia. No me posesioné de ella por creer pudiera encerrar algun secreto que me conviniese descubrir, ni tenía motivo alguno para suponerme con el menor derecho á ejecutar lo que hacia..... ¡Ah, señor! habeis adivinado la verdad: fuí arrastrado por sugestiones malignas..... Obré bajo la influencia de una voluntad más poderosa que la mia..... Perdonadme pues, perdonadme.

—Os perdono, sí, —repuso el conde, temblando de cólera, pero tendiendo al jóven las manos con aparente conmiseracion: os perdono, querido Arnoldo, y tan pronto me devolvais mis documentos os daré explicaciones satisfactorias de muchas cosas que habréis encontrado en ellos, y que quizás sean todavía harto oscuras para vos.

—No he abierto aquella cartera, señor conde, dijo el jóven—siempre contrito y arrodillado;—no he leido ni uno sólo de los escritos que contiene.

—Tanto mejor para vos, replicó Montsalvens, á quien las últimas palabras de su interlocutor complacieron visiblemente. Decidme al punto dónde teneis el objeto sustraido, y de nada podréis ya reconveniros; todo quedará olvidado; seré más que nunca vuestro amigo, vuestro favorecedor, vuestro segundo padre.

—La cartera—balbuceó Arnoldo, asiendo las manos del conde con un gesto de amarga desesperacion;—la cartera, señor, no está, por desgracia, en poder mio.

—¡Cómo! exclamó el conde, perdiendo de un golpe su fingida dulzura. ¡Infame! ¿habeis, pues, entregado mis documentos al baron de Charmey para que me despoje, para que me arruine?

—Sólo una vez en mi vida he visto al baron de Charmey, repuso el jóven, y nada sabe su señoría de los documentos en cuestion.

El conde clavó con incredulidad sus chispeantes ojos en los de Arnoldo, y despues de un instante de silencio—durante el cual procuró reconcentrar su violento despecho,—articuló, por último, estas palabras.

—Si lo que decis es verdad, áun podemos entendernos,

Késsman; áun puedo yo perdonaros; pero no estando en manos de mi enemigo, ni tampoco en poder vuestro los importantes documentos que me sustrajisteis, ¿en quién los habeis depositado?

—¡Ah, señor conde! exclamó el jóven estremeciéndose: eso es un misterio horrible.

—¡Explicadlo! yo lo quiero, yo os lo mando, dijo el conde, ebrio ya de furor, pero procurando todavía dominarse.

—¡Pues bien! sabedlo todo: amo á una jóven del país, cuyo padre habia dicho muchas veces no se la daria jamas por mujer á un hombre privado enteramente de bienes de fortuna.

—¡Y qué! dijo impaciente el conde.

—Y hay una tradicion popular, prosiguió Arnoldo con voz ahogada, que asegura que en la noche víspera del dia de San Juan..... ¡Oh, señor conde, tened piedad de mí! es espantoso lo que voy á deciros.

—¡Acabad! ¡acabad! gritó Montsalvens, golpeando colérico el pavimento con sus descomunales piés.

—Existe á poca distancia de Neirivue, prosiguió Arnoldo, un lugar que llaman *el camino de Evi*, y la tradicion afirma que el diablo aparece allí á mitad de la mencionada noche, y enriquece al individuo que osa esperarlo en un paraje oscuro y cubierto de helecho.

—¡Miserable! ¿me venis ahora con cuentos de viejas?

—No, señor conde, esto no es un cuento; porque yo..... yo estuve la víspera de San Juan en el camino de Evi.

—¿Y qué tiene que ver eso con el robo que me hicisteis?

—Que el diablo, señor conde, el diablo mismo fué quien me sugirió aquel crímen. Su voz ronca y terrible llegó á mis oidos, en medio de la oscuridad de aquella noche pavorosa.—Arnoldo Késsman, me dijo, no vienes á pedirme la posesion de un trono ó de feudales dominios; sólo anhelas á una mujer, y para que la obtengas me basta hacerte un modesto donativo. No seré, por tanto, exigente contigo; no te pido el alma; sólo reclamo una señal de tu valor y obediencia. El conde de Montsalvens, tu amo, guarda en su castillo cierta cartera, cuyas señales te daré, y que contiene escritos que no le pertenecen; pues son mios..... sí, sólo el diablo tiene derecho á ellos. Es menester que descubras el

sitio en que se encuentra esa cartera; que la sustraigas, y que dentro de tres dias, á esta misma hora, me la entregues en este sitio. En cambio de ella, tendrás al instante mil piezas de oro de treinta y dos franken. Guárdate, empero, de abrirla; porque, si lo haces, quedas desde aquel instante siervo del infierno para siempre, y yo no quiero en mis dominios sino á los que conquistan su entrada con servicios más grandes y trascendentales. — ¡Oh! señor conde, prosiguió el jóven sollozando: cuando salí de aquel lugar funesto, me hallaba resuelto á no cumplir las condiciones del maligno, á renunciar, como debia, su ominoso donativo; pero..... ¡él lo tenia todo dispuesto para tentarme! La noche del 24 de Junio pusisteis en mi presencia, bajo la almohada en que descansais la cabeza al acostaros, la llave del escritorio en que yo habia visto, una vez que lo abristeis delante de mí, la misteriosa cartera cuyas señas me habia dado el demonio. Aquella llave estaba al alcance de mi mano..... vuestro sueño parecia profundo..... ¡oh! ¡perdonadme! caí en la tentacion, señor conde, y Satanás recibió dos noches despues el objeto que deseaba.

—¿Estais loco, ¡desdichado! ó me juzgais un imbécil? gritó el conde, que ya no podia contener más los ímpetus de su ira.

—No señor, respondió Arnoldo; toda la villa de Neirivue sabe que, despues de aquella aciaga noche, soy poseedor de mil piezas de oro de treinta y dos franken..... recompensa que me dió Satanás por la villana conducta á que logró arrastrarme.

—¡Oh estúpido! exclamó—fuera ya de juicio—Montsalvens: si pierdo mi fortuna por la sustraccion de esos documentos que no quieres devolverme, tendré al ménos el consuelo de verte perecer quemado vivo; pues acabas de delatarte reo del más horrendo de todos los delitos. Venid,—añadió, llamando á su capellan, que entraba en aquel momento en la pieza inmediata;—venid para ser testigo de la acusacion espantosa que este desalmado lanza contra sí mismo. Declara haber celebrado pacto con el demonio, vendiéndole su alma por mil piezas de oro de treinta y dos franken.

—¡Dios mio! exclamó horrorizado el sacerdote; ¿cómo tolera vuestra señoría en su presencia un monstruo seme-

jante, y no le ha entregado al punto al verdugo para que le arranque de la haz de la tierra?

—¡Piedad! ¡piedad! repetia Arnoldo, queriendo abrazar las rodillas del ministro de los altares; pero éste lo rechazó con santa indignacion, miéntras que el conde de Montsalvens — infernalmente gozoso al ver que le daba el desdichado los medios más seguros de perderle y vengarse — ordenaba precipitadamente la formacion del proceso, en que debia resultar convicto y confeso de haberse vendido al diablo.

El pobre jóven no se defendia, ni lo consideraba posible. Abrumado bajo el peso de su propio remordimiento, se entregó cual resignada víctima á los furores vengativos del terrible magnate, y la muerte le parecia pequeña expiacion del odioso delito que se imputaba.

Pero ¿por qué el conde — que indudablemente se reiria en su interior de las liberalidades del demonio en el camino de Evi;— por qué el conde, que se jactaba de *esprit fort* muy superior á las supersticiosas creencias del ignorante vulgo, se aferraba para su venganza en aquel pretexto inesperado, en vez de proceder contra Arnoldo como reo del verdadero delito de haberle sustraido documentos importantes?

El capítulo siguiente nos aclarará acaso este misterio.

VI.

El baron de Charmey se habia ido efectivamente á Friburgo — segun se ha indicado ántes — y sin pérdida de momento hacia valer sus derechos á las posesiones usurpadas por Montsalvens; desplegando actividad y energía tan extraordinarias, como lo habian sido la indiferencia é incuria con que hasta entónces sufriera pacientemente la usurpacion escandalosa.

Pero si él se daba prisa en mirar al cabo por sus ántes descuidados intereses, entablando litigio cuyo éxito no pa-

recia dudoso, el conde por su parte no obraba con ménos diligencia y ardor para apresurar el curso del proceso formado contra Arnoldo, y — por desgracia — tambien era fácil de prever un resultado inmediato conforme á los deseos de su implacable encono.

Aunque el fanatismo religioso — creador del funesto tribunal que osó llamarse *santo* — no se igualase nunca en la Helvecia al que dominó largo tiempo en nuestra infortunada España — donde se quemaban mujeres, calificadas de brujas, por *volar y otros excesos*, — todavía era potente entre ciertas clases de la sociedad, y todavía — máxime siendo activado por influencias tan eficaces como la del señor de Montsalvens — podia levantarse amenazador é irresistible al ruido de un proceso por diabólicos pactos. Harto lo comprendia así el rencoroso conde, y convencido de que iba á perder para siempre la cuantiosa fortuna que por tantos años se habia injustamente apropiado, consolábase en parte con la feroz satisfaccion de creer tambien indudable que haria pagar muy caro el triunfo de Charmey al infeliz jóven á quien reputaba su instrumento.

Miéntras tanto la enamorada Ida — que habia logrado enterarse mejor que la generalidad de los vecinos de Neirivue de cuál era el crímen de su Arnoldo, y cuál el castigo que le amenazaba; — la enamorada Ida, decimos, presa de insoportables angustias, rogaba al cielo la sacase del mundo ántes que condenarla á ser testigo del bárbaro suplicio de su amado, á quien incesantemente la representaba su imaginacion envuelto por las llamas de la hoguera, entre los clamores de la execracion pública.

En este estado las cosas, ocurrió de pronto un notable incidente, que dió abundante pasto á la curiosidad general, produciendo contradictorios comentarios, ninguno de los cuales se fijaba en lo cierto.

Era el caso que — sin saberse en el pueblo de quién partia la iniciativa — debia tener lugar una entrevista secreta é importante entre los dos señores de Montsalvens y Charmey, cabiéndole la honra al chalet de Juan Bautista de ser escogido para teatro de ella.

Efectivamente, el suceso se realizó en uno de los últimos dias de aquel verano, fecundo en novedades.

A la misma hora en que algunas semanas ántes apareció repentinamente el jóven baron donde se celebraba la alegre velada de San Juan, se le vió nuevamente atravesar los umbrales del ya solitario chalet; pero no llevaba esta vez impresa en el semblante la franca jovialidad con que habia regocijado á los concurrentes de la fiesta de Kéller; ántes bien, si álguien le observára la noche á que ahora nos referimos, sorprenderia de seguro en su hermosa y abierta fisonomía cierta veladura de zozobra y tristeza; difícil de explicar en los momentos en que se anunciaba próximo á fallarse á favor suyo el litigio que debia hacerle uno de los más opulentos señores de la comarca.

Sin embargo, aquellas señales de malestar, que cualquiera hubiese podido descubrir en su aspecto en el instante de penetrar por segunda vez en el modesto recinto del chalet del ganadero, — y que se acrecentaron visiblemente cuando se encontró en la misma estancia donde habia referido dos meses ántes la historia del donativo del diablo al amante de la bella Emma, — aquellas señales reveladoras al parecer de tormentosos recuerdos, fueron poderosamente dominadas por enérgica voluntad, al presentarse — torva y sombría — la antipática figura del conde de Montsalvens. Entónces, como si quisiera contrastar con su enemigo, el baron supo recobrar de súbito su sonrisa habitual, y — en apariencia al ménos — hizo brillar en sus hermosos ojos la expresion serena de un alma tranquila y satisfecha.

— Gozad de vuestro triunfo, le dijo ásperamente, al observarlo, el conde de Montsalvens. Dentro de poco me dejaréis reducido á la indigencia; pero sabed, si lo ignorais, que al ir á tomar posesion de los dominios de que seré desposeido, los hallaréis alfombrados por las cenizas humeantes del seducido Késsman, confeso del atroz crímen de haberse vendido al espíritu del mal.

— Os estais burlando, sin duda, respondió su interlocutor, procurando no inmutarse. Bien convencido estais, señor conde, de que el crímen que mencionais no existe más que en la turbada imaginacion del desgraciado mancebo.

— Sí, comprendo que en todo este asunto no hay otro diablo que vos — repuso el conde; — vos, que á trueque de po-

der arruinarme, no habeis vacilado en comprar la conciencia, arrastrando al precipicio á un infeliz, que tiene derecho á toda vuestra ternura; pero, aunque os reconozca y os confiese único y verdadero autor de tan satánica obra, no por eso se escapará Késsman de la hoguera, ni vos — si sois capaz de sentirlo — del remordimiento de haberlo precipitado en ella.

— Debo persuadirme — dijo el jóven baron con admirable tono de sangre fria — que no serán muy rudas las torturas del remordimiento con que me amenazais; toda vez que no disteis señales de ellas cuando usurpasteis mis bienes, empleando las armas más desleales y villanas..... toda vez que tampoco os han impedido hacer alardes de caridad generosa, persuadiendo á todos que era Arnoldo Késsman un indigente sin otros recursos que vuestros beneficios; miéntras os utilizabais del módico patrimonio de que os hizo depositario el padre de aquel mísero huérfano, cuando os lo confió moribundo.

— ¡Probadlo ante un tribunal! pronunció casi ahogado por la cólera el iracundo conde. Presentad los documentos que atestiguen vuestro aserto.

— Os consta que no lo haré, replicó el baron conservando su aplomo, y por eso es por lo que os atreveis á provocarme. Sí, conde de Montsalvens, confieso que no quiero ni debo presentar nunca los escritos que patentizan la verdad de mi aseveracion; confieso asimismo que no salvaria á Arnoldo del suplicio á que presumis sea condenado, si para alcanzar su justificacion me era forzoso explicar ante los hombres la causa del interes inmenso que tenía en arrancar de vuestras manos los indicados documentos; interes que me inspiró la estratajema que os ha suministrado pretexto para perder á un desvalido.

— Pues bien, — dijo Montsalvens, — si os hallais, como lo supuse desde luégo, resuelto á no declarar que habeis sido el diablo que dictó y pagó la traicion de mi paje, — porque no os conviene dar explicaciones del misterioso motivo que justificaria la verdad de vuestro dicho; — si ántes que patentizar secretos ignominiosos consentiréis perezca aquél en las llamas..... ¿á qué fingir que tomabais á burla mi amenaza,

como lo hicisteis al comenzar esta desagradable plática? ¿Será que me juzgais tan bueno é inofensivo, que no la lleve á efecto por conmiseracion magnánima?

Al pronunciar las últimas palabras el conde parodió una sonrisa, de tan horrible carácter que hizo palidecer al baron; por más que se esforzaba para mostrarse sereno, no dando á su adversario la bárbara satisfaccion de conocer tenía miedo á su perversidad inexorable.

— En verdad, Sr. de Charmey, añadió éste, que no puede ménos de parecerme muy singular la confianza que os inspiro.

— Os engañais, Sr. de Montsalvens, contestó su interlocutor. Me habeis hecho comprender demasiado lo mucho de que sois capaz; pero he venido aquí dispuesto á proponeros una transaccion, que — en las presentes circunstancias — os debe ser más ventajosa y lisonjera que el triste triunfo de vuestro rencor. Por eso me anima la esperanza de que, si no habeis perdido el juicio, no os empeñaréis — despues de haberme oido — en hacer quemar vivo al hijo de vuestro pariente y amigo, que os lo recomendó en su lecho de agonía. Semejante ferocidad fuera para vos completamente inútil; miéntras que aceptando mi proposicion de avenencia, os evitaréis la completa ruina á que asegurais os reduzco por el invencible poder de mi derecho.

— Y ¿cuál es la transaccion? preguntó Montsalvens sentándose en un sillon, con el aire de quien se prepara á sufrir alguna impertinencia. El baron, sin desconcertarse por ello, tomó tambien asiento y formuló con entera voz su pensamiento, en los términos siguientes:

— Llevais — aunque indignamente — un nombre ilustre, que quiero respetar, y me interesa no salgan jamas de labios como los vuestros otros nombres, que respeta todo el mundo. Os obligaréis, por tanto, — so pena de quedar invalidado en todas sus partes el convenio que ahora hagamos, — á guardar absoluto silencio sobre los secretos que revelaban los documentos contenidos en la cartera de que se posesionó Arnoldo con legítimo derecho, y en cambio me comprometeré yo solemnemente á callar tambien el vergonzoso fraude que habeis cometido, al despojar al huérfano de

su modesto patrimonio, de cuya pérdida tomaré á mi cargo resarcirle.

—¿Es eso todo? dijo Montsalvens con su cínica sonrisa. ¿Habeis formulado por completo vuestro gran proyecto de transaccion y avenencia?

—No, conde; me resta exigiros la anulacion del proceso contra el jóven Késsman; anulacion tal, que en ningun tiempo sea posible revivirlo. ¿Lo entendeis bien? Vuestra actividad é influencia—que han sido tan grandes para formarlo—deben emplearse con igual éxito para invalidarlo prontamente, dejando el buen nombre del procesado en el lugar que merece.

—¡Magnífico! exclamó el conde con horrible mueca de sarcasmo; pero ¿cuál es la estupenda concesion que quereis proponerme para compensar el sacrificio de mi justa venganza?

—A eso voy precisamente, respondió Charmey, conservando siempre admirable apariencia de sangre fria. Me habeis hecho el honor de darme várias veces el nombre del príncipe del abismo, y oso esperar, Sr. de Montsalvens, me permitais repetir en vuestro favor, cada año, miéntras duráre vuestra vida terrestre, el *donativo del diablo.*

—Es decir, que quereis darme una renta vitalicia de mil piezas de oro de treinta y dos franken. ¿No es así?

—La creo más que suficiente para poneros á cubierto de la indigencia, que tanto os atemoriza, y en la que ciertamente no me halagaria ver á un hombre de vuestra alcurnia.

—Pero, puesto que aceptais el papel del espíritu maligno, debe comprender vuestra sagacidad que no pueden tentarme vagas promesas sin ninguna garantía.

—Indudablemente, Sr. de Montsalvens; y ahora—que leo en vuestro semblante que mi transaccion prometida empieza á mereceros algun aprecio—os diré de una vez que estoy pronto á daros cuantas seguridades necesiteis. El dia mismo en que Arnoldo Késsman, completamente justificado por vos, vuelva al goce de su libertad y de su honra, pondré en vuestras manos, en documentos á satisfaccion vuestra, la obligacion que contraigo.

— Supongo que esperaréis — para poder estar cierto de cumplirla — á que sea fallado el litigio pendiente entre los dos.

— Aun cuando así se haga (dijo el baron poniéndose en pié, como si diera por terminado el convenio), la espera no será larga, señor conde, pues harto sabeis que nuestra contienda judicial está tocando á su término; no permitiendo otra cosa la evidencia de mi justicia.

— Sí, articuló el conde levantándose tambien y ahogando apénas un rugido de despecho : sí, Sr. de Charmey, sé que seré vencido, porque vuestra diabólica astucia ha sido mayor que todas mis prevenciones; pero no es tiempo de entrar en esta materia. Me habeis hecho una propuesta de transaccion, y os pido tres dias para meditarla y resolver.

— Ahora ó nunca, dijo con firmeza el baron. Es preciso que admitais ó que rechaceis, clara y resueltamente, aquí, al instante, porque los momentos son preciosos para mí..... y tambien para vos—que teneis que andar muy listo si habeis de destruir á tiempo los efectos de la horrible causa que habeis hecho formar al desventurado cuya suerte os fué confiada. Decidid, pues, sin demora, Sr. de Montsalvens. Sólo aguardo un sí ó un no de vuestros labios, para tenderos mi diestra, olvidando todo lo pasado, ó para dejaros entregado — bajo el peso de mi maldicion — á la justicia divina, que os hará perecer en la miseria.

El conde guardó silencio por algunos instantes. Era evidente que vacilaba todavía entre su ódio y su conveniencia; entre su necesidad de venganza y su necesidad — no ménos apremiante — de salvarse á cualquier precio de una completa ruina.

Durante aquel intérvalo de rudo combate en el alma de su enemigo, tambien en la de Charmey pasó, seguramente, cierta incertidumbre dolorósa; pues — no obstante sus esfuerzos contínuos para mostrarse sereno — si el conde, ménos preocupado con sus propios sentimientos, se hubiese detenido á observarle, le habria visto palidecer y estremecerse, aguardando con invencible ansiedad la terminante respuesta que le exigia.

Por fortuna pudo más la codicia que el rencor en el ánimo de Montsalvens, y aunque no sin hacerse violencia —

hasta el punto de morderse los labios haciendo saltar la sangre — pronunció, por último, con cierto gesto singular, que parodiaba una sonrisa :

— Bien, queda aceptado el *donativo del diablo*, toda vez que espero no me ha de exigir el alma en cambio de lo que otorga.

— Perded cuidado, respondió el baron — respirando, al fin, é imitando la forzada jovialidad de su enemigo :— no tiene el diablo necesidad de pediros lo que hace tanto tiempo le pertenece. Dicho esto, saludó cortésmente á Montsalvens, dándole la mano y manifestándole que esperaria aviso suyo en el castillo de Charmey, para que quedase definitivamente cumplida la transaccion estipulada.

VII.

Pocas semanas despues, la villa de Neirivue se hallaba alborotada por notables sucesos, casi simultáneamente ocurridos.

El jóven baron de Charmey — tan simpático para todos los habitantes de aquel pueblo — habia ganado completamente el litigio entablado contra el temido conde de Montsalvens; siendo puesto en posesion de los pingües dominios que habian constituido la opulencia de este personaje durante muchos años. Pero no era esta sola la novedad causante del interés general: el conde, ademas, se habia ausentado, jurando, en su despecho, no volver á pisar el suelo de la Helvecia; pero ántes habia puesto en libertad al procesado Arnoldo Késsman, cuya inocencia resultó patente segun confesion de su mismo acusador; quien reconoció y probó haber sido efecto de momentáneo enajenamiento mental — nacido de la vergüenza de verse sospechado injustamente de un robo — el haberse denunciado él mismo, absurdamente, reo de un pacto diabólico.

Todas las buenas gentes de Neirivue participaban sinceramente, en esta fausta ocasion, del júbilo indecible de la interesante Ida, que —desde la terrible peripecia que tuvo lugar el dia de sus contratos matrimoniales — habia sufrido amarguras y zozobras indecibles, de las que iba á compensarla, por fin, la Providencia divina, realizando el anhelado enlace en que cifraba toda su ventura.

Pero aunque simpatizase el pueblo con el gozo de los dos amantes, no dejaban de circular hablillas y murmuraciones sobre el papá Juan Bautista; cuyo orgullo llegaba al apogeo al declarar á sus amigos—muy orondo y satisfecho—que su ilustre amigo Charmey le pedia con insistencia irresistible le cediese la honra de servir de padriño á los felices novios, de los cuales se declaraba protector decidido. El ganadero solia añadir—en tono confidencial—que no le quedaba ya la menor duda de la nobilísima alcurnia del que iba á ser su yerno, ni de que recibirian regalos dignos de príncipes los jóvenes contrayentes.

En efecto, aunque tildasen los vecinos de ponderativo y jactancioso al bueno de Juan Bautista, pronto se supo con evidencia que era realmente el baron padrino del próximo casamiento, y que preparaba para solemnizarlo presentes y festejos de los que quedaria perdurable memoria en la modesta villa de Neirivue.

Nadie hablaba, por tanto, de otra cosa que del ya célebre desposorio; para el cual todas las mujeres compraban galas á porfía, y todos los hombres aprontaban su contingente de obsequios, con el doble objeto de demostrar á los novios su amistad, y al poderoso padrino lo mucho que sabian agradecer la honra que dispensaba, en Juan Bautista, á todos los hijos del pueblo.

Solamente Arnoldo,—que debia ser el más contento y ufano,—parecia no gozar por completo de la general alegría; porque le preocupaba en gran manera no hallar explicaciones en su mente, del inesperado y venturoso cambio que acababa de tener su suerte. ¿Por qué el conde de Montsalvens, —tan rencoroso y tenaz,—habia pasado repentinamente desde la encarnizada persecucion que le habia jurado, hasta el extremo de hacerse su defensor y panegirista? ¿Por qué el conde de Charmey,—que indudablemente habia influido en

la anterior incomprensible mudanza,—le dispensaba á él, pobre mancebo oscuro, tan señales pruebas de interes y patrocinio? ¿Qué misterio se encerraba en la singular coincidencia de haber hecho valer sus derechos, por tanto tiempo desatendidos, precisamente cuando el usurpador,—en las reconvenciones que dirigia á su ex-paje,—le acusaba de haberse hecho instrumento de los intereses de aquel jóven magnate?

Por último, ¿qué debia pensar *del donativo del diablo*, origen para él de remordimientos no disipados todavía?.....

No hallaba Arnoldo, por más que meditaba—dando tortura á su inteligencia—manera clara de resolver tales dudas; y en medio de su inmensa felicidad, las nubes de misterio que envolvian el orígen de ella, bastaban á oscurecer con frecuencia las irradiaciones de su luz.

Llegó en tanto la víspera del dia solemne que debia unirle para siempre á su adorada Ida, y el jóven se resolvió entónces á pedir al baron algunos minutos de conversacion sin testigos, para suplicarle le sacase de ansiedades dándole la clave de tan complicados enigmas.

—Señor de Charmey (le dijo apénas se vieron solos), tengo la íntima conviccion de que habeis contribuido no poco á que el conde de Montsalvens desistiera del proceso que me hacia formar, como á reo confeso del abominable delito de un pacto diabólico, y quisiera mereceros el nuevo favor de que me explicarais cómo y por qué trabajasteis en beneficio mio, hasta obtener resultado completo.

—Lo que he hecho por vos, mi querido Arnoldo, contestó el baron con acento un tanto conmovido, era un deber de conciencia. El dinero que creisteis recibir del demonio salió de mis manos para pasar á las vuestras. Yo fuí quien os hizo aquel donativo, que pudo seros funesto.

—¡Vos! exclamó Arnoldo admirado.

—Desde meses ántes de la velada de San Juan, añadió el baron de Charmey, concebí el designio de usar de la estratagema, que ahora reconozco imprudente. Erais paje de cámara de un hombre que guardaba ciertos escritos, capaces de comprometer gravemente el honor de una ilustre familia; pensé que podria sustraerlos por vuestra mediacion, y no vacilé en aprovechar las favorables circunstancias de aquella

antigua tradicion, y del anhelo que debiais tener por adquirir medios para ser aceptado como marido de Ida Kéller. Entónces, Arnoldo,—añadió el jóven caballero más conmovido aún,—ignoraba lo que me hicieron saber despues los documentos en cuestion : ignoraba que al quitárselos al conde, no haciais más que tomar lo que podiais legítimamente considerar vuestro.

—Pero si me pertenecian los escritos á que haceis referencia, observó Késsman, ¿por qué os interesaba tanto el conquistarlos vos, señor de Charmey?

—¡Escuchad, Arnoldo! dijo el baron bajando la voz—trémula ya por el exceso de un enternecimiento visible.—Cierta dama de elevada clase, hallándose ausente su marido, tuvo la desgracia de inspirar pasion tan invencible como la que sentis por Ida Kéller, á un caballero ilustre que poseia todas las dotes para hacerse querido. Así, el tirano sentimiento que os hizo aceptar un donativo, en vuestro concepto infernal, fué tambien funestamente poderoso en el alma de aquellos dos desdichados. ¡Todo lo olvidaron en momentos de delirio!..... Pero volvió el esposo, los culpables tuvieron que separarse para siempre, y algun tiempo despues murió uno de ellos en brazos del conde de Montsalvens, que era su amigo, su deudo ademas, y que entónces—arruinado por los desórdenes de una juventud libertina—se hallaba muy léjos de imaginar pudieran nunca recaer en su persona los vastos dominios del opulento personaje, lejano pariente suyo, cuya herencia se apropió posteriormente, pasando por encima de mis preferentes derechos.

—Pero ¿por qué causa tolerasteis semejante usurpacion? preguntó Arnoldo.

—Quedó en poder del malvado que la cometió,—continuó diciendo Charmey, miéntras temblaba en sus párpados una lágrima que no pudo contener;—quedó en poder de Montsalvens, repitió procurando dominarse, un niño infeliz, fruto de los infaustos amores que dejo mencionados, y con aquel sagrado depósito—que le hizo un padre moribundo—recibió tambien los documentos cuya existencia ignorabais. Muchos de ellos eran cartas de la ilustre dama á su amante..... cartas trazadas con tanta pasion como imprudencia..... firmadas con su nombre..... timbradas con su escudo. Otros

eran escritos de la misma mano, dirigidos al confidente y amigo del difunto, conteniendo recomendaciones ardorosas á favor del huérfano confiado á su tutela..... y en ellos consta que sois vos, Arnoldo, aquel inocente niño, y que vuestro padre os dejó en manos del infiel amigo una parte no despreciable de su modesta fortuna. Nada de esto sabía yo cuando me valí de un ardid peligroso para moveros á ser mi cómplice en la sustraccion de tan graves documentos; sólo me movia el anhelo de arrancar de manos de Montsalvens las pruebas evidentes del deshonor de una respetable familia, y de las cuales osaba hacerse una arma para proteger usurpaciones. Sí, Arnoldo, era bastante bajo para decirme: — El dia que intenteis matarme en duelo, ó hacer valer vuestros preferentes derechos á los bienes de que me he posesionado, ese mismo dia divulgaré los secretos de que soy depositario..... removeré las cenizas de la desgraciada que ya no existe, y despojaré su memoria del inmerecido respeto que la acompañó á la tumba.

— Me estais descubriendo la más inaudita infamia, dijo Késsman, y os rindo infinitas gracias, señor de Charmey, por haber salvado el honor de mi madre escogiéndome por instrumento de vuestro noble designio; pero permitidme os diga que áun no comprendo qué interes personal teniais en todo esto: sí, no alcanzo el motivo que os pudo hacer tan precioso el buen nombre de mi familia, que para conservarlo hayais dejado por tanto tiempo al conde en tranquila posesion de la gran fortuna que os pertenecia.

—¿Es posible que no lo haya adivinado vuestro corazon, Arnoldo? repuso el jóven caballero reteniendo con dificultad el llanto que se agolpaba á sus ojos. Pues bien, yo os lo explicaré: sabed que nos es comun á los dos el sagrado deber de conservar sin mancha el nombre de aquella que os dió la vida; porque..... tambien en su seno comenzó la mia.

—¡Sois mi hermano! gritó trasportado Késsman.

—No alceis tanto la voz, respondió Charmey; venid á pronunciar ese dulce nombre sobre este corazon, que os ama..... pero despues olvidadlo. Tal sacrificio nos impone á entrambos el respeto debido á nuestra infortunada madre.

Los dos jóvenes se precipitaron el uno en brazos del otro, y confundieron sus lágrimas en aquel largo y cordialísimo

abrazo; pero al mismo tiempo llegaron á sus oidos — para sacarlos bruscamente de su profunda emocion — las estrepitosas aclamaciones de — ¡Viva el baron de Charmey! ¡vivan los novios!

Los vecinos de Neirivue habian invadido tumultuosamente la casa de Juan Bautista, ansiosos de admirar los grandes regalos del ilustre padrino á los dos venturosos amantes, y tambien venian aguijados por la curiosidad de conocer el motivo de un espectáculo sorprendente, que no acertaban á explicarse. *El camino de Evi* habia aparecido — desde las primeras horas de la noche — profusamente iluminado, y multitud de sirvientes, con la librea del baron, se ocupaban en cortar el helecho — tan abundante en aquel sitio — para alfombrar con él la capilla del castillo de Charmey, en que á la mañana siguiente iban á recibir Ida y Arnoldo las bendiciones nupciales.

Pronto se supo — y se celebró por todos — que el espléndido padrino queria comenzar desde aquella misma noche los festejos de la boda con una alegre velada; durante la cual se serviria opíparo banquete, que prometia repetir en la próxima vispera del bienaventurado San Juan Bautista, en testimonio de su amistad por Kéller, y renovando — con nuevos regalos á favor de los novios — la memoria, casi olvidada, del tradicional DONATIVO DEL DIABLO.

FIN DE LA VELADA DEL HELECHO.

LA BELLA TODA

Y

LOS DOCE JABALÍES.

DOS TRADICIONES DE LA PLAZA DEL MERCADO DE BILBAO.

LA BELLA TODA

Y

LOS DOCE JABALÍES.

I.

En el verano de 1858 pasé con mi marido algunos dias en la limpia y bonita ciudad que es capital de Vizcaya. Durante aquella breve temporada tuvimos ocasion de estrechar relaciones de afectuosa amistad con una apreciabilísima familia del país, de la cual era miembro la amable persona que tuvo la condescendencia de acompañarnos en todos nuestros paseos y pequeñas excursiones, desempeñando con admirable inteligencia el cargo de *cicerone*.

Una hermosa tarde de Agosto me hallaba con ella en la antigua Plaza Mayor — hoy del Mercado — y sin saber la causa, me sentí súbitamente poseida de cierto sentimiento de vaga melancolía, que no pudo escapársele á mi perspicaz compañera.

— Usted tiene maravilloso instinto de poeta (me dijo de pronto, interrumpiendo el silencio que guardábamos ambas hacia algunos minutos). Su corazon se siente conmovido, como si adivinase que el sitio en que estamos ha sido teatro en otros tiempos de dramáticos hechos, que la tradicion ha trasmitido á los nuestros. ¿Ve V. aquel vetusto caseron que hace esquina con la carnicería? Pues sepa V. que fué llamado *palacio* cuando lo habitaba la bella Toda de Larrea, cuyos irresistibles encantos hicieron infiel (si no erró la popular

creencia) nada ménos que al augusto marido de la gran reina Isabel la Católica.

Allí vino al mundo, fruto infeliz del régio devaneo, una niña, cuya extraordinaria hermosura fué el asombro de cuantos la conocieron; los cuales la llamaron la *excelenta*, no ocurriéndoseles término mejor con que expresar la perfeccion de sus gracias, superiores con mucho á las de su misma madre.

La inocente y peregrina criatura áun no habia salido de la infancia, cuando — sabedora la austera soberana de Castilla de las consecuencias que habia tenido el secreto extravío de su consorte, — ordenó la reclusion perpétua de la madre y de la hija en un convento de Madrigal, donde efectivamente se las sepultó para siempre. Mire V. aquella puerta, que hoy sirve de puesto á una expendedora de verduras..... por ella diz que salió vestida de negro, bañada en llanto, y acompañada de su preciosísima hija, la infeliz amante del monarca aragonés, cuando la arrancaron de la suntuosa morada — testigo de sus pasados placeres — para trasladarla al sombrío claustro que debia ser su expiacion y su tumba.

Nadie volvió á tener noticia alguna, desde entónces, de su triste vida, consagrada á la penitencia..... nadie se acordó más de la bella Toda, que habia sido el ídolo de Bilbao en los primeros dichosos años de su juventud florida, y un rudo pescador poseia y usaba sin escrúpulo alguno la barquilla dorada, en la cual — sobre almohadones de terciopelo — solia la noble *traviata* pasearse muchas tardes de verano por las tranquilas aguas del Nervion.

Algunos años despues — traspasando los densos muros del monasterio — corria la fama de una jóven religiosa de Madrigal, á quien su singular belleza conquistaba el dictado de *monja angélica*. La tradicion afirma que el rey D. Fernando de Aragon visitó el convento el dia solemne en que recibió la investidura de abadesa — aunque muy jóven todavía — la célebre *monja angélica*, y que enternecido vivamente al aspecto de aquella maravillosa beldad, sepultada en perdurable encierro, algunas lágrimas humedecieron sus párpados reales, miéntras que la *excelenta*, la infortunada hija de Toda Larrea (ya difunta), besaba humildemente — como súbdita

respetuosa — la mano paternal que no osó nunca extenderse sobre ella para bendecirla.

— Pero observo — añadió mi amable *cicerone* — que se detiene V. en el centro de la Plaza, como si fijase sus plantas una atraccion misteriosa.

— En efecto, respondí, me parece presentir que no son únicamente las lágrimas de la bella Toda las que han prestado á esta vieja Plaza el inexplicable poder con que agita mi fantasía. ¿No es verdad que va V. á referirme alguna otra historia de los antiguos tiempos, áun más patética quizás que la de Toda y su hija?

— Algo más larga tambien, repuso mi amiga; sentémonos, por tanto, si V. gusta, y prepare su cartera de viaje para tomar notas del trágico suceso que tuvo lugar en este mismo paraje..... porque V. no se engaña en sus presentimientos: no sólo han humedecido lágrimas el suelo en que se asientan sus plantas, sino tambien sangre..... sangre ilustre, que — aunque borrada por los siglos de la tierra que la recibió — no lo ha sido aún de la memoria de los bilbaínos, quienes conservan con fidelidad la terrífica tradicion siguiente.

II.

«No ha existido jamas en Vizcaya doncella tan adorable como Elvira. El dia de su boda, cuando salia vestida de blanco de la capilla del alcázar de su familia, apoyada suavemente en el brazo de su noble esposo y en medio de lucidísimo séquito, no se oian salir de todos los labios sino estas exclamaciones: ¡Bendiga Dios á la encantadora desposada! ¡Qué felicidad la de poseer una mujer tan perfecta! ¡Dios premia dignamente las virtudes de D. Juan de Avendaño, al darle tal compañera!

En efecto, el hombre dichoso que acababa de recibir en el altar los sagrados juramentos de la hermosa Elvira, era

digno de tan lisonjera suerte. Bizarro, valiente, diestro en todos los ejercicios propios de un noble de aquellos marciales tiempos, se distinguia, ademas, por otras prendas ménos comunes, y más preciosas en toda época. Su franqueza y lealtad desdeñaron siempre la mentira; su rectitud proverbial no se torció nunca á impulso de ningun interes; su beneficencia le hacia el ídolo de los pobres; su afabilidad le granjeaba el afecto de los proletarios enriquecidos; todos los que le conocian, en fin, le señalaban como el más cumplido caballero.

Entre las nobles damas y los ilustres señores que asistian jubilosos á la nupcial fiesta del castillo, habia, empero, una persona que no participaba — al parecer — de la satisfaccion general; y ante la cual pasó risueña la enamorada pareja, sin que saliese de sus labios ni una alabanza para la bella novia, ni un parabien para el feliz desposado. Era esa taciturna persona el caballero de Lazama, favorito del jóven D. Tello, señor de Vizcaya. Desde que sus ojos se dirigieron por primera vez al semblante de Elvira, se clavaron en él — digámoslo así — con incansable tenacidad; pero léjos de esclarecerse su ceño, naturalmente torvo, pareció condensarse sobre sus duras facciones la nube de displicencia que á menudo las velaba. Cualquiera que le observase habria conocido que aquel casamiento — motivo de satisfaccion para todos — producia en el soberbio personaje impresiones inexplicables; pues pudiera creerse que al adusto desden que aparentaba se unia la amargura de una envidia sañosa.

Los festejos duraron todo el dia y parte de la noche, sin que Lazama tuviese un solo instante de expansion y placer. Su frente continuaba sombría; sus labios desdeñosos; pero su mirada — fija siempre en Elvira — se fué volviendo más y más ardorosa. Los recien casados, enajenados con su dicha, no notaron nada; pero algunos de los asistentes se decian al oido, al retirarse: «El valido se ha enamorado de la esposa de Avendaño. A mala tentacion ha cedido el novio cuando convidó á sus bodas al caballero de Lazama.»

Todo aquello se olvidó pronto, sin embargo, pues los dos esposos pasaron su *luna de miel* en delicioso retiro, y Lazama continuó su vida de cortesano influyente, sin que al parecer se cuidase de otra cosa que de ostentar su privanza.

Algun tiempo despues fué invitado Avendaño con instancia para una gran montería presidida por el príncipe. Es de advertir que D. Tello se preciaba de ser el mejor jinete y el más diestro montero de sus dominios, y que precisamente en ambos ejercicios sobresalia mucho el marido de Elvira. Quizá por esta circunstancia el señor de Vizcaya, que no le habia contado nunca entre sus palaciegos familiares, quiso entónces dispensarle la señalada honra de participar de sus placeres. No era, por cierto, extraño que desease poder apreciar por sí mismo si merecia el modesto caballero los encomios que le dispensaba la fama, en las dos habilidades en que él se reputaba el primero. Avendaño, por su parte, no juzgó compatible con su deferencia de súbdito el rehusar la gracia con que le brindaba D. Tello, y asistió á la montería, separándose por primera vez algunos dias de su queridísima consorte.

Lazama, por el contrario, faltó por primera vez tambien del lado del príncipe, alegando en la hora de la partida una indisposicion repentina; pero ¡ah! en el mismo dia pudo comprender Elvira cuál era el motivo real de la permanencia del favorito en la capital abandonada por la córte. El orgulloso Lazama habia creido suficiente la breve ausencia de Avendaño para triunfar de él en el corazon de su esposa. Tan necia presuncion hubo de quebrantarse en un desengaño harto cruel, pues al regreso del marido no encubrió ya su rival el ódio con que lo miraba y la acerba envidia que le consumia.

Por desgracia no eran más favorables al noble caballero los sentimientos del príncipe, porque — más sincero que prudente — habia aquél ostentado durante la montería su gran superioridad en los ejercicios en que D. Tello no habia creido posible encontrar nunca vencedor. Herido en su vanidad, irritado por la idea de que un súbdito le habia usurpado los honores de héroe de aquella fiesta, apénas acertaba el jóven señor de Vizcaya á dominar los violentos impulsos de su mal humor contra Avendaño, y fácil es comprender cuán simpáticas le serian las demostraciones de hostilidad con que empezaba á perseguir á éste su altanero favorito.

Todos los palaciegos echaron de ver al momento que estaba en desgracia el marido de Elvira; solamente él y ella

se preocuparon poco con los ostensibles síntomas de disfavor. Ni uno ni otra sentian ambicion de privanza ó afan por los placeres de la córte. Felices en su independencia, con su modesta fortuna y su acendrado cariño, no acertaban á desear sino la continuacion de aquel dulcísimo aislamiento en que vivian desde su fausta union; que el cielo estrechó más en aquellos dias con el nacimiento de un hijo. ¿Cómo en los momentos de tan gran felicidad doméstica pudieran pensar mucho los dos esposos en si eran ó no bienquistos del príncipe y su valido? Ademas, el noble corazon de Avendaño no acertaba á persuadirse de que cupiese en el de D. Tello un villano sentimiento, y la prudencia de Elvira le habia ocultado los que Lazama tuvo la loca audacia de declararle en su ausencia.

Pocas semanas habian pasado desde que el tierno primogénito de los dos felices consortes habia ingresado en el gremio de los fieles, cuando todo Bilbao se alborotó por la noticia de una próxima y singularísima fiesta. Don Tello—que á todo trance queria borrar los recuerdos de la aplaudida destreza de Avendaño—habia ideado hacer en la Plaza Mayor un extenso circo, en el cual fuesen encerrados doce corpulentos jabalíes, que él—ántes que nadie—debia alancear á presencia de su córte, montando un brioso corcel de raza numida, que áun no estaba avezado á obedecer al freno.

No sólo se proponia con esto ostentar á vista de sus súbditos la destreza y valentía de que estaba ufano, para oirse aclamar de nuevo incomparable é invencible, sino que necesitaba para su completa satisfaccion que fuese testigo de sus triunfos el único que podia disputárselos: necesitaba que todo Bilbao viese al caballero de Avendaño humillado en cierto modo, por tener que presenciar y áun aplaudir una habilidad que haria olvidar la suya.

Como el caballero vivia en una de las casas de la plaza elegida para teatro de la extraña fiesta—pues era su morada el ruinoso edificio que tenemos al frente,—nada más probable que el que contemplase desde sus balcones el curioso espectáculo excitador de la curiosidad pública; pero el príncipe no se conformó con esta esperanza, sino que hizo incluir al esposo de Elvira en la lista de cortesanos que debian formar su séquito; inesperada honra, que—léjos de ser

interpretada por el demasiado noble caballero en el sentido que hemos indicado—le pareció, al contrario, una muestra solemne de no ser cierta la ojeriza que contra él suponian algunos en D. Tello. Elvira misma participó de esta idea, y ambos esposos celebraron ver desvanecidas sospechas, que, más que alarmantes para ellos, les parecian ofensivas para su jóven señor.

Llegó la tarde anhelada por el público: un inmenso gentío se agolpó desde muy temprano al rededor del circo, en el cual se veian ya doce enormes jabalíes, cuyo solo aspecto era capaz de aterrorizar al más valiente. Los balcones comenzaron á poblarse tambien de hermosas y elegantes damas; distinguiéndose entre todas la celestial Elvira, que apareció vestida de color de rosa, con su niño en los brazos, asemejándose á una de esas púdicas imágenes de la Reina de los ángeles que nos ha legado el inspirado pincel del artista de Urbino.

Pronto circuló por entre la apiñada muchedumbre un movimiento eléctrico, y se elevó de todas partes cierto sordo rumor semejante al de las olas cuando empieza la tempestad á agitarlas. Era que D. Tello y su comitiva se columbraban ya en lontananza.

Los jabalíes, como si comprendiesen que habia llegado el momento de empezar á ser actores en el drama de que la Plaza iba á ser teatro, se erizaron todos, gruñendo horriblemente; pero su voz quedó ahogada entre el ruido de trompetas y clarines, los relinchos de los caballos (animados con los guerreros sones), los vítores del pueblo y la alegre algarabía de las damas, que principiaban á discutir sobre los ricos trajes y briosas cabalgaduras de los caballeros; prefiriendo una el blanco corcel y el leonado vestido que ostentaba Lazama, otra la magnífica yegua torda y el traje verde mar que lucia Avendaño, y no pocas el negro potro numida cuyos lomos oprimia trabajosamente don Tello, y la púrpura deslumbradora del manto que cubria en parte la brillante malla de su ligera coraza.

Por un instante se vieron undular, casi confundidas, las variadas plumas de las gorras, pues los caballeros se arremolinaron en torno de su jefe, formando vistoso grupo; pero á una señal del príncipe deshízose aquél, abriéronse las puer-

tas del palenque, y el jóven señor se adelantó solo, ordenándose á su espalda —en doble línea — la brillante comitiva de cortesanos que (despues del príncipe) debian tomar parte en la singular lid que aquél iba á comenzar denodado.

III.

Los espectadores se volvian todo ojos, como suele decirse; nadie chistaba en aquel momento; nadie parecia respirar; sólo se oian los resoplidos de los jabalíes, y los del fogoso numida, que —de mala gana y con síntomas de próxima rebelion — obedecia, tascando el freno, á la régia mano que lo guiaba á la entrada del palenque. Pero apénas se vió dentro y á presencia de las fieras, que esgrimian—erizándose— sus largos y encorvados colmillos, el animal, espantado, retrocedió tan violentamente, que hubiera dado en tierra con otro jinete ménos diestro que el príncipe. Blandió éste su lanza, oprimió los ijares de la cabalgadura, animándola con el ademan y la voz, y llegó, en fin, hasta ensangrentar sus espuelas; pero todo en balde. El numida impaciente daba botes y coces, sin adelantar un paso.

—¡Afuera ese caballo! ¡Afuera ese caballo! comenzó á gritar la multitud (siempre soberana en las diversiones públicas); y D. Tello, colérico y casi frenético, redobló sus esfuerzos con tal violencia, que el bruto exasperado hasta el extremo, acabó por lanzarlo de la silla, y — saltando la barrera—fué á caer entre la turba, que se desparramó asustada.

D. Juan lo detuvo y sujetó al momento, miéntras que sus compañeros corrian en tropel á socorrer al príncipe. Las fieras, tranquilas hasta entónces, se agitan al aspecto de tanta gente, y la embisten — en tropel tambien — con tal ligereza que dos caballeros son malamente estropeados, y los otros apénas tienen tiempo de huir llevándose á su señor.

Horrible fué entónces la grita que atronó la plaza, aumen-

tando la rabia del mal parado D. Tello; que montaba en aquel instante, cubierto de sudor y polvo, y con el rostro echando fuego, un dócil palafren presentado por sus escuderos.

Viendo todo aquello D. Juan de Avendaño, siente que le domina irresistiblemente el instinto acometedor que siempre despierta en su pecho al primer són de un instrumento de caza. Parécele, ademas, que está en el deber de borrar el ridículo con que se ha inaugurado la fiesta, y sin más ni más salta de su yegua, oprime los lomos del numida, que — como si comprendiese cuán vigorosa diestra iba á regirle — apénas opone resistencia, y dirigiéndose al señor de Vizcaya le dice resueltamente: — Os pido, señor, vuestra augusta vénia para castigar al corcel que ha osado rebelarse contra vos, obligándole á saltar por encima de los doce jabalíes cuyo aspecto le espanta.

Suspenso quedó un instante D. Tello á tan inesperada demanda; pero el aplauso unánime con que la acogió la multitud no le permitia vacilacion. Por otra parte, asistíale la conviccion de que D. Juan saldria desairado de su presuntuoso empeño, y esta idea bastaba á consolarle de su propia malandanza.

—Id, caballero—le respondió por tanto—y si lo que anunciais haceis, yo os declaro el mejor jinete y el más atrevido montero de la tierra de Vizcaya.

Saludó D. Juan al príncipe, respondiendo con una sonrisa á las ofertas de ayuda que le dirigian algunos caballeros, y en vez de mandar que se le abriese la puerta del palenque, hizo que salvase el bridon con un salto admirable — segun lo diera para huir — la barrera de dos varas de altura.

El clamoreo jubiloso del pueblo no fué largo, sin embargo, porque otro espectáculo más interesante reclamaba su atencion.

El potro numida, una vez dentro del circo, pareció tornar á su rebeldía. Durante algunos minutos corcoveó impaciente, cubriendo el freno de ensangrentada espuma; pero el impulso que recibió de pronto fué de tal manera hábil, vigoroso y seguro, que se le vió al cabo levantar la cabeza, dilatar la nariz, sacudir las crines, y — lanzándose como una saeta —

saltar arrogante por sobre las doce fieras, que se habian agrupado en el centro de la plaza.

Vencida una vez su pavura, volvióse el corcel sin resistencia al terminar su magnífico salto; y arremetiendo el caballero—lanza en mano — á los asustados jabalíes, atravesó á uno de parte á parte.

No contento con esto, alanceó á los otros, que se le volvian furiosos, tiñendo con la sangre de muchos la revuelta arena del palenque, y acosándolos y fatigándolos á todos hasta dejarlos rendidos en completa derrota.

Durante la singular pugna, D. Tello, en medio de sus cortesanos, se retorcia — digamoslo así — como agitado por las convulsiones de un cólico, y á los vivos colores de su tez habia sucedido una palidez lívida.

Esto duró, empero, sólo hasta el momento en que su favorito Lazama llegó á colocarse junto á él, y comenzó á hablarle no se sabe de qué, pues nadie pudo recoger palabra alguna de aquella misteriosa plática. Lo que sí observaron todos los que estaban próximos, es que á medida que hablaba el cortesano, parecia calmarse el malestar del príncipe y se iban disipando las nubes de su frente, dibujándose, últimamente, en sus contraidos labios cierta sonrisa indefinible. Así fué que en el momento en que el bizarro vencedor llegó á rendir á sus plantas los trofeos de su triunfo, entre el frenético aplauso de la entusiasmada muchedumbre, D. Tello, casi alegre, le recibió lisonjeramente, diciéndole en alta voz, aunque algo trémula: — Sois muy feliz, caballero de Avendaño, pues teneis derecho á conceptuaros el primer jinete y el superior montero de mis estados. Id á descansar de las fatigas de la tarde; que yo os aseguro que premiaré como debo la bravura y destreza con que habeis reparado la humillacion de nuestra mala fortuna.

— Señor, respondió Avendaño, la mayor merced que puedo desear es que me permitais emplear toda mi vida en vuestro servicio.

— ¡Oh! sí por cierto, repuso D. Tello con singular expresion; súbditos como vos siempre honran y glorifican al príncipe.

Saludóle al concluir estas palabras, que—oidas por los cor-

esanos—le valieron á D. Juan muchos parabienes y alabanzas, y se dirigió á todo el galope de su caballo á la morada señorial, adonde le siguió Lazama; único que no habia dicho nada al héroe de la fiesta; pero que al dejar la plaza lanzó al balcon en que se hallaba Elvira una mirada lasciva y á la par amenazadora, como si el deseo y la venganza se confundiesen en sus ardientes rayos.

Avendaño, llevado en triunfo á su casa por el jubiloso pueblo, se sorprendió del aspecto que presentaba aquélla. Elvira y las damas que la acompañaban, parecian, no alegres y ufanas, sino más bien espantadas y tristes. Por esa intuicion maravillosa del corazon femenino habian comprendido todas ellas que habia algo de funesto en la victoria del noble caballero; presentian que la sangre de los jabalíes—que corria por la plaza—no trazaba en ella sino la primera página de un drama cruento, cuyo desenlace no se haria aguardar mucho.

La presencia de Avendaño no bastó á disipar aquellas, al parecer, inexplicables impresiones, y cuando las señoras se fueron retirando silenciosas y cabizbajas, pareciendo que salian de un mortuorio más bien que de una fiesta, Elvira apretó su niño contra su pecho—como para defenderlo de una amenaza del destino—y dijo á su esposo, que permanecia en pié cerca de ella, sobrecogido de extrañeza en vista de la recepcion que se le habia hecho:

—Amigo mio, bendice á nuestro hijo y levantemos ambos nuestras almas, rogando al Omnipotente no haga extensivas á él las desgracias que puedan sobrevenirnos.

—¿Qué significa todo esto, Elvira mia? preguntó entónces D. Juan. Tú y tus amigas me habeis parecido consternadas. ¿Es ése el efecto que debia prometerme de la diversion que os he proporcionado?

—Querido esposo, replicó la jóven madre, bendice al niño como te he suplicado, y no me preguntes nada. ¿Cómo podria explicar lo que no entiendo yo misma? Sólo sé que desde el momento en que vi al caballo saltar los doce jabalíes, el corazon me saltó tambien dolorosamente; y cuando Lazama—al partir con el príncipe—echó una mirada sobre mí, corrióme por las venas un frio como de muerte. Mira, añadió: la tarde moribunda presenta un no sé qué de lúgu-

bre. Esos rojos celajes, que borran las huellas del astro del dia, parecen de sangre; el viento, que se levanta silbando, imita lastimeros gemidos.

Avendaño no pudo ménos de sonreirse de los pueriles terrores de su mujer, y creyó disiparlos con sólo burlarse de ellos. Pero, aunque la noche se pasó agradablemente, por las muchas visitas de ilustres señores que acudieron á felicitar al caballero, Elvira no se mostró risueña como de costumbre, y frecuentes estremecimientos revelaban á su esposo la pánica pavura que seguia dominándola.

Por fin quedaron solos; entónces agotó D. Juan su elocuencia para tranquilizar á la jóven, probándole que era un capricho de la imaginacion todo lo que sentia.

—Así será, respondia ella tristemente; pero dame el gusto de orar conmigo ántes de recogernos.

Avendaño no podia negarse á complacerla. Estuvieron ambos en muda oracion á los piés de una cruz pendiente á la cabecera de la cuna de su hijo, y luégo le acariciaron ambos conmovidos; pues—sin saber cómo—acabó Elvira por comunicar á su marido algo de sus impresiones. Besó, por tanto, al tierno infante una, dos, tres veces seguidas; abrazó á la jóven madre silenciosa y tiernísimamente; y cuando entró en el lecho se sintió—con sorpresa—tan triste, tan abatido, tan inquieto, que tuvo vergüenza de sí mismo.

Elvira, por su parte, temiendo haber desvelado á su esposo con aprehensiones que su propia razon condenaba, se esforzó por mostrarse serena, y áun hizo cuanto pudo por conciliar el sueño; pero en el momento en que empezaba á lograrlo se oyeron repetidos golpes á la puerta de la casa.

Saltó al punto la jóven de su lecho y corrió al de su marido, á quien se abrazó despavorida; miéntras llegándose el ayuda de cámara á la puerta del aposento, les hizo saber que venian de parte del señor de Vizcaya á comunicar al caballero órdenes importantes.

—¡Abre!—exclamó Avendaño, al mismo tiempo que Elvira repetia con trémulo acento, sin soltar á su esposo:

—No, no; yo lo prohibo..... yo presiento desgracia.

Pero el criado se dirigió á cumplir el mandato de su amo.

—En nombre del cielo, querida mia, dijo éste, desecha

ese espanto risible, y déjame levantar para recibir como es debido las órdenes del príncipe.

La jóven no le oia; se habia desmayado en sus brazos.

En el mismo instante la puerta de la cámara se abrió, dando paso á tres hombres, cuyas facciones ni áun pudo distinguir el caballero en la opaca luz de la estancia; pues apénas entraron, se arrojaron sobre él con la velocidad del rayo.

—¡Miserables! — fué todo lo que pudo decir el desgraciado D. Juan. Su sangre saltó á los repetidos golpes de tres puñales — que le traspasaron el pecho — sobre el blanco rostro de su esposa, exánime á su lado.

En seguida abrieron los asesinos el balcon cercano y arrojaron á la plaza el todavía caliente cadáver, del cual á la mañana siguiente sólo quedaban morondos y esparcidos huesos; pues los jabalíes se restauraron de la malandanza de la tarde con el pasto que les prestaron, durante la noche, las carnes y la sangre de su vencedor ilustre.

Tal fué el espectáculo que se presentó á los ojos de Elvira cuando—huyendo con su hijo en los brazos—á los primeros albores de la aurora, de aquella casa en que habia tenido tan lúgubre desenlace la fiesta de los jabalíes, corrió á demandar asilo para su viudez á los silenciosos muros de un convento.

D. Tello, al difundirse la noticia del bárbaro homicidio, hizo alardes de grande indignacion; pero pareció convencerse pronto de la exactitud de ciertos insistentes rumores, que, negando el crímen, atribuian á la imprudencia de Avendaño su desastrosa muerte.

Segun dichas voces, al caballero se le habia ocurrido, á hora avanzada de la noche, acabar con las heridas y maltratadas fieras, para ofrecer sus cabezas á la esposa que adoraba; y recobrados ya un tanto los feroces jabalíes, lo habian rendido y despedazado. No faltaron testigos —de entre los mismos criados de Avendaño—que depusieran á favor de este ridículo cuento, contra el cual protestó en balde la conciencia pública, que rara vez puede ser ofuscada.

El señor de Vizcaya se limitó, por tanto, á lamentar la terquedad de la viuda en resistirse á la merced que queria dispensarle, dándola—en su favorito—un esposo digno de

reemplazar al perdido; y concedió al hijo de éste—el dia en que profesó su madre—la honra de poner en su escudo doce jabalíes de oro.»

Cuando mi amiga terminaba el anterior relato, las sombras de la noche descendian, envolviendo aquellos sitios de trágicos recuerdos, y prestándoles á los ojos de mi mente cierta poesía indefinible. Sin embargo, nos alejamos de ellos, bien que con lento paso y en prolongado silencio, y cuando algunas horas despues quise encontrar en el sueño reposo de las emociones del dia, me fué imposible alcanzarlo.

En mi insomnio agitado me parecia estar mirando las lágrimas de la bella Toda, arrancada de su palacio con la divina *excelenta*, y la sangre de Avendaño corriendo bajo los piés de los furiosos jabalíes.

FIN DE LA BELLA TODA Y LOS DOCE JABALÍES.

LA MONTAÑA MALDITA.

TRADICION SUIZA.

LA MONTAÑA MALDITA.

Aun no era llegada la estacion de las nieves, pero se presentaba el otoño tan crudo como el más riguroso invierno. Jamas se habia visto en Suiza tiempo tan nebuloso y frio en aquella época del año. Marchitas aparecian ya las herbosas faldas de sus magníficas cordilleras; oíase silbar incesantemente al ábrego en el fondo de sus románticas grutas — haciendo mugir en otras partes los espumosos torrentes, que debian convertir en breve los ricos cambiantes de sus argentadas ondas en enormes columnas de deslumbrante hielo;—y se precipitaba prematuramente por las laderas de sus montañas copiosa lluvia de reciente nieve, la cual, á manera de vellon, alfombraba el seno de muchos de sus más fértiles valles. En las regiones elevadas reinaba completamente el invierno con todos sus horrores; en las de clima más benigno luchaba todavía la vegetacion contra los anticipados ataques de su enemigo; pero se echaba de ver que la ruina de aquélla iba á consumarse muy pronto.

¡Desgraciados los pobres que no han tenido tiempo de prepararse contra la brusca invasion de tan rígido y adelantado invierno! ¡Desgraciada la pobre Marta, que áun no ve concluida la humilde casita de madera levantada con sus sudores de sesenta años, para pasar en descanso sus últimos dias!

Mas nada les importa á los ricos la extemporánea crudeza de la estacion. Dígalo, si no, Walter Muller, el opulento propietario de la *Blumlisalp*, que puede abrigar con las pieles de sus vacas y de sus ovejas toda la colosal montaña en cuyas faldas se asientan sus numerosos *chalets*. Dígalo Walter Muller, que guarda en su granero provisiones bas-

tantes para abastecer á un ejército durante todo un año de carestía, y que quema más leña diariamente en sus cocinas y chimeneas que la que ha menester Marta para construir diez casas mayores que la que logra ver comenzada á los sesenta años de su edad, con los ahorros reunidos de su laboriosa existencia. Y, sin embargo, Marta — la pobre anciana que aún no tiene techo que la abrigue, la que ha pasado veinte años sirviendo asalariada en las queseras ajenas, y que achacosa y casi ciega no puede ya trabajar para ganar el pan en los dias de su vejez, — Marta es la madre de Walter Muller, y Walter Muller es el hijo único de Marta. ¡Hijo de su dolor, nacido entre sus lágrimas, criado á sus pechos, robustecido á precio de sus sudores! Marta expió con quince años de penosos sacrificios, impuestos por el afecto maternal, la falta de haber querido con demasía á un pérfido seductor, y está expiando todavía — despues de otros veinte años de abandono y de miseria — la falta de amar con delirio al ingrato hijo de aquel ingrato amante.

Pero la fortuna parece mirar con decidida predileccion al desnaturalizado Walter. Esos veinte años le han sido suficientes para hacerse riquísimo. No hay, entre todos los ganados de aquella comarca, ningunos tan hermosos como los que apacientan sus pastores en las faldas de la Blumlisalp; así como no se encuentra en toda Suiza montaña más fértil y pintoresca que aquella en cuyas magníficas laderas tienen sus envidiados pastos las numerosas reses de Walter Muller. En medio de los rigores de un invernal otoño, la Blumlisalp se conserva verde y lozana, ostentándose digna del poético nombre que lleva hasta en nuestros dias (1).

Pero Marta no osa llegar á la Blumlisalp, temerosa de desagradar á su hijo, y se contenta con levantar su casita en las cercanías de la florida montaña, y contemplar á distancia sus laderas riquísimas, cubiertas por los ganados y rebaños del opulento propietario.

¿Era, por ventura, la avaricia lo que le inspiraba á Walter tan inconcebible conducta con la mujer á quien debia la existencia? ¿Temia acrecentar sus gastos llevando á su madre

---

(1) *Blumlisalp* significa *montaña florida* ó *floreciente.*

junto á sí, para hacerla partícipe de su opulencia? No por cierto; ni áun esta villana excusa podemos encontrarle. Tan liberal como rico es el ganadero de la Blumlisalp. Aunque no ama á nadie, ni ha conocido jamas el íntimo placer de aliviar las desventuras ajenas, gusta de mostrarse espléndido, cuando se le presentan ocasiones en que ostentar su lujo y proporcionarse recreos. Si convida á comer á los propietarios de las cercanías, los hace salir de su casa asombrados de la prodigalidad de su mesa; si obsequia con un baile campestre á las muchachas bonitas del contorno, las deja largos recuerdos de aquellas deliciosas fiestas, en las que siempre se acredita de galan y rumboso; si lo escogen dos amantes para padrino de su boda, acuden presurosas las gentes de veinte leguas á la redonda, porque se ha hecho proverbial la generosidad de Walter en semejantes casos. En fin, tan grande y hasta extravagante es su desprendimiento ostentoso, que ha llegado á hacer objeto de envidia, para los pobres de su vecindad, la suerte de una hermosa ternera blanca que tiene en su ganado, y para la que mandó construir un establo tan extenso y tan rico, que merece de los pastores el nombre de *palacio*. En él se aposenta — como único dueño—el gallardo animal por quien manifiesta el ganadero predileccion decidida; de él le sacan á pacer con respetuosos cuidados tres hombres, dedicados exclusivamente á su servicio; y en él le visita Walter todos los dias, haciéndole cubrir con vistosas mantas de lana cuando el tiempo es húmedo y destemplado.

Jamas se le ha ocurrido pensar en su madre, sin hogar en el mundo, alguna de las muchas veces que ve á su ternera blanca tan magníficamente alojada. Jamas, al preparar el abrigo de la bestia favorita, se le ha venido á la mente la desnudez y miseria en que se encuentra la que lo abrigó en su regazo cuando era niño.

Increible se hace semejante indiferencia en el corazon de un hijo, y por lo mismo nos empeñamos en buscarle, aunque infructuosamente, algun linaje de disculpa. ¿Será que la pobre anciana—agriada por el infortunio—se haya vuelto regañona y arisca, hasta el punto de fatigar á su impaciente hijo? No; cuantos la conocen ponderan la blandura de su condicion y los buenos modales que la distinguen entre la

gente de su clase. Pero ¿acaso los vicios de Walter le hacen temer un freno en la virtud de su madre? ¡Ay! tampoco; el gran pecado de aquella infeliz es su excesiva indulgencia con el hijo que adora. ¿Supondrémos, pues, que se avergüenza éste de deber la vida á una flaqueza de Marta, y que castiga la falta cuyo fruto ha sido él mismo? Por terrible que nos parezca esta hipótesis, es la única en que podemos fijarnos con alguna apariencia de verosimilitud; toda vez que no cabe duda en que Walter mira casi con ojeriza á la infortunada mujer, cuidándose más de su ternera blanca que de la desvalida madre, que no tiene techo bajo el cual guarecerse.

—Habito, decia jactanciosamente el propietario de la Blumlisalp, en la más fértil montaña de todo el canton de Thun, y tengo en mi ganado la más hermosa res que ha pacido jamas en sus opulentas faldas.

—El cielo os ha favorecido singularmente, le respondió un dia su vecino Nicolas Heber, porque tambien os ha dado la mejor madre que existe en el mundo.

Walter se desentendió; mas nunca desde entónces volvió á convidar á Nicolas á sus veladas y festines.

Marta, sin embargo, no se quejaba á nadie de la dureza de su hijo, y hasta se empeñaba en alucinar á todos para persuadirlos de que era una apariencia engañosa.

Cuando algunas comadres solian preguntarle — maliciosamente — por qué tenía el capricho de no querer vivir con un hijo tan excelente como pintaba al suyo.

—¿Qué quereis? respondia ella; por mucho que se amen dos personas, no siempre congenian lo bastante para asociarse eternamente. No me agrada habitar entre tanta gente como cerca á mi hijo, y él, por su parte, se ha acostumbrado á no tener mujeres en su casa: ya veis que con treinta y cinco años no se ha casado todavía.

Si, llevando más léjos la curiosidad ó la barbarie, le preguntaban en seguida á cuánto ascendia la pension que le tenía señalada su opulento hijo para que pasase en holgura su achacosa vejez, aseguraba con prontitud serle tan antiguo el hábito de una vida laboriosa, que no se hallaba bien sin trabajar en cuanto sus fuerzas lo permitian.— Tengo lo necesario, añadia, y no he menester que Walter se

prive de nada por mí. Bien sé que puedo disponer de cuantas riquezas le ha dispensado la Providencia; pero soy más dichosa viviendo como estoy acostumbrada, que si pasase — colmada de sus dones — una vejez ociosa.

De este modo se expresaba por lo comun la desgraciada madre; mas quejábase amargamente al cielo cuando podia hacerlo sin testigos. — ¿Qué le he hecho, Dios mio, exclamaba, para que así me aborrezca? ¿No lo crié á mis pechos, pagando esta dicha á precio de mi honra y del cariño de mis parientes? ¿No he trabajado quince años para que nada le faltase?

En el instante mismo en que exhalaba su dolor estas justísimas quejas, se le ocurria á Marta que estaba excitando con ellas la indignacion de Dios contra su hijo, y solia interrumpirse bruscamente, poniéndose de rodillas y achacándose á sí misma toda la culpabilidad de Walter. — Yo lo he echado á perder, bendito Dios, prorumpia sollozando: he sido una madre débil, y obrais con toda equidad al imponerme por pena de mi pecado el desamor de mi hijo. No le tomeis cuenta de él, Dios mio, porque no hace más que ser instrumento de vuestra divina justicia.

Toda aquella conformidad y abnegacion no la preservaban, empero, de vivas inquietudes y pesares, al ver la crudeza del tiempo y que su casita estaba muy léjos de encontrarse habitable.

¿Por qué no recurrir á mi Walter? se dijo, últimamente á sí misma. Acaso ignora que me hallo sin asilo, que paso estas frias noches guarecida, por caridad de los pastores, en algun establo. ¿He de contentarme siempre con andar acechando su casa, como si fuera un ladron, para verle de léjos cuando sale á cazar con el rico traje verde, que aumenta su gallardía? No por cierto; iré á abrazarlo con la confianza que debe tener una madre en la casa de su hijo. Tal vez provino la frialdad con que me recibió cuando estuve á comunicarle mi proyecto de levantar una casa con mis ahorros, del disgusto que le causaria me presentase tan uraña y tan encogida, que hasta los criados se reian de mi necia turbacion. Pues no, lo que es ahora iré con franqueza, con serenidad; diré en alta voz: ¡Soy su madre! y entraré sin pedir permiso, y me arrojaré á sus brazos, y le

cubriré de besos, y le anunciaré que voy á vivir á su lado hasta que se concluya mi vivienda. — Venid en buen hora, me dirá; ¿qué otra contestacion puede darme? Nunca me he atrevido á confesarle que estoy muy pobre, que ya no puedo trabajar á causa del deterioro de mi salud y de la cortedad de mi vista; pero esta vez le hablaré claro, se lo diré todo, y no será tan desnaturalizado como muchos creen. ¡Qué dicha la mia si logro ver confundidos á todos los que censuran á mi hijo! Si puedo decir en alta voz: — Walter Muller es un hombre de bien á carta cabal, y su madre tiene á orgullo el haberle dado la existencia.

Alentada con tales proyectos y esperanzas, se decidió Marta á visitar al ganadero, y escogió para verificarlo el dia 10 de Noviembre, en que cumplian treinta y cinco años del nacimiento de aquél. Tambien el amor maternal tiene sus coqueterías; así es que la buena mujer pasó una semana preparando sus atavíos para aquella solemne y suspirada entrevista, en la cual queria lucir la saya de bayeta verde y el corpiño negro de pana que habia estrenado en el bautizo de su hijo, y que guardaba desde entónces como preciosas reliquias.

— No hay para qué avergonzarlo, decia, presentándome á él como andrajosa mendiga. Debo ir ataviada cual lo estuve el dia más feliz de mi vida; el dia que lo llevé en mis brazos al templo del Señor, para que ingresára en el gremio de los fieles.

Llegado el momento solemne, se hizo peinar Marta por una de las más hábiles muchachas de aquellos contornos; colocó sobre sus cabellos grises — alisados y entretejidos con cintas negras de estambre — una gran cofia blanca con abultados follajes; vistió su traje verde de corpiño oscuro; se calzó sus fuertes zapatos; tomó su baston de viaje con regaton de hierro; y emprendió su marcha á la mitad del dia, despues de encomendarse á los santos de su particular devocion, y muy especialmente á la bienaventurada Vírgen Madre.

Se proponia llegar á la casa de Walter en la misma hora que lo habia echado al mundo treinta y cinco años ántes; mas hubo de apresurar sus pasos al advertir que el dia, sereno hasta entónces, se iba anublando á toda prisa, comen-

zando á soplar un viento recio y frio, que hacia en extremo desagradable y fatigante la ascension de la montaña.

Walter, miéntras tanto, se levantaba perezosamente del mullido lecho, donde descansára de las gratas fatigas de la noche anterior, en que habia solemnizado con baile y opípara cena la víspera de su cumpleaños. Eran las dos de la tarde cuando—viendo lo desapacible del tiempo, y que caia menuda pero incesante lluvia—mandó encender sus chimeneas y que le sirviesen la comida; desistiendo de su primera intencion, que habia sido celebrarla con sus pastores en los bosquecillos que bordan todavía las amenas orillas del lago *Oeschi*. Por merced extraordinaria, en gracia de la festividad del dia, admitió á su mesa el altivo propietario á sus criados favoritos, y duró más de una hora el banquete con que le plugo regalarlos.

—¡Viva Walter! ¡Viva el generoso ganadero de la hermosa Blumlisalp! gritaban los pastores al levantarse medio borrachos de la mesa; y el amo—que apénas habia probado los añejos vinos ni los variados manjares, fastidiado de su propia opulencia—fué á tenderse bostezando en un ancho sillon cerca del fuego; miéntras sus servidores lo encomiaban á porfía, tambaleándose unos, tiesos otros como husos, para dar pruebas de que no les hacian efecto la cantidad y calidad de las recientes libaciones.

La lluvia continuaba y el viento iba arreciando por momentos. —¡Qué agradable es, dijo el ganadero, oir caer el agua y silbar el viento, estando al abrigo de un robusto techo y al calor confortante de una buena chimenea!

—Pero ¡qué horroroso—respondió el pastor Franz, que se habia acurrucado á sus piés—para los que no tienen ni techo ni fuego!

—¡Quita allá con tus reflexiones, borracho! exclamó Walter: nunca faltan techo ni hogar al hombre trabajador, y los holgazanes no merecen se haga mencion de ellos.

En aquel instante entró otro pastor, á quien prestaban atrevimiento los vapores del vino. —Señor, dijo con lengua estropajosa, ahí fuera está una vieja que quiere hablaros.

—¿Qué se le ofrece? preguntó el ganadero, arrellanándose más en su poltrona.

—Dice que es vuestra madre, replicó el beodo; querrá

echar un trago á vuestra salud, y por San Beát que bien lo ha menester, pues está tiritando de frio.

El propietario de la Blumlisalp se removió de nuevo en el sillon, como si le pinchasen alfileres, y dijo luégo con desabrido tono: — ¡Pues bien! llevadla vosotros á la cocina, y que se caliente y se refocile como mejor le parezca.

Obediente á esta órden el anunciador de Marta, tomaba sus medidas para atinar á salir tropezando lo ménos posible, cuando — sin aguardar contestacion — se presentó ella, empapados sus vestidos, pálido su semblante, temblando todos sus miembros.

— ¡Señora! exclamó Walter, ¿qué venis á hacer aquí con un tiempo como éste?

— Muy crudo es en verdad, contestó Marta con desfallecida voz; pero hoy cumples treinta y cinco años, hijo mio, y la que te dió á luz en esta misma hora no debia dejarla pasar sin bendecirte y felicitarte.

— Era excusado ese trabajo, replicó el ganadero sin ponerse en pié ni ofrecer silla á su madre; pero, ya que os lo habeis tomado, id con mis pastores á tomar algun refrigerio.

— Me siento bastante fuerte, dijo la anciana dando diente con diente y pudiendo apénas sostenerse; descanso y me vigorizo con solo verte, mi querido Walter, y la única gracia que te pido es que me dejes estar á tu lado algunos minutos solamente.

El ganadero hizo un mohin de fastidio, pero mandó que acercasen silla á la chimenea, y expresó con una seña que permitia á la anciana el ocuparla. Tiempo era ya, pues la pobre mujer iba á caer en tierra, sucumbiendo al frio, á la fatiga, y á la emocion de su alma en aquellos momentos.

— Ha sido locura impropia de vuestra edad, dijo ásperamente Muller, subir la montaña en un dia tan malo; si algo necesitabais pudisteis decírselo á vuestro compadre Heber, que me ve con frecuencia.

—Lo que necesitaba sobre todo era verte y oirte, hijo mio, repuso con timidez y turbacion la desgraciada Marta.

—Y ¿qué pensais hacer ahora? preguntó el ganadero; ¿cómo regresaréis á vuestra casa con tiempo tan atroz?

—No tengo casa, dijo balbuciente la anciana. Esperaba que me harias la merced de recibirme en la tuya hasta que.....

Walter no la dejó acabar la comenzada frase.

—¡Imposible! exclamó: no puedo alojaros, madre, y es inútil hablar más de eso. Os daré algun dinero para que os proporcioneis asilo; pero debeis aprovechar la poca luz que resta para volveros al valle.

El dolor que causó á Marta aquella inaudita dureza la prestó momentánea energía, y—con voz más firme que hasta entónces—pronunció estas palabras:—¿Me arrojarás de tu hogar, á mí, á tu madre, en el mismo dia, á la misma hora en que tuve la desgracia de echarte al mundo, para modelo de ingratitud y de barbarie? ¡Walter! ¿es cierto que me echas de tu casa á perecer helada delante de tus puertas?

—¡Vive Dios! gritó enfurecido el ganadero. No en vano me he enojado con tan inoportuna visita. ¿Reconvenciones ahora? ¿Cuál es la ingratitud que me echais en cara? ¿qué es lo que os debo? Si me arojasteis al mundo no fué ciertamente por hacerme bien; y cuando á fuerza de trabajo he logrado cubrir con mis riquezas el oprobio de mi nacimiento, ¿venis á recordármelo con impudencia y me acusais de barbarie porque no me postro á vuestros extravagantes caprichos? ¡Acabemos, señora! Si quereis vacas ó comestibles, haré se os lleven al paraje que indiqueis; pero dejadme tranquilo, y terminemos al punto esta desagradable entrevista.

—¡Cruel! ¡cruel! prorumpió la anciana con indescribible acento: mátame, y no me hables así. ¿Quieres afrentarme delante de tus criados?..... ¡Oh! ¡eso es horrible, Walter! ¡eso es odioso!

—¡Retiraos, pues! dijo con ademan imperioso el ganadero, y no me obligueis á trataros como no quisiera. Retiraos pronto, señora, guardándoos en lo sucesivo de poneros en mi presencia!

Quiso obedecer la anciana, mas no se lo permitieron sus fuerzas, y—perdiendo la dignidad que por un momento le prestaron la indignacion y el dolor—se abatió completamente, hasta recurrir á las más humildes súplicas.

—No me arrojes de tu casa, ¡hijo mio! dijo juntando sus manos. Mira, ya es de noche, está lloviendo..... hace frio. No me arrojes de tu casa á semejante hora, con este crudo tiempo; ten compasion de la madre que te ama. Recuerda

que te has abrigado en mis entrañas, que te has criado á mis pechos, que he trabajado quince años para mantenerte. Si ahora soy un ente inútil, una vieja impertinente, ten indulgencia y perdóname.

—¡Os he dicho que me dejeis tranquilo, voto á sanes! exclamó Walter, dando un fuerte puñetazo en la chimenea, y causando tal susto á su madre que se echaron á reir los pastores borrachos, dignos testigos de aquella repugnante escena.

Marta, empero, no recobró, con todo esto, su cólera y su energía, y continuó implorando inútilmente la piedad de su hijo.

—Me iré muy léjos apénas sea de dia: me iré, Walter, te lo prometo, repetia la infeliz. Sólo pido que me permitas pasar la noche debajo de tu techo, aunque no sea más que por ser aniversario de la primera que pasaste en mis brazos. Si no quieres verme, me ocultaré de tu vista. ¿No tienes en un hermoso establo á tu ternera blanca? Pues bien, me iré con ella, dormiré á su lado, y te la cuidaré como á las niñas de mis ojos. Sé que es un gallardo animal y te merece cariño. Me alojaré en su establo con mucho gusto.

—¡Pues no es nada lo que pedis! dijo Walter con una carcajada, que repitieron en coro los pastores. ¡El establo de mi ternera blanca!..... Tened entendido que ese establo es un palacio, segun lo llaman en el país, y que reina en él con propiedad absoluta y exclusiva, mi hermosísima bestia. Nadie entra allí, señora, nadie sino yo y los servidores de mi favorita; así pues, cesad de molestarme y emprended vuestro camino, ántes que arrecie la tempestad y se haga más oscura la noche.

Un silencio de algunos minutos sucedió á estas palabras: áun se reian los borrachos, pero aquel rumor quedaba apagado entre los silbos del viento, que aumentaba por instantes su espantosa violencia. De repente se pone en pié la anciana, cuya estatura parece haber crecido,—segun le presta majestad la expresion extraordinaria é imponente que adquiere de improviso toda su persona.—A la rojiza luz que levantan los leños de la chimenea, se ilumina con reflejos siniestros aquella cara descarnada y amarilla; aquellos cabellos grises, que—escapándose de la cofia—se extienden em-

papados por las hundidas mejillas y la arrugada garganta; y se ven centellear — bajo dos cejas contraidas por la indignacion — los negros ojos de aquella mujer ultrajada y escarnecida, que se ha enderezado, al fin, vigorosa y terrible, con toda la energía de la desesperacion; con toda la potestad sagrada de la maternidad. Tiende sobre la cabeza del desnaturalizado Walter sus brazos luengos y flacos, y con voz tan entera y vibrante, que domina los bramidos de la tormenta — *¡Maldito seas!* pronuncia; *¡malditas tus riquezas y la montaña que habitas!*

No dice más; nadie osa responderle; todo queda sumido en pavoroso silencio, y ella sale de la inhospitalaria casa sin echar una mirada al hijo perverso, á quien acaba de entregar á la venganza divina.

La noche era profunda, la llovizna incesante, el viento penetrante y frio. Marta comienza, sin embargo, á bajar la montaña con paso lento, y á medida que va descendiendo, aquellas amenas faldas — tan celebradas por su fertilidad y lozanía — se van cubriendo de un manto de nieve, que las envuelve como el blanco sudario de un cadáver. Cuando los piés de la anciana se asientan en el último recuesto, un estrépito horroroso arranca de su tranquilo sueño á todos los moradores del valle, y las montañas vecinas de la Blumlisalp devuelven en prolongados y pavorosos ecos aquel fracaso terrible.

Al dia siguiente multitud de gente, venida de todas las inmediaciones, contemplaba con asombro un espectáculo extraordinario. *La Montaña florida* se habia convertido en triste monumento de esterilidad y ruina. Sus abundantes pastos desaparecieron bajo las espesas capas de hielo y los enormes trozos de piedra, desprendidos con estruendo de las rocas que la dominan por el lado del Norte. Bajo aquellos fragmentos yacian sepultados tambien Walter Muller, sus casas, sus pastores y sus rebaños. ¡La destruccion habia sido completa!

Al pié de la montaña se encontró el cadáver de la pobre Marta, y la tradicion asegura que un ángel del Señor lo estuvo custodiando hasta que se le dió, por los habitantes del valle, digna y bendecida sepultura.

Mas en balde esperaron aquellas buenas gentes un año y

otro año, un lustro y otro lustro, que volviese á cubrirse de sus espléndidas galas la hermosa *Blumlisalp*. Jamas, desde entónces, se han derretido sus perdurables nieves; jamas yerba alguna se ha visto florecer en sus escombradas laderas; jamas han vuelto á trepar por ellas pastores ni ganados; y los caminantes del país á quienes sorprende la noche por aquellas cercanías, se santiguan compungidos y apartan la vista con terror de *la montaña maldita*. Sin embargo, todavía la designan los guías de Suiza con el bello nombre que antiguamente mereció, y del cual se pasman los viajeros cuando contemplan aquel coloso escueto y pedregoso, de cuyos eternos hielos se desatan incesantemente, precipitándose por ásperas vertientes, atronadoras cataratas. ¡Tal es el aspecto que presenta en nuestros dias *la montaña florida*, la célebre *Blumlisalp!*

FIN DE LA MONTAÑA MALDITA.

LA FLOR DEL ÁNGEL.

TRADICION VASCONGADA.

LA FLOR DEL ANGEL

LA FLOR DEL ÁNGEL.

I.

Vivia no sé en qué tiempo (pues la tradicion no lo fija), en uno de los blancos caseríos de las verdes montañas que ven correr al Deva, una jóven bellísima, llamada Rosa, hija única de cierto labrador acomodado. Tuvo por compañero de su infancia á un pobre huerfanito, que otro vecino de la aldea habia por caridad prohijado; y de tal modo se amaron desde los primeros años, que podrian aplicárseles aquellos lindos versos de Hartzenbusch, referentes á otros amantes tradicionales:

—Y así fué nuestro querer,
Prodigioso en niña y niño,
Encarnacion del cariño
Que se adelantó al nacer.—

Pero Rosa llegó á cumplir los quince años, teniendo ya diez y ocho su amante Félix Erliá—á quien ningun mozo de la comarca se igualaba en gallardía—y si sus mutuas ternezas de niños no habian llamado sériamente la atencion de nadie, su acendrado amor de jóvenes no podia ménos de inquietar en sumo grado al padre de la doncella, al cual no le cuadraba en manera alguna tener un yerno tan pobre. Nuestros amantes y aquellos con quienes los tengo comparados, ofrecen—como irán notando mis benévolos lectores—no pocos puntos de triste semejanza. Erliá, como *Marcilla*, halló inflexible al

padre de su amada; y si bien ésta se contentó con llorar en silencio, porque era modelo del respeto filial (generalmente profundo en los corazones vascongados), el jóven persistió de tal modo en su amoroso empeño, y rogó y gimió tanto á las plantas del insensible padre, que alcanzó al cabo, cual suprema merced, esta declaracion solemnemente articulada:

— Dentro de tres dias es el 1.° de Marzo, fiesta del Angel Custodio, y en él cumple mi hija sus diez y seis primaveras. Te doy palabra de honor de *no obligarla* á recibir esposo hasta dentro de dos años, y pasado que sea el mencionado dia. Si para entónces has adquirido medios de mantener como se debe á la mujer que escojas y á los hijos que te dé, preséntate á mí el 1.° de Marzo del año señalado, y juro por los ángeles que se festejan en él, que será tuya la mano de Rosita, siempre que ella voluntariamente no se la haya destinado á otro. Pero si la Providencia te niega sus recursos, no pienses en aportar por estos alrededores, teniendo entendido que daré, con su gusto ó sin él, otro marido á la chica.

No osó replicar Erliá; ántes bien se retiró dando gracias al viejo, y como algun tanto esperanzado.

Tres dias despues, el de la fiesta del Angel y cumpleaños de Rosa, se hallaba ésta sentada tristemente sobre unas piedras á las orillas del rio. En su distraccion amarga tronchaba maquinalmente, unas tras otras, las ramas todavía desnudas de los arbustos cercanos, y áun iba á dejar caer su destructora diestra sobre la única florecilla que entreabria solitaria su modesto cáliz al abrigo de la peña — y que era conocida en el país con el nombre de la *flor del ángel*, por ser producto de una planta que, segun la tradicion asegura, jamas dejaba de comenzar su milagrosa florescencia en el primer dia de Marzo — cuando de repente llegó Erliá, y fué salvada la flor; pues Rosita sólo se ocupó ya en contemplar á su amante.

—Vida mia, la dijo él sentándose á su lado, y mostrando en su rostro extraña mezcla de dolor y de esperanza; ya conoces la resolucion de tu padre. Me es preciso ser rico dentro de dos años, á contar desde hoy.

Rosa prorumpió en llanto.

—No llores, prosiguió Félix, temblándole la voz por más que se esforzaba aparentando firmeza. Mi corazon está

lleno de halagüeñas esperanzas, porque—inspirado por mi ángel y por el tuyo, bajo cuyo patrocinio he puesto nuestros castos amores,—voy á partir para buscar fortuna en una tierra donde se dice que son de oro hasta las arenas de los rios. Sí; me voy al Nuevo Mundo, y el buque en que me admiten como marinero voluntario se da á la vela esta noche.

Los sollozos de Rosita parecian desgarrarla el corazon; pero Félix, armándose de valor, pudo añadir todavía:

—Dentro de dos años, en tal dia como éste, en este sitio y á esta hora, volverás á verme reclamando tu mano.

—¿Y si no vuelves? exclamó la doncella, dejando caer su desfallecida cabeza sobre el hombro de su amante.

—Si no vuelvo, respondió Erliá con amargura, ruega por mí á Dios y encomiéndame á nuestros ángeles, porque habré pasado á mejor vida.

—¡No! repuso ella; otra podrá ser tambien la causa que nos separe. ¿Quién me asegura que no te olvidarás de mí en aquel suelo lejano?

En el mismo momento una abeja libaba susurrando la temprana florecilla del ángel, y haciendo un juego de palabras con el nombre del insecto y el apellido de *Erliá*—que en vascuence significa *abeja*—dijo el jóven á su querida, señalando á aquél, posado amorosamente sobre la flor solitaria:

—¿Ves cómo viene á buscarla apénas aparece en la tierra? Pues primero olvidará esa abeja á la flor, que pueda este otro Erliá olvidarse un instante de su Rosa.

La doncella se sonrió en medio de sus lágrimas; pero no parecia completamente tranquila, porque cabíale la desgracia de ser un tanto desconfiada y celosa, lo cual sabía su amante, y por lo mismo se apresuró á añadir:

—¡Yo te lo juro! Puesto que no tienes en mi corazon la fe que tengo en el tuyo, te juro por nuestros ángeles, presentes en este sitio, que seré contigo tan constante como con la flor la abeja.

Rosa, á su vez, prometió ante los mismos célicos testigos no aceptar esposo alguno en los dos años de libertad que le permitia su padre. Luégo guardaron los dos largo y elocuente silencio, apretándose las manos y dejando correr sus lágrimas con los cristales del rio.

Llegó por fin el momento de la separacion, y ¿quién puede explicar lo que es ese momento para dos corazones que se aman? En él solo están resumidas todas los amarguras de la más larga existencia. ¡Pobre Félix! ¡pobre Rosa!..... ¡Presentian sin duda que aquel amargo beso de despedida era el primero y el último que se darian en la tierra!

Al dia siguiente volvió Rosa á orar por los navegantes al sitio en que se habia despedido de su Erliá, junto á aquella misma solitaria flor que habia libado la abeja..... Y la abeja volvió tambien á libarla en aquel dia, y al otro, y al otro..... y cada vez que la jóven iba á la orilla del rio para pensar en su amante, iba tambien la abeja á posarse en la florecilla —aunque ya mustia y marchita— como si quisiera con su constancia responder de la del ausente, que tenía su nombre y se habia con ella comparado.

Otras muchas flores se fueron abriendo sucesivamente; pero sólo las de aquel arbusto, el más humilde acaso de los campos, tenian atractivo para el insecto leal; sólo en ellas le veia Rosa posarse cada mañana, susurrando y batiendo las alas de placer.

Aquella circunstancia rara llegó á ser para la jóven motivo de supersticion. Imaginóse que los ángeles custodios—invocados por ella y por su amante, como testigos de sus sagradas promesas y protectores de su inocente amor—hacian venir milagrosamente al fiel insectillo para calmar con su perseverancia las incurables inquietudes de un corazon desconfiado.

Bien lo habia menester la pobre Rosa, pues pasaron dias, y despues semanas, y despues meses, sin que llegase á ella la menor noticia del viajero. En balde iba á Deva cada vez que divisaba una vela desde la altura de los montes. En balde esperaba en la playa horas enteras, y—apénas anclado el barco—se deslizaba entre los marineros, interrogándoles uno á uno sobre lo único que le interesaba en el mundo. Nadie respondia á su esperanza; nadie sabía nada de Félix Erliá, y la triste Rosa se volvia al caserío cabizbaja, con el pecho rebosando recelos. Pero corria junto al arbusto, cuyas últimas flores pronto barreria el cierzo, y la abeja acudia tambien presurosa para consolarla, mostrando su fidelidad inmutable.

II.

Llegó el invierno, y con él el luto de los campos. Rosa, taciturna y abatida, pasaba los dias y las noches hilando bajo el techo de su casa, y rezando á su ángel para que le conservase la ternura de Félix; pero—á pesar de todo—los temores de su alma iban creciendo en progresion terrible, no alcanzando á salir de esta cruel alternativa: *ha muerto ó ha cesado de amarme.* Contribuia bastante á tan tristes cavilaciones el no poder ya contemplar á la constante abeja en su amada florecilla. ¡Ah! no quedaban flores en aquellos campos, vestidos solamente por la escarcha, y el insecto guardaba su retiro ó habia perecido con los seres que amaba.

Lloraba Rosa al pensar en ello, y lloraba y lloraba tanto, que casi llegó á marchitarse su peregrina hermosura.

Pero se acercó al fin la primavera con sus tibios dias, sus balsámicas auras; y reanimada Rosa corrió palpitante de temor y de esperanza al sitio consagrado por sus recuerdos.

¡Oh dulce espectáculo! La planta habia retoñado, renovando sus flores, y la abeja—saliéndole al encuentro de entre ellas—pareció reconvenirla con sus susurros por las injustas sospechas que abrigaba.

¡Que no se burle nadie de las tiernas puerilidades de las almas amantes! Rosa sintió como por encanto calmarse en un momento sus más crueles temores, y pronto volvieron á colorarse sus mejillas y á anidarse en su corazon las esperanzas. No pasó ya ni un solo dia sin que tornase cada mañana junto al arbusto querido, y tampoco la abeja faltó un solo dia del modesto cáliz de su flor.

Aquél era el único consuelo de la pobre niña, porque sus repetidas excursiones á Deva continuaban siendo sin resultado.

Vino á habitar por entónces uno de los mejores caseríos de aquellas montañas, cierto antiguo piloto cansado ya de la agitada vida de marino, y que se proponia pasar tranquilamente el resto de sus dias en la tierra de su nacimiento, con el capitalillo que habia logrado reunir. Llamábase Anton

Ondarra, y era hombre entrado en años, pero agradable todavía por su carácter franco y bondadoso. Conoció á Rosa, y pensó desde luégo que era la mujer que le convenia para compañera de su nueva existencia. Ninguna la igualaba en hermosura, en modestia y en religiosa fé. Ondarra lo comprendió así desde la primera ojeada, y pidió sin más preliminares la mano de la doncella.

Fuerte tentacion era ésta para el codicioso padre, pues el pretendiente podia reputarse uno de los mejores partidos de la comarca; pero fiel — sin embargo — á su palabra, le manifestó terminantemente que no podia disponer de su hija hasta el 1.° de Marzo del año próximo.

Anton Ondarra se resignó á esperar, y como no tardase en saber los sentimientos de Rosa, dedicóse á probarle — en vez de la apasionada impaciencia del amante — la apacible ternura del amigo.

— He creido, la dijo un dia con su noble franqueza de marino, que podia haceros dichosa dándoos mi corazon, mi nombre y mi fortuna; pero si todo lo que quereis admitir de mí es la amistad de un hermano, os la ofrezco tambien á presencia de Dios, tan desinteresadamente cuanto es posible á un hombre. Disponed de ella, segura de que no habrá sacrificio que no haga con gusto por contribuir á vuestras alegrías, ó dulcificar, al ménos, vuestras penas.

Rosa no podia ser desagradecida á conducta tan noble y generosa. Aceptó lo que se le ofrecia, y Anton fué pronto su único confidente y su respetado consejero. La pobre estaba siempre tan triste, tan sola, tan sin arrimo (pues no tenía ya madre, y su padre era más honrado que afectuoso), que el fraternal cariño del piloto llegó á serle indispensable en las crecientes amarguras de su situacion. Ondarra, por su parte, célibe machucho y sin familia, se apegaba más de dia en dia á aquella niña tan bella y desgraciada, complaciéndose en merecer de ella — ya que no podia ser otro sentimiento — la casta afeccion de hija.

Acompañábala en sus excursiones; pasaba á su lado horas enteras á las orillas del rio, oyéndole la incesante historia de sus recuerdos, y consolándola con el feliz augurio de la abeja, que no olvidaba á su flor; y de aquel modo el viejo marino y la jóven aldeana llegaron ántes de mucho á hacer-

se inseparables; con gran contento del padre, pues habia ofrecido *no obligar* á su hija á que tomase esposo en los dos años, pero no estaba en el deber de impedir que se lo tomase ella si se cansaba de aguardar al que parecia olvidarla.

Un dia, sin embargo, se extendió de improviso por la aldea una noticia importante. Afirmábase haber fondeado en el puerto de Deva el mismo buque de que se hizo marinero el jóven Félix Erliá, y no hay necesidad de decir con qué apresuramiento y esperanza voló Rosita á las playas. Su emocion al verse á presencia del capitan del buque se hizo de tal modo opresora, que le faltó completamente la voz, y Ondarra — que la acompañaba — fué quien hubo de preguntar (combatido por tan opuestos sentimientos, que no sabía él mismo qué respuesta deseaba):

— ¿Forma todavía parte de vuestra tripulacion el marinero Erliá?

— ¿Erliá?..... respondió el capitan, sin cuidarse de la ansiedad con que eran escuchadas sus palabras. ¡Voto á brios, que no conozco bergante más afortunado que él! Me engañó para que lo llevára de balde en mi goleta; pero supo arreglarse — durante la travesía — con cierto colono ricacho que iba tambien á bordo, y al que tuvo, ademas, la buena suerte de salvarle la vida en el naufragio que tuvimos cerca de las costas de Jamaica. ¡Le daba el corazon al perillan que aquel hombre habia de hacer su fortuna!

— ¡Su fortuna! articuló trémulamente Rosa. Pues ¡qué! ¿se ha hecho rico ya Félix Erliá?

— ¡Vaya! repuso el capitan. El viejo colono le ha pagado el servicio dándole su hija única, que lleva una dote pingüe.

Rosa cayó exánime en los brazos de Anton, que gritó fuera de sí, — sobreponiéndose á todo otro sentimiento el interes que le inspiraba aquella pobre criatura:

— ¡Mentis! ¡mentis! ¡eso no puede ser cierto! Erliá no se ha casado.

— Mucho será, repuso impasible el otro; pues cuando he dejado — hace dos meses — las costas de Nueva-España, no se hablaba de otra cosa que de aquella próxima boda, de que habia dado parte á todos sus conocidos el padre mismo de la novia.

— ¿Oyes, Rosita? exclamó Anton. Aun no se habia veri-

ficado el casamiento; áun puede ser que se engañe este hombre.

Pero Rosa no le oia: síncope mortal la embargaba. Cuando volvió en sí se encontró á la márgen del rio, junto al arbusto del ángel, en torno del cual zumbaba alegremente la abeja; y Ondarra, que la sostenia en sus brazos, se la mostró, murmurando en su oido estas consoladoras palabras:

— Ella es fiel..... ella es fiel todavía.

— ¡Pero él no! gritó la jóven, que recobraba con la vida la conciencia de su desventura.

Y los celos, aquella horrible pasion á la que, por su mal, era propensa; los celos la encendieron de súbito en tan violento furor, que maldijo al insecto con destempladas voces, acusándole de haberla engañado durante diez y seis meses. No contenta, sin embargo, con esto, su mano — convulsivamente agitada — cayó de repente sobre la pobre abeja, que acababa de posarse en su querida flor..... en la única que no habia sucumbido todavía á los ardores del estío, y en cuyo cáliz, tantas veces acariciado, encontró la triste su sepulcro.

¡Oh! ¡con cuántas lágrimas tenía que ser expiada aquella muerte impía, que acaso hizo gemir á los dos ángeles que cobijaban — bajo sus blancas alas — los inocentes amores de aquellos pobres niños!.....

III.

La cólera y el dolor son malos consejeros. ¡Rosa los escuchó, sin embargo; los escuchó demasiado!... No le bastaba la destruccion de la abeja; hizo más todavía para aniquilar sus recuerdos. Le otorgó su mano á Anton Ondarra, apresurando la realizacion de aquel enlace, que debia probar al inconstante Félix que no se habia tenido la credulidad de esperarle fiel y enamorado.

Rosa estaba loca en aquellos dias fatales. Quizá no debió

Ondarra cumplir los ciegos votos de la venganza en su suprema energía; pero ¡ah! él amaba con extremo á aquella niña interesante; la creia abandonada, y esperaba poder consolarla con su indulgente é inagotable ternura.

La abnegacion del viejo marino habia sido sublime miéntras juzgó contribuir con ella á la ventura de Rosa; pero faltando aquel estímulo, privado de aquella esperanza, ¿cómo y por qué rehusaria un bien que se le venía á las manos, cuando ménos lo esperaba y más reconocia merecerlo?..... Tal heroismo era superior á una flaca naturaleza mortal.

La boda se dispuso de prisa, y sólo al ver llegar el momento de ella comenzó la exaltacion de Rosa á dejar algun campo al raciocinio. Sólo entónces comprendió que su resolucion era violenta; que el dicho del capitan no presentaba carácter infalible; que al romper ella sus juramentos tomando esposo — ántes de cumplir el plazo de los dos años otorgados á Erliá por su padre — se hacia reo de un crímen que no alcanzaria á justificar la inconstancia de aquél, áun despues de ser completamente probada.

Estas reflexiones y otras muchas atormentaron de pronto á la desgraciada Rosa; pero eran ya demasiado tardías. El casamiento se celebraba aquella misma noche. Sólo pudo llorar, llorar sin consuelo entre sus galas de novia, y sentir que se despertaban — á pesar suyo — en lo más íntimo del alma, los dulces y tristes recuerdos que habia querido en vano aniquilar.

Entónces se acordó de la flor y de la abeja..... de la pobre abeja sacrificada.

— ¿Qué hizo? se preguntaba con enojo á sí misma: ¿qué hizo jamas para merecer la muerte? ¿Debí castigarla porque animó mi esperanza con su fidelidad? ¿Es tan grata la verdad presente, que no deba perdonar y agradecer aquel engaño dulce, aquella ilusion que era mi vida?

Discurriendo así, no pudo resistir á un repentino impulso. Áun faltaban algunas horas para la nupcial ceremonia, y Rosa fué á pasarlas llorando junto al *arbusto del ángel*. ¡Ay! barrian ya el suelo sus amarillas hojas, y la última flor que habia adornado su tallo — la última que libára la abeja — se desprendia seca, esparciendo con sus restos los del insecto aplastado en su corola. La jóven recogió aquellas re-

liquias, recogió tambien la semilla que dejaba la flor, y todo lo guardó cuidadosamente envuelto.

—¡Erliá! ¡mi caro Erliá! ¡perdóname! decia al apretar dichas reliquias sobre su afligido corazon. Y se complacia en repetir tales palabras, dirigidas á la abeja, pero que le daban ocasion de articular un nombre que era tambien el de su antiguo amante. Sin embargo, no volvió ese nombre á salir de sus labios; porque Rosa fué desde entónces la mujer de Anton Ondarra, y tenía demasiada virtud para acariciar lo pasado. Nada le quedaba de él sino los míseros restos de la abeja y de la flor.

Rosa no era feliz : no podia serlo; pero llenaba sus deberes con aparente agrado, y respirando de contínuo en la atmósfera de paz y de ternura de que la rodeaba su marido, acaso llegó á esperar que se cicatrizáran con el tiempo las profundas heridas de su alma.

Así pasó el otoño; así pasó tambien el largo y nebuloso invierno, y llegó el último dia del mes de Febrero, trayendo en pos una noche tenebrosa y fria como ninguna.

Tronaba, llovia copiosamente, y Rosita—sin embargo—permanecia en su ventana, fijos los ojos en el enlutado firmamento, que surcaban á intervalos los relámpagos, y como si se embelesára oyendo retumbar los truenos en las montañas.

Quizás su pensamiento se hallaba muy léjos de cuantos objetos parecian preocuparla, pues de pronto se estremeció toda, como si despertára de un sueño.

Entónces prestó visiblemente atentísimo oido, no al trueno—que no resonaba en aquel instante,—no á la lluvia y al viento, que comenzaban á aplacarse; sino á una voz dulce, lastimera, que acababa de articular su nombre bajo su misma ventana.

La oscuridad era tan profunda, que nada podia distinguirse; pero largo y tristísimo adios, murmurado apénas en medio de las tinieblas, llegó á herir en lo más hondo todas las fibras del corazon de la jóven.

¿Qué nombre iba á escaparse de sus labios, convulsivamente estremecidos? No puedo asegurarlo, pues Anton llegó en aquel instante, haciéndola desviar de la ventana, cuidadoso por su salud expuesta imprudentemente al borrascoso viento de la noche.

Rosa, empero, no durmió ni un momento, y apénas la campana de la parroquia anunciaba el comienzo del dia consagrado á la fiesta del Angel de la Guarda, cuando saltando de la cama, con el rostro encendido por la fiebre, corrió desatentada á orillas del Deva.

Por todas partes se presentaban á sus ojos vestigios de la tormenta pasada; pero ella nada veia. Sus piés se sumergian á cada paso en los charcos formados por la lluvia; pero ella corria sin cesar, como si fuera empujada por una mano invisible.

Llega, divisa el paraje donde floreció ántes el arbusto ligado para siempre á sus recuerdos..... donde habia recibido el último adios y las sagradas promesas de su amante..... donde ella le empeñára tan solemnemente las suyas..... y donde, por último, en el furor de su despecho al creerse abandonada, habia levantado una mano destructora sobre el inocente insecto que por tanto tiempo acudió fiel á sostener su esperanza.

Ya no existian ni el arbusto, ni el insecto, ni la esperanza, ni los juramentos de Rosa..... ¡pero Erliá estaba allí, fiel á los suyos!..... ¡Estaba allí, como se lo habia prometido hacia dos años, en tal dia como aquél, y á presencia de sus ángeles, del arbusto, de la abeja y de la flor!.....

IV.

Rosa no lanzó un grito ni articuló una palabra, porque el silencio es la expresion suprema de las supremas emociones. Cayó de rodillas, y su mirada — en que se retrataban los inefables tormentos de su alma — fué la única impetracion de piedad que pudo dirigir á su juez. Pero aquella mirada era tan elocuente, tan desgarradora, que el corazon ofendido no pudo resistir á ella.

— Sí, yo te perdono, dijo Erliá — desviándose estreme-

cido de la que tanto habia amado — así te perdonen tambien Dios y los ángeles, á cuya presencia has perjurado.

Rosa ocultó el rostro entre sus manos, y — como la compañera de Adan al verse ante Dios despues de haber comido la funesta manzana — sólo pudo articular estas palabras, tan difíciles para el orgullo y tan socorridas para la debilidad:

— *¡Fuí engañada!*

Erliá se sonrió con amargura.

— Sé, dijo, que tu corazon creyó con harta presteza en la mudanza del mio. Que estuviste léjos de sospechar siquiera que la esposa que se me brindaba no tuviese, con todos sus tesoros, bastante para comprarme la constancia de mi amor y la santidad de mis promesas. ¡Oh! ¡ella y su padre me hicieron más justicia! Ellos, al oir la sencilla historia de mi vida, que no es más que la de mi corazon, comprendieron al instante que no habia para mí sino una felicidad posible, y me dieron generosamente los medios de venir á conquistarla; miéntras tú no vacilabas en creer que yo la vendia infamemente por un puñado de oro.

— ¡Erliá, Erliá! gritó la infeliz Rosa, abrumada á los piés de su amante por el enorme peso de su dolor y su arrepentimiento. ¡No hay para mí perdon! ¡No merezco misericordia!

Tan lastimero era su acento, tan profunda su desesperacion, que el noble pecho del jóven sintió que se sobreponia á sus propios dolores la compasion que le inspiraban aquellos de que era testigo, y sólo buscó ya palabras de consuelo para la culpable.

— La fatalidad, dijo, la fatalidad lo ha hecho todo. Ninguna de las noticias que he procurado darte han llegado hasta tí, y aquel silencio, la distancia, el tiempo, la natural desconfianza de tu carácter, disculpan sobradamente tu injusticia de un momento, que no es á mí solo ¡oh Rosa! á quien ha hecho desgraciado. Nuestros ángeles no han querido que gozasen dos mortales en la tierra de una felicidad sin límites.

— Ellos, por el contrario — exclamó Rosa inconsolable — ellos han hecho venir infaliblemente cada dia á la fiel abeja con quien te comparaste, para que tranquilizase mi corazon con su inmutable constancia. ¡Pero nada bastó! ¡A nada

atendió, sino á sus celos, este corazon indigno! ¡Mi mano, mi propia mano mató al insecto sobre la flor que amaba! ¡Oh, sí, Erliá! ¡Lo destrocé como á tu corazon! ¡Lo aniquilé como á mis juramentos! ¡Aquí tienes..... aquí tienes sus restos con los de la flor!

Y la jóven sacó de su pecho el envoltorio que contenia las reliquias, fijando en él convulsivamente sus labios descoloridos.

Erliá lo tomó en sus manos, le abrió, y contempló largo rato aquel polvo, corriendo gruesas lágrimas por sus pálidas mejillas, algun tanto tostadas por el sol ecuatorial.

—¡Ah! pronunció al fin con un acento que partia el corazon; sus cenizas, al ménos, están para siempre confundidas..... Las nuestras, Rosa, no lo estarán jamas. Prométeme siquiera que esparcirás estos polvos en la tierra de mi sepultura, y que irás alguna vez á regarlos con tus lágrimas.

—Sí..... sí..... articuló ella entre gemidos; hasta que en aquella tierra se confundan pronto los restos de todos cuatro.

En tal momento llegaba sofocado el buen Anton, que habia corrido las montañas en busca de su mujer. Erliá la tomó por la mano y se la entregó, diciéndole:

—Hazla feliz, porque ha comprado ese derecho á precio de mi vida; y cuando yo no exista, no la impidas cumplir el último juramento que me ha empeñado, y en gracia del cual los ángeles la perdonarán, al fin, la infraccion de los primeros.

Dicho esto, desapareció entre los jarales, y Ondarra trasportó en sus brazos á Rosa, desmayada, á la pacífica mansion á que él creyó un tiempo llevar con ella la ventura, pero en la que comprendia ya que sólo el dolor debia habitar para siempre. Violenta fiebre asaltó á la pobre jóven en aquel mismo dia, poniendo en riesgo su vida durante muchas semanas, y dejándola por convalecencia la tristeza sombría de una ictericia profunda.

Erliá, por su parte, pareció no ocuparse en otra cosa, desde la amarga entrevista, que en el cuidado asiduo del viejo labrador que le habia acogido en su desvalida infancia, y que se hallaba postrado por una parálisis incurable. Empleó el dinero destinado ántes á los gastos de un nuevo y feliz estado, en rodear de comodidades á su bienhechor y

á la familia de éste, pagándoles con usura el generoso cariño que en otro tiempo dispensaron al huérfano.

Nada le complacia tanto como pasar las largas horas de la noche leyendo el libro de Job cerca de la cama del anciano; por más que le molestase con frecuencia una tosecilla seca y angustiosa, durante la cual solia mancharse con sangre el pañuelo que llevaba á sus labios. ¡Ay! aquellas dos hermosas y juveniles existencias, heridas de un mismo golpe, podian ser comparadas á dos flores que — apénas abiertas á los besos del céfiro — reciben en su seno el gusano destructor que las va lentamente devorando.

Sin embargo, con los apacibles dias de la primavera mejoróse algun tanto la situacion de Rosa, y esta circunstancia y los desvelos paternales que la prodigaba Anton, podian dar la esperanza de un completo cambio favorable.

Félix luchaba tambien, con todo el vigor de sus veinte y dos años, contra aquella terrible enfermedad cuyos progresos no ha alcanzado todavía á detener la ciencia, y que se ceba con tanto mayor encarnizamiento cuanto es más florida la juventud de la víctima.

Miéntras duró el buen tiempo no ocurrió nada que de contar sea; mas al caer amarillas las postreras hojas de los árboles, el pobre Erliá cayó tambien en su lecho para no volver á levantarse. La enfermedad lo habia vencido al cabo, y corria con espantosa rapidez á su último período é inevitable desenlace.

Rosa, en tanto, sentia simpáticamente renovarse el progreso de su lenta consuncion, y su alma se iba cubriendo de brumas más oscuras y tristes que las que el cielo tendia gradualmente sobre la hermosura marchita de los campos.

V.

Hubo aquel año un invierno riguroso. El frio era intensísimo; las cimas de las montañas no se desnudaban jamas de su pesado manto de nieve; contínuas nieblas se interponian entre ellas y los valles y cañadas, robándoles la vista del firmamento, donde el sol avaro dejaba escapar escasamente algunos rayos fugitivos; y gracias si de vez en cuando, rompiendo un peñasco los espesos vapores, descubria lentamente sus picos descarnados, que á manera de fantasmas tornaban á desaparecer entre las brumas.

No se oian otros rumores que el zumbido del viento entre los castaños desnudos y las encinas escarchadas — en torno de los cuales solian revolotear medrosos algunos mudos pajarillos, — la caida de los aludes, y acaso los graznidos del cuervo oculto en los agujeros de las peñas.

Rosa no salia de su casa, pasando tan tristes dias casi inmóvil en su gran sillon de baqueta; miéntras, para distraerla, Anton le contaba largas historias de sus viajes de marino, que ella escuchaba por lo comun visiblemente abstraida. Sin embargo, siempre al dejar la silla para trasladarse al lecho, alargaba su flaca y yerta mano á su marido, dándole gracias con una melancólica sonrisa. Ondarra movia tristemente la cabeza, osando apénas besar aquella mano, y al retirarse — despues de arroparla y arrullarla como á un niño — no dejaba ningun dia de decirse á sí mismo:

— Está peor que ayer la pobrecilla.

Con todo, la rigidez de la estacion iba ya casi de vencida. Habia llegado el último dia de Febrero, víspera del Ángel Custodio, y la renovacion de la primavera, que se acercaba, era motivo de nuevas esperanzas para Ondarra. Aquella mañana el sol habia lucido sereno por muchas horas, reanimando con sus tibios rayos á la querida enferma: aquella noche Anton no la habia oido suspirar entre las angustias del insomnio, y casi llegó á prometerse verla pasar gratamente su décimonono cumpleaños.

Felicitábase por ello el antiguo marino, y en muestra de su

alegría iba á echar otro sueño en su mullido colchon—renunciando por aquella vez á su hábito de madrugador—cuando sintió á Rosa levantada y andando por la alcoba, con paso más firme que de costumbre. Acudió presuroso á preguntarla si se la ofrecia algo. Hallóla vestida, envuelta en su gran capa de paño, y guardando en su seno el envoltorio que encerraba las reliquias, no ya desconocidas para Ondarra.

—¿Qué haces? la dijo éste. Desde que estás delicada no acostumbras levantarte temprano, y áun ménos debes hacerlo miéntras no haya pasado del todo esta estacion rigurosa.

—Voy á salir, contestó resueltamente la jóven.

—¿Salir? ¿á tal hora? ¿con este frio? exclamó Anton asombrado. No; no lo permitiré por cuanto hay en el mundo.

—Lo permitiréis, repuso ella con voz firme, porque *él* os suplicó no pusierais obstáculo al cumplimiento de mi última promesa—para que el cielo me perdonára el haber faltado á las primeras—y ha llegado el momento previsto en aquel en que os dirigió su súplica.

Anton creyó que Rosa deliraba. Sabía por ella cuál era la última tristísima promesa á que se referia; pero tampoco ignoraba,—pues se lo dijeron el dia ántes los mismos hermanos adoptivos de Félix,—que precisamente aquel dia se encontraba éste en repentina y notable mejoría, que los llenaba de júbilo. Quiso, por tanto, obligar dulcemente á Rosa á que se volviese al lecho; pero halló tal resistencia, que hubo de plegarse él mismo, limitándose á acompañarla.

La jóven se dirigió despacio, pero con planta segura, al pequeño cementerio del pueblo; al llegar cerca de él vió Ondarra (que la seguia inquieto) salir de sus puertas un grupo de hombres, trayendo vacía la camilla en que sin duda acababan de trasportar un cadáver. La impresion causada por aquella vista fué tanto más profunda, cuanto reconoció al momento á los hermanos adoptivos de Erliá formando parte del lúgubre cortejo. Lleno de sorpresa y zozobra, se acercó para inquirir si era verdad lo que comenzaba á sospechar; pues áun le parecia más probable que fuese el viejo paralítico quien hubiera sucumbido.

Rosa, miéntras tanto, continuó su camino sin aparente emocion, como si nada hubiese visto; y entrado que hubo en el solitario recinto, se dirigió sin vacilar á un paraje en que

la tierra, recientemente removida, indicaba que acababan de ser depositados en su seno los restos de un mortal. Arrodillóse sobre ella, besóla con religioso respeto, y empezó á esparcir con mano trémula las pobres reliquias de la abeja y de la flor, entre las que se hallaba la semilla de ésta. Inclinóse luégo nuevamente, regando el suelo con sus lágrimas, y en el momento en que Anton, turbado y lleno de asombro, llegaba junto á ella — preguntándose á sí mismo quién habia podido comunicarle la noticia del triste suceso cuya certeza acababa él de adquirir — la oyó murmurar con dulcísima voz sobre la humilde sepultura :

— ¡Adios, Erliá! Pronto te cumpliré el resto de mi promesa. Pronto descansarémos juntos.

Dicho lo cual se levantó, rebozándose de nuevo en su capa, y tomó el brazo de su marido para regresar á su albergue. Pero lo que la habia oido despertaba una sospecha demasiado horrible en el alma de Anton para que pudiera disimularla, y la dijo — á los pocos pasos — con acento profundamente afectado :

— *Él* ha pasado de esta vida á la otra con todos los sentimientos de un buen cristiano, cuando Dios le llamó; y no debes olvidar, Rosa, que los que levantan contra su propio pecho una mano criminal, acortando voluntariamente el plazo que les señaló el Criador, jamas serán partícipes del descanso que ya goza en este momento aquel por quien lloramos.

— Sospechais mal de mí, le contestó ella con dulzura. Nunca daré cabida á la espantosa idea de semejante crímen; pero sabed que anoche — en el instante mismo en que el ángel de Félix llevaba su alma al seno de la infinita misericordia — mi ángel me hizo entender que yo sería pronto perdonada, y se me llamaria á participar del dichoso destino de mi amado, tan luégo viniesen á anunciármelo sucesivamente siete abejas y siete flores.

VI.

Anton volvió á temer por la razon de Rosa, y guardó silencio, redoblando sus cuidados y proponiéndose no oponer resistencia á sus más extraordinarios antojos.

Pasó, no obstante, algun tiempo sin que ella pusiese de nuevo á prueba la condescendencia del marino; pues las profundas emociones de aquel dia la rindieron de modo que durante un mes no pudo moverse de la cama, limitándose á preguntar con frecuencia si no aparecia cerca de su habitacion ninguna abeja ó flor maravillosa. Como recibió siempre respuesta negativa, no le fué dado resignarse á esperar por más tiempo, y el dia 2 de Abril declaró á su marido que se hallaba resuelta á hacer nueva visita al cementerio.

Ondarra la llevó casi en sus brazos; tan grande era la debilidad de la enferma; pero apénas respiró el aire del asilo de los muertos y vió nacida en la tierra de la sepultura la semilla conservada en su pecho tanto tiempo — y que, convertida ya en planta, crecia lozanamente, — de súbito pareció que se reanimaba su alma, concibiendo una halagüeña idea.

— ¡Tú serás, decia acariciando las tiernas hojas de la planta; tú serás — ya lo comprendo — la que produzcas las siete flores que vendrán á libar las siete abejas, nuncios de mi perdon y mi ventura!

Al retirarse del campo santo pudo hacerlo por sus piés y brillando en sus ojos nuevos destellos de vida. Desde aquel dia sus visitas al postrer asilo fueron frecuentes y largas, complaciéndose en ver cómo crecia el arbusto de sus recuerdos y de sus esperanzas, y festejando la aparicion de cada nueva hoja como suceso próspero é importante.

El último dia del mes un boton se presentó, por fin, coronando el tallo, y la jóven rindió gracias á su buen ángel, vertiendo — por primera vez despues de largo tiempo — lágrimas sin amargura.

¡Con qué impaciencia anhelaba el completo desarrollo de la flor y la llegada de la abeja, que quizás acudiria presu-

rosa á los primeros hálitos que esparciera en el ambiente el sér de sus amores!

Tal era la esperanza de Rosa; pero ¡cuál sería su júbilo cuando — viniendo muy de mañana el 3 de Mayo — vió que la flor, que áun no hacia más que entreabrirse, ostentaba ya entre sus hojas al insecto suspirado!.....

Cayó de rodillas; en su primer impulso aplicó los labios al capullo con más ardor que cuidado, retirándolos en seguida pesarosa, pues le pareció imposible no haber ahuyentado al huésped querido de la flor. Pero se engañaba; la abeja estaba inmóvil. Admirada Rosa, la miró más de cerca..... la tocó..... sacudió el tallo..... ¡Cosa rara! ¡la abeja, impasible, continuaba libando!..... ¡La abeja no podia volar! ¡Estaba unida inseparablemente con la flor!.....

Dos dias despues se abrió un nuevo boton, y una nueva abeja apareció tambien adherida maravillosamente á su cáliz. Otro tanto sucedió con la tercera, y con la cuarta, y con la quinta, en fin; pues todas se desplegaron rápida y sucesivamente, con gran júbilo de Rosa; cuya emocion, al parecer el sexto capullo, fué tan superior á sus fuerzas, que Ondarra la trasportó sin voz y sin conocimiento al lecho, por tantos dias abandonado.

La fiebre se presentó de nuevo con terrible violencia; la naturaleza de la pobre jóven se hallaba tan gastada por continuadas y fuertes emociones, que el 15 de Mayo hubieron de serle administrados los auxilios supremos de la religion, que ella recibió con edificantes disposiciones.

En todo aquel dia no pareció pensar en otra cosa que en dar gracias á Dios, encomendándose á su misericordia; pero al amanecer del siguiente llamó á su marido — que lloraba en silencio á algunos pasos de su lecho—y le pidió como última muestra de su generosa ternura el favor de ser conducida un momento á respirar el tenue aroma de las florecillas que amaba.

Anton, desesperanzado de su vida, nada acertaba á rehusarle, y fué llevada — por consiguiente — en una silla de manos al sitio que habia indicado.

Apénas se vió en él Rosa, sus apagados ojos se abrillantaron; su amarillenta tez tomó por un instante colorido; y arrojándose de la silla, fué á ponerse de hinojos junto al ar-

busto, que presentó entónces á su vista la sétima flor que acababa de abrirse, dejando descubierta la sétima abeja, parte integrante de su maravillosa estructura.

Un débil grito armonioso salió de los labios de la jóven; sus brazos rodearon el arbusto; su cabeza se inclinó—como otra flor tronchada—sobre las siete flores de la tumba; y Ondarra oyó, durante algunos minutos, el blando murmurio de una accion de gracias dirigida al Angel de la Guarda. Luégo el murmurio cesó; los brazos que oprimian al arbusto cayeron suavemente en tierra; y Ondarra—que se precipitó para levantar á Rosa—sólo tomó en sus brazos un cadáver. ¡El alma habia volado con el primer perfume de la sétima flor!.....

El viudo cumplió la última parte de la promesa empeñada á Erliá por su desgraciada esposa: los dos amantes descansaron juntos, y la flor—que se multiplicó sobre su sepultura, formando desde entónces una nueva clase— cesó de llevar el nombre *del ángel* para tomar el *de la abeja;* no floreciendo ya su arbusto, como entónces, en el primer dia de Marzo, sino á la llegada del mes en que Rosa y su Erliá se reunieron en el cielo.

Yo he visto, lectores mios, yo he tenido en las manos várias de esas flores de tan poética historia, que se encuentran en los sitios más sombríos y solitarios de las márgenes del Deva—como esquivando las profanas miradas de los hombres—y puedo aseguraros que me ha costado trabajo convencerme de que la abeja no era otra cosa que una parte integrante de la flor.

Por cierto que la primera vez que tuve ocasion de admirar tal maravilla, fué precisamente en un paraje que, segun me dijeron, ha sido teatro de uno de los más sangrientos episodios de la última guerra civil; pero la flor se desplegaba tan fresca y lozana en aquel suelo—regado con sangre vertida por manos fratricidas—como sobre la sagrada tierra de la tumba, donde era regada por lágrimas de amor.

¡Ah! lo mismo se desplegará todavía, despues que se hayan mezclado en la tierra que las produce las cenizas de la presente generacion y de otras infinitas.

El tiempo—ese eterno removedor de las costumbres, las leyes, los usos, las ideas y los nombres—que muda sin ce-

sar la faz de las sociedades, borrando una civilizacion al soplo de su sucesora..... el tiempo no puede nada sobre esas yerbecillas de los campos, cuyas humildes generaciones atraviesan las edades sin recibir la menor alteracion en su esencia ni en su forma, para ostentarse el último dia tan bellas y tan puras como en el primero de su creacion.

FIN DE LA FLOR DEL ÁNGEL.

LA ONDINA DEL LAGO AZUL.

RECUERDO DE MI ÚLTIMA EXCURSION POR LOS PIRINEOS.

LA ONDINA DEL LAGO AZUL.

I.

Era el año de 1859, y tocaba á su término la temporada veraniega — que habiamos pasado en los Pirineos franceses — por lo cual aprovechábamos con avidez los serenos dias que áun restaban de la buena estacion, para proseguir nuestras agradables excursiones por tan pintoresco país.

Habiamos visitado recientemente á Gabarnie, sin intimidarnos ante los angostos desfiladeros; las sendas serpenteando por flancos de la cordillera, suspendidos sobre abismos; las bóvedas de monstruosos peñascos que — socavados por la *Gave Bearnesa* — parece que amenazan desplomarse; los vericuetos glaciales, donde no se halla un árbol que susurre, ni un pájaro que píe, ni un insecto que se mueva..... y de todas las penalidades del molesto viaje nos compensaron ampliamente las impresiones sentidas á vista de la bellísima cascada de Gédre — derrumbando á nuestras plantas las perlas y los diamantes de sus inexhaustas corrientes; — y la del *Cáos*, desordenado agrupamiento de enormes masas de granito, que pudiera creerse fueron hacinadas allí por brazos de los Titanes para la audaz empresa de escalar el cielo; y la de las famosas *torres del Marboré*, gigantes calcáreos que se pierden en las nubes; y la del indescribible *Circo*, en fin, encerrado en sus altísimas murallas, con sus torreones y sus almenas — sólo accesibles á los hielos — y de los que saltan, cruzándose, espumosos y atronadores torrentes de infinitos cambiantes; obra todo ello de una naturale-

za primitiva y caprichosa, pródiga de maravillas en aquellos lugares agrestísimos, sin darles otra voz que la de las cataratas que nos envolvian entre sus nieblas perdurables.

Luégo — instalados en Bagnères de Bigorre — recorrimos sucesivamente sus deliciosos alrededores, y realizamos atrevidos la fatigante ascension al Pico del Mediodía; contemplando desde su cima piramidal — en variados términos y perspectivas — los vergeles magníficos de *Luz*, las ásperas gargantas de *Barèges*, las colinas del *Bearne*, los pintorescos campos del *Garona*, y porcion de ciudades — que se presentan como puntos blanquecinos, — y cadenas de picachos vestidos de deslumbrante nieve.....; pero áun nos faltaba conocer otra de las más raras curiosidades de aquel suelo privilegiado. Sí, áun no habiamos visto el *lago azul*, y resolvimos aquella excursion postrera en compañía de algunos otros bañistas, que nos presentaron por *cicerone* al inteligente Lorenzo, á quien soy deudora de la extraña historia que voy á referir á los benévolos lectores de estas desaliñadas páginas.

II.

Descendiamos las escarpadas márgenes del hermoso lago que parece haber robado al cielo su más espléndido manto, en el momento de subir por ellas — lentamente y apoyado en grueso báculo — un anciano de aspecto noble y triste, á quien noté saludaba nuestro guía con emocion cariñosa.

— ¿Conoceis á ese hombre? le pregunté, movida por cierto instinto que me hacia adivinar en aquel viejo, de pálida y grave frente, algun infortunio extraordinario.

— Sí, señora, respondió Lorenzo. ¿Quién no ha visto muchas veces al pobre tio Santiago mezclar sus lágrimas con las azuladas ondas del lago? Miéntras viva no dejará de venir un solo dia á rezar por el alma de su hijo en estas márgenes solitarias.

— ¿Querreis decirme — repuse — qué misterio encierra la preferencia con que busca este sitio, para un acto que cumpliria mejor en la iglesia de su pueblo?

— Es un misterio bien singular y doloroso — replicó el *cicerone* — y que á vos, señora, que me pareceis afecta á todo lo maravilloso, no podria ménos de interesaros en extremo. Pero ¡ah! vale más no recordar aquí sucesos tan raros como lamentables.

Terminando estas palabras, se alejó Lorenzo para hacer notar á los compañeros, que me precedian, las bellezas de la zafírea llanura que estaban contemplando.

Tan hábil retirada en el instante mismo en que acababa de excitar hasta lo sumo mi impaciente curiosidad, era un rasgo digno de Dumas ó de Soulié: como aprendiz en el oficio supe apreciarlo desde luégo, y concedí á mi hombre el placer de fastidiarme un rato en ansiosa espectativa; pero al cabo logré posesionarme de él — aprovechando los instantes en que mis compañeros se diseminaban por las inmediaciones — y le pedí con instancia me refiriese las desgracias del melancólico anciano, cuya fisonomía me habia sido tan simpática.

— Sólo por vos — contestó galantemente — pudiera prestarme á traer á la memoria en estos sitios, hechos capaces de volver á uno loco. Lo haré, porque comprendo no sois persona que indague las cosas por mera curiosidad, sino porque se interesa por cuanto es patético y extraordinario. Ahora bien, sentémonos, si os place, á la orilla de este lago — que representa gran papel en el drama de que voy á ocuparme, — y tened la bondad de prestarme atencion durante algunos minutos.

Hice lo que me pedia, y él dijo con visible enternecimiento, que me pareció contagioso:

«Al tio Santiago se le murieron tres hijos en ménos de dos años: no le quedó al pobre otro sér á quien amar que su chiquitin Gabriel, cuya venida al mundo le costó la vida de su esposa. Gabriel fué, por tanto, querido y mimado con extremo, lo cual — en verdad — nos parecia á todos cosa naturalísima; porque al niño podia tomársele por un serafin, segun era de hermoso.

Gozaba Santiago de bastantes comodidades, y hasta de

cierto lujo, pues ningun labrador de su pueblo — que es de los más bonitos del valle de Lesponne — podia jactarse de más rico que él; gracias á su constante laboriosidad, y á la economía de su difunta, que no tuvo igual en cuanto á hacendosa y mujer de gobierno.

Viéndose, pues, el padre con sobrados medios, se le metió en la cabeza darle al hijo una educacion fina, y no hubo modo de apartarle de aquella idea, que todos — hasta yo que áun no tenía pelo de barba — todos, repito, conceptuamos desacertada. En fin, cumplió su gusto, pues Gabriel á los diez y ocho años era la maravilla del pueblo por las muchas cosas que sabía; sobresaliendo principalmente en las habilidades de tocar la flauta y componer versos, que él mismo ponia en música y solia cantar con admirable primor. Era tambien muy dado á leer libros, no sólo los escritos en nuestra lengua, sino hasta los que venian de Alemania y otras tierras extrañas; pues los entendia todos, y nos recitaba luégo en frances interesantes cuentos que contenian, narrando los hechos con tal gracia y facilidad que nos embobábamos oyéndole.

Añádase á lo dicho la singular belleza de su figura, la elegancia de sus modales, el esmero con que sabía vestirse— hasta en los dias de trabajo — y ya comprendereis, mi querida señora, que aquel muchacho debia hallarse entre estas montañas como fuera de su centro. Así lo consideramos en el pueblo, diciéndole con razon á Santiago que lo mejor sería mandarlo á una gran ciudad, donde se proporcionára carrera adaptada á la educacion que le habia dado; pero el viejo no queria por cuanto hay en el mundo desprenderse de su Benjamin, y contestaba siempre que para todo habria tiempo; que el chico era delicado de complexion y necesitaba por algunos años más los aires de la tierra. Miéntras tanto, se desarrollaba más y más en Gabriel — á medida que avanzaba en la juventud — un carácter melancólico y raro.

No creais que se viesen en él las inclinaciones propias de su edad. Aunque no habia en el pueblo doncella que no lo mirase con buenos ojos, jamas hizo el menor caso de ninguna; como tampoco manifestó disposicion para trabar amistad con los mancebos, ni hacerse partícipe de sus diversiones. El único placer del hijo de Santiago era vagar dia y

noche por esas montañas, llevando por toda compañía algun libro de versos ó cosa semejante, y su flauta inseparable; que no pocas veces oia yo resonar en la espesura de algun bosque ó en las orillas de este lago, cuando pasaba con mi mulo cargado de leña para la casa de su padre, á quien ayudaba en sus faenas, siendo bien agradecido y recompensado, pues — segun indiqué ántes — Gabriel no le servia para nada.

En el momento en que llegaban á mis oidos los sones de la flauta, me detenia involuntariamente para escucharlos más tiempo, y tales eran de dulces y amorosos, que solia alguna lágrima humedecer mis párpados, sintiéndome el corazon como si quisiera venírseme á los labios para responder con suspiros á las cosas tiernísimas que me revelaban aquellas melodías. ¡Oh señora! no penseis que exagero; la flauta de Gabriel no era un instrumento como otros de su clase: él hablaba por medio de ella todo cuanto queria, y áun creo que decia muchas veces más de lo que alcanzaba á comprender. Aquella flauta lloraba, gemia, cantaba, expresaba ardientes deseos, respondia á secretos pensamientos, articulaba misteriosas promesas, y hacia nacer de súbito dulces, aunque indeterminadas esperanzas.

En una ocasion me atrajeron tan poderosamente los admirables sonidos del instrumento armónico, que sin darme cuenta de ello me fuí apartando del camino y descendiendo el ribazo, hasta encontrarme al frente del jóven músico, en este mismo sitio en que ahora nos hallamos. Tan embelesado estaba él con los primores que producia su soplo, como yo lo estaba escuchándole; pero luégo que se apagaron en los aires las últimas notas de la flauta — confundidas con los suaves suspiros de la brisa — me entró cierta especie de vergüenza del poderío que ejercia en mi alma con su música aquel muchacho holgazan, y — poniéndome de mal humor — me acerqué á él con un tanto de aspereza, y le dije — sacándole del arrobamiento en que parecia querer perseguir todavía, por entre los murmurios de las ondas del lago, las ya extinguidas vibraciones de su flauta armoniosa: — Tienes admirable habilidad, Gabriel amigo; pero pasan dias y dias sin que pienses en otra cosa que en corretear y tañer la flauta, dejando á tu pobre padre solo y sin ayuda en las faenas de

su hacienda. No lo digo porque me pese suplir tu falta; ántes bien prescindo de mi propio interes — que sería el de hacerme necesario á Santiago — porque nada deseo tanto como ver contento al excelente anciano, y á tí portándote segun corresponde á un buen hijo y cual hombre de provecho.

Gabriel levantó la cabeza, me miró fijamente un instante con expresion distraida, y concluyó por rogarme que le repitiese cuanto habia dicho, pues confesaba no haberme entendido. Hice lo que pedia, añadiéndole algunas reflexiones, á mi parecer oportunas, y él mostró esta vez escucharme con atencion y sin ningun asomo de disgusto. Terminado mi sermon, me dijo con tono melancólico: — Gracias, Lorenzo; gracias por el interes que te tomas por mi padre y por mí; pero ten entendido que no creo faltar á mis deberes siguiendo mis inocentes inclinaciones, ni doy gran importancia á los adelantos de mi hacienda. ¿Para qué necesito las riquezas? Yo vivo en un mundo que no es el vuestro, y saco mis alegrías, como mis dolores, de fuentes misteriosas que no pueden seros conocidas. En buen hora guárdate — si llega á faltar mi padre — esos bienes que le ayudas á conservar y á acrecer, y que yo sólo estimo por las comodidades que le proporcionan en su cansada vejez; pero déjame mi libertad selvática, déjame mi independencia vagabunda, seguro de que ellas son mis verdaderos tesoros, y de que con nada me probarás mejor tu amistad que con no mezclarte en mi destino.

— Seca es tu contestacion, y hasta dura — repuse yo un poco lastimado, — mas no se dirá que por respetos á mi amor propio retrocedo en el terreno á que me ha traido un sentimiento más noble. Te llevo siete años largos, soy deudor á tu familia de beneficios que no olvidaré nunca, y estas circunstancias me obligan á aconsejarte segun mi leal entender y escaso saber. No olvido que eres un mozo ilustrado y que yo carezco de esa ventaja: tambien confieso que Dios se ha servido darte un talento que supera naturalmente al mio; pero todo lo que me falta puede ser compensado por el buen deseo que me anima, y los ojos desapasionados con que miro tus acciones; miéntras que tu ingenio y tu instruccion no bastan, en mi concepto, á suplir por la experiencia de

que careces, ni levantan tu propio juicio para ver desde su verdadero punto y estimar imparcialmente la conducta que estás observando, con gran daño del sosiego presente de tu padre y de tu misma felicidad venidera. ¿Qué es lo que ganas — dímelo por tu vida — con pasar horas tras horas en la soledad de estos montes? Por deliciosas que sean las armonías que sabes arrancar de tu flauta, ¿no te cansarán al cabo abusando de ese placer? ¿Puedes hallarte mejor solo con tu música y tus libros, que en la grata compañía de tu padre, tus amigos y las muchachas más lindas del lugar, que todas aspiran á agradarte, y entre las que hay algunas que son muy dignas de fijar tu atencion el dia que resuelvas escoger una esposa? Si las riquezas te son indiferentes; si no abrigas aficion al trabajo — aunque todo hombre debe considerarlo un deber — ten al ménos el gusto que es natural en tratar con tus semejantes, y no te condenes — afligiéndonos con tal capricho — á pasar aislado y triste los años más floridos de tu vida.

— Escucha, amigo,—dijo suspirando el jóven luégo que esto me oyó :— siéntate y atiéndeme un momento, para que no vuelvas á atormentarme con reconvenciones inútiles.

Me senté á su lado, y él añadió : — Tienes razon, segun el mundo, en juzgarme extravagante. Cuanto acabas de decir está arreglado á la prudencia humana y á las exigencias sociales. Más aún : veo en ello una prueba de tu sincero afecto, y declaro complacido que me obligas á quererte desde hoy y á apreciarte, como no quiero ni estimo á ningun otro hombre, si se exceptúa mi padre. Por eso voy á expresarme á tu presencia con el corazon abierto; por eso te permitiré entrever esta vida íntima de mi alma, que no puede avenirse con la vida comun de los seres que me rodean : despues de vislumbrarla, estoy seguro de que no volverás á exigirme el infructuoso sacrificio de ir á respirar en aquella atmósfera en que no puede vivir mi cuerpo sino matando á mi espíritu.

III.

Hablando así, Gabriel—con un abandono lleno de gracia, que no le habia visto hasta entónces—apoyó sus dos brazos sobre mis rodillas, y en sus blancas y delicadas manos su barba de suaves contornos, cubierta —como su labio superior—por un vello todavía sedoso; y dejando vagar sus miradas con expresion que fué haciéndose más y más extraordinaria, pronunció estas palabras, que creo haber conservado fielmente, pues el cielo me concedió felicísima memoria:

—Ignoro si mi educacion ha sido causa, ó sólo auxiliar, de este sentimiento profundo que me aleja del círculo en que debiera vivir. Algunas veces creo que áun cuando me hallára en la ciudad más ilustrada de Europa, entre los ingenios más sublimes, tendria—como tengo entre los rústicos habitantes de nuestras montañas—este instinto de aislamiento, esta aspiracion á otro mundo mejor, que me haria despreciar los placeres, las pompas y hasta los goces intelectuales de las grandes sociedades; lo mismo que desprecio ahora la sencillez, la paz y los goces domésticos que me ofrece el estrecho—pero apacible—ámbito de la vida campestre. Sea de ello lo que fuere, amigo Lorenzo, te aseguro de véras que no ambiciono, no deseo nada de cuanto la tierra pudiera ofrecerme; porque hay en mi alma necesidades misteriosas, cuya satisfaccion logro entrever únicamente algunas veces en los éxtasis inefables de mis ensueños solitarios. Solitarios he dicho, pero no es cierto: jamas estoy ménos solo que cuando ninguna criatura humana respira cerca de mí. Entónces todo se puebla á los ojos de mi mente de seres benéficos y bellos, con los que me comunico por medio de inexplicables armonías. Entónces viene—púdica y amorosa—á identificarse con mi espíritu, la mujer ideal de mis ardientes aspiraciones, ante la que quedarian oscurecidas las más perfectas beldades de la tierra.

»Yo la veo en los risueños albores de la aurora, como en los tristes crepúsculos de la tarde; á la deslumbradora claridad del astro del dia, como á los destellos apacibles de la

luna argentada. Tan pronto es la sílfide aérea que hace ondear su vaporoso manto entre las nubes que coronan los montes; tan pronto la driada juguetona triscando por la esmaltada pradera ó á la sombra de sus queridos bosques; ó bien — con más frecuencia aún — la pálida y melancólica ondina, dejando sus palacios de líquido zafiro para sonreirme cariñosa en esta orilla escarpada, oculta entre los arbustos balsámicos que riega cada dia con su bella urna de nácar.

»¡Oh Lorenzo! los que por su desgracia, ó su dicha, no han recibido de la naturaleza una organizacion de artista como la que en suerte me ha cabido; los que no ven en estos campos sino árboles, yerbas, aguas, nunca podrán comprender los misterios de la existencia mia. ¿Cómo explicarles con el lenguaje humano el sentido que descubro en esos susurros de las movibles ramas, esos murmurios de las corrientes sonoras, esas mil voces de la tierra y de los aires? ¿Cómo iniciarlos en el íntimo secreto de mis goces intelectuales en este mundo de mi predileccion, entre estos seres que me acarician en cada rayo de luz; que me hablan de amor en cada eco de la vida inmensa que por todas partes palpita?

»¡Ah! ¡no! no quieras quitármelos; no quieras envolverme en el frio positivismo, que secaria mi alma. Déjame aquí con mis ensueños, con mis ilusiones, con mis delirios..... Déjame con la compañera de mi soledad encantada, con mi rubia ondina de nacarado seno y ojos color de cielo, que hace un momento recogia quizás desde su lecho de espumas los sonidos de mi flauta, que la repetia—*¡ Te amo!*

»En el instante de articular Gabriel esta última palabra, — sin que me permitiese ni áun respirar el asombro con que escuchaba tan extraña jerga, que me hacia sospechar un trastorno en su juicio,— en el mismo instante, señora, se movieron produciendo ruido los arbustos que le servian de respaldo, y — volviendo de pronto la cabeza — se encontraron mis ojos con otros ojos bellísimos, que parecian haber robado al lago el puro y trasparente azul, con que brillaban entre el tupido ramaje. Los vi tan claramente cual veo ahora los vuestros; pero fué aquello un relámpago..... desaparecieron al punto, dejándome atónito, y preguntándome á mí mismo si era Gabriel quien estaba loco, ó si debia yo

creerme solemnísimo bruto, por no haber ni áun sospechado hasta entónces la existencia de aquellos hermosos seres sobrehumanos, que le prestaban compañía.

»Verdad es que cuando niño me contaba mi madre cuentos de hadas y de duendes, que me hacian morir de miedo; pero despues que me sentí hombre sólo á risa me provocaban; tratando como invenciones de la ignorancia cuanto solian decirme respecto á este y otros sitios, en que — segun el vulgo,—aparecian de vez en cuando ondinas que extraviaban los rebaños y hacian *mal de ojo* á los pastores galanes, á fin de que no se enamorasen de ellos las muchachas bonitas de las poblaciones del valle.

»Pasado apénas mi primer estupor, quise á todo trance salir de dudas, y levantándome prontamente sin decir palabra á Gabriel — que parecia no haberse apercibido de nada,— corrí á registrar la maleza, arbusto por arbusto y rama por rama; pero no pude encontrar, con toda mi diligencia, ni una sombra de figura humana ó sobrehumana. Recorrí con la vista las márgenes del lago y todo aquel contorno..... pero ¡nada! los ojos azules se habian desvanecido cual si fueran dos gotas de las ondas del lago, evaporadas por el calor del sol. Lo que sucedió con aquel incidente extraño fué que no osaba ya reprender al jóven sus desvaríos, ni áun me sentía seguro de que lo fueran; pues de tal manera me preocupó lo que habia oido y visto, que al llegar á la habitacion de Santiago no acertaba á responder coordinadamente á las preguntas que me dirigió sobre cosas de la hacienda, y hubieron de llamarle la atencion mi aire alelado y mis frases inconexas.

»Pero todavía no era nada: otro motivo más grande de sorpresa y asombro me estaba reservado para el dia siguiente.....»

Mis compañeros de excursion — que se habian alejado recorriendo los alrededores—llegaron en tropel, interrumpiendo la relacion de Lorenzo, y anunciándome que la caravana estaba impaciente por conocer otra líquida llanura, no distante, y á la que habia dado la naturaleza el color precioso de la esperanza.

Fué preciso ceder al voto general, aunque me contrariase no poco abandonar aquel sitio llevando en suspenso mi cu-

riosidad de mujer y de poeta, vivamente excitada por lo que acababa de oir de la historia del hijo de Santiago..... del jóven y desconocido artista de las montañas; de cuya flauta maravillosa áun me parecia que vagaban errantes, á las orillas del lago, ecos perdidos de místicos amores.

IV.

Costeando la izquierda del Adour nos dirigimos al lago verde, que contemplé con distraida mirada, no pudiendo perdonarle el no tener — como *su compañero azul* — alguna ondina que lo poetizase; y cuyos ojos de esmeraldas viésemos resplandecer de repente entre los frondosos ramajes que le prestaban sombra y colorido. Luégo, miéntras descansábamos en una amena hondonada, donde el rio que habiamos perdido de vista durante algunos instantes volvió á presentársenos en forma de lindísima cascada—á cuyo ruido se unia el canto de malvises y jilgueros, pobladores constantes de los abetos y las hayas, que forman allí bosquecillos encantadores — procuré y conseguí otro *tête-à-tête* con el *Dumas campesino*, que continuó su peregrino relato en los términos siguientes, ó muy semejantes:

« Veinte y cuatro horas hacia de mi conversacion con Gabriel, cuando me llamó á su aposento el abandonado padre, y encerrándose conmigo me dijo suspirando: —Ya ves, querido Lorenzo, la extraña conducta de mi hijo: ayer apénas lo he visto á las horas de comer; hoy dejó la casa ántes de que me levantase, y su puesto en la mesa lo hemos contemplado vacío. Esto, como comprendes, no puede prolongarse, pues mi corazon sufre demasiado con la certeza de que proviene semejante alejamiento de un fastidio profundo que devora á aquella alma, haciéndole insoportable hasta la presencia de este mísero padre. Ahora bien; meditando en cuáles serian los mejores medios de remediar el mal, se me han ocurrido

dos: ó casar al chico, dejándole elegir la novia que quiera en quince leguas á la redonda — pues no serémos desairados por ninguna doncella que nos conozca; — ó si se niega á tomar el santo estado, cuyas obligaciones pueden arrancarle del género de vida con que ahora nos contrista, resolverme — aunque sea con dolor de mi corazon — á mandarle donde tenga medios de completar sus estudios y abrazar cualquiera profesion honrosa. Una vez fijado mi pensamiento en estos dos partidos, me pareció desde luégo que tú eras más á propósito que nadie para proponérselos á Gabriel; puesto que no solamente debes á la naturaleza gran facilidad para expresarte, sino que tambien le mereces á mi hijo particular aprecio, mirándote él y yo cual miembro de la familia.

» ¡Ea, pues, amigo! no perdamos tiempo; no pienses por el momento en otra cosa que en buscar á ese vagabundo — que Dios sabe dónde estará á estas horas — y emplea cuanto talento tienes, y toda la influencia que alcance á darte la amistad que te profesa, para hacerle aceptar la primera de mis proposiciones; ó la segunda, si fracasamos por desgracia en el preferente empeño. El Padre celestial te pagará tan buena obra en la venidera vida, y este otro pobre padre te bendecirá agradecido miéntras goce de la presente.

»Durante este discurso de Santiago estuve más de una vez á punto de interrumpirle, refiriéndole lo ocurrido el dia anterior; pero me contuvo el recelo de alarmar demasiado aquella alma timorata y religiosa, concibiendo, ademas, alguna esperanza todavía de que Gabriel renunciase sus singulares delirios, ante la certidumbre de poder trasladarse á una ciudad populosa, y conseguir en ella empleo digno de su ingenio y capaz de lisonjear su orgullo. Añadíase á esto que yo empezaba á concebir algunas dudas sobre la verdad de lo que habia creido ver á las orillas del lago: mi imaginacion, predispuesta de antemano á lo maravilloso por las extrañas melodías de la flauta y las extraordinarias alucinaciones que me comunicára el jóven músico, podia quizás haberse exaltado hasta el punto de tomar por ojos humanos, ó diabólicos, los de cualquiera alimaña que casualmente se albergase en la maleza.

»Todas estas razones — que se me presentaron en tropel — me decidieron á no decir nada por entónces al pobre viejo,

que me confiaba aquellos proyectos en que fundaba sus últimas esperanzas, y á auxiliarle en ellos por cuantos medios me parecieran posibles.

»Con tal resolucion me despedí de él, asegurándole mi buena voluntad; y—dándome el corazon que encontraria á Gabriel donde mismo le habia hablado últimamente—tomé sin vacilar el camino del lago.

»La tarde era hermosa y apacible, pero se hallaba ya bastante adelantada; y como yo caminase, ademas, muy despacio—por ir preocupado de mi mision y coordinando los mejores medios de llevarla á cabo felizmente,—sucedió que ántes de llegar al término de mi marcha se me echaron encima las sombras, sorprendiéndome precisamente en lo más estrecho y triste de la áspera garganta que atravesaba. Entónces,—lo confieso con vergüenza,—los pensamientos que me venian distrayendo se desvanecieron de pronto, sucediéndoles cierto sobrecogimiento de pavura, que no acertaba á vencer.

»El silencio que me rodeaba; la semi-oscuridad, que me permitia distinguir, aunque confusamente, las formas vagas y caprichosas de las pardas peñas y los negros abetos que siembran por todas partes aquella lúgubre angostura; el rumor de las aguas, llegando á mis oidos como lejano lamento, y al cual se mezclaba el ruido de las piedras que—desprendiéndose de la altura—rodaban al fondo de los precipicios; las nubes que envolvian los picachos desnudos; las brumas que se elevaban del lago, formando á distancia fantásticas figuras....., todo contribuia á inspirar inexplicable terror á mi imaginacion, algo supersticiosa. Llegó á dominarme tan rápidamente aquel sentimiento ridículo, que—despertándoseme la memoria de cuantos relatos conocia sobre espantosas apariciones, se me representaban todos los objetos verdaderos fantasmas, levantándose amenazadores para impedirme la entrada en los dominios de la acuática amante de mi desgraciado amigo.

»¡Oh! reid si quereis, señora; pero es lo cierto que en aquel lugar, en aquella hora indecisa—que no pertenece ni á la noche ni al dia—y despues de lo que la tarde anterior me habia pasado, no se necesitaba ser un ignorante labriego—como yo—para sentirse poseido por extrañas ideas. Lo

más que pude hacer, á fuer de hombre no desprovisto de valor, fué no cejar ni una línea en mi camino, y llegar á despecho de todo hasta aquellas orillas en que Gabriel me habia dado las raras explicaciones de su misteriosa vida.

»Me hallaba precisamente tocando los arbustos que sirven de respaldar al asiento rústico que ocupaba con él en el instante en que vi brillar los bellos ojos azules; es decir, pisaba el mismo palmo de terreno que debió pisar la persona que poseia aquellos ojos — si era en efecto *persona* — y la maleza me separaba únicamente del tronco en que suponia hallar al jóven, entregado—como de costumbre—á sus singulares devaneos. Pero al separar las ramas para contemplarle sin ser visto de él, noté que el asiento se encontraba vacío, y llegó á mis oidos cierto rumor que parecia como de una voz femenil, pronunciando palabras queditas desde el centro mismo del lago.

»Sentí correrme por todo el cuerpo un escalofrio como de terciana; pero dominé mi pavura, y— salvando el obstáculo que oponian los arbustos — me puse al otro lado y dí algunos pasos, acercándome al paraje de donde, al parecer, partia la voz. Ésta, empero, cesó de oirse en aquel momento, y como la luna empezaba ya á levantarse — repartiendo claridad bastante para distinguir los objetos —vi al hijo de Santiago de rodillas sobre el escarpado borde, y le escuché al mismo tiempo decir con suplicante acento:

»— Suspende, por piedad, esa cruel prohibicion: déjame llegar hasta tí, ó dígnate respirar más cerca del corazon que te adora. ¿Por qué una distancia que me priva de tocar tus manos, ó la orla siquiera de tu túnica? ¿Por qué te niegas á convencerme de que no es un sueño, una alucinacion de mis sentidos, lo que estoy mirando y oyendo? Si gozas existencia real; si tienes un corazon que lata respondiendo á las violentas palpitaciones del mio, no prolongues esta duda acibarando momentos tan felices. Angel ó demonio, sér humano, ó de otra especie desconocida, yo te amo; yo te recibo como bienhechora realizacion de mis aspiraciones misteriosas, de mis esperanzas incomprensibles. ¡Vén, sí, vén, ó déjame llegar á tus plantas, aunque deba morir al sellarlas con mis labios.

»— No insistas más en ello, querido amigo, dijo al punto

otra voz tan incomparablemente dulce, que al pronto creí escuchar una de las más suaves melodías de la flauta de Gabriel. — Aun no ha llegado el dia en que podamos enlazar nuestras manos y confundir nuestros hálitos. Yo te suplico por mi amor que lo aguardes resignado, y seas dichoso por ahora con sólo verme y oirme, á la distancia corta en que nos hallamos. Desecha, miéntras tanto, toda duda sobre mi existencia real, y no vuelvas nunca á concebirla; pues te aseguro que no es sueño, ni es ilusion de tu mente. Ella adivinaba en sus poéticas aspiraciones la verdad que ves probada hoy, y que sólo acogias ántes como puro idealismo, como vaga tendencia hácia lo desconocido. No, no te engañabas al presentir que no puede la especie humana hallarse aislada en este globo que habita, á inmensa lejanía de los demas seres terrestres, desprovistos del divino dón del pensamiento. No te engañabas al poblar los senos de la tierra, los aires, las aguas, el fuego mismo, de criaturas simpáticas, cuya alma respondiese misteriosamente á las voces de la tuya. Existen realmente en todos los elementos, entre seres de naturaleza inferior, otros que poseen — como vosotros — un espíritu amante, inteligente, sociable y perfectible. Sólo, empero, con ciertas condiciones (que áun no debo revelarte) les es permitido á dichos seres — destinados á vivir en los elementos que constituyen sus cuerpos — presentarse á los humanos y hablarles en su lenguaje. Rara vez merece un habitante de la superficie de la tierra, que los moradores del éter, del fuego ó de las aguas, abandonen sus dominios para venir á formar con él alianza de amor y de destino..... pero tú, amigo mio, eres del escaso número de esos hombres privilegiados; pues la amante que te habla es la ondina que lleva el cetro en los diáfanos alcázares de este magnífico lago.

»Cuando hube oido tan terminante declaracion, que ninguna esperanza me permitia, horrorizado á la idea de que Gabriel se hallaba envuelto en los artificios de espíritus maléficos, no pude ya contenerme y — haciendo la señal de la cruz — corrí resueltamente hácia él para arrancarle, aunque fuese por fuerza, de un paraje tan temible. Pero ¡ah señora! apénas me hallé á su lado y tendí una mirada de espanto por aquellas márgenes funestas — que ya iluminaba la luna con extraordinarios resplandores — se me presentó de súbi-

to un cuadro tal, que me dejó suspenso y como extático.

»En esa lengüeta de tierra que entra en el lago, á unos veinte pasos de nosotros, reclinada en alfombra de florida yerba, y rodeada de murmurantes y espumosas ondas azuladas, se veia una figura blanca medio velada por trasparentes y zafíreos velos; con cuyos pliegues jugaban las brisas de la noche, extendiéndolos como nubecillas vaporosas en torno de una cabeza rubia coronada de nenúfares. Entre aquellos celajes de gasa resaltaba un rostro, cuya perfecta blancura dejaba atras la de las espumas que solian salpicarlo, y en el que brillaban los dos bellísimos ojos que mi memoria conservaba impresos; los mismos, señora, que se habian desvanecido el dia ántes cual gotas del lago evaporadas por el sol. Esta vez, sin embargo, la luna — que reflejaba su luz de plata en la tersa frente de la ondina — iluminaba el sereno azul de sus grandes pupilas, sin siquiera disipar la melancólica sombra que proyectaban en sus párpados largas y negrísimas pestañas; contrastando de una manera atrevida con las madejas de oro, que — bajando por sus sienes — se dilataban en graciosas ondas sobre la nieve de sus hombros.

»Yo habia llegado junto á Gabriel con ánimo de llevármele, conjurando al demonio de quien le creia víctima; mas resultó que ante aquella aparicion divina, no supe ni pude hacer otra cosa que lanzar un grito de admiracion.

»Resonar éste, levantarse ella asustada—en ademan como de precipitarse al lago—y sentir en mi garganta las manos de Gabriel, que me oprimian como una argolla de acero, todo fué obra de un segundo. No puedo decir si la ondina se sumergió ó no en las ondas, pues furioso el amante no me soltó hasta que caí sofocado y sin sentido. Cuando volví en mi acuerdo me hallé solo: todo estaba desierto y en silencio. La luna, medio velada por una nubecilla, rielaba sobre las aguas un rayo melancólico, y las ondas — movidas apénas por el tenue soplo de desmayada brisa — dejaban escapar blando murmurio, que se asemejaba á un suspiro.»

Aquí llegaba Lorenzo cuando fué menester aplazar de nuevo la conclusion de la historia, resignándome de mala gana á seguir á mis compañeros hasta Bizourtère; donde nos esperaban las caballerías, y donde logré la promesa de

que sería continuada la dos veces interrumpida narracion, durante el camino que áun nos restaba para regresar á Bagnères.

En efecto, hízolo Lorenzo, como se verá en el próximo capítulo.

V.

«Comprendereis, señora, que no era posible seguir callándole á Santiago la verdad de lo que ocurria, pues no me quedaba la menor esperanza de que Gabriel aceptase ninguna de las dos proposiciones de que me habia encargado el pobre padre. La impresion que hizo á éste el relato de cuanto yo habia visto y oido á las orillas del lago, más fácil es concebirla que expresarla.

»Desde luégo no vió en todo ello sino diabólicos artificios; y espantado y lleno de dolor á la idea de que el jóven tenia comunicaciones con espíritus malos, no perdonó medio — de los varios que le sugirieron su acendrada fe y su paternal ternura — para arrancarle de los peligros de que le consideraba rodeado. Consejos, lágrimas, reprensiones, amenazas, exorcismos..... todo fué empleado sucesivamente, y todo con igual inutilidad. Gabriel estaba loco de amor por la ondina, y llegamos á convencernos de que ántes se dejaria matar que consentir en alejarse de estos sitios; ó siquiera consultar un poco la prudencia ántes de ir más adelante en aquella singularísima y sospechosa aventura.

»Santiago cayó en mortal desaliento á vista de tal obstinacion, y yo tuve que limitarme — al cabo de mil infructuosos esfuerzos — á vigilar en secreto los pasos del insensato amante; por si me era posible evitarle mayor desgracia que la que tenía ya, viviendo subyugado á un sér de naturaleza misteriosa y probablemente maléfica. Pero ¡cosa rara! acontecíame, señora, que—no obstante la pavura causada por la idea de aquellas relaciones funestas — me sentia yo mismo

atraido á los alrededores del lago; más que por el interes que me merecia Gabriel, por la imprudente curiosidad de volver á contemplar á la anfibia belleza de cuyas redes anhelaba librarlo.

»Un dia, amaneciendo apénas, me fuí á sentar en lo más elevado del ribazo, atisbando desde allí — cuanto lo permitia la débil claridad del crepúsculo—si se descubria algo que indicase la presencia de la ondina. ¡Nada! La superficie azulada aparecia tranquila, y silenciosas sus márgenes solitarias.

»De pronto, sin embargo, me pareció sentir pasos á mi espalda, y volviéndome rápidamente, columbré— pues no puedo decir con verdad que las vi claro, aunque pasasen cerca de mí, segun lo espeso de la neblina y lo pasajero de la aparicion;— columbré, digo, dos figuras, que más bien que andar parecian deslizarse sobre la húmeda yerba, y que descendieron por el recuesto en direccion del lago, sin que yo alcanzase á explicarme de dónde habian salido. Iban tan próximas, que el ancho velo azul que envolvia á una de dichas figuras, se extendia tambien— movido por el viento matinal— en torno de la cabeza de la otra; formándoles á ambas como una nube, que se distinguia entre la niebla y les prestaba no sé qué de fantástico, pareciendo que huian arrebatadas por vapores matizados. Quise bajar al punto el ribazo en pos de aquella pareja, que creí reconocer ó adivinar; pero súbitamente me cercaron — brotando de la espesura — numerosas ondinas, vestidas todas del color purísimo del lago, las cuales comenzaron á girar rápidamente en torno mio, entonando un cántico singular, del que sólo entendia estos versos, muchas veces repetidos:

¡Ay de quien rompa el velo de estas neblinas,
Acechando á la reina de las ondinas!
¡Ay de quien pago
De su espionaje aguarde cerca del lago!

»Cada vez que me hacian oir dichas palabras aumentaban la velocidad de su movimiento, estrechando progresivamente el círculo que trazaban á mi alrededor, hasta el punto de envolverme con sus cendales — que el viento batia y entrelazaba — causándome tal vértigo que acabé por no ver nada,

cayendo en tierra ni más ni ménos que si estuviera completamente borracho. Pero así y todo, sentia que aquellas malignas criaturas continuaban danzando, y se divertian en arrojar sobre mí — á cada nueva evolucion — hojas y ramas que arrancaban de los arbustos próximos, llegando á formarme una capa verdaderamente sofocante.

»Cuando, pasado un poco mi mareo, logré desembarazarme de aquel peso, y tendí mis miradas por el teatro de encantamientos en que me hallaba, sólo se presentaron á ellas algunas gaviotas que se bañaban en las tranquilas ondas; sin llegar tampoco á mis oidos otros acentos que el de los pájaros gorjeando en los árboles, y de vez en cuando el mugido de las vacas que pacian en las colinas cercanas.

»En otra ocasion (era una noche de luna tan hermosa como aquella en que fuí testigo de la entrevista de Gabriel con su acuática amante) me escondí con gran cuidado entre la maleza, inmediato á la cual solia sentarse el jóven, y que era la misma donde resplandecieron á mis ojos los que tanto me preocuparon entónces, y que no olvidaré nunca. Estuve largo rato en ansiosa espectativa; pero, burlada ésta—pues todo continuaba desierto y callado,— comencé á aburrirme muy de véras, cayendo por último en una gran somnolencia, á la que me rendí despues de ensayar vanos esfuerzos para combatirla. Pero aunque dormido como un liron, no gozaba de reposo verdadero; pues me agitaron ensueños extravagantes, en que tan pronto me parecia luchar con monstruos salidos del centro de la tierra, tan pronto me sentia atraido poderosamente á los abismos de las aguas por cánticos dulcísimos de pérfidas sirenas, á cuya magia oponia en balde toda la resistencia de mi voluntad. A pesar de ella, me arrastraba no sé qué fuerza irresistible á las peligrosas orillas, y ya iba á caer en brazos de las temibles anfibias (que me fascinaban con sus acentos, como la serpiente con sus hálitos al ave que quiere devorar), cuando desperté despavorido.

»Desperté, pero no acertaba á creerlo, mi querida señora; pues aunque con los ojos abiertos y la razon al parecer despejada, áun continuaba oyendo las inefables melodías cuyo magnetismo perturbára mi sueño.

¡Sí! no era ilusion: las auras de la noche traian á mis oidos — desde los senos del lago — deliciosos ecos de una

flauta que no era dable confundir con otra, y — asociadas á aquéllos — las modulaciones penetrantes de voces argentinas, que entonaban lindísima barcarola.

»Quedéme algunos minutos suspenso, extático, sin decidirme á creer que no continuaba soñando; pero así que—sacando fuerzas de flaqueza como suele decirse — logré levantarme, y me adelanté por entre las breñas hasta el borde mismo del lago, entónces vi claramente una barquilla argentada, deslizándose por la tersa superficie al compasado ruido de cuatro remos, que brillaban como si fuesen de bruñida plata.

»Manejábanlos diestramente dos agraciadísimas figuras femeniles, cuyos trajes blancos y vaporosos mejor parecian de espumas que de tela, áun la más ligera y diáfana. Indicábanme su calidad de ondinas la corona de acuáticas flores, y los anchos velos azules con que siempre se presentaron á mi vista las habitadoras del líquido elemento; velos que esta vez — prendidos únicamente á sus espaldas — se henchian, flotando por los dos costados de la barca, pareciendo ser sus transparentes flámulas.

»No fueron, sin embargo, las encantadoras remeras quienes cautivaron mi atencion; pues se fijó desde luégo en la popa de la ligera navecilla, donde aparecian — muellemente reclinados sobre almohadones de verde y fresco musgo, y á la sombra de una especie de dosel de reluciente azul recamado, al parecer, de perlas — un hombre y una mujer que no necesito nombraros.

»La luna, próxima á su ocaso, acariciaba con sus últimos destellos la pálida frente de la reina de las ondinas, inclinada sobre un hombro de Gabriel; miéntras que la brisa, jugando á su placer con la profusa cabellera — que se tendia destrenzada bajo la guirnalda de nenúfar—llegaba á envolver como cendal de oro la hermosa cabeza del jóven músico; cuyos labios cesaron de henchir por un instante el instrumento sonoro, para beber los hálitos de aquellos otros labios voluptuosos, que exhalaban — rozándolos casi — los acentos divinos que áun dormido me atraian.

»Una de las blancas manos de la sin igual hija de los ondas descansaba sobre el timon, con negligencia que mostraba no tener necesidad del menor esfuerzo para imprimir á la barca la direccion que quisiera. La que seguia era evidente-

mente hácia la opuesta márgen del lago; pareciéndome más dulce el canto, y más pintoresco y extraño el aspecto de aquella blanca y reluciente barca, regida por figuras semi-aéreas, cuanto iba siendo mayor la distancia que nos separaba.

»Vi, por fin (aunque ya un poco confusamente), tocar el esquife la orilla á que se encaminaba, y mecerse un momento todavía al compas de la música; pero en seguida se extinguieron lentamente en la atmósfera las últimas vibraciones de aquélla, al mismo tiempo que apagaba la luna sus melancólicos rayos, y todo quedó sumido en oscuridad y silencio.

»Entónces, señora, se me antojó trasladarme á todo trance á la márgen en que atracó la barquilla, para ver qué rumbo tomaban las naucleras seductoras; pero apénas hube dado algunos pasos, alejándome de la orilla que habia ocupado hasta ese momento, escuché sucesivos golpes dados en el agua por ligeros cuerpos que al parecer se arrojaban á su seno, y nuevos ecos — dulces y atrayentes — se levantaron de las ondas en alas de la brisa, como convidándome á buscar por entre aquéllas camino más breve para encontrar á las ondinas.

»Tan fuerte era el poderío que los tales cánticos ejercian sobre mí, y tan impulsado me iba sintiendo á ceder á su influjo— lanzándome en medio de las sombras á los líquidos abismos abiertos á mis piés— que me sobrecogió nuevamente terror supersticioso, y echando á correr espeluznado, no paré hasta verme al abrigo del techo hospitalario de Santiago; bajo el cual entró tambien Gabriel algunos minutos despues, sin ningun indicio en su aspecto ni en su traje de haber acompañado á su amada hasta sus líquidos palacios.»

Hizo pausa Lorenzo, y despues prosiguió diciendo:

VI.

«Desde la noche á que me he referido no volví á seguir nunca los pasos del imprudente enamorado, porque empecé á temer por mí propio, al sentir que la belleza de las ondinas iba atenuando el pavor que me habia inspirado en un principio su naturaleza misteriosa. El mismo Santiago pareció tambien habituarse, á pesar suyo, á la idea de las extrañas relaciones de su hijo; limitando ya sus cuidados á dirigir á la Vírgen Santísima repetidas súplicas para que velase por el alma de aquél, no permitiendo fuese esclavizada por el espíritu de las tinieblas.

»Así se pasó el resto del verano, cuando el dia primero de Octubre — al volver yo de unas diligencias que tuve que hacer en Lourdes — me encontré en consternacion la casa del pobre viejo. La causa era que Gabriel faltaba de ella hacia ya tres dias, y que al encontrarle á las orillas del lago se habia negado absolutamente á alejarse de ellas ni un momento, sin que alcanzasen á vencer su tenaz resistencia los ruegos y las lágrimas del afligido padre, el cual habia ido aquella mañana personalmente á traérselo; no obstante la repugnancia que le causaban aquellos sitios desde que supo los frecuentaban seres sospechosos.

»Prestéme á probar si lograba mejor resultado, y me encaminé al lago sin siquiera tomar un vaso de agua, ni dar un pienso á mi mulo.

»Al llegar me detuve, encantado por los sonidos de la flauta: jamas los habia exhalado tan penetrantes, expresivos y extraños. Eran al principio como un dulce y querelloso reclamo entre suspiros de amor; luégo impacientes quejas, exclamaciones de enojo, lamentos tristísimos, sollozos, lágrimas..... estallando al fin en un gemido profundo, desgarrador, terrible, que parecia haber destrozado la flauta y el corazon del músico. Salté de mi mulo, estremecido; corrí á la orilla del lago y hallé en ella al infeliz jóven tendido sin conocimiento, frio, pálido, con la flauta aferrada por sus crispados dedos, y los labios — de que acababa de separarla — cubiertos

de sanguinolenta espuma. Echéle agua en el rostro, le aproximé á la nariz un frasco de aguardiente que traia conmigo..... pero, visto ser todo sin éxito alguno, me resolví á trasladarlo á la choza de un pastor situada al pié de la cuesta, valiéndome para ello de una especie de camilla que formé rápidamente con algunas ramas de árboles, asegurándolas lo mejor que pude sobre los lomos del mulo. Colocado encima el pobre mozo, echó á andar el animal, que conocia perfectamente el sendero, y pronto llegamos á la cabaña dónde esperaba hallar, y hallé en efecto, hospitalaria acogida.

»Prodigáronse á Gabriel cuantos auxilios estaban á nuestro alcance, logrando al cabo que volviese en sí y tomase un cordial, de que tenía gran urgencia; pues se conocia que el desdichado no probaba alimento desde que dejó la casa paterna.

»Sucedió, empero, que tan pronto como se sintió un tanto reanimado, quiso tirarse de la cama y volverse al maldecido lago, obstinándose de tal modo en aquel empeño, que no hubiéramos conseguido detenerle á no ocurrírseme de repente una mentira feliz. — Puedes hacer lo que quieras, le dije; pero sábete que *ella* me tiene encargado no permitirte pisar de nuevo aquellas márgenes, hasta que recibas aviso suyo de que puedes hacerlo sin perjuicio de tu salud y sin infraccion de sus órdenes.

»— ¡Cómo! exclamó él: ¿la has visto pues? ¿Dónde? ¿Cuándo? Habla, en nombre del cielo, amigo mio; dime qué la he hecho para que me prive de su presencia tres dias seguidos, sin una palabra, sin un signo de recuerdo. ¡Qué! ¿No ha oido los gritos de mi alma llamándola dia y noche? ¿No sabe que la he jurado que si me abandonaba en la tierra, iria á buscarla á los abismos de las aguas?

»— Eso es precisamente lo que *ella* te prohibe — contesté con viveza y con espanto.—Eso es lo que os separaria para siempre; pues ocurren motivos poderosos que la obligan á desviarte de aquellos sitios sólo por breves dias, dependiendo de ello la futura felicidad de ambos.

»Nada tan fácil como engañar á un amante con cualquiera esperanza, áun la más vaga. Gabriel empezó á respirar con desahogo; sus ojos se abrillantaron; su fisonomía toda recobró vida.

»—Bien,— me dijo, tomándome las manos y apretándolas contra su corazon:— si *ella* lo ordena así, sea; imponme las voluntades que se haya servido expresarte, y bendita tu voz, Lorenzo, que hace llegar á mis oidos órdenes dictadas por la suya. ¡Ah! no puedes comprender cuánto he padecido, y qué bien inefable me haces sentir con sólo decirme que la has visto.

»— Mucho más podré comunicarte cuando llegue el momento oportuno — le contesté, resuelto á no escasear fábulas en obsequio de su tranquilidad,—pero por ahora sólo debemos pensar en adquirir fuerzas para llegar á nuestro domicilio, calmando las zozobras de tu excelente padre y cumpliendo los preceptos de tu previsora amante.

»El jóven no opuso resistencia; bebió un poco de leche que le presentó el pastor; subió en el mulo al instante; y— aunque volviendo la vista á cada paso y exhalando suspiros profundísimos — anduvo sin decir palabra el camino que nos condujo á su casa.

»Figuraos cuál sería el consuelo del pobre Santiago cuando volvió á ver á su hijo en el hogar abandonado; pero áun se lo proporcioné mayor al hacerle saber la desaparicion de la ondina, segun me lo reveláran las palabras del jóven. ¡Pluguiese al cielo, sin embargo, que nada hubiera yo dicho! Santiago, cuya rectitud y religioso celo pecaban quizá por exageracion, condenó desde luégo los artificios—en mi concepto inocentes—que juzgué necesario emplear para impedir la desesperacion de su hijo, y me declaró que en manera alguna sostendria con falsas esperanzas la pasion insensata de aquel mísero; sino ántes bien estaba resuelto á aprovechar la ausencia del pérfido monstruo que lo seducia, para desengañarlo de una vez haciéndole comprender las gracias que debia rendir al cielo por haberle librado de un gran peligro. Despues de producir las hondas y saludables impresiones que el sencillo anciano esperaba de sus paternales sermones, queria llevarse á Gabriel — cuanto ántes — de aquellos lugares de recuerdos ingratos, y establecerse con él en Tolosa; donde tenian algunos deudos acomodados, que proporcionarian al muchacho ocupaciones y recreos capaces de distraerle.

»Me pareció bien esta última idea, y me encargué com-

placido de los preparativos del viaje, que debia emprenderse al dia próximo; pero no juzgando igualmente ventajoso y prudente el partido que tomaba el viejo de destruir de un golpe todas las ilusiones del triste enamorado — confirmándole la verdad de su abandono y pintándoselo como beneficio celeste — quise ántes que nada presenciar aquella escena, en que presentia la necesidad de mi intervencion directa. Entré, por tanto, con Santiago en el aposento de su hijo — que cediendo á mis ruegos se habia metido en el lecho, queriendo merecer por su docilidad y aparente calma que le refiriese pronto los pormenores ofrecidos. — Aguardábame hacia rato con tal ánsia, que apénas me vió pisar los umbrales, cuando sin notar siquiera que iba acompañado del viejo, me tendió los brazos exclamando: — ¿Vienes, al fin, Lorenzo?..... ¡Qué siglos se me han hecho los momentos! Llega, por Dios, llega á contármelo todo; á repetirme cien veces que volveré á verla; que *ella* te lo ha ofrecido; que no me tiene olvidado.

» — Cuanto te indicasen sobre el particular, hijo mio, dijo al punto Santiago, sería mera invencion para contemporizar con tu locura. Felizmente esperamos que no torne jamas á perseguirte con sus pérfidas seducciones esa criatura malévola, instrumento odioso del infierno; pues sin duda debemos la ventura de verte libre de ella á las incesantes oraciones que he dirigido á la Purísima Vírgen, impetrando por su asistencia esa gracia que hoy me regocija.

Quiso continuar el infeliz padre pintándole á Gabriel los tremendos peligros que habia corrido su alma y la gran felicidad que debia sentir rompiendo su cautiverio; pero no le fué posible hacerse oir ni un solo instante más.

» Se enfureció el jóven de tal modo, al comprender que yo le habia engañado y que su padre se ufanaba de deber á sus oraciones la desaparicion de la ondina, — á quien quizá le representó entónces su imaginacion encadenada por superior poder en los abismos de las aguas, — que lanzándose del lecho, rugiendo como pantera herida, corrió á la puerta para escaparse veloz, no sin arrojarnos al mismo tiempo una mirada sañuda.

» Santiago, alarmado justamente del completo delirio que revelaba el aspecto de su hijo, gritó á los criados cerrasen

el porton principal, y — obedecido al momento — no tardamos en oir las terribles sacudidas que daba Gabriel á la madera, pareciendo triplicadas sus fuerzas.

VII.

»Llegóse á él el conturbado padre, ensayando todos los recursos imaginables para calmar su exacerbacion, pero nada consiguió: nada tampoco yo, cuando me permití reconvenirle por tales excesos y hacerle presente su inutilidad. Aquello vino á parar en verdadera lucha, pues no fueron menester escasos esfuerzos para sujetar al insensato, dispuesto á buscar salida por los balcones cuando desesperó de hallarla por la puerta.

»Finalmente, al cabo de media hora de gritos, denuestos y violencias — que agotaron las fuerzas que momentáneamente le prestaron la ira y la desesperacion — cayó el pobre mozo rendido y desmayado, trasportándosele al lecho sin que siquiera pareciese sentirlo.

»Pronto se apoderó de él por completo una fiebre letárgica que alarmó á Santiago, y le hizo pasar el resto del dia sin moverse de la cabecera de la cama. Yo, miéntras tanto, persuadido de que aquello no era sino consecuencia pasajera de la fatiga y las emociones recientes, dispuse—segun lo convenido ántes—nuestra inmediata traslacion á Tolosa; porque ninguna medicina juzgué comparable á la distraccion del viaje.

»Cuando volví á entrar en el cuarto de Gabriel, que sería á eso de las diez de la noche, me salió al encuentro Santiago con semblante despejado y alegre, informándome de que nuestro enfermo se exhalaba en sudor, cediendo rápidamente la calentura.

»En efecto, á poco rato vi incorporarse á Gabriel, preguntando qué hora era con cierta calma, que confirmó nuestras esperanzas.

»— Hemos triunfado, dije entónces al viejo, y creo que se realizará felizmente la proyectada partida, para la cual todo lo tengo dispuesto.

»— ¡Alabado sea Dios! — me contestó surcando una lágrima de gratitud su venerable rostro. —Terrible ha sido la crísis, pero de éxito mejor que cuanto podiamos prometernos. Cuando llegue á Tolosa, será mi primer cuidado mandar decir una misa en accion de gracias al Señor.

»Viendo que Gabriel parecia haberse vuelto á dormir con sueño sosegado y reparador, obtuve del padre se recogiese tambien á descansar un poco, prometiéndole quedarme toda la noche cerca del enfermo para atenderlo en cuanto pudiera menester.

»Durante más de tres horas observé religiosamente mi promesa, pues me mantuve junto al lecho sin cerrar los párpados ni un instante; pero como continuase Gabriel en completo reposo y limpio de calentura, y como me sintiese por mi parte bastante molido y fatigado, me dejé vencer de la tentacion de echarme vestido en una butaca, rindiéndome, desgraciadamente, el sueño más profundo que haya tenido en mi vida.

»Desperté, sin embargo, por instinto, á poco de haber amanecido, y viniéndoseme á la memoria que debiamos partir aquella mañana, me levanté con presteza corriendo al lecho de Gabriel para prepararle prudentemente á una marcha que áun no se le habia comunicado.

»Figuraos, señora, cuál sería mi sorpresa cuando me encontré que no estaba allí, y al mismo tiempo reparé en una circunstancia que por de pronto no fijára mi atencion, y era la de hallarse abierto el balcon de aquella pieza, que yo conservé con cerrojo durante toda la noche.

»Asustado y ansioso me acerqué precipitadamente á dicho balcon, y entónces no pude ya dudar de lo ocurrido; pues vi atada al hierro una de las sábanas de la cama, anudándose á su extremo la otra, que llegaba hasta una vara del suelo. Todo quedaba explicado: Gabriel nos habia engañado con su aparente calma, y aprovechando mi sueño se habia huido de la casa.

»Mesándome los cabellos de despecho, participé al triste padre aquel inesperado contratiempo, y sin perder instante

montamos á caballo y nos dirigimos á galope tendido á las orillas del lago, donde nos parecia seguro encontrar al fugitivo. Pero nos engañamos. Desiertas aparecian — entre la bruma que las cubre siempre á tales horas — y reinaba en torno inacostumbrado silencio, que tenía algo de pavoroso.

»Ya íbamos á abandonarlas para recorrer las cercanías, á las que trasladábamos nuestras ya una vez burladas esperanzas, cuando de pronto distinguí en tierra, medio cubierto por la húmeda yerba — que me pareció recientemente hollada — un objeto á cuya vista me sentí estremecido hasta la médula de los huesos. ¡Era la flauta de Gabriel!.....

»Levantéla silencioso, mostrándosela al anciano, que exclamó al punto, cayendo desplomado: — ¡Mi hijo se halla en el fondo del lago!

»¡Ah, señora! aquélla era sin duda la terrible verdad, pues jamas desde entónces ha vuelto á saberse del infortunado Gabriel; ya porque encontrára la muerte entre las traidoras ondas — como su padre y yo creimos desde luégo firmemente — ya, segun otros coligen, porque se albergue olvidado de la tierra en los diáfanos palacios de la amante idolatrada, á quien quiso seguir hasta los abismos de las aguas.

»Como si las ondinas solemnizasen su triunfo, súbita tempestad, con lluvias y vientos extraordinarios, se desencadenó aquel mismo dia sobre montañas y valles; oyéndose al lago desbordado trocar por insólito bramido el tenue murmurio, que es la voz habitual de sus azules ondas.»

Largo rato guardamos silencio el *cicerone* y yo, despues que él hubo terminado la novelesca historia, cuyo trágico desenlace me habia afectado mucho. Notando, empero, que ya se presentaba á nuestra vista el alegre caserío de Bagnères, no pude ménos de preguntarle á Lorenzo — con sonrisa que pareció lastimarle — si debia tomar por lo serio que un hombre de buen juicio, como él, creyese de véras haber sido una ondina la amante misteriosa del hijo de Santiago.

— Señora, me respondió gravemente, aunque destruya el ventajoso concepto que os merezco, confesaré sincero que por bastante tiempo tuve la íntima conviccion de que no pertenecia á la especie humana el sér á quien puedo acusar

con justicia de la desgracia de toda una familia; pero, en honor de la verdad—si no de la especie mencionada—debo deciros tambien que mis creencias sobre aquel punto distan mucho hoy de la firmeza que tenian entónces. La casualidad me ha suscitado motivos de duda, que vais á apreciar por vos misma, si me permitis exponerlos.

Le rogué que lo hiciese pronto, pues nos restaba poco trecho que andar, y él dijo inmediatamente:

—«El verano próximo pasado (era el segundo que contábamos despues de la muerte de Gabriel) tuve que ir á París á realizar algunas cobranzas de créditos de Santiago; pues aunque ya desempeñaba yo muchas veces el oficio de guía con los viajeros que visitan frecuentemente nuestro pintoresco país, todavía continuaba prestando al triste anciano cuantos servicios tenía por conveniente encargarme.

»Hallándome, pues, en la brillante capital de Francia, quise no abandonarla sin ver ántes á un jóven amabilísimo que el año anterior habia pasado larga temporada entre nosotros, cobrándome, al parecer, algun cariño; cosa nada extraña, si se atiende á que le acompañé siempre en sus excursiones aventureras. Tomé informes, por tanto, de la calle y casa en que habitaba, yendo—cuando lo supe—varios dias seguidos á saludarle, como creia de mi deber; pero con la mala suerte de no lograr hallarle nunca.

»Era ya la víspera de mi partida, cuando tuve el antojo de pasearme—como uno de tantos ociosos—en el bosque de Boulogne. A poco de hallarme allí, medio atolondrado entre la numerosa y elegante concurrencia, vi pasar á caballo, no léjos de donde yo estaba, al jóven Mr. de N..... (me permitiréis no revelar los verdaderos nombres), á quien inútilmente habia buscado hasta entónces.

»Cediendo al primer impulso, comencé á darle voces rogándole que se detuviera, y como es persona—aunque de las más ilustres por el nacimiento—de las más campechanas por carácter, cumplió mi deseo con sumo agrado, mostrando gran placer al verme cuando ménos lo esperaba. Apénas me le hube acercado, tendióme la mano como de igual á igual, preguntándome qué era lo que me habia llevado á París, y si le necesitaba para algo. Empecé á referirle el por qué y el cuándo de mi viaje; mas hube de interrumpirme al notar

que mi interlocutor se distraia un poco, mirando á cierta lucida cabalgata que se le acercaba frente á frente.

»Componíanla una dama y varios caballeros, á los que seguian jockeys y palafreneros numerosos.

»Al emparejar con Mr. de N..... la gallarda amazona le dirigió un saludo afectuoso, y extrañando sin duda verle en conversacion familiar con un rústico patan, me lanzó en seguida viva mirada de curiosidad. ¡Ah, señora! En el momento que aquellos ojos se encontraron con los mios, me sentí todo trémulo y trastornado; porque eran idénticos á otros que yo creia hasta entónces sin iguales en el mundo. Las grandes pupilas azul celeste, sombreadas por pestañas de ébano, habian iluminado con uno solo de sus rayos las tinieblas de lo pasado, ya un tanto adormecido en mi memoria; trasportándome de repente á las márgenes de aquel lago tan lleno de recuerdos tristes.

»Sin poder reprimirme, pregunté con visible agitacion al caballero de N..... quién era la señora que acababa de pasar.

»—¡Hola!—exclamó jovialmente;—¿la omnipotencia de esos célebres ojos se extiende tambien hasta los rudos hijos de las montañas? ¡Bien! aplaudo el nuevo triunfo de la reina de los aristocráticos salones; porque te advierto, buen Lorenzo, que la que te ha llamado la atencion es la jóven y opulenta viuda condesa de ***. La mujer más bella, más coqueta y más caprichosa que hoy existe en París.—¡Toma! (añadió en seguida soltando una carcajada). Ahora caigo en que tu pregunta ha sido bastante socarrona, pues debes conocer á la condesa quizá mejor que yo. Ella ha pasado todo un verano, hace tres años, en vuestros valles románticos, y como la siguen á todas partes los genios del amor y de los placeres — prontos á realizar sus más extravagantes antojos — tengo entendido que convirtió aquellos lugares agrestes en brillante teatro de aventuras maravillosas, dignas de figurar en las mil y una noches.

»Me despedí de Mr. de N.....; dejé á París al dia inmediato; y no he vuelto á salir del recinto comprendido entre estas ásperas montañas. Nada más supe, nada más quiero saber de la condesa de ***; ántes, al contrario, cuando su recuerdo me asalta, procuro rechazarlo como infernal sugestion. ¿No pensais, como yo, señora, que mejor fuera

conservar intacta mi sencilla creencia en la pérfida ondina del lago azul, que no concebir la desconsoladora sospecha de que pueda abrigarse en el pecho de una mujer la crueldad más implacable?»

—¡Ah! teneis razon, le respondí vivamente: si tal sospecha llega á convertirse en evidencia, la extraña historia que me habeis referido, despojada de todo lo que tiene de maravilloso y bello, vendria á ser solamente una indigna comedia de la coquetería y del capricho, representada (á guisa de pasatiempo) por una gran señora del mundo positivo..... y la trágica escena con que la terminó el entusiasmo — por medio del inspirado artista de estas soledades, del tierno soñador del mundo inteligible — podria considerarse horrible efecto de la burla lanzada por la prosáica realidad sobre la poética aspiracion.

Terminaba yo estas palabras, cuando paraban nuestras caballerías delante de la puerta del Hôtel de París. Lorenzo se despidió en seguida, y mi marido, que habia escuchado parte de su interesante relato, le encargó — dándole algunos francos — que hiciese decir misas en sufragio del alma de Gabriel.

FIN DE LA ONDINA DEL LAGO AZUL.

LA DAMA DE AMBOTO.

TRADICION VASCA.

LA DAMA DE AMBOTO.

¿Conoceis, queridos lectores, las pintorescas Provincias Vascongadas? Y si teneis esa dicha, ¿recordais la elevadísima peña llamada *Amboto*, que sirve de corona á la montaña de *Echaguen?* ¡Oh! de seguro os llamaria la atencion esa singularidad de tener la cima un nombre diferente al de la montaña de que forma parte. Pues bien, yo voy á contaros la dramática historia que prestó fundamento á la mencionada rareza.

Sabed que existia en aquella altura, hace ya mucho tiempo — la tradicion no determina más — un soberbio castillo, perteneciente á la ilustre familia de los Urracas. El penúltimo señor de aquella antigua casa solariega tuvo de su primer matrimonio una hija única, notablemente bella, que fué llamada María; y á quien durante diez años consideraron todos como feliz heredera de los ricos dominios patrimoniales.

Sucedió, empero, que un segundo himeneo inesperado la dió — al cabo de dicho tiempo — robusto y hermosísimo hermano, cuya venida al mundo anuló por completo los derechos de María; porque, segun las condiciones de los bienes vinculados en aquella familia, sólo por falta de sucesion masculina podian recaer aquéllos en una hembra.

Tal era el espíritu de la época de que hablamos: el sexo ménos fuerte era desheredado sin piedad, y muchas veces se le condenaba á la perpétua clausura de un monasterio, para que el varonil representante de la casa no tuviera ni áun el

cuidado de proporcionarle aceptable colocacion ó módicos alimentos.

María Urraca no fué, al ménos, compelida á semejante sacrificio; pues, si la quiso mucho su buen padre, áun obtuvo más entrañable afecto del hermano que plugo al cielo darla, y que — á los diez y siete años, en que perdió á los autores de su vida,— se vió dueño de considerable fortuna y jefe de la familia.

Era, ademas, el jóven D. Pedro persona simpática y amabilísima, que merecia en todos conceptos primer lugar en el corazon de María; pero la voz pública censuraba á ésta como un tanto esquiva y uraña, siendo indudable que el carácter melancólico de la hermosa dama la constituia en voluntario aislamiento, aunque viviendo al lado de un deferente y cariñoso hermano.

Á querer dejarlo, se hubiera establecido tomando esposo, que no podia faltarle, siendo—como era—gallardísima y virtuosa; pero iba á cumplir veinte y ocho años, sin que jamas se la sospechára preferencia por ninguno de sus pretendienses; ya fuese por no haber entre ellos quien satisfaciera su ambicion, que aspirase á más altura; ya porque en su orgullo desmedido nada le bastase sin la independencia y el señorío por derecho propio, para que se consideraba nacida.

De todos modos, parecia evidente que María de Urraca se rebelaba en su interior contra la injusticia de los privilegios concedidos al sexo varonil, y que depender de un hermano menor, ó de un marido vulgar, eran para ella—llamada por el cielo á ser libre y poderosa — igualmente difícil y humillante. Tanto era así, que su melancolía y displicencia no tardó en convertirse en amargura y aspereza; por manera que se consideró un triunfo de D. Pedro el que lograse alcanzar — cierto dia — se prestase á tomar parte la misantrópica beldad en una alegre batida, en que le acompañaban varios nobles amigos.

Lucia serena una mañana de otoño, cuando los sones de las cornamusas y trompetas anunciaron á los habitantes del valle la salida de los ilustres cazadores, y rápidamente se agolpó curiosa multitud para contemplar la brillante cabalgata; en cuyo centro descollaban el jóven caballero D. Pedro y su bella hermana María, rigiendo el primero—á fuerza

de destreza—fogoso corcel de color de ébano, y la otra blanco palafren, dócil á su mano delicada.

Tiempo hacia que no brillaba en el perfecto semblante de la noble doncella la viva animacion que entónces la hermoseaba; pero al admirarla, no era posible dejar de sentir que habia algo de febril en la mirada fulgurante de sus grandes ojos pardos, algo de siniestro en la expresion extraordinaria de su fisonomía encantadora.

La batida comienza felizmente: pronto el valor y la habilidad de los monteros se ostenta con numerosos hechos; pero ninguno merece tanto aplauso como el de haber sido herido mortalmente por la diestra de la bella cazadora un jabalí corpulento. En medio de los vítores que resuenan por todas partes, reune el animal el resto de sus fuerzas y se lanza por entre las breñas, dejando en su carrera ancho surco de sangre. Veloz le sigue su perseguidora, y queriendo D. Pedro dejarle íntegros los honores del triunfo sobre aquel enemigo ya casi moribundo, manda á la comitiva que se detenga, corriendo él solo en seguimiento de la denodada amazona.

Pero ¿adónde se dirige ésta? Su blanco caballo — como poseido por el frenético demonio que hizo entrar en el cuerpo del de Angélica el nigromante que nos pinta Ariosto — parece rebelarse contra la hermosa mano que hasta aquel instante ha respetado sumiso, y trepando peñas, salvando precipicios, se pierde pronto de vista entre los vericuetos y barrancos.

Don Pedro, sin embargo, corre siempre en pos de su querida María, y desaparece, como ella, ante la asustada comitiva, que ha contemplado con asombro aquella carrera singular.

En el mismo instante, y por fatal coincidencia, horrible tempestad se desata repentinamente.

El firmamento se cubre de negros nubarrones, que envuelven en sus densos pliegues las cimas de las montañas; cruzan entre ellas los relámpagos como serpientes de fuego; retiemblan seculares árboles al rudo impulso del viento silbador; retumba pavoroso el trueno por los montes y los valles, y todos huyen despavoridos, buscando albergue que los defienda de aquellas iras del cielo.

Las gentes del castillo vuelven á entrar en él desordenada-

mente, creyendo que hallarán allí á sus señores, pues suponen se les habrán adelantado; pero no es así. Salen entónces en busca suya los más adictos sirvientes, á pesar de lo horrible de la tempestad, que continúa, y todos los demas aguardan inquietos una hora y otra hora..... ¡En balde! — La noche cubre la tierra con sus profundas sombras, y áun no ha vuelto el querido D. Pedro al alcázar de sus mayores.

María llega entónces — sola y desmelenada — á aquellos nobles umbrales; bastando ver la palidez de su frente y el extravío de su mirada, para inferir la catástrofe que confirman despues sus balbucientes labios. ¡Sí! no puede quedar duda..... El jóven caballero ha sido precipitado por su corcel impetuoso en un profundísimo barranco, á cuyo borde tenía que caminar algun trecho para llegar al castillo, por el escabroso sendero que habia tomado con su hermana. . . . . .

Al dia siguiente fué sacado del abismo el sangriento cadáver, y — ¡cosa extraña! — se vió que el caballo tenía traspasado el pecho por un largo venablo.

Esta circunstancia inexplicable dió que hablar á las gentes muchos dias; pero luégo la atencion general se fijó únicamente en la hermosa heredera del difunto, que no tardó en verse asediada por encumbrados adoradores.

Poseedora de los pingües dominios de una familia opulenta, de la que quedaba siendo único vástago; en la flor de la edad; radiante de belleza; cercada de homenajes; ostentando á su placer el fausto que convenia á su rango; María de Urraca mira al fin realizados los ensueños delirantes que constituyeron quizá su secreto martirio. ¿Por qué, pues, no vuelven las rosas á sus pálidas mejillas? ¿Por qué ha desaparecido para siempre de sus labios la sonrisa del placer, y de sus brillantes ojos la tranquila mirada de la inocencia feliz? Misteriosa enfermedad devora sin duda aquella juvenil vida... pero en vano se consulta á los más célebres médicos de Álava, de Guipúzcoa y de Vizcaya; la ciencia es impotente contra un mal desconocido.

Nada se logra tampoco con los banquetes suntuosos; nada con las diversiones que se llaman, áun no concluido el duelo, al castillo de la montaña. María, que parece apetecerlas con febril avidez, no alcanza nunca á gozarlas. A lo mejor, en medio de los festines y saraos, cubre sombría nube la sober-

bia frente de la bella castellana; se contraen sus labios; se turba su mirada; recorre sus miembros inexplicable temblor..... y áun hay quien asegura que suele extender las manos con un grito de espanto, como si rechazase algun objeto horrible, que viniera á perseguirla en el seno mismo de la felicidad.

Sucede tambien que pasa muchos dias sin querer recibir á nadie, esquivando aquellas mismas distracciones que busca otras veces afanosa. Y ¿qué es lo que hace la jóven en sus dias de soledad? En vano fuera preguntárselo á nadie: sus sirvientes callan consternados, y todo lo que pueden alcanzar la curiosidad ó el interes afectuoso, es la observacion de que—despues de tales dias—la aureola cárdena que se dibuja con frecuencia en torno de los ojos de María, se presenta más oscura y profunda; que su enflaquecimiento se ha hecho más notable; más torva su mirada; más penosa su respiracion; más frecuentes sus estremecimientos convulsivos.

Los pretendientes no desmayan, sin embargo. ¡Puede el amor obrar tantos prodigios!..... La extraña enfermedad que consume á María quizá se calme y se disipe entre los goces de un dichoso himeneo. Con esta esperanza halagüeña, redoblan atenciones, acumulan obsequios, prodigan ternezas y suspiros los aspirantes á su mano. Mas ¡ay! cuando principian á creer va á decidirse al cabo la eleccion de la dama, amanece, desgraciadamente para ellos, un dia solemne y memorable: el del triste aniversario de la muerte de D. Pedro.

Los criados del castillo se han vestido de luto; las misas y las preces no han cesado en la capilla. María, sin embargo, ha permanecido en su alcoba, más postrada y desfallecida que nunca. Luégo, al tender su triste manto la noche, el venerable capellan y toda la servidumbre se reunen para rezar por el malogrado caballero, en el mismo recinto en que lo esperaron largas horas inútilmente; en el mismo en que vieron aparecer sola á la afligida hermana, nuncio fatal de la horrorosa desgracia.

Los fieles servidores hacen llorando triste conmemoracion de aquel momento supremo, cuando de repente se abre con estrépito la puerta del aposento de María, y ella se preci-

pita en la sala, pálida, trémula, despavorida, como un año ántes, en aquella misma hora.

No anuncia esta vez una muerte; pero pide auxilio contra un alucinamiento pavoroso. La insensata se cree perseguida por aquel mismo que dejó de existir en tal noche como ésta. —¿No le veis? ¿No le veis? grita desatentada. —Se ha levantado sangriento del fondo del abismo, y corre cabalgando en su corcel negro, cuyo pecho atraviesa de parte á parte el agudo venablo. Sin embargo, el golpe fué certero; yo le vi rodar con el jinete, y oí aquel grito, que retumbó largamente en las negras entrañas del precipicio. ¿Qué me quiere, pues, ese fantasma? ¿Cómo vuelve á saltar aquella sangre odiada, para salpicar mi frente, caliente y espumosa todavía? ¡Miradlo! El corcel maldito se viene sobre mí..... el sangriento jinete tiende los brazos para asirme y llevarme consigo á su tenebrosa tumba. —¡No!..... ¡no!..... ¡no!.....

Gritando así se lanza la Urraca fuera de las puertas del castillo, y apénas puede seguirla en su delirante carrera la aterrorizada servidumbre. La tempestad bramaba como en la horrenda noche de la catástrofe; el cielo se deshacia en centellas; pero ella corria sin cesar..... corria huyendo del jinete sangriento, cuyo corcel negro, traspasado por un venablo, corria tambien, persiguiéndola.

¡Ah! la desventurada, en su locura y en medio de la lobreguez, no sabe qué camino sigue; mas de repente se pára, lanzando un grito, que retumba pavoroso. Lo han devuelto los ecos del abismo, á cuyo borde se halla, como empujada— á pesar suyo— por invisible mano.

¡Aquí fué! —exclama entónces con el cabello erizado sobre la lívida frente, que ilumina un relámpago.

En el mismo instante parece que el fantástico caballo lanza sobre ella al jinete amenazador, y la pobre María, cuya enajenacion mental llega al último extremo, se arroja— por librarse de él —al fondo del precipicio.

Á la mañana siguiente, á la misma hora en que fué sacado de la negra sima, hecho pedazos, el cadáver de D. Pedro, fué sacado tambien el de su hermana, no ménos sangriento y desfigurado; pero el pueblo se amotinó para pedir que no

descansasen en una misma tumba. Veia, con su maravilloso instinto, la justicia del cielo, en un suceso en que todavía los nobles amigos de la Urraca sólo querian reconocer el efecto casual de lastimosa locura.

La tenaz resistencia que se intentó oponer á la pública opinion no sirvió más que para exaltar los ánimos, y la cólera popular demolió furiosamente el castillo, sin dejar piedra sobre piedra.

Desde entónces la peña que corona el monte *Echaguen* — en que aquél existió — fué llamada *Amboto*, que significa — traducido literalmente — *allí arrojar;* porque en el vascuence casi no se conoce de los verbos sino el infinitivo. Atendiendo á ello, la palabra *Amboto* tiene su verdadera version en la frase : — *de allí fué arrojada.* Desde entónces, añade tambien la tradicion, el alma de la fratricida vaga errante por las hondas entrañas del abismo, saliendo sólo para anunciar desastres.

Los dias en que la cumbre de la montaña aparece envuelta en densos nubarrones, los pastores retiran sus rebaños, los labriegos se acogen al caserío abandonando las campestres faenas, y los marineros se guardan bien de dejar el puerto para confiarse á las olas..... porque es fama que por tales signos se conoce que *la dama de Amboto* se ha escapado de su tumba y anda por ahí, presagiando desgracias.

FIN DE LA DAMA DE AMBOTO.

UNA ANÉCDOTA DE LA VIDA DE CORTÉS.

UNA ANÉCDOTA

DE LA VIDA DE CORTÉS [1].

I.

Tres años, poco más ó ménos, habian trascurrido desde el dia memorable en que — vencido y prisionero el jóven y heroico emperador Guatimozin — se rindió á las armas españolas, despues de noventa y tres dias de formidable sitio, la hermosa capital del imperio mejicano..... Tres años se contaban ya de aquel gran suceso, cuya inmensa resonancia áun conmovia profundamente la Europa, y no habia sido posible todavía al caudillo vencedor — no obstante su genio y su fortuna — sujetar por completo todas las provincias de la vasta Nueva España, conquistada por su acero para la antigua corona de Castilla; pero aquel tiempo habia bastado sobradamente para amargarle con íntimos sacrificios de su corazon y vergonzosas defecciones de su propia gente, las dulzuras embriagadoras de la gloria.

No sufrió, sin duda, poco tan levantado ánimo al tener que plegarse ante las exigencias de su feroz soldadesca y de

---

(1) Esta anécdota, tomada de su novela *Guatimozin*, es lo único que la autora ha querido conservar de dicha obra, suprimida de la presente Coleccion á causa de no haberle permitido su falta de salud revisarla y corregirla, segun juzgó necesario.

las bárbaras numerosas huestes auxiliares, colocadas bajo su bandera por la ciega república Tlascalteca y otros pueblos americanos. Por aquellas exigencias fué manchada la famosa conquista con tales hechos, que — segun palabras del mismo caudillo — *no se han visto en tiempo alguno crueldades tan recias ni horrores tan lamentables* (1); por aquellas exigencias tuvo que deslustrar sus nobles timbres, prestando consentimiento á la indigna tortura impuesta á sus cautivos augustos, para arrancarles la confesion de tesoros que les suponian haber ocultado..... tortura que hizo célebre para siempre la magnanimidad del mártir imperial, quien sonriendo en las parrillas que con fuego lento le abrasaban, dijo al rey de Tacuba — partícipe del tormento y de cuyo pecho se exhalaba doloroso gemido — aquellas tan conocidas palabras: *¡Cobarde! ¿estoy yo acaso sobre lecho de flores?*..... Por aquellas exigencias, en fin, el caudillo extremeño hubo de ahogar en su varonil pecho la voz santa de la compasion, para contemplar — con aparente impasibilidad — entre las cadenas de la esclavitud, á la excelsa hija de su bienhechor Motezuma, á la hermosa Gualcazintla, consorte infortunada de Guatimozin.

Pero no bastáran tantas condenables concesiones, hechas al bárbaro espíritu de aquella sangrienta época, para satisfacer á sus compañeros vencedores. Nunca se ejerce impunemente la superioridad del genio; nunca los hombres que dominan á sus semejantes por la sola alteza del pensamiento, logran inspirar aquella sumision que tributamos sin repugnancia á la excelsitud del nacimiento. Esta rareza se explica muy bien. El uno es un derecho concedido por nosotros mismos; el otro lo dispensa solamente el cielo. En aquél reconocemos nuestra fuerza; en éste vemos probada nuestra inferioridad. Obedecemos fácilmente al dueño por nuestras convenciones instituido; pero nos rebelamos contra el que nos impone decreto más alto de la naturaleza.

Al levantarse las grandes individualidades de todos los siglos, de todos los países, siempre encuentran hostiles á las numerosas medianías, cuyo instinto las arma para con-

(1) Carta tercera de Hernan Cortés al Rey.

trarrestar la poderosa influencia que presienten estar destinada á dominarlas: así el caballo—todavía indómito—bota, relincha y corcovea al aproximársele el hombre; porque la naturaleza — próvida y maternal con todas las criaturas — le dió, para conocimiento del peligro, un ojo de aumento que le presenta con gigantescas proporciones al sér inteligente, cuya débil mano debe enfrenarle á su antojo.

De ese modo toda vida eminente, de iniciativa vigorosa, viene á ser continuado combate empeñado con la resistencia del orgullo colectivo, inclinado á repeler el avasallador poderío de la personalidad privilegiada. Tal repulsion es en cierta manera — muchas veces al ménos — no sólo natural, sino legítima; pero no siempre sostiene noblemente la lucha en defensa de su independencia amenazada la inmensa mayoría vulgar; á ocasiones — realzando á su pesar la superioridad que la asusta — recurre para oponérsele á los medios más villanos é inicuos.

Hernan Cortés, una de las mayores figuras que puede presentar la historia; Hernan Cortés, que quizás no ha sido colocado á su natural altura ni áun por desacertados encomiadores, que han alterado la verdadera fisonomía del *hombre* queriendo deificarlo; Hernan Cortés, tipo de su nacion, en aquel tiempo en que era grande, heroica, fanática y fiera..... Hernan Cortés, que habria sido tal vez un Napoleon si le arrullase en la cuna el trueno de la revolucion francesa, y que hoy — más extraordinario que el dominador del Sena — se nos presenta — con su aureola de conquistador de un imperio — en el catálogo de los vasallos leales..... Hernan Cortés, digámoslo en fin, debia tener y tuvo la suerte comun á todos los genios superiores. Persiguiólo la envidia, afanóse por denigrarlo la calumnia, asecháronlo la deslealtad y la perfidia, abrigada en aquellos mismos corazones que aprendieron del suyo á no temblar jamas en tantos peligros de que reportaron juntos indestructible fama.

La traicion del infame Villafaña — aunque frustrada y castigada — habia dejado semillas que á cada paso parecian germinar. En los dias á que nos referimos, el capitan Olid, despachado por el jefe con fuerzas suficientes á someter algunos de los pueblos del imperio que áun rehusaban rendirse, ninguna noticia suya le habia hecho llegar en largo

tiempo, teniendo — miéntras tanto — no pocos indicios de haberse sublevado con su hueste. Otro oficial, mandado tambien con tropas en busca del presunto rebelde, tampoco habia cumplido, al parecer al ménos, la comision que se le confiára; y áun susurrábase en el ejército que en vez de oponerse á Olid se le habia unido, haciendo con él causa comun.

Cortés, por tanto, tuvo que resolverse al cabo á marchar en persona para castigarlos, si salia cierto su delito, y á someter al mismo tiempo las provincias que áun se le resistian.

Acompañáronle en aquella expedicion, ademas del grueso del ejército, los grandes *Tlatoanis* — ó príncipes — prisioneros; entre los cuales se contaba el mismo emperador, llevando consigo á su mujer, á la que tres años de cautiverio y de inenarrables infortunios, no habian podido despojar de su peregrina belleza; si bien afectaron de tal manera sus facultades mentales, que los soldados solian designarla con el nombre de la *loca triste*.

No era, ciertamente, á propósito una comitiva de presos para la diligencia que reclamaba la expedicion emprendida; mas el general español no habia osado dejar sus reales cautivos en ninguna poblacion del caido imperio, sin la custodia de poderosa fuerza, de la cual no disponia.

Llegó, empero, á embarazarle y áun á inquietarle tanto la compañía forzada de aquellos príncipes encadenados — á cuya vista, y sobre todo al aspecto del jóven emperador, se conmovian profundamente las poblaciones del tránsito, — que mandó hacer alto al ejército en un lugar de la provincia de Acala; donde celebró secreto consejo con sus capitanes, algunos de los cuales habian opinado—desde el comienzo del viaje—que era menester á todo trance quitar de en medio tales *estorbos* de la manera más pronta.

Nada se supo fuera del consejo de lo que en él se trató; mas circuló rápidamente el rumor de haberse descubierto una conspiracion terrible, fraguada por el monarca mejicano y su hermano el rey de Tacuba, para matar á Cortés, levantando los pueblos contra los invasores.

¡Cosa rara! aquellos desventurados prisioneros — que marchaban á pié, indefensos, rendidos de fatiga y extenuados

por el hambre, en medio de poderosa fuerza armada—infundieron, al parecer, tal pavura en el valiente corazon del caudillo extremeño, que se le vió—demudado y trémulo—apresurarse á juzgarlos sin ninguna de las formalidades de un proceso criminal. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

II.

Eran las primeras horas de uno de los hermosos dias de invierno que sólo se conocen bajo el cielo ecuatorial, y todos los habitantes de la pequeña poblacion en que acampaba el ejército invasor, salian curiosos de sus modestas casas para contemplar á los *guerreros de Oriente* (segun les llamaban), que puestos en movimiento—cuyo motivo se ignoraba—iban cubriendo las poco numerosas calles del pueblo, que desembocaban todas á una única plaza, en la que apareció, por último, bizarro piquete de caballería.

La gente, atraida por la novedad del espectáculo, logró deslizarse por entre los soldados, y desde las torrecillas del *Teócali*, ó templo,—que invadió en un momento,—y desde las azoteas de algunas casas vecinas, se tendieron afanosas miradas por los ámbitos de la plaza; deseando descubrir cuál era la causa de la actitud belicosa de los españoles, preparados, al parecer, para algun acto importante que debia verificarse en aquel sitio.

En efecto, un objeto extraño y nuevo hirió pronto los ojos de la multitud curiosa. ¡Era la horca, levantada durante la noche en el centro de la plaza!

Por instinto se estremecieron á su aspecto los asombrados acalenses; todos se apresuraron á abandonar las torres y azoteas, y algunos huyeron despavoridos á esconderse entre los montes.

Miéntras tanto, en la meseta del *Teócali*, donde áun se veian escombros del derruido altar del dios Huitzilopchtli, colocábanse cómodamente — en disposicion de contemplar á su sabor la terrífica escena de que iba á ser teatro aquel recinto—dos agraciadísimas mujeres, ninguna de las cuales llegaba todavía á treinta años. Vestian ambas á la española usanza, pero era fácil conocer que aquel traje no era habitual á la una. El color de su tez, el carácter de su fisonomía, lo diminuto de sus manos y sus piés, y la viciosa pronunciacion con que hablaba el castellano, indicaban á las claras su calidad de indígena. La otra era una andaluza de negros ojos árabes, que hacia — con motivo del espectáculo de que iba á ser testigo — grata memoria de los autos de fe y de las corridas de toros, delicias de sus primeros años juveniles.

Atendiendo á la plática de aquellas damas — miéntras se presentan los actores todavía desconocidos de la tragedia cuyo desenlace se prepara — podrán enterarse los lectores de la completa exposicion de ella.

— Mirad qué bizarros y galanes están nuestros soldados (decia la española): ¿sabeis, doña Marina, que son como fino oro, que sale más puro y hermoso despues de sufrir en el crisol la accion devoradora del fuego? Tantas penalidades y fatigas en este largo y trabajoso viaje, por entre escabrosas montañas, páramos desiertos, ciénagas pestilentes, con frios y calores, con sed y con hambre, no han abatido en manera alguna los bríos de esos corazones españoles.

— Razon es que imiten á su jefe, querida doña Guiomar, — respondió la indiana. — Justo hubiera sido que despues de tantos combates y victorias, se tomase el héroe algun descanso; pero ya estais viendo cómo tiene que ir á luchar con la deslealtad de sus mismos capitanes.

— Si sale cierta la rebelion de Olid, no merece ciertamente perdon, repuso la andaluza; mas confieso que — como algunas otras personas — dudo de ella todavía. Lo qué se juzga evidente por todos, es la perversidad de estos indios, que osaban tramar contra la vida de nuestro buen general. Caro van á pagar los autores de la vil maquinacion su abominable delito; pero, así y todo, os confieso, doña Marina, que no puedo hablar de esto sin encenderme en cólera.

La americana bajó los ojos, exhalando como á hurtadillas sofocado suspiro, y dijo despues con acento un tanto conmovido:

— Hay necesidades que hacen inevitables crueles sacrificios: comprendo que tiene que morir el que ha sido soberano de todos estos pueblos, que á su aspecto se han alborotado del modo que hemos visto; pero no sé hasta qué punto haya sido probada la conspiracion cuyo castigo vamos á presenciar (1).

— Mucha pena me causa oiros indicar que la sentencia de muerte del gran cacique (2) ha sido dictada más por la conveniencia que por la justicia, dijo doña Guiomar.

— No he querido expresar eso, replicó vivamente la querida de Cortés. Todo lo que hace el *Malinche* (3) debe parecerle bueno y justo á su apasionada esclava; pero conoceréis, querida amiga, que no puedo ménos de trastornarme al considerar que va á perecer en ignominioso patíbulo el ilustre descendiente de los héroes de Atzcapuzalco (4); el poderoso monarca que ha ceñido sus sienes con la gran corona de Acamapit (5).

---

(1) Hablando de la supuesta conjuracion dirigida por Guatimozin, se expresa del modo siguiente Bernal Diaz del Castillo, testigo ocular de aquellos sucesos: «E díjose que el gran cacique de Méjico y su pariente el de Tacuba, que iban con nosotros, habian puesto en plática nos matar y volverse á Méjico á juntar sus grandes poderes», etc., etc. «El Guatemuz dijo (añade dicho historiador) que no sabía nada de aquel concierto, y que nunca tuvo pensamiento de él; y declaró el de Tacuba que entre él y Guatemuz habian dicho que más valia morir de una vez, que cada dia en aquel camino, viendo la grande hambre que pasaban; y sin haber probanza condenólos Cortés.» Más adelante dice: «E fué la muerte que les dieron muy injustamente dada, y pareció mal á muchos de los que aquella jornada haciamos.»

(2) Los españoles llamaban caciques á los reyes tributarios del emperador de Méjico, y áun á este mismo; pero cacique es una voz de la lengua haitiana, que significaba *Señor;* en la mejicana su equivalente es *Tlatoani*, título que se daba á los príncipes.

(3) Los mejicanos solian llamar así á Cortés. La traduccion literal de esta palabra no nos es conocida. Parece, sin embargo, que el título de *Malinche* equivalia al de general en jefe ó caudillo superior.

(4) El último emperador de Méjico juntaba en sus venas la sangre de los Aztecas con la de sus antiguos enemigos los valientes fundadores del reino de Atzcapuzalco, que fué durante mucho tiempo el más poderoso é ilustre de todos los del Anahuac.

(5) Acamapit fué el primer rey Azteca.

— Sois natural del país en que ha reinado ese hombre, observó la española, y no tiene nada de extraño que le compadezcais. Tambien á mí me interesaba, ántes del crímen de su conspiracion; pues verdaderamente su presencia es gallarda y llena de majestad, distinguiéndose entre todos los naturales hasta por su color, tan blanco que le hace parecer europeo.

— ¡Ha luchado tan heroicamente por salvar á sus pueblos del extranjero yugo, á que lo entregó la flaqueza de su antecesor Motezuma! exclamó Marina con irreprimible exabrupto de amor patrio. Y despues de sucumbir á los decretos del hado, ¡ha sufrido el infortunio con tan magnánima fortaleza!.....

— No así su pobre mujer, pronunció—cortando la palabra á la indiana—su viva interlocutora; la ex-emperatriz Gualcazintla ha perdido el juicio completamente, si bien presenta su locura tan dulce y silencioso carácter, que casi no inspira lástima.

— En efecto, es una fortuna para ella el embotamiento de su razon, repuso Marina; y hoy, sobre todo, hay que rendir gracias al cielo por aquella circunstancia, que la impedirá comprender todo lo horrible de la presente por que atraviesa su destino.

— ¡Mirad! ¡mirad! exclamó de pronto Guiomar — distrayéndose de la conversacion entablada. — Si no me engaño, ya aparecen los reos.

Así era; Guatimozin y su hermano Netzalc, rey de Tacuba, llegaban en aquel momento á la plaza entre numerosa guardia.

— Por lo visto, dijo la española (que extendia su hermoso cuello para mirarlos mejor), son dos solamente los condenados á muerte; aunque se asegura que la conspiracion era muy vasta.

— El *Malinche* es piadoso — pronunció como con trabajo Marina — y habrá creido suficiente, para el general escarmiento, el castigo de los principales acusados.

Cuando esto decia Marina, los frailes franciscanos—que acompañaban á los sentenciados—comenzaron á exhortarlos en alta voz, para que, confesando su delito, implorasen el perdon de Dios y de los hombres, á fin de alcanzar la bien-

aventuranza eterna. Guatimozin—cuya prócera frente, despojada de la imperial diadema, aparecia más augusta con la aureola de la desventura—se volvió hácia ellos, lleno de dignidad, y haciendo oir su entera y varonil voz de un extremo al otro de la plaza, les dió gracias por el interes que le demostraban, añadiendo solemnemente: — Proclamo de nuevo mi inocencia á la faz del cielo y de la tierra, pero bendigo una muerte que termina tormentos superiores á las fuerzas de un hombre.

Seguidamente paseó su serena mirada por la fuerza armada que llenaba el recinto; fijóla un instante en el patíbulo que le aguardaba, como para conocer su mecanismo; y alzándola despues al cielo — con expresion verdaderamente sublime — perdonó á sus enemigos, abrazó á su hermano, y subió con firme planta la fatal escalera.

Entónces salieron de entre las mismas filas españolas exclamaciones de piadoso interes, y Netzalc se prosternó sobre las huellas del augusto mártir, besándolas y diciendo con fervoroso acento: — «Dichoso soy, pues que muero contigo, ¡oh magnánimo Hueitlatoani! (1) y juntos entrarémos ambos en los palacios del sol.»

El verdugo, en tanto, se habia apoderado de su víctima; el nombre de Gualcazintla resonó acompañado de un tierno adios; y á la voz que lo pronunciára sucedió instantáneamente agudo y penetrante grito..... El último emperador de Méjico pendia ya de la ignominiosa cuerda; su mujer acababa de aparecer en el mismo momento — pálida y desmelenada — en la meseta del *Teócali*, donde presenciaban la ejecucion doña Marina y su amiga.

— ¡Cielos!..... ¡la loca! — exclamó esta última levantándose asustada.

— Es extraño que no se hayan cuidado de impedir pudiera presenciar tal espectáculo, dijo la americana levantándose tambien para acercarse á Gualcazintla. Venid, doña Guiomar, y hagamos la caridad de apartarla de este sitio.

— Con mil amores, contestó la española, toda vez que su

---

(1) Hemos dicho ántes que Tlatoani significaba *señor* ó *príncipe;* al emperador se le decia *Hueitlatoani*, que es *gran señor* ó *príncipe supremo.*

demencia siempre ha sido inofensiva, y que aquí se concluye cuanto habia que ver.

En efecto, Netzalc estaba ya tambien en manos del ejecutor de su sentencia.

Miéntras las dos damas se llegaban á Gualcazintla por piadoso impulso, ella contemplaba con enjutos ojos el cuerpo de su marido, balanceándose en el aire con las últimas convulsiones de la agonía; pero — ¡cosa extraña! — habia desaparecido de su semblante la expresion de triste y apático enajenamiento que caracterizaba su trastorno intelectual, animando aquella fisonomía — habitualmente apacible — singular energía de cólera y desesperacion.

El golpe supremo que acababa de recibir súbitamente el alma, habia despertado — al parecer por lo ménos — todas sus aletargadas facultades.

— ¡Princesa! dijo la antigua súbdita mejicana tomándola cariñosamente una mano; nací en los dominios de tu padre, y juzgo deber mio acogerte en el desamparo en que quedas. ¿Quieres vivir conmigo, bajo la proteccion del grande y victorioso general D. Hernando Cortés?

— ¡Cortés!..... ¡Cortés!..... — repitió Gualcazintla, apartando los ojos de la horca para fijarlos en Marina.— Recuerdo ese nombre; es el del extranjero que sedujo á mi padre y lo envileció, haciéndole rendir vasallaje al soberano de Oriente..... es el del hombre que profanó nuestros templos, pisoteando nuestros dioses..... del hombre que ha arrasado nuestras ciudades y puesto un sello infame de esclavitud sobre la frente de nuestros príncipes..... del hombre, en fin, que mandó dar tormento á la sagrada persona del emperador mi marido, y que acaba de hacerlo morir como un facineroso. ¡Y tú, su esclava, su manceba! ¿me propones que acepte su patrocinio?

Miráronse admiradas Marina y Guiomar, que no esperaban escuchar palabras tan cuerdas de labios de una demente, y la primera se apresuró á decir, para atenuar en el ánimo de la otra la mala impresion recibida: — Estás hablando disparates, pobre Gualcazintla, y sólo te daré por contestacion que, pues comprendes — á pesar del mal estado de tu cabeza — que has perdido á tu esposo y quedas sola en el mundo, es menester resignarte con las disposiciones del cielo y

olvidar para siempre lo pasado. Si aceptas el piadoso ofrecimiento que te hago, estarás desde hoy á mi lado, cual si fueras mi hermana, y no dudo le harás justicia al cabo á nuestro dueño glorioso, cuyo amparo te garantizo.

La viuda de Guatimozin escuchaba estas palabras con extraño aspecto, y luégo — como si la decidiese súbita inspiracion — respondió á Marina, apretándola fuertemente la mano: — Bien; cedo á tu deseo, pues así lo ordena mi destino. Vives cerca de Hernan Cortés, y yo tambien viviré como tú. ¡Vamos! añadió echando postrera mirada sobre el cadáver de Guatimozin, á cuyo lado pendia ya el de Netzalc. ¡Vamos pronto, querida del vencedor, al asilo que me ofreces!

Las tropas se retiraron á su campamento; las tres mujeres salieron juntas del *Teócali*, para dirigirse á sus respectivos alojamientos; y los dos cadáveres fueron poco despues recogidos por órden del jefe, para darles sepultura.

III.

Más tarde, cuando tendia la noche su lóbrego manto, fué Hernan Cortés á visitar á su dama; alojada en aposentos del mismo vasto edificio que ocupaba él, y que habia sido templo de la diosa *Meztli* (1); cuyas estatuas se veian aún en un salon interpuesto entre las habitaciones de doña Marina y las que servian de albergue á su amante.

Aprovechó aquélla la ocasion de presentar á éste la nueva huéspeda acogida bajo aquel techo, y le rogó piadosa se dignase dispensarla particular amparo, en vista del profundo abandono en que se hallaba.

Tal súplica, empero, debió parecerle innecesaria, al ob-

---

(1) Meztli era la deidad que presidia á la noche; la Diana mejicana.

servar la viva y grande impresion causada en el ánimo de Cortés por sólo la presencia de aquella hermosura infortunada, á quien acababa de privar del único sér amado que le quedaba en el mundo.

Las crueldades que la conveniencia hacia cometer ó consentir al jefe del ejército español, hallaban en su propio noble corazon secreto pero inmediato castigo, y bajo la influencia del sentimiento que le oprimia desde que creyó necesidad inevitable el sacrificio de sus dos más ilustres prisioneros, no pudo ménos de demostrar á Gualcazintla — como para acallar un tanto su conciencia — un afecto tan expresivo y tierno, que llegó á alarmar á la enamorada y celosa Marina.

Miéntras ella comenzaba tal vez á arrepentirse de su empeño en colocar cerca del hombre á quien amaba, á la reciente viuda — asaz interesante por la grandeza misma de su infortunio — Gualcazintla recibia las afectuosas atenciones de que la colmaba el caudillo, con aquella triste y silenciosa indiferencia que habia caracterizado su enajenacion mental; de la cual sólo parecia haber salido momentáneamente al presenciar en el *Teócali* la ignominiosa muerte de su marido. La enérgica indignacion que resplandeciera entónces en su rostro, y los recuerdos terribles que le despertára en la memoria el solo nombre de Córtes, todo habia desaparecido, en apariencia al ménos; pues nada indicaba que la vista del destructor de su familia produjese en su alma la menor impresion de desagrado.

Tal rareza contribuia tambien á inquietar un tanto el corazon de Marina; cuya loca pasion juzgaba imposible no hiciese toda mujer — como ella — el sacrificio de los más íntimos afectos y los deberes más santos, á la gloria de ser amada por el héroe de Oriente.

Cuando éste terminó su visita, y — despues de dar órdenes para levantar el campo al dia siguiente — se retiró á su departamento, Marina — ménos cariñosa con su huéspeda de lo que lo habia sido durante el dia — la mandó imperiosamente recogerse para que procurase descanso, y permaneció largas horas pensativa y preocupada junto al lecho solitario, al que presentia no descenderia el sueño aquella noche.

Pero no velaba sola aquella mujer de pasiones vehementes

y de organizacion impresionable. Cortés no dormia tampoco.

Acaso el esfuerzo que le habia costado sacrificar la justicia y la humanidad á crueles conveniencias políticas, le ocasionaba—en aquellas horas de universal quietud—profunda agitacion, que no le permitia momento de reposo.

Acaso se levantaban ante él, en medio de la oscuridad y del silencio, las sangrientas sombras de sus víctimas régias, pidiéndole cuenta de una sentencia inicua..... Acaso, en fin, —por inexplicable juicio de Dios—la singular belleza de su infeliz prisionera, que hasta entónces mirára con indiferencia, le impresionaba de súbito lo bastante para justificar, en algun modo, los presentimientos que en aquellos mismos instantes atormentaban no poco á su celosa querida.

Como quiera que fuese, Cortés, insomne y agitado en las altas horas de la noche—no pudiendo parar en el estrecho recinto de su cámara—se salió al salon contiguo, y comenzó á pasearse por él, en medio de las toscas estatuas de la diosa que presidia á las sombras, y á las cuales apénas alumbraba la opaca luz de una lejana lámpara.

Rato hacia que continuaba su maquinal movimiento, cuando de repente se detuvo y retrocedió con el cabello erizado por supersticiosa pavura. Habíale parecido distinguir—desde el extremo del salon próximo á sus habitaciones—negro fantasma destacándose al otro extremo, de entre las blancas figuras marmóreas, que en aquel momento cobraban tambien á los ojos de su mente algo de fantástico y extraordinario.

En vano quiso persuadirse de que era todo alucinacion pasajera..... El negro fantasma se iba visiblemente acercando, y de improviso hizo relucir—en la semioscuridad de la estancia y entre el lúgubre ropaje que lo envolvia—el bruñido acero de una daga.

No huyó, sin embargo, el héroe, ni flaqueó su voz al preguntar al espectro: —¿Quién eres, y á qué vienes aquí?

—Soy la venganza—respondió al punto un acento embargado por la ira—y vengo á exterminarte, tirano!

Oir esto, y sentir Cortés en su frente el golpe del acero, fué todo obra de un segundo. Corrió al punto la sangre tendiendo un velo sobre su vista; pero á pesar de ello pudo reconocer á la viuda de Guatimozin, cuyos grandes y bellísi-

mos ojos despedian en tal circunstancia siniestros resplandores, capaces de iluminar las tinieblas.

El vigor de la mano no habia correspondido, por fortuna de Cortés, á la firmeza de la intencion que dirigiera el golpe, y que lo hubiera indudablemente secundado á no lograr el herido posesionarse del arma, que era de su legítima pertenencia, pues la agresora la habia sustraido aquel dia de su misma habitacion.

Al verse desarmada Gualcazintla, y al sentirse aprisionada entre los robustos brazos de su enemigo, debió llegar á un paroxismo de mortal desesperacion, pues perdió el conocimiento, y hubiera caido en tierra á no hallarse sostenida por el caudillo, quien—más bien conmovido que irritado—la condujo silenciosamente á la estancia que le habia sido señalada en el departamento ocupado por Marina.

Miéntras ponia en la cama el desmayado cuerpo de su bella enemiga, su desvelada amante, para quien no pasára desapercibido el rumor levantado en el salon por la escena que acababa de pasar—aunque ésta hubiese sido muy poco ruidosa,—salia en puntillas de su dormitorio, dirigiéndose por la gran sala de los ídolos á la cámara del que era objeto de sus amorosas desconfianzas.

Hasta qué punto debieron acrecer éstas al hallar solitario el aposento é intacto el lecho de Cortés, mejor se adivina que se expresa.

Trémula, demudada y como fuera de sí, volvió sobre sus pasos la vehemente indiana, encaminándose al cuarto de su huéspeda; pero ántes de llegar á los umbrales sintió pasos, se ocultó velozmente detras de unas estatuas, y vió salir por aquella puerta—que devoraban sus ojos—al hombre por quien todo lo habia sacrificado—velándose el rostro con un pañuelo, que apretaba á su frente para restañar la sangre de su herida; pero que en concepto de Marina era sólo antifaz para no ser conocido, si casualmente le sorprendia álguien.

Cortés—muy ajeno de imaginar que lo atisbaban los celos—se volvió á su cámara, donde se lavó y vendó la herida frente, proponiéndose no revelar á nadie nada de lo ocurrido aquella memorable noche.

De pronto, empero, sintió abrir ruidosamente su puerta, y vió aparecer á su querida con descompuesto talante.

—¡Marina! exclamó, sin poder disimular el desagrado que le causaba la inesperaba visita. ¿No tendréis jamas la prudencia que reclama nuestra posicion respectiva? ¿Os empeñaréis siempre en hacer locuras amorosas, olvidando que no somos libres?

—Harto he sufrido por asegurar vuestra doméstica paz, ahorrando quejas á la dichosa mujer que lleva vuestro nombre, respondió la indiana cruzándose de brazos: harto tambien he torturado y envilecido mi alma, recibiendo—porque así lo exigisteis—marido de vuestra mano..... y ¿áun os parece poco tan increible abnegacion? ¿Quereis tambien ¡ingrato! que me haga ciega á los atentados de vuestro libertinaje? ¿Quereis que sea impasible cuando osais—dos veces infiel, al deber y al amor,—consumar la inverosímil villanía de abusar de la demencia de una infeliz princesa, para gozar su hermosura el mismo dia en que habeis asesinado á su esposo?

—Vos sois la verdadera loca, ¡incurable celosa! repuso Cortés, procurando reprimir su enojo. Dejad de atormentarme con delirios absurdos, y volveos á vuestra habitacion, pues va á amanecer muy pronto, y deben venir á advertírmelo para levantar el campo.

—¡Decis que deliro! replicó Marina, echando chispas por los ojos. ¡Ah, *Malinche!* sabed que os he visto salir hace pocos momentos del cuarto de Gualcazintla..... Sabed que no abrigo sospechas, sino evidencia, de vuestro crímen atroz. Pero no lo repetiréis—yo os lo juro—no volveréis á ultrajar al cielo, mancillando el tálamo de la viuda del emperador de Méjico ántes de que se haya enfriado su cadáver. Yo debia impedirlo, y lo he ejecutado así.

—¿Qué habeis hecho, pues? preguntó Cortés, estremecido por vago presentimiento. ¿Qué habeis hecho de Gualcazintla?

—¡La he ahogado! respondió Marina con acento sordo. Su espíritu acaba de volar á unirse al de Guatimozin, y juntos pedirán á la justicia del cielo venganza terrible contra vos.

Cortés, horrorizado, rechazó á su dama, haciéndola caer en tierra; y arrancándose la venda que le cubria la herida frente, mostró la daga todavía ensangrentada, diciendo solamente estas palabras:

— La suprema justicia, con que me amenazais, acaba de impedir que terminase mi vida miserablemente á manos de una mujer frenética —aunque ménos que vos— y me atrevo á esperar que cuando juzgue las faltas que como hombre he cometido, me tome en descargo tantas contrariedades y tantos dolores íntimos, como me cuesta la gloria de plantar la cruz del Gólgota en el suelo de estas vastas regiones, abiertas de hoy más á la civilizacion cristiana.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

La voz que al siguiente dia circuló en el ejército está consignada en las siguientes líneas de B. Diaz del Castillo:

«Andaba Cortés mal dispuesto y pensativo despues de ha» ber ahorcado á Guatemuz y á su deudo el Señor de Tacuba, » sin tener justicia para ello, y de noche no reposaba; é pa» reció ser que saliéndose de la cámara donde dormia, á pa» sear por una sala en que habia ídolos, descuidóse y cayó, » descalabrándose la cabeza; no dijo cosa buena ni mala sobre » ello, salvo curarse la descalabradura, é todo se lo sufrió ca» llando.»

FIN DE UNA ANÉCDOTA DE LA VIDA DE CORTÉS.

EL AURA BLANCA.

SUCESO EXTRAÑO OCURRIDO EN NUESTROS DIAS.

EL AURA BLANCA.

En el suelo — para mí querido — que riega el umbroso Tínima con sus cristales sonoros; en aquellas fértiles llanuras que señalan el centro de la Antilla reina, y en la que se asienta la noble ciudad de Puerto Príncipe — que plugo al cielo destinarme por patria,— vivia en los ya remotos tiempos de mi infancia un venerable religioso de la órden de San Francisco, á quien el vulgo llamaba comunmente *padre Valencia*, por la circunstancia de saberse habia nacido á las orillas del Turia.

Gozaba aquel varon de general cariño en el país, y nada, á la verdad, era más justo; pues en los muchos años que habia pasado en él, no hubo sin duda un dia siquiera en que no derramase á manos llenas servicios y bendiciones entre sus moradores.

Si se alteraban en alguna familia la paz y concordia doméstica, allí aparecia, como llevado por la mano de Dios, el respetado padre Valencia, y los sabios consejos, las paternales exhortaciones, las afectuosas súplicas pronunciadas por aquella voz llena de dulzura, restablecian sin tardanza la tranquilidad y la armonía.

Si opuestos intereses ó encontradas opiniones suscitaban enemistades sangrientas entre algunos vecinos — amagando rencores y venganzas — el pacífico padre Valencia se presentaba al punto como mediador en la contienda, y la poderosa influencia de aquel espíritu evangélico, conciliador y amoroso, dominaba como por encanto las iracundas pasiones, y hacia encontrar medios de transaccion y avenencia.

Si escandalosos desórdenes de algun pecador público sublevaban las conciencias timoratas, poniendo acaso en peligro la conservacion de las buenas costumbres, el padre Valencia hallaba pronto delicados é ingeniosos medios de ponerse en amistosa comunicacion con el causante del daño, y jamas pasaba mucho tiempo sin que — al contacto de aquella vida purísima — se viese trocado el libertinaje en ejercicios de austera penitencia.

Si ocurria en nobles ó plebeyos, en ricos ó pobres, alguna pérdida irremediable, algun infortunio acerbo, nunca dilataba el padre Valencia el ir á mezclar sus lágrimas con las que derramaban los pacientes, y el bálsamo de sus palabras consoladoras cicatrizaba eficazmente las heridas más crueles del corazon.

En una palabra, aquel pobre y humilde fraile habia llegado á ser la visible providencia de todo el pueblo, donde ningun conflicto, público ó privado, dejaba de buscar y de encontrar remedio, ó alivio por lo ménos, en la inmensa ternura de su alma y en las inexhaustas fuentes de su caridad cristiana.

Existia, empero, una plaga terrible, cuyo tristísimo espectáculo se presentaba á cada paso á su vista, sin que alcanzase el santo varon medios de remediarla.

Los leprosos vagaban por las calles — cuyo ambiente corrompian con la pestilencia de sus llagas — pidiendo por amor de Dios una limosna, que ni áun las personas más piadosas podian tenderles sin apartar los ojos de su repugnante aspecto. Aquellos infelices seres — peligrosos para la salud pública — se multiplicaban de dia en dia; á pesar de perecer en gran número, hacinados en inmundos é ignorados tugurios, á los que la ciencia médica no llegaba nunca para proporcionarles algun alivio, y ni áun la misma religion acudia siempre para ofrecerles, en sus últimos momentos, auxilios espirituales.

Sólo el padre Valencia descubria y frecuentaba tales receptáculos de miseria, tales focos de infeccion, haciendo sus delicias de la difícil asistencia de enfermos tan asquerosos; pero bien comprendia que no bastaba toda su abnegacion personal para asegurarles los recursos y consuelos de que tanto necesitaban. Afligíale no poco esta desalentadora idea,

hasta que amaneció un dia, en el cual — iluminado de súbito por divina inspiracion — se echó á los hombros una *jaba* de pordiosero (1), y comenzó á recorrer la ciudad pidiendo de puerta en puerta una pequeña moneda para la fundacion de un grande hospital de lazarinos.

Cualquiera podria reirse de empresa tan descabellada en apariencia: ¿cómo imaginar posible la reunion de fondos suficientes para construir, establecer y conservar un asilo de tal importancia, con el solo recurso de la cuestacion pública, en una ciudad donde son poco numerosos los pingües caudales? La esperanza era verdaderamente absurda, segun las probabilidades del juicio humano; pero para la fe del padre Valencia se presentó realizable, y se realizó en efecto.

Algunos años le bastaron para levantar desde el cimiento vasto y hermoso edificio, que hace y hará eternamente bendecir su memoria á la ciudad del antiguo Camagüey, y en el cual fueron acogidos — con general aplauso — centenares de enfermos de ambos sexos, que hallaron en aquel aislado y saludable albergue, bajo la inmediata direccion del digno fundador, todas las comodidades y áun todos los goces compatibles con su situacion.

Las bendiciones del cielo, que acompañaban constantemente al admirable franciscano, hicieron prosperar cada dia más — miéntras él estuvo á su frente — aquel hospital modelo, del que se enorgullecia Puerto Príncipe; pero llegó al cabo el inevitable momento de ser llamado el padre de los míseros leprosos á las regiones felices — donde le aguardaba el premio de sus heroicas virtudes — y no pasó mucho tiempo sin que se sintiese dolorosamente su falta; á pesar del empeño con que todos los buenos y generosos vecinos del país procuraron impedir la decadencia de aquella institucion, necesaria — más que en ninguna parte — en un suelo donde la elefancía y sus semejantes han tenido épocas de propagacion espantosa.

Pero cuando verdaderamente empezaron las graves dificultades, fué al llegar un año en el que — por concurso fatal de circunstancias que no es del caso detallar — hubo grandísi-

(1) La *jaba* es una especie de cesto tejido de las hojas del yarey, y que suelen llevar los mendigos para recoger las limosnas.

ma escasez y carestía en toda la provincia central de la isla de Cuba. Viéronse entónces bandadas famélicas de mendigos pulular por las calles, poniendo en contribucion indispensable á las clases acomodadas, que—afectadas tambien por la crísis que atravesaba el país—apénas podian con los incesantes recursos de la limosna aplacar el hambre de la indigente muchedumbre, y — como puede adivinarse — el asilo de los leprosos se resintió profundamente del estado de general penuria.

Habituados á la abundancia y al regalo que habia sabido proporcionarles el próvido fundador, sobrellevaban mal los acogidos tantas privaciones como entónces fué preciso imponerles, y que iban aumentándose de dia en dia, hasta el punto de hacerles temer verse en la triste necesidad de abandonar el techo hospitalario, bajo el cual habian esperado terminar descansadamente su desgraciada existencia. En tan terrible conflicto, acudian llorosos al modesto sepulcro que guardaba entre ellos las cenizas de su inolvidable bienhechor, invocando fervorosamente á su bienaventurado espíritu para que los socorriese desde el cielo, donde no dudaban habitase.

Crecian, sin embargo, los apuros; la administracion del hospital habia agotado todos los recursos de su celo y de su inteligencia, y no sabía ya de qué medios valerse para que no faltase totalmente el sustento á los numerosos enfermos; cuyas quejas y lamentaciones acrecentaban las amarguras de sus ánimos, en medio de tan insuperables dificultades.

Hubo una mañana en que, cerca de las doce, áun no habian podido desayunarse los pobres lazarinos, quienes — echados tristemente sobre la yerba que crecia en el ya arrasado huerto del establecimiento — recordaban con lágrimas aquellos tiempos pasados, en que tropas canoras de los vistosos pájaros tropicales venian cada mañana á sus plantas, para recoger las abundantes sobras del pan de su desayuno. —¡Ay! decian; ahora no acuden sino carnívoras *auras*, como esperando nuestros cadáveres para saciarse en ellos.

Y en efecto, veíase recorriendo el huerto, con lentos y como cautelosos pasos, multitud de aquellas aves pestíferas, de fúnebre color, que recuerdo me causaban — cuando era niña — pavura supersticiosa.

El *aura*, ó gran buitre cubano, es indudablemente, queridos lectores — como acaso lo sabréis — una de las raras excepciones que se conocen entre las variadas familias de hermosas aves indígenas. Su cabeza, de un rojo amoratado, presenta excrecencias costrosas, por las cuales ha merecido se la designe con la calificacion de *tiñosa;* su corvo pico y sus afiladas garras, teñidas de color sanguinolento, exhalan — como todo su cuerpo — la fetidez de las carnes corrompidas, que son su habitual pasto; y sus alas, de un negro verdoso y deslustrado, forman, al batir el aire, cierto rumor siniestro, que parece marcar un compas fúnebre.

Sucedió, empero, que el dia á que nos referimos, y miéntras los acogidos del hospital contemplaban con disgusto aquel lúgubre cortejo, que los acompañaba en su soledad— como para hacérsela más triste,— apareció de repente, entre la oscura bandada, una ave desconocida, del mismo tamaño y de la misma forma que las auras, pero contrastando con ellas de una manera asombrosa. Blanca cual el cisne, ostentaba en su cabeza, como en sus piés y su pico, el color esmaltado de la rosa, teniéndolo, ademas, en vez de los uraños ojos de la familia á que parecia pertenecer por su figura, los dulces y melancólicos de la paloma torcaz.

Sorprendidos los leprosos á vista de tan nueva y súbita aparicion, se acercaron á ella llenos de curiosidad, y ¡cosa rara! la tropa de negras auras levantó al punto el vuelo, como espantada; pero el *aura blanca*, léjos de huir, se dejó coger mansamente, y áun pareció querer acariciar con suave aleteo las llagadas manos que la aprisionaban.

Al dia siguiente corria por Puerto Príncipe conmovedor relato. Decíase que el alma del padre Valencia — tantas veces invocada en medio de crecientes angustias por sus pobres hijos los lazarinos — habia bajado á ellos en forma de una ave extraordinaria, á la que todos convenian en llamar *aura blanca.*

La novedad del suceso despertó de tal manera el interes general, que hubo de hacerse exhibicion pública del ave, poniendo precio á la entrada; y fué tan grande la afluencia de gente, que en pocos dias se recaudó considerable suma, suficiente á subvenir á las urgentes necesidades del hospital de San Lázaro.

Pero no quedó en esto. El *aura blanca* — paseada en una jaula dorada por muchos de los pueblos de la isla, y excitando en todos curiosidad vivísima—los puso en contribucion voluntaria á favor del establecimiento; proporcionándole salir al cabo felizmente de todos sus apuros y entrar en nuevo período de prosperidad y holgura.

De este modo — segun la vulgar creencia — el caritativo fundador proveyó—áun despues de muerto—al sostenimiento de sus acogidos; quienes celebraron en la aparicion del *aura blanca* visible milagro, comprobador de la santidad y eterna bienaventuranza de aquella alma bienhechora.

¿Qué se hizo el ave milagrosa, terminada su mision?..... Nadie ha podido decírmelo con certeza, por más que he procurado indagarlo; pero si estas desaliñadas páginas son algun dia leidas por mis amados compatriotas, ninguno de ellos negará su testimonio á la verdad del hecho que he querido consignar entre mis leyendas, como homenaje de respeto á la memoria del venerable religioso que tantas veces me bendijo en mis primeros años, y como recuerdo indeleble del hermoso país en que se meció mi cuna.

FIN DEL AURA BLANCA.

LA BARONESA DE JOUX.

LEYENDA FUNDADA EN UNA TRADICION FRANCESA.

Al Excmo. Sr. Duque de Frias, en prueba de afecto y sincera amistad,

Gertrudis Gomez de Avellaneda.

La primera impresion de esta obrita fué hecha en Madrid hácia el año de 1844.

LA BARONESA DE JOUX.

I.

AMAURI.

Priez vasseaux, priez á deux genoux,
Priez Dieu pour Berthe de Joux.
(DREMESMAY.— *Tradiciones populares.*)

Pocos serán los viajeros que hayan visitado el Franco-Condado, y no conserven un recuerdo de la roca aislada y calcárea, cuyo vértice corona el antiguo castillo de Joux. Es una de las pocas fortalezas escapadas de la demolicion que sufrieron la mayor parte de las que existian en aquel país ántes de su definitiva incorporacion á la Francia, y que en el curso de los tiempos ha alcanzado cierta celebridad.

Hállase precisamente en una de las principales gargantas del Jura, dominando los valles de la *Cluse*, y el rio *Doubs*, cuyas rápidas corrientes llegan á quebrantarse á sus piés. Sus elevados torreones se pierden en un cielo frecuentemente nebuloso, y desde tal altura sirven de atalayas á las rutas de Pontarlier, Neufchâtel y Lausana; miéntras las blancas almenas resaltan — como inmóviles fantasmas — entre los pálidos y undulantes vapores de aquella atmósfera caliginosa, y todo su aspecto presenta un carácter particular que le distingue de los edificios del mismo género. Pudiera creerse que el

pensamiento que presidió á su construccion encerraba el secreto de sus futuros destinos, y le señaló desde luégo con rasgos indefinibles de una majestad lúgubre.

Es imposible nombrar el castillo de Joux sin acordarse al mismo tiempo de Mirabeau y de las bellas páginas que salieron furtivamente de aquellos muros sombríos, donde gimió algun tiempo cautivo tan gran genio de la revolucion francesa.

No ha sido él, sin embargo, el único personaje notable de la época moderna que ha expiado allí sus faltas ó sus desgracias; pues la fortaleza de Joux puede considerarse, hace mucho tiempo, como una prision de estado.

Su posesion ha sido, empero, tan apetecida, que se la disputaron por espacio de cuatro siglos príncipes y grandes señores; habiendo pertenecido sucesivamente á Felipe el *Hermoso*, á Cárlos el *Temerario*, á Luis XI, al marqués de Rotelin y á otros magnates poderosos, hasta que la recobró definitivamente la corona de Francia, que — gracias á la tenacidad de Talleyrand — pudo salvarla de la codicia de Prusia.

Prestan fundamento, por decirlo así, á la celebridad que en nuestros dias dan á aquel edificio los ilustres desgraciados á quienes ha servido de cárcel, algunas tradiciones interesantes de los tiempos antiguos, entre las cuales ocupa el primer lugar la que suministra argumento á la presente leyenda. Demesmay—de quien tomamos el epígrafe que sirve de encabezamiento al capítulo — ha lamentado en melancólicos versos la deplorable suerte de una ilustre hermosura, á quien hizo nacer el cielo en los dias más crudos de la que llamamos Edad Media. Nosotros nos proponemos desenvolver en un cuadro de algo mayores proporciones las trágicas escenas de su corta vida, apuntadas ligeramente por el poeta frances; sacando á luz, ademas, otras várias que le fueron desconocidas, y cuya revelacion debemos al genio protector que conserva los misteriosos recuerdos de las beldades infelices, para consuelo y recurso de los historiadores osados que se atreven á desenterrarlas del olvido, removiendo escombros de los siglos.

Pintoresco, aunque grave, es el aspecto que presenta todavía el paisaje campestre coronado por el castillo de Joux; mas ha perdido mucha parte de su primitiva magnificencia,

y carece de los característicos accesorios que lo realzaban antiguamente.

Desde los torreones de la feudal morada, áun puede recrearse la vista con el soberbio y agreste panorama que despliegan en torno aquellos valles profundos, aquellos trozos de selvas, donde se cimbrean—á los silbadores soplos del viento—negros abetos, majestuosos olmos y vetustas encinas, gigantes de la vegetacion, árboles druídicos que preparan el ánimo para admirar la perspectiva grandiosa desarrollada en derredor por las cumbres rocallosas, cuyos picachos desiguales rompen las espesas nieblas condensadas sobre ellas; y más léjos la cadena de elevadas montañas vestidas de eterna nieve, que suele derrumbarse con fracaso en el hondo seno de los valles.

Aquél es todavía el digno asiento del castillo de Joux; el grande y sombrío cuadro que conviene á las escenas que nos proponemos bosquejar; pero, lo repetimos, faltan ya los accesorios que contribuian eficazmente á su selvática hermosura. Han desaparecido los castillos y los conventos que se elevaban por todas partes sobre pedestales de roca, y la guarnicion del único edificio que áun subsiste, no tiene las facultades ni las inclinaciones de los antiguos moradores.

Ya no se oye crujir el puente levadizo bajo los piés de los corceles de guerra; ya no se ven brillar á los rayos del sol las cotas y los cascos de los guardas; ya no ensordecen las montañas al eco ronco de las cornamusas de caza; ni se oyen los ladridos de la jauría; ni acuden por la noche los habitantes del valle á escuchar canciones del trovador, que entona junto al rastrillo las hazañas de los ilustres señores.

Entre las épocas más brillantes del castillo de Joux, debe contarse aquella en que entró á poseerlo el jóven baron Amauri.

Oprimido por un padre fanático, habia pasado entre monjes los años primeros de su adolescencia; pero cuando la muerte lo libertó de la tiranía doméstica, procuró desquitarse del tiempo perdido, y gozar á sus anchas las ventajas de la independencia.

Todo cambió de aspecto en el castillo de Joux: ornáronse sus lóbregos aposentos con el mayor lujo que se conocia en el siglo XII; y los torneos, las monterías y los banquetes su-

cedieron de pronto á las fiestas religiosas, que únicamente interrumpian de vez en cuando la monótona tranquilidad en que el padre del nuevo poseedor pasó sus últimos dias.

Amauri no tenía ni madre ni hermanas, y á pesar de las considerables donaciones hechas por su antecesor á los monjes, se encontró dueño de pingües dominios, cuyas rentas podian sostener el fausto con que le plugo hacerse notable entre sus nobles vecinos.

De todos los castillos inmediatos acudian al suyo caballeros y damas, que se honraban con su amistad y se regocijaban en sus fiestas contínuas. No habia propietario en las cercanías que no envidiase la suerte del de Joux, ni jóven doncella que no anhelase su conquista, ni pechero que no se hallase dispuesto á elegirle por señor, porque los que gozaban la dicha de obedecerle no se cansaban de elogiarle.

Si por entónces se hubiesen conocido las curiosas observaciones de Lavater, ó el atrevido sistema de Gall, acaso vaciláran los villanos en su favorable juicio. Amauri de Joux era alto, corpulento, de hermosos colores y de severa regularidad en sus varoniles facciones; pero se encontraba cierta dureza en las líneas de aquel rostro, cuya parte inferior estaba indicando una índole rencorosa y tenaz; así como aparecian excesivamente pronunciados en su altiva cabeza los órganos que anuncian — segun los frenólogos — poderosos instintos de orgullo y de venganza.

Sin embargo, ninguna accion de su vida habia justificado hasta entónces las indicaciones de aquellos rasgos, y nada podia decirse positivamente respecto de Amauri á la edad de veinte y seis años, sino que era galan, rumboso, activo, y de un temperamento capaz de resistir á las mayores fatigas.

Aconteció, empero, que — en medio de sus placeres — fué cayendo en súbita y profundísima melancolía. Cesaron las diversiones; sus monteros se fastidiaban en el ocio; sus perros y sus halcones no le merecian una caricia; sus caballos enfermaban por falta de ejercicio; las muchachas labradoras salian cabizbajas del castillo, desconfiadas de su hermosura, pues no obtenian ya ni una mirada del galante caballero; los criados sufrian con frecuencia los efectos de su mal humor, y hasta Lotario — respetable escudero que le vió na-

cer — hasta Lotario se encontraba confuso, y no se atrevia á ponérsele delante.

¿Si le habrá hecho algun maleficio la vieja Alix, que estuvo á pedirle limosna, inútilmente, el dia del último torneo? pensaba el anciano. ¿Si se le habrá aparecido el alma del difunto baron, para reconvenirle por sus prodigalidades mundanas y por el olvido en que tiene á sus camaradas los monjes? ¿Si le enviará el cielo tal dolencia en castigo de estar excomulgado, por andarse en justas y en torneos? (1).

Fluctuando entre estas y otras hipótesis del mismo linaje, resolvióse por fin el escudero á hacer un atrevido esfuerzo para descubrir el orígen de la displicencia creciente de su amo, y despues de estudiar una difusa arenga, á la que le pareció imposible pudiese resistir, entró de improviso en la retirada estancia donde hacia muchas horas se hallaba solo y meditabundo el jóven. Su actitud triste y decaida hizo tan fuerte impresion en Lotario, que — olvidando su exordio preparatorio — sólo acertó á arrojarse á las plantas de Amauri, regándolas con sus lágrimas.

— ¿Qué te aflige, anciano? le preguntó éste.

— ¿Podeis ignorarlo? exclamó el escudero. ¿Me preguntais la causa de mi pena, sabiendo que teneis una? Sí, no lo negarécis, porque sería en balde; la estoy leyendo en vuestro semblante..... todo vuestro aspecto revela esa afliccion misteriosa que á cualquier precio necesito conocer, para intentar aliviarla.

— Levántate, buen servidor, dijo el jóven; levántate y tranquilízate. Dios y el tiempo curarán mi mal; tú no puedes.

— Pero puedo morir con vos, repuso Lotario. Lo que no haré nunca es soportar el desprecio que haceis de mí, recatándome vuestro dolor, como si no tuviese yo un corazon en donde recibirlo, ya que no me sea dado el consolarlo.

Amauri guardó un instante de silencio, y articuló por último: — Quiero abrirte mi pecho, escucha: soy mozo, rico, noble..... nada me falta..... excepto una mujer á quien

---

(1) El segundo concilio de San Juan de Letran, celebrado en 1139 prohibia, bajo pena de excomunion, los torneos.

amar, y de la cual pueda creerme tiernamente correspondido. Hé aquí mi secreto, anciano; necesito una esposa.

— Y ¿quién os impide tenerla? respondió el escudero respirando recio, como quien sacude enorme peso. Me temia una gran desgracia, en verdad; pero si todo se reduce á necesitar una mujer que os ame, hoy mismo, de seguro, podeis quedar satisfecho. ¿Qué dama no se tendrá por feliz en ser vuestra consorte?

— Es que yo quiero que sea la más bella de todas las vírgenes.

— ¡Muy justo! una jóven limpia como la plata..... verbi gracia, Eleonora Landeberg. Entre las doncellas que asistieron al último torneo, ninguna se presentó tan galana; es briosa y de buena raza, como vuestro caballo tordo; blanca y juguetona, como vuestro halcon marino.

— No me agrada Eleonora: quiero una compañera linda, púdica, candorosa y tierna.....

— ¿Como Emma de Montricher?

— Emma es fria y sin gracia; parece una bella estatua de mármol.

— ¿Acaso la jóven Matilde?.....

— Tampoco: sólo una existe á quien Amauri de Joux rinda su corazon, y romperia tres lanzas contra cualquiera que se negase á reconocerla por la más digna.

— Nombradla, exclamó entusiasmado el escudero; dadme á conocer á la venturosa criatura que debe ser baronesa de Joux.

— ¡Baronesa de Joux! repitió Amauri con amarga sonrisa; no puede serlo, buen viejo..... y hé aquí el motivo de mi invencible tristeza.

— ¿Es casada?

— Lleva todavía sobre sus cabellos de oro la cándida corona de azahares.

— ¿Es alguna vasalla?.....

— Corre por sus venas sangre tan ilustre como la mia.

— Pues entónces.....

— La he conocido tarde, articuló Amauri suspirando. Esa beldad que adoro, esa doncella que no tiene igual en el mundo, es Berta de Luneville, la prometida á otro..... la futura baronesa de Montfaucon.

— ¡Berta de Luneville! no me habia acordado de que estuvo tambien en el torneo, y de que fué — si no me engaño — quien dió el premio á un doncel bello como el amor.....

— ¡Á mi rival! exclamó con sorda voz Amauri; ¡y fuí vencido por él!..... ¡fuí vencido delante de ella, que debia galardonar el triunfo con la banda que adornaba su pecho!

— Calló ahogado por la ira y la vergüenza : sus facciones se habian desfigurado de una manera extraña.

— Eso puede llamarse desgracia, pero no mengua, dijo Lotario, que se afanaba por encontrar lenitivo á la malandanza de su amo. Así como así, nadie puede imaginar que valga más que vos un mozalvete á quien apénas le despunta el bozo; todos conocerán que fué pura casualidad su triunfo. Cansado estoy de oir á los labriegos llamarlos, á él y á ella, los *ángeles de la montaña;* porque á la verdad, tan figurilla es el tal Montfaucon, como la niña de Luneville. Pues ¿quién ha de creer que os venció lealmente, si con un dedo pudiérais pulverizarlo? El rival ¡vive Dios! no me parece temible.

— ¡Ella lo ama! murmuró Amauri.

— ¡Qué ha de amarle! respondió con tono de conviccion el escudero. La pobrecilla obedece á su padre, y nada más. Pues digo, y si los rumores que circulan son ciertos, ¡ya está fresco el futuro baroncillo de Montfaucon!

— ¿Qué rumores son ésos? preguntó vivamente su interlocutor.

— Se dice que han vuelto á reñir los viejos, añadió Lotario, y que la boda no se realizará.

Amauri se puso en pié; un rayo de esperanza brilló entre las nubes de su frente.

— Vuela á adquirir noticias más seguras, dijo al escudero : eres amigo de la dueña de Berta; procura verla, y saber por ella la verdad ó la mentira de esos rumores.

— Lo haré, contestó el anciano, preparándose á dejar la estancia; pero el baron le detuvo para añadir resueltamente :

— Si es cierto que vuelve á encenderse la discordia entre los señores de Montfaucon y Luneville, preséntate en mi nombre á este último, y dile que disponga de mi brazo y de mis vasallos.

El fiel Lotario besó la mano de Amauri, y salió—con toda

la presteza que le permitian sus años—á cumplir las órdenes recibidas; miéntras que el jóven baron se paseaba agitado por toda la longitud del aposento, exclamando con indescribible tono: —¡Si logro poseerte, ¡oh Berta! habré satisfecho á la vez mi implacable amor y mi implacable venganza!....

II.

BERTA Y AIMER.

Los rumores de que habia dado conocimiento á su amo e escudero de Joux, tenian, por desgracia, sobrada exactitud.

Divididas por envejecidos odios las dos ilustres familias de Luneville y Montfaucon, en vano presumieron un momento dar término á sus rencores con una alianza cimentada en el himeneo de sus respectivos herederos, pues mezquinas cuestiones de intereses promovieron nuevas desavenencias, y por último un rompimiento absoluto; para el cual existian hartas disposiciones en el ánimo de aquellos antiguos enemigos, recientemente reconciliados.

Como si se descargasen de pesado yugo, diéronse prisa á renunciar los proyectos de alianza dictados por razones de mutua conveniencia, sucumbiendo la frágil política al poder arraigado de la pasion ciega, y con inmenso dolor de las dos personas interesadas, se les declaró desbaratado para siempre el bello edificio de sus dulces esperanzas.

No ha existido jamas en humanos corazones un amor tan puro, tan tierno, tan inefable como el que mutuamente se inspiraban Berta de Luneville y Aimer de Montfaucon. El enlace ordenado por la política — desgraciadamente efímera de los dos barones — estaba sin duda decretado anteriormente por el cielo, pues los dos amantes parecian nacidos el uno para el otro.

Tenía Aimer veinte y dos años, y Berta apénas rayaba en

los diez y ocho; pero poseian ambos aquella madurez de sentimientos que no alcanzan las almas vulgares sino en la madurez de la vida. Su profundo cariño no era el ardiente instinto de un corazon juvenil ávido de emociones, ni adolecia de los delirios y las exageradas exigencias que se mezclan por lo comun á los primeros amores. Berta y Aimer estaban enlazados por un sentimiento hondo, sereno, casto y solemne; por una confianza perfecta; por aquel aprecio justo é inalterable, que acompaña á los afectos destinados á ser eternos.

No habian necesitado estudiarse para comprenderse: física y moralmente existian entre ellos notables simpatías y concordancias.

Berta de Luneville, la más linda de todas las vírgenes de la comarca, se distinguia tambien como la más modesta y la más dulce. Hija de un padre despótico, cual lo eran comunmente los de aquel tiempo, se habia habituado desde la infancia á pasiva obediencia y á resignacion silenciosa. Su aspecto apacible y tímido realzaba la belleza peregrina con que la dotára el cielo..... belleza que parecia aproximarse á la idea que tenemos de la naturaleza angélica; y que no podia admirarse sin cierto enternecimiento, porque hacia presentir que no estaba destinada á brillar largo tiempo en la tierra.

Ninguno de los modernos románticos, apasionados por lo vaporoso y fantástico, puede concebir idealidad tan poética como la que realizaba aquella purísima niña, de delicada organizacion, de nívea tez y de blonda cabellera, lanzada en medio de un país semi-salvaje, en aquella época semi-bárbara.

Pero la Providencia habia conducido cerca de la vírgen de Luneville al único hombre capaz de apreciarla y digno de poseerla. Aimer de Montfaucon era indudablemente una de las almas superiores que se adelantan á su siglo, y cuyos elevados instintos suplen muchas veces por la ilustracion adquirida.

Entónces — cuando la mujer representaba tanto y tan poco; cuando era el númen invocado en los combates y la esclava despreciada en el hogar doméstico; cuando se rompian lanzas para sostener su hermosura y se inventaban cer-

rojos para asegurar su virtud..... — entónces, repetimos, sólo Aimer merecia á Berta, porque sólo él era capaz de estimar el valor de sus modestas virtudes y de sus exquisitas gracias.

Aunque educado en los combates — como la inmensa mayoría de los nobles de su tiempo — no tenía el heredero de Montfaucon ni el menor asomo de rudeza. Fino en sus modales, esbelto y distinguido en su aspecto, bastaba verle para comprender que los notables hechos de armas — que conquistándole precoz fama le habian merecido la honra de ser armado caballero ántes de la edad que la usanza prescribia — no eran los únicos triunfos á que le destinára la naturaleza.

En efecto, sus talentos poéticos le alcanzaban general aplauso en la córte de Conrado III, de quien habia sido paje desde sus años primeros; y bajo la oscura sombra de la rizada melena que ostentaba — no obstante los anatemas del concilio de *Rouen* (1) — resplandecian unos ojos garzos tan llenos de inteligencia y de pasion, que ninguna dama los miraba una vez sin recordarlos siempre en sus ensueños de amor.

Tales como acabamos de pintarlos eran aquellos amantes, cuya felicidad acababa de destruirse; pero que — en medio de su dolor — se sentian tan convencidos de la profundidad de su afecto, que lloraban la separacion de sus destinos sin sospechar llegase á ser posible la de sus corazones. Consolábanse con la certidumbre de que su puro y acendrado cariño duraria tanto como su existencia. ¡Ay! no adivinaban la desventura suprema que les estaba amenazando; no sospechaban las pretensiones de Amauri; no presentian que el casto sentimiento — que juraban eternizar — podia ser un crímen muy en breve.

Siguiendo la costumbre de aquellos dias belicosos, en que las armas decidian de la justicia, los señores de Luneville y Montfaucon comenzaron á hostilizarse recíprocamente, y viendo Aimer inútiles todos los esfuerzos, todas las súplicas

---

(1) Un concilio celebrado en Rouen, en tiempo de Urbano II, declaró digno de excomunion á cualquier hombre, príncipe ó vasallo, que usase largo el cabello.

empleadas para templar el encarnizamiento de ambos contendientes, y juzgando inevitable la desgracia de tener que tomar parte él mismo en aquella lucha impía, desapareció súbitamente de la morada paterna, sin que fuese posible por entónces averiguar sus designios, ni la direccion que habia tomado. Berta misma lo ignoró. Confinada en una torre del castillo de Luneville, y privada de toda comunicacion, no pudo recibir noticias de su amante, quien partió animado de una esperanza, de que no hizo partícipe á la triste prisionera.

Entónces fué cuando Amauri de Joux, libre de un rival temible, y ligado ya por promesas de amistad con el padre de Berta, tomó sobre sí la defensa de su causa, combatió contra su enemigo, le causó considerables daños, que le obligaron á demandar tregua, y por premio de aquellos servicios, y como en garantía de la eterna alianza que se habian jurado, pidió resueltamente al baron de Luneville la mano de su heredera; demanda que no bien fué hecha, cuando quedó concedida.

Nada podia oponer á la inflexible voluntad de su padre una criatura como Berta, dócil por carácter, y educada en la servil sumision que constituia en aquella época la principal virtud de las mujeres. Amauri de Joux vió, pues, coronados felizmente unos deseos que juzgára sin esperanzas algunas semanas ántes, y la desgraciada prometida de Montfaucon sólo salió de su cautiverio para convertirse en baronesa de Joux.

Miéntras tanto Aimer se hallaba en la córte de Conrado, esforzándose por alcanzar la gracia de que interpusiese su régia autoridad, á fin de poner término á la guerra entre su padre y el de Berta, y allanar los obstáculos para la concertada union en que debia fundarse futura é inalterable concordia. Tambien trabajaba el jóven por obtener la mediacion venerable de un prelado cercano deudo del baron de Luneville, interesándole en favor de la paz prescrita por el Evangelio.

¡Rara y fatal coincidencia! el emperador y el prelado entregaban al jóven caballero apremiantes cartas dirigidas á los dos barones, y capaces, seguramente, de ejercer en ambos poderosa influencia, el mismo dia y á la misma hora en

que se celebraba en el castillo de Joux el precipitado casamiento de Amauri.

No quedaba, pues, ni un rayo de esperanza; todo llegaba tarde: la desgracia de Aimer y de su amada era un hecho consumado.

En los primeros momentos de desesperacion intentó el jóven ir á desafiar al raptor de su dicha, haciendo valer públicamente sus derechos como amante poseedor de la prenda de *amor sin fin* (1); pero el emperador y el obispo lograron — no sin trabajo — hacerle desistir de tal escándalo, y Aimer, obligado á jurar que nada intentaria contra lo que ya era irremediable, abandonó la córte de Conrado III, diciéndose por algunos que habia ido á distraerse de sus malogrados amores entre las damas francesas, quienes — á imitacion de su rey y reina — acogian favorablemente á todos los trovadores; asegurándose por otros que intentaba tomar parte en la guerra tenaz con que se disputaban el trono de Inglaterra un hijo del conde de Blois y la hija de Enrique I; finalmente, no faltando tampoco quien presumiese, con algunos indicios de fundamento, que el desgraciado amante emprendia, para buscar consuelo, alguna santa peregrinacion.

III.

LA LUNA DE MIEL EN EL CASTILLO DE JOUX.

Aquel primer período del matrimonio, tan dulce comunmente que es designado hoy, aquende y allende los Piri-

---

(1) Segun la explicacion consignada en una obra francesa titulada *Biblioteca de romans*, la prenda de amor sin fin era la cintura virginal, que las damas se desceñian para darla á aquel á quien escogian para marido. Cuando una doncella otorgaba esta prenda, se consideraba ya como desposada, y rara vez era diferido el matrimonio despues de tal empeño.

neos, con el expresivo nombre de la *luna de miel*, pasaba de un modo extraño en el castillo de Joux.

Amauri no era feliz, aunque viese cumplidos sus deseos, poseyendo la hermosura de la mujer que amaba y aniquilando las esperanzas del hombre que aborrecia. Un género de tormento que debia haber previsto, y que sin embargo le sorprendia como cosa extraordinaria, acibaraba en progreso contínuo todas las dulzuras de su nuevo estado.

La jóven baronesa no le prestaba, ciertamente, motivo alguno de legítima queja; pero ¡cuán distante estaba de satisfacer las imperiosas necesidades de un corazon enamorado y celoso! Siempre apacible y sumisa, siempre discreta y resignada, cumplia las voluntades de su marido sin acertar nunca á adivinarlas, porque éste es un privilegio sólo al amor concedido. Su condescendencia constante no llegaba jamas al abandono de la ternura, que sin embargo parecia natural á aquella naturaleza exquisita y afectuosa.

Amauri comprendia, á su despecho, que le era imposible vencer en el alma de su esposa la resistencia pasiva, opuesta por un antiguo sentimiento á las exigencias del suyo.

En vano Montfaucon se habia alejado del país, pues en el concepto de Amauri se hallaba más que nunca presente en la memoria de Berta. Por él corrian aquellas lágrimas que sorprendia en sus párpados muchas veces; por él eran las secretas plegarias murmuradas con fervor cada noche al pié del Crucificado; por él aquellas cavilaciones profundas en que solia caer la baronesa hasta en el mismo tálamo nupcial, alejando el sueño de sus ojos é imprimiendo en sus mejillas la enfermiza palidez que luégo, con la luz del sol, resaltaba; la voz de Aimer era la que le parecia escuchar cuando aparentaba extasiarse oyendo en sus ventanas el rumor melancólico de las ondas del rio, al besar los cimientos del castillo. A Aimer creia contemplar cuando seguia con ardiente mirada las nubes tornasoladas por el crepúsculo de la tarde..... Esto pensaba Amauri, y no nos atrevemos á asegurar que estuviese completamente engañado.

El íntimo descontento que de contínuo sentia, revelábase, á pesar suyo, en la sequedad casi ruda con que comenzó á tratar á su desgraciada consorte, cuya tímida reserva y habitual melancolía se aumentaban con semejante conducta;

llegando hasta el punto de resentirse su salud y hacerse visible la postracion de su ánimo.

Lotario, miéntras tanto, agriaba más y más el carácter del baron, pues observando con disgusto y enojo el aspecto doliente que iba adquiriendo la jóven, —y que alejaba las esperanzas que habia acariciado el buen viejo de mecer pronto en sus rodillas un robusto renuevo de su querido señor,— restregaba, sin conocerlo, las heridas de éste, diciéndole muchas veces las siguientes ó parecidas palabras:

—Temo que seais enterrado con vuestro casco y escudo (1), pues la señora baronesa parece una linda figurita de espumas, que el dia ménos pensado se nos deshará entre las manos. ¡Qué diferencia entre ella y vuestra difunta madre! Aquélla sí que era una bendicion para esta casa. Figúrome que la estoy viendo con sus colores de azucena y rosa, siempre tan risueña y tan enamorada de su marido, á quien daba cada año un niño como un pino de oro, aunque, desgraciadamente, sólo vos le quedasteis.

Despues de perder su amantísima compañera, fué que se hizo vuestro padre regañon y fanático; pues miéntras le vivió su Isabela, no existia caballero más alegre y venturoso. Duéleme no poder decir otro tanto de vos, ni áun en *la luna de miel*, que os luce sobrada opaca.

Amauri padecia con tales observaciones. — Sí, pensaba al oirlas, mi padre fué feliz y alcanzó del cielo sucesion, porque era tierna y calorosamente amado. Sólo son infecundos los tálamos en que se abriga la indiferencia glacial.—Y bajo el influjo de esta idea, el injusto marido veia casi un crímen en la esterilidad de su mujer.

De este modo pasaron meses y meses, cumpliéndose el año de aquel triste himeneo, sin que tornasen al castillo de Joux la animacion y los placeres que durante algun tiempo temperáran su austeridad sombría, y sin que se recibiese tampoco en toda la comarca noticia alguna de Aimer; circunstancia que — por capricho extraño del corazon — léjos

(1) Los nobles que morian sin sucesion, bajaban á la sepultura con las prendas indicadas por Lotario.

de contribuir á disipar los celos y los enojos de Amauri, pareció más bien darles aumento.

No olvidaba jamas que habia sido vencido por aquel rival detestado..... que habia visto á Berta ciñéndole la corona del triunfo..... y este recuerdo, indeleble en su mente, juzgábalo impreso con la misma fuerza en la memoria de su esposa.

Si regresando Montfaucon hubiera podido retarle y hacerle sufrir á su vez la mengua de una derrota, quizá entónces — saliendo de la taciturna apatía que le asemejaba ya á su viejo misantrópico padre — se hubiera visto á Amauri cobrar la actividad perdida, haciendo renacer en la lúgubre fortaleza aquellos dias brillantes de su esplendor áun reciente.

Así al ménos se lo persuadia el baron, y—en tal concepto— no le lisonjeaba la prolongada ausencia de su rival, y hasta llegó á oir con desagrado rumores que corrieron de haber muerto guerreando en Inglaterra; porque le causaba envidia y saña que hubiese descendido á la tumba siempre amado y glorioso, miéntras que él conservaba una vida de indiferencia y de inaccion.

El mundo cristiano se conmovia por entónces á la voz de San Bernardo, que predicaba la segunda cruzada. El emperador Conrado III y Luis VII de Francia despoblaban sus estados para engruesar los ejércitos armados contra los infieles; todos los barones y grandes vasallos reunian sus gentes para tomar parte en la santa empresa; y Amauri de Joux — afanoso de conquistar nombradía, sacudiendo el peso de los domésticos pesares que amenazaban inutilizar por completo los primeros bríos de su organizacion vigorosa—resolvió de pronto seguir el ejemplo de tantos personajes ilustres. Pensó algunos instantes llevar consigo á su mujer, imitando al rey de Francia y á otros príncipes y señores; pero la salud de la baronesa era tan delicada, y aquel viaje — que debia hacerse por tierra hasta Constantinopla — se presentaba tan difícil y trabajoso, que hubo de renunciar su primer pensamiento, partiendo solo para Palestina, despues de ser armado caballero por su deudo el conde de Borgoña.

Lotario y la dueña Alicia de Ronsard, antigua aya de Berta, quedaron encargados de su custodia y asistencia, y

Amauri se alejó con la esperanza de que el cielo premiaria las hazañas con que iba á distinguirse, concediéndole al cabo fijar la dicha en su hogar, con el nacimiento de un hijo que le ganára el cariño de su esposa.

IV.

EL TROVADOR PEREGRINO.

Poco tiempo despues de ausentarse el de Joux, murió el baron de Montfaucon, cuyos deudos emprendieron al punto las más activas diligencias para descubrir el paradero de su natural sucesor, y hacerle llegar aviso de una desgracia que reclamaba imperiosamente su presencia en los dominios patrimoniales.

Súpolo todo la baronesa por su dueña Alicia, quien — no obstante el encierro en que vivia — hallaba medios de estar al corriente de cuantas voces circulaban en contorno. Nada, empero, dejó trasparentar el semblante de Berta, que revelase la emocion que debian causarle unas noticias por las cuales se presentaba probable el regreso de Aimer al castillo de sus antepasados.

A ser cierta aquella aparente calma, de la cual se maravilló Alicia, ó su jóven señora estaba profundamente convencida de la no existencia del que tanto habia amado y al cual no esperaba volver á hallar sino en las regiones eternas, ó bien llegaba á tal extremo el abatimiento de todas sus fuerzas, que — como algunas veces lo temia la Ronsard, contemplando los rápidos progresos de la decadencia lastimosa de aquella juvenil vida — empezaba á caer en una atonía mortal, para la que no tenian poder las impresiones más fuertes.

Esto último fué, sin duda, lo que creyó la dueña, y nada en verdad parecia más indicado. El esmero con que era asistida no alcanzaba á detener el veloz curso de la enfer-

medad misteriosa que iba consumiendo á Berta, y que la misma ciencia no sabía explicar, ni combatir con alguna esperanza de buen éxito.

Seis meses se contaban apénas desde la partida del baron, y aquel breve tiempo habia bastado para convertir en casi una sombra, á la mujer que dejó hermosa y atractiva todavía.

Apagábase visiblemente—como una lámpara que carece de pábulo—la delicada existencia de la pobre niña, y daba sus últimos desmayados destellos en rasgos inefables de mansedumbre y bondad.

—No lloreis por mí—decia á sus fieles servidores cierta noche, en que lo templado de la temperatura la habia animado á sentarse cerca de una de las enrejadas ventanas del castillo.—¿Sentis cuán grato es el aire de esta noche tranquila? Pues así respiro yo con fruicion apacible el ambiente de la tumba, en cuya oscuridad voy á penetrar pronto. ¿Admirais complacidos la hermosura del firmamento estrellado? Pues sabed que mi alma está ya tan serena como ese cielo, que debe recibirla muy en breve.

Lloraban al oir esto Lotario y Alicia, sin acertar á responder cosa alguna; pero observaron, sin embargo, que por casualidad bien extraña empezaba en aquellos mismos momentos á cambiar con prontitud sorprendente el aspecto y la temperatura de la noche.

Oscuras nubes se fueron extendiendo por la celeste bóveda; tempestuoso viento se desprendió al punto de las montañas; y no tardó en caer copiosa lluvia entre sordos y dilatados truenos.

—¿Qué quieres anunciarme, Dios mio? exclamó con desfallecida voz la baronesa. ¿Será tan engañosa la paz que espero en el sepulcro, como lo ha sido la calma de la naturaleza? ¿Debo sufrir todavía las tempestades de la vida, cuando mi corazon enfermo te demanda reposo?

Inclinó la cabeza sobre el pecho, cerró sus casi traspasparentes párpados, y pálida é inmóvil—como una estatua de mármol—permaneció abstraida en su pensamiento; miéntras la lluvia y el viento azotaban los vidrios de las ventanas.

Lotario y Alicia la contemplaron largo rato silenciosos tambien y conmovidos; mas prolongándose demasiado aque-

lla situacion de general mutismo, y ejerciendo su soporífera influencia la humedad de la atmósfera, y la soledad y poca luz del recinto, comenzó á adormecerse la dueña Ronsard, y para no imitarla el escudero hubo de sacar su rosario y rezar muy quedito, á fin de no interrumpir el aparente reposo de la enferma.

Los leves murmurios de su voz y algunos silbos del viento, que se aplacaba ya, eran los únicos sonidos alteradores del profundo silencio que reinaba dentro y fuera del castillo; cuando se dejaron oir de súbito los ecos de armonioso laud, y una voz de tenor — sonora y vibrante — cantó en melancólico tono y en lengua provenzal estas sentidas trovas, de que no podrémos dar en la traduccion sino imperfectísima idea:

Cuando es oscuro el camino
Y fiera la tempestad,
Del trovador peregrino
Las súplicas escuchad.

Lidian barones valientes
Por la tumba del Señor;
Si os agradan *las sirventes* (1)
Dadle asilo al trovador.

Él cantará mil hazañas
Que os causen admiracion,
Y de desdichas extrañas
Os hará fiel relacion.

Él del alma dolorida
Las penas sabe templar,
Y si huye sola una vida,
Él la puede acompañar.

Dama ilustre del castillo,
No desecheis, ¡ay! por Dios,
El ruego que alza sencillo,
Y que el cielo entiende..... y vos.

Desde los primeros acentos de aquella voz penetrante habia salido Berta de su profunda abstraccion. El casi cadavérico semblante se animó ligeramente; el corazon — que apénas latia con desmayo — dió un salto repentino.

---

(1) *Sirventes* era el nombre particular que daban los trovadores á las piezas que componian, teniendo por objeto á los cruzados.

El canto habia cesado, y áun parecia escuchar la baronesa.

—¿Habeis oido, señora? la dijo en voz baja Alicia, despertada por la cancion misteriosa. Los labios de la dama de Joux se agitaron convulsivamente, pero no articularon sonido alguno.

—¡Pobre trovador! exclamó Lotario; la noche no es, á la verdad, nada á propósito para estar al aire libre, y si viste el sayal del peregrino, segun parece indicar, acaso venga de Palestina y pueda darnos noticias del sire Amauri. De seguro que en los tiempos en que habitaba el castillo la buena dama Isabela, no sería necesaria dicha circunstancia para concederle albergue al pobre hombre.

Comprendió la observacion Alicia, y dijo al punto enfadada: —Y ¡qué! ¿piensa el escudero que la dama Berta no hará otro tanto? Decid, señora mia, añadió acercándose á la jóven, ¿no es verdad que otorgais la hospitalidad que os demandan?

La baronesa inclinó maquinalmente la cabeza, y habiendo declarado su dueña que aquélla era señal afirmativa, salió Lotario prontamente á dar entrada al trovador, que con acento más dulce que la vez primera comenzaba á repetir su última estrofa:

Dama ilustre del castillo,
No desecheis, ¡ay! por Dios,
El ruego que alza s ncillo,
Y que el cielo entiende..... y vos.

Momentos despues pisaba, acompañándole Lotario, el umbral del salon en que se hallaba la baronesa, cuyos ojos se clavaban en la puerta con cierta ansiedad temerosa.

La vista del peregrino debió tranquilizarla.

Sus cabellos y su luenga barba, completamente blancos, indicaban lo muy avanzado de su edad; así como la demacracion y la palidez del rostro, y lo lento y trabajoso de sus pasos, probaban que la enfermedad ó el infortunio habian tambien quebrantado sus fuerzas, y dejado huellas profundas en toda su persona.

Berta cerró los ojos, inclinando sobre el pecho la lánguida cabeza, cual si el aspecto de aquel anciano hubiese desvanecido de un golpe halagüeñas ilusiones que por un instante la

animáran; pero Alicia se encargó de hacer los honores de la casa al recienvenido huésped, diciéndole gravemente:

— Bien llegado seais á este castillo del noble baron de Joux, cuya digna esposa estais mirando.

El anciano saludó á Berta con humilde acatamiento, pero no articuló palabra alguna; pareciendo embargarle el acento inexplicable emocion, que la dueña atribuyó desde luégo á la lástima que inspiran á toda buena alma los padecimientos de un sér débil.

— ¿Venis de Palestina, venerable padre? preguntó Lotario, quien permanecia de pié y con ademan respetuoso delante de aquel desconocido; porque para las sencillas gentes de entónces bastaban á prestar carácter venerable á cualquiera, el sayal y el bordon de peregrino.

— No vengo de Palestina, respondió el interrogado, ántes bien me propongo ir á ella, si Dios me da vida. Pero conozco á la mayor parte de los barones y caballeros que han acompañado á Conrado y á Luis el Jóven, pudiendo deciros — si lo deseais — sus nombres, los hechos de su vida, y áun la historia de su corazon, pues soy de los más antiguos trovadores de las Borgoñas.

— ¡Qué voz! — murmuró la baronesa estremeciéndose de nuevo; pero nadie pudo entender su débil exclamacion, porque la dueña Ronsard decia al mismo tiempo al peregrino:

— Contad, pues, si os place, para distraer á mi doliente señora, alguna bella historia de amores tiernos ó de maravillosas aventuras.

— No os ocupeis de tales cosas, respetable varon, pronunció al punto Lotario, pues no convienen ciertamente á vuestros muchos años, ni á la santa empresa para la cual os preparais. Referidnos más bien las ilustres y pasmosas proezas de los caballeros de la Tabla Redonda; ó — si os agradan acontecimientos más cercanos — los hechos heroicos de Godofredo de Bullon y los príncipes cruzados.

— Quizá os complazca mejor, observó el peregrino — que aunque siguiendo la conversacion con los criados, no apartaba los ojos de la baronesa, — narrando desconocidos pormenores del famoso cerco de Wensberg por el emperador Conrado, que hoy se ciñe nuevos laureles en la sagrada tierra de Palestina.

— Comenzad, pues, comenzad! — dijo Lotario frotándose las manos, jubiloso con la esperanza de escuchar algo nuevo, que le sacase del ya largo tedio que lo devoraba en aquel viejo castillo. — Mirad, hasta la dama de Joux levanta la cabeza para escucharos.

— Pues bien, repuso el peregrino, haré ántes que todo honorífica mencion del duque Guelfo, quien—en la más desesperada situacion — se negó resueltamente á capitular, si no se estipulaba de un modo solemne que serian respetadas religiosamente las damas, permitiéndolas salir de la ciudad sitiada llevando consigo sus prendas de más valía. Celebraré tambien, de paso, la feliz y patética idea de aquellas dignas hembras, que — aprovechándose de dicha estipulacion — abandonaron á Wensberg llevándose á sus maridos é hijos, como sus prendas más valiosas (1).

— Me habeis enternecido con la sola indicacion de esos hechos, dijo sentimentalmente la dueña; miéntras reanimándose la baronesa, preguntó al narrador si conocia los nombres de los principales caballeros que acompañaron á Conrado en el sitio de que hablaba.

— Dos de ellos, contestó el peregrino — con acento un tanto trémulo — se han hecho célebres posteriormente; el uno por sus proezas, el otro por sus desdichas.

Llámase el primero Rogerio de Turena; acreditóse entónces de valiente, y ahora se le aclama como héroe, cuya fama cunde por el mundo. El segundo era un jóven apénas salido de la infancia; pero el emperador, á quien servia, le amaba con extremo, por los indicios que daba de bravura..... segun le compadece hoy, al verle presa de inenarrable infortunio.

— ¿Podeis decirme su nombre? articuló Berta, con más viveza de la que podia esperarse de su visible descaecimiento.

— ¿Su nombre?..... no lo recuerdo, respondió el peregrino despues de un instante de silencio, durante el cual aparentó consultar en balde su memoria. Pero os daré señas, noble señora, por las cuales acaso llegueis á conocerle.

---

(1) El hecho que refiere el peregrino, está consignado en el primer tomo de la obra titulada *Essais de Montagnes.*

—¡Hablad! repuso la baronesa, visiblemente agitada.

El anciano peregrino, que parecia temblar—acaso por el frio de sus mojados vestidos—se apoyó en el mármol del hogar, y clavando los ojos en las armaduras que á guisa de cuadros servian de adorno en los muros, dijo con lentitud, como quien va coordinando recuerdos muy lejanos.

—Los antepasados del doncel cuyo nombre preguntais, eran en la guerra tan audaces, dejaban escapar tan rara vez la presa perseguida, que el rey Lotario, que gobernaba por aquel tiempo los países donde habian nacido aquellos bravos guerreros, solia darles el nombre de un ave muy conocida de los aficionados á la cetrería.

—¡*Faucon!* (1) exclamó con prontitud Lotario, quien no bien escuchaba el nombre de *cetrería*, cuando se agitaba como el corcel belicoso que oye el sonido del clarin.

—Sin duda era el ave que designais la que dió su nombre á los dignos varones á quienes me refiero (dijo con aire de indiferencia el viejo narrador), y tengo entendido que uno de ellos llegó á poseer de tal manera la gracia del monarca, que jamas le llamaba sino Mon-faucon (2).

Berta tornó á estremecerse, exhalando ininteligible exclamacion: Alicia, por su parte, pareció alarmarse oyendo el nombre dado á su favorito por el buen rey Lotario; pero el tocayo de éste no reparó en nada, segun lo mucho que se iba entusiasmando, y dijo con una candidez que probaba su buen fondo: —El halcon es tan noble é inteligente animal, que puede honrarse cualquier sér humano con verse comparado á él: yo lo haria así, por lo ménos.

—Debió pensar lo mismo que vos el caballero de quien hablo, repuso el peregrino, pues diz que trasmitió aquel nombre á su ilustre descendencia. Pertenecia probablemente á ella el doncel de Conrado III, que asistió al asedio de Wensberg; pues me consta que en los *parlamentos de amor* le llamaban las damas *mon-faucon*, como á su privado el monarca que dió nombre á Lorena..... porque las bellas *cursantes*

---

(1) En castellano, *halcon*.
(2) Mi halcon.

en amor lisonjeaban al jóven, hasta el punto de querer persuadirle que era un gran cazador de corazones (1).

— ¡Basta! exclamó la dueña, cuyos ojos fijos en el semblante de Berta, observaban la dolorosa y creciente agitacion que en él se retrataba. Debeis sentiros fatigado, señor peregrino, y vuestro sayal chorrea el agua con que os regalaron las nubes. Tiempo es ya de que el buen escudero os prevenga cuarto donde secaros y descansar, toda vez que la dama de Joux se digna dispensaros franca hospitalidad.

— Teneis razon, dijo entónces Lotario, y voy al punto á ocuparme de proporcionar al venerable huésped cuanto pueda menester.

Dejó en seguida el salon, pero no sin decirle ántes en voz baja al anciano peregrino: — Luego charlarémos largamente los dos respecto de los halcones, pues os declaro que les tengo tambien grandísima aficion.

El desconocido le lanzó escrutadora mirada, pero ningun indicio se columbraba en la abierta y bonachona fisonomía del escudero, de que encerrase su alma la menor sospecha, ni sus palabras la más leve intencion maliciosa.

Apénas hubo abandonado la sala, cuando articuló Berta con acento indescribible: — ¡Peregrino! os he comprendido; veo que lo sabeis todo. Decidme, pues, al punto, ¿dónde está Montfaucon? ¿Ha muerto acaso, y sois una aparicion

---

(1) Segun el abad Papou, en su *Historia de Provenza*, los parlamentos ó *cursos de Amor* eran unas asambleas de caballeros y damas, en las cuales se ventilaban seriamente cuestiones del corazon; siendo una de las singularidades de dichos parlamentos el componerse de aves; pues los barones tomaban nombres de halcon, buitre, águila, etc., y los hombres de iglesia escogian comunmente los de jilguero, ruiseñor y otros análogos.

Para dar idea de los asuntos discutidos en aquellas Córtes, que alcanzaban en su época no pequeña importancia, vamos á exponer al lector dos de los más curiosos:

«Un novio es tan celoso, que imagina hallar en cada hombre un rival, y no sosiega nunca por el miedo de perder el corazon de su amada. Otro está tan confiado en el cariño y la lealtad de la suya, que no echa de ver ni áun las cosas que pudieran justamente inquietarle. Se pregunta, ¿cuál de los dos aprecia más y ama mejor á su novia?»

«Cierto caballero ha tenido dos damas de igual mérito. La primera era tan recatada y altiva, que se le resistió largo tiempo, aunque al cabo le rindió su albedrío. La segunda se apasionó desde el principio con tal vehemencia, que — sin hacerle esperar mucho — le hizo dichoso. Ahora bien, ¿á cuál de ellas debe mayor gratitud?»

sobrenatural, por cuyo medio quiere comunicarse conmigo aquel espíritu amante?

—¡No, Berta! exclamó al oir esto el misterioso huésped, arrancándose la peluca y la barba que lo disfrazaban. No he muerto, porque ha placido al cielo compensarme de año y medio de tormentos, dispensándome la dicha de morir contigo. ¡Sí! añadió arrojándose á las plantas de la baronesa; al volver de lejanas regiones para regar con mis lágrimas el sepulcro que ya encierra á mi padre, he sabido que tú tambien mirabas abierto el tuyo por la mano de incurable dolencia. Entónces he bendecido los decretos del cielo, que me han traido aquí para que no partas sola á las mansiones felices del santo y eterno amor. Mira mi rostro, y él te dirá sobrado que—lo mismo que tú—me siento herido de muerte..... que lo mismo que tú soy llamado por Dios urgentemente. Partamos, pues, ¡oh único bien de mi vida terrestre! partamos juntos y regocijados.

Hablando así el falso peregrino, estrechaba entre las suyas las frias manos de la baronesa, que clavaba sus amortecidos ojos en el semblante de su tierno Aimer..... en aquel bello semblante, marchito y abatido—como el suyo—al soplo devastador de la desgracia.

La impresion era demasiado fuerte para la pobre niña, casi moribunda..... Como si fuese llegado el momento de realizar los votos y las esperanzas que el amante acababa de expresar á sus piés, un débil grito se exhaló de sus descoloridos labios, y extendiendo los brazos cayó exánime entre los de Aimer, no ménos pálido y decaido que ella.

V.

DOS ALMAS QUE SE IBAN Y RETROCEDEN.

Aprovechó prudentemente Alicia el síncope de su ama y el estado de profundo rendimiento en que quedaron las fuer-

zas de Aimer despues de tan grandes emociones, para separar á los dos amantes, conduciendo á Berta á su cámara y obligando al falso peregrino á volver á ponerse su disfraz.

Tiempo era ya, pues Lotario apareció en el salon casi en el mismo instante de haberlo abandonado la dueña, llevándose en los brazos á la baronesa desmayada.

Notando el escudero la ausencia de las dos mujeres, receló desde luégo algun accidente sobrevenido á la enferma, y dijo al huésped — que permanecia inmóvil y como anonadado junto al sillon que habia ocupado su amada :

— La baronesa de Joux, señor peregrino, sufre una enfermedad de consuncion, para la que no encontramos remedio alguno. Mucho sospecho que esté en el alma el orígen de su mal, y que sólo Dios puede alcanzar á curarlo.

— Yo conozco, articuló Aimer balbuciente, milagroso ensalmo, cuya virtud suele ser admirable contra las afecciones procedentes del ánimo.

— Si es así, probad, por Dios, su eficacia, repuso al punto Lotario. ¿Quién sabe si os conduce aquí la Providencia, para conservarle al noble caballero Amauri la consorte á quien adora? Venid conmigo, os lo suplico ardientemente; venid á ver á la baronesa y á ofrecerla el auxilio de ese bendito ensalmo, que acaso logre salvarla.

Sin esperar consentimiento, tomó del brazo al amante y le llevó al aposento nupcial de su amo, donde estaba casi espirante la desgraciada Berta.

En vano Alicia opuso al empeño del iluso escudero la más obstinada resistencia; en vano empleó ruegos y recurrió á reconvenciones : Lotario creia hacer á su señor un señalado servicio, y — admirándose de la caprichosa oposicion de la dueña — insistió con terquedad invencible, gritando que todas las viejas del mundo no lograrian impedirle hiciese cuanto creyera conveniente á la salud de la baronesa; cuyo estado en aquel momento acababa de comprender con no pequeño sobresalto.

El jóven, por su parte, procuraba ablandar el corazon de la empedernida Alicia con miradas suplicantes, y hubo de ceder al fin la prudencia, á la obstinacion de la simplicidad y á los ciegos votos del amor.

Aimer pasó los umbrales de aquella cámara, no pisada

hasta entónces por otro hombre que Amauri, y se vió instalado á la cabecera del lecho donde yacia — privada aún de conocimiento — la bella consorte de aquel celoso magnate.

Sintiendo flaquear sus rodillas bajo el peso de los sentimientos que le agobiaban, cayó postrado al llegar junto á su amada, y sus ojos — encendidos por la fiebre — parecieron devorar aquel cadavérico semblante, sobre el cual inclinaba el suyo, apoyando los brazos en el borde del lecho.

— Mirad cómo la observa, dijo el escudero á la dueña; mirad cómo está leyendo en sus facciones la causa interna de los padecimientos que la afligen. Si él no logra detener el alma de nuestra ama, seguro es que Dios ha determinado irrevocablemente llevársela al otro mundo.

— Salid al momento, respondió la Ronsard, pues hablais y resollais tan alto, que asustaréis á la enferma, que empieza á volver en sí.

En efecto, el síncope de Berta parecia próximo á cesar; leve matiz sonrosado se iba extendiendo sobre sus blancos labios, y sus párpados se movieron un tanto, al impulso de ligeros estremecimientos.

— ¿Qué os decia yo, testaruda mujer? exclamó triunfante el escudero: hé aquí los efectos maravillosos del ensalmo del peregrino, á quien negabais la entrada. Ved cómo vuelve la vida á reanimar ese rostro donde se ostentaba el sello de la muerte. Me alejo de aquí, toda vez que lo juzgais conveniente, seguro de que cuando vuelva hallaré á nuestra enferma mejor que ha estado nunca, pues la dejo en buenas manos.

Diciendo esto y empujándolo Alicia, salió del aposento, para trasladarse á la capilla y rendir gracias al cielo por la feliz idea que le habia inspirado, en su concepto, de hacer entrar á todo trance — para encargarse de la doliente — al que poseia el único medio de detener las almas próximas á ausentarse de la tierra.

Nada era más exacto, segun pudo observarlo la dueña, una hora despues de haberse alejado el sencillo escudero.

Berta y Aimer querian y esperaban morir juntos, en aquellos momentos solemnes de su reunion inesperada; querian y esperaban morir juntos, en tanto que — vuelta ella en su acuerdo y encontrándose en brazos de su amante — sentia inundarse su alma de aquella felicidad que hace presentir el

cielo; querian y esperaban morir juntos, miéntras ajenos los dos á todos los sucesos de la tierra, explayaban el uno en el otro los íntimos sentimientos de sus amantes corazones, por tanto tiempo reprimidos; querian y esperaban morir juntos, cuando perdiendo toda idea de tiempo y mutacion en el éxtasis divino de un amor inefable, alcanzaban en rápidos momentos, de cuya sucesion se olvidaban, la imágen indescribible de la eternidad..... Pero queriendo y esperando la muerte, era la vida la que tornaba á ellos con impetuosa fuerza, haciendo latir de nuevo sus juveniles pechos.

¡Oh, vos, prudente dueña, único testigo de aquellos locos, aunque castos delirios! ¿Por qué os afanais, intentando oponeros al torrente que se precipita? ¡Apartaos! ¡Dejadlo correr! Ésta es la hora del triunfo de la pasion irresistible; pronto sonará la del deber, y — tenedlo por seguro — no será desoida por dos seres que hizo el cielo tan nobles y leales.

La noche se acercaba á su término, cuando percibió Alicia rumor de pasos que se acercaban. Crujieron los goznes de la puerta, como si ésta se entreabriese..... una especie de grito ahogado resonó al mismo tiempo. Los dos amantes no se apercibieron de cosa alguna, pero la dueña corrió — temblando de zozobra — á examinar la procedencia de aquel ruido. A nadie encontró del otro lado de la puerta, y embargada por supersticioso pavor, clavó los ojos en un retrato de Amauri colocado sobre el dintel, pareciéndole que aquellos labios — un tanto contraidos por la habitual expresion de descontento que tenian en el original — se estremecian ligeramente todavía, cual si acabase de salir de ellos el sofocado grito de indignacion que la habia espantado.

Logró esta vez sacar de su arrobamiento á Berta y á Montfaucon, comunicándoles sus inquietudes.

— Es preciso separaros, les dijo; no puede tardar en amanecer, y sería perderos ambos el prolongar por un instante más esta imprudente entrevista.

¡Separarnos! exclamó el jóven, cual si saliese de un sueño. Pues ¡qué! ¿es cierto que estamos todavía en este odioso mundo, que ha puesto entre nosotros murallas indestructibles?..... ¿De este mundo bárbaro, que nos hace un crímen la felicidad más pura?..... ¡Berta! ¿cómo hemos retrocedido del camino del cielo? ¿Cómo encuentro la baronesa de Joux,

en vez del alma libre á la cual venía á unirse la mia, para lanzarse juntas en el seno del eterno amor?

—¡Ah! contestó Berta estremeciéndose. Dios no nos ha juzgado dignos de esa ventura inmensa. Sí—añadió extendiendo temerosa mirada por los objetos que la rodeaban; —estamos en el castillo de Amauri..... hé allí su retrato, que fija en nosotros los ojos indignados.... hé allí, casi fresca todavía, la corona nupcial que ciñó mi frente el dia en que le juré al pié de los altares respeto y fidelidad inviolable. ¡Aimer! que no te halle el sol en este sitio; que tu generoso corazon tenga piedad de mi demencia, y sepa conservar sin mancilla el nombre que he recibido á la faz del cielo y de la tierra.

—Te lo prometo solemnemente, dijo con resolucion el amante, aunque frio sudor comenzaba á humedecer su rostro: pura é inocente te he amado, y pura é inocente quiero presentarte al Padre universal, que nos hizo nacer el uno para el otro. Si áun no nos halla bastante depurados en el crisol del dolor, aceptemos un sacrificio más, ¡oh Berta mia! aceptémoslo con la conformidad de dos corazones á quienes la distancia no tiene, ni tendrá nunca, el poder de separarlos por completo.

—Cada noche, repuso ella—dejando correr sus lágrimas—á la misma hora en que hemos vuelto á vernos en esta tan memorable, quiero que subas al más alto de los torreones de tu castillo, y me envies desde allá—en alas del viento—un recuerdo y un suspiro, que se crucen con los mios, pues no dejarán de ir á buscarte miéntras aliente mi pecho.

—Prométeme tambien, por tu parte, dijo Montfaucon—estrechando por última vez las manos de su amada—que en cada una de esas noches en que nuestros suspiros se encontrarán en el espacio, no elevarás nunca tus oraciones al cielo sin pedirle apresure el momento feliz de nuestra reunion perdurable.

—Lo haré, balbuceó ella, y su voz quedó ahogada por los sollozos.

La dueña se apoderó del brazo de Aimer, y—llevando consigo la peluca y las barbas con que deberia tornar á disfrazarse,—lo hizo salir de aquel aposento donde acababa de

pasar las supremas horas de su vida..... horas ¡ay! á las que guardaba el destino harto severa expiacion.

Partió el falso peregrino del castillo de Joux á los primeros albores del dia, bendecido por los sirvientes, que le miraban como á salvador de su señora; pero no pudo despedirse de Lotario, porque se habia marchado momentos ántes, sin que supiese nadie por qué y adónde.

VI.

EL ENCUENTRO.

Poco más de un año habia trascurrido desde la salida de los cruzados, cuando aquel poderoso ejército—que partió tan brillante—volvió á pisar las playas europeas, derrotado y en míseras reliquias. La gloria, empero, habia unido su aureola á la que ciñó la desventura á aquellos católicos varones, y los pueblos, que no podian aclamarlos como á vencedores, les reverenciaban casi como á santos.

Amauri de Joux, precedido por la fama de los altos hechos con que se habia distinguido, tornaba á su doméstico hogar, animándole la grata esperanza de parecer más amable con el brillo de sus laureles á los ojos de su esposa, debiéndole á la gloria lo que en vano habia esperado del himeneo.

Era, por cierto, una de las más hermosas mañanas que pueden alcanzarse bajo el nebuloso cielo del Jura, cuando el cruzado—caballero en un ligero tordo de raza árabe—y seguido á distancia por dos escuderos de talante extranjero, empezó á distinguir en lontananza los altos torreones de su señorial morada. El corazon le palpitó violentamente bajo su coraza de acero, y tuvo que levantarse la visera, sintiéndose ahogar por el exceso de sus emociones.

¡Qué perspectiva tan majestuosa, aunque agreste, le pre-

sentaba aquel país, testigo de los juegos de su infancia! ¡Con qué júbilo contemplaba — entre los undulantes vapores de la atmósfera — las torres de su castillo, erguido en gigantesco pedestal de rocas, en medio de un círculo de montañas!

— ¡Yo te saludo, dijo con sentido acento, oh tierra querida de mi cuna! ¡Yo te saludo, respetable mansion de mis abuelos, que guardas ahora entre tus muros á la más bella entre las bellas, á la más amada entre todas las mujeres amadas!

Hondo gemido respondió á estas palabras del cruzado, y vió lanzarse al punto — de entre las breñas — un viejo flaco, cubierto de harapos, que cayó casi á los piés de su caballo. El animal, espantado, se encabrita y retrocede, miéntras que arrastrándose por el suelo aquella especie de espectro súbitamente aparecido, exclama con cavernosa voz: — No refreneis á ese bruto inteligente; dejadle que me magulle el cráneo con sus herraduras: soy un miserable criminal, que no debe ver el semblante del digno y valeroso baron Amauri de Joux.

— ¿No es ilusion de mis sentidos? dice asombrado el caballero. ¿Es Lotario, el antiguo sirviente de mi padre, quien me sale al encuentro con tan extraño aspecto?

— Sí, soy Lotario, el maldecido por Dios, el oprobio de los cristianos, la escoria de los escuderos, responde mesándose los cabellos el interrogado. Soy Lotario, que ha vivido cerca de ocho meses entre esos matorrales, alimentándose de raíces de las plantas, sazonadas con la hiel de sus lágrimas..... Lotario, á quien el cielo ha querido conservar para darle el tremendo castigo de presentarse á su señor cubierto de vergüenza y de ignominia.

— ¿Qué delito has cometido, pues, desventurado? preguntó el baron, cuyo rostro iba palideciendo.

— ¡He ayudado á vuestra deshonra! articuló con ronco acento el anciano. He conducido por mi propia mano, dentro de vuestra cámara nupcial, al indigno caballero que iba á mancillarla.

Un rugido semejante al de la hiena se escapó del pecho del cruzado, cuyo acero brilló instantáneamente en su convulsa mano.

Lotario aguardó el golpe sin hacer ni un gesto; pero Amauri no realizó su amenaza. Rápida reflexion le paralizó el brazo, y preguntó vivamente al postrado escudero: ¿Quién ha sido tu infame corruptor? Nómbralo sin tardanza!

—Nadie me ha corrompido, respondió el viejo; pero me cegó el demonio. Una muceta y un bordon de peregrino, una peluca y una barba postiza, bastaron para hacerme desconocer á vuestro antiguo rival. La baronesa se moria..... aquel falso peregrino se ofrecia á curarla por medio de un ensalmo, y yo—¡estúpido!—yo caí en el lazo, y juzgué haceros gran servicio, miéntras solo contribuia á vuestra afrenta. Sí, yo pasé la noche dando gracias á Dios..... en tanto que él estaba con ella en vuestra nupcial cámara.

—¡Basta! gritó el baron, cuyos dientes rechinaron, miéntras se teñia de púrpura su semblante: ¿dónde está ese hombre?

—En su castillo, respondió el escudero, segun me ha dicho un cazador que suele encontrarle en ese ejercicio, y que es la única persona que sabe mi paradero; pues dejé vuestra casa sin decir á nadie el motivo, ni al paraje al cual me encaminaba.

Los escuderos que seguian á Amauri se hallaban ya próximos á él. Salióles al encuentro, diciéndoles algunas palabras que Lotario no pudo entender, y—dirigiéndose en seguida á éste—le intimó la órden de regresar al castillo inmediatamente, dando por pretexto de su prolongada ausencia cualquier voto hecho por la salud de su ama; pero guardándose bien de que persona alguna pudiese sospechar la verdadera causa, ni tampoco el encuentro que acababa de tener lugar en aquel sitio.

Pronunciado que fué este imperioso mandato, volvió riendas el baron, metió espuelas á su caballo, y entre la nube de polvo que éste levantaba, desapareció de la vista de Lotario, en direccion distinta de la que seguia ántes, y acompañándole presurosos sus extranjeros criados.

Sumiso, por su parte, el antiguo, á la voluntad del amo, tornó á vestirse su depuesto traje—que tenía oculto en el hueco de unas peñas—y se encaminó al castillo de Joux, coordinando lo mejor que pudo la novela que habia de referir para justificar su desaparicion repentina.

A la llegada del viejo, ya estaba en movimiento toda la servidumbre de Amauri, cuyo próximo regreso habia sido oportunamente anunciado.

La baronesa, notablemente mejorada, cumplia sus deberes preparando á su marido obsequioso recibimiento, y la dueña Ronsard—que apénas habia podido ocultar sus interiores zozobras desde la inexplicable desaparicion del escudero,—tuvo el gusto aquel dia de verlas completamente disipadas.

Nada, en efecto, hacia increibles las explicaciones dadas por Lotario, segun las órdenes de Amauri. En aquellos tiempos los votos y las romerías eran asaz comunes, y á todos los moradores del castillo debió parecerles cosa tan natural como laudable, que el religioso anciano—á quien inspiró el cielo la feliz idea de confiar á los cuidados del peregrino la interesante vida que le estaba encomendada por su señor ausente—mostrase su reconocimiento justísimo, imponiéndose el sacrificio de pasar algunos meses haciendo la vida de ermitaño.

Al tener Berta conocimiento de tan patético relato, se enterneció hasta el punto de derramar lágrimas, y—con aplauso de todos sus servidores, inclusa la dueña—hizo al viejo magnífico regalo, que él no se atrevió á rechazar; pero que no pudo recibir sin que le tembláran las manos y se le enrojeciese la frente.

Nadie, sin embargo, fijó la atencion en ello. La gente toda, sólo se ocupaba entónces en preparar festejos con que solemnizar la feliz vuelta del cruzado.

VII.

REGRESO DE AMAURI Á SU CASTILLO.

Ondea la bandera de los barones de Joux sobre el más alto torreon de la antigua fortaleza; el puente levadizo está

echado; y tropas de labriegos y de jóvenes aldeanas acuden de todos lados, llevando ramilletes y recentales, adornados con cintas de colores.

Es, sin embargo, bastante triste la tarde que está espirando : el viento del Jura zumba por los valles de la *Cluse;* la noche se anuncia lóbrega y destemplada; pero todo en el castillo presenta un aspecto de fiesta. Sus ventanas, altas y estrechas, dejan escapar — al traves de sus vidrios verdosos — los tornasolados reflejos de las lámparas que alumbran lo interior; y por los patios y galerías circulan aún anchas calderas, con restos de la abundante comida que acababa de servirse á los señores, y de la cual van á participar los sirvientes.

El motivo de aquella desusada animacion es fácil de adivinar. El baron Amauri ha llegado algunas horas ántes á su señorial domicilio. Todos los nobles de la cercanía, excepto Montfaucon, han sido invitados por la baronesa para asistir al banquete con que celebra el feliz retorno de su esposo, y en el salon — vestido de ricos tapices — en que acaba de verificarse, resaltan entre los caballeros algunas hermosas damas, ostentando brillantes atavíos; sin lograr, no obstante, competir con la jóven señora del castillo, quien — aunque vestida sencillamente y áun no bien repuesta de los estragos de su antigua dolencia, — las eclipsa á todas con sus celestiales gracias.

Amauri ha sustituido su traje guerrero con otro de riquísima púrpura, undulando en torno de su aventajado talle ancho manto festoneado de armiño.

Gallardo está, por cierto, el noble recien llegado, pero se advierte en su semblante indefinible expresion, que no parece la más propia de aquellos faustos momentos; sin que pueda decirse, por eso, que indica claramente tristeza, enojo ó contrariedad mal sobrellevada. ¡Cosa extraña! aquel rostro, al expresar la satisfaccion del alma, le presta un no sé qué de violento y tenebroso.

Durante dos horas se entretuvo la distinguida reunion oyendo á algunos trovadores cantar las proezas y malandanzas de los cruzados; pero el baron de Luneville — que era uno de los que habian acudido á festejar la vuelta de su yerno, en compañía de su hermana Eleonora, — dió la señal de la

partida, haciendo observar lo muy entrada y oscura que estaba ya la noche, y la conveniencia de emprender cuanto ántes la marcha á sus respectivas moradas; algunas de las cuales — entre ellas la suya — se hallaban á considerable distancia.

Amauri no pudo ménos de recordar entónces que el camino que tenía que andar su amado padre político, era peligroso á tales horas por sus escabrosidades frecuentes; que el buen señor se hallaba, ademas, algo achacoso, y que su respetable hermana adolecia de escasísima vista. Juzgó, por tanto, necesario aumentar con una parte de los servidores del castillo de Joux la escasa comitiva de que se habian hecho acompañar, y áun se empeñó galantemente en que la dueña Ronsard fuese sirviendo á la dama Eleonora, hasta dejarla al dia siguiente tranquila y descansada en su casa.

La hermana del baron de Luneville quiso negarse en vano á este último obsequio, alegando no ser justo se alejase de Berta — delicada aún de salud — la incomparable asistenta, á cuyos cuidados se encontraba habituada. El baron allanó esta dificultad, diciendo — con una sonrisa que quiso parecer dulce y graciosa — que su querida consorte llevaria su amabilidad hasta el punto de aceptar sus buenos oficios de enfermero, en vez de los de la dueña, sin quejarse de perder mucho en el cambio.

Berta, al escucharlo, se sonrojó un tanto, poniéndose más bella con esto; y algunos de los circunstantes — admirándola — felicitaron al baron por la dicha que debia al cielo, poseyendo una mujer verdaderamente incomparable.

Amauri les apretó las manos, exclamando con casi febril exaltacion:

— ¡Ah! decís bien, *sires;* soy el mortal más feliz de la tierra.

¿Por qué tembló Berta oyendo estas lisonjeras palabras? Ella misma no podria explicarlo; pues — segun ha dicho un pensador eminente — *el corazon tiene sus razones, que la razon no comprende.*

Seis criados del de Joux montaron á caballo á la primera órden de su amo, para acompañar al señor de Luneville, y Alicia — mal su grado — hubo de escoltar tambien á la respetable Eleonora; no sin besar ántes por dos veces, con ter-

nura verdaderamente maternal, la blanca frente de la baronesa; quien, por su parte, no pudo verla partir sin sentirse más conmovida de lo que al parecer merecia el caso.

Algunos minutos despues quedaron solos los moradores del castillo, abandonado sucesivamente por cuantos asistieron al banquete. Levantóse el puente, cerráronse las puertas, se extinguieron una á una las innumerables luces, y el lóbrego edificio recobró toda su gravedad sombría.

No tardaron en recogerse tambien los sirvientes, dóciles al mandato del baron, y entónces vió Berta entrar en su estancia — en la que sólo la acompañaban su marido y una de sus camareras, la cual comenzaba á despojarla de sus galas, — á uno de los nuevos escuderos de Amauri, ostentando en las manos primorosa caja de mosaicos, que depositó — á una señal de aquél — en el tocador mismo de la jóven esposa.

— Perdonad, querida mia, la dijo entónces el baron; habia olvidado haceros presente un bello regalo que os traigo de Palestina, y — áun á riesgo de molestaros en tal instante, — se lo mandé entrar á mi escudero.

Lotario se acercó tambien á recibir órdenes, que le comunicó en voz baja el baron, saliendo á su encuentro hasta la puerta de la estancia.

Luégo criados y camarera obtuvieron permiso de retirarse, y los dos esposos quedaron, por fin, completamente solos.

Miéntras Amauri cerraba por sí mismo la puerta de la estancia, Berta se aproximó á la única ventana que permanecia abierta, y levantando sus ojos — humedecidos por una lágrima — á la oscura bóveda del firmamento, donde apénas aparecia como medrosa alguna estrella solitaria, dirigió á Montfaucon el mismo tierno suspiro, el mismo melancólico adios, que — segun lo convenido — le enviaba todas las noches hacia ocho meses, y que era la única comunicacion que existia entre ellos desde la memorable noche de su solemne entrevista. Tampoco olvidó la baronesa rogar al cielo que los sacase en breve de la tierra, para reunirlos en las moradas de la eterna dicha.

Terminando su oracion, sintió que se le acercaba su marido, y — volviéndose hácia él — le pareció tan extraordinaria la expresion de su mirada, que desvió la suya con involuntario gesto de pavura.

—¡Berta de Luneville! pronunció Amauri con voz profunda, no mostreis esa repugnancia que os causa mi presencia, pues harto la comprendo, y quiero en adelante ahorrárosla.

Berta, trémula, quiso en balde articular alguna frase; el acento se ahogó en su garganta, y se dejó caer en un sillon, sintiendo que sus rodillas la flaqueaban.

—¿Por qué ese miedo? dijo el baron con sonrisa satánica; no he entrado aquí á reclamar derechos que os pesan demasiado, y que no habeis sabido respetar; vengo, al contrario, á despedirme de vos, dejándoos un recuerdo..... un recuerdo digno de la felicidad que os he debido..... una reliquia de gran valor para vos, y que está contenida en esa caja que me agradaria veros abrir por vuestra propia mano.

La baronesa, fijos los espantados ojos en el semblante de su interlocutor, sólo acertó á pronunciar balbuciente: —Explicaos, señor, pues no alcanzo á comprenderos.

—Pues bien, dijo él, voy á expresarme con claridad completa: sabed que estoy aquí para cumplir vuestros más secretos y ardientes votos. Os separais para siempre del esposo á quien aborreceis, y vais á tener á la vista las adoradas facciones del feliz amante por quien lo habeis deshonrado. Hace algunos meses que en una noche de amor y de delirio, maldijisteis, sin duda, el vínculo que os unia con Amauri de Joux; ¡pues bien! en esta otra noche de ódio y de expiacion, quiero que bendigais—á los piés de Amauri de Joux—el lazo precioso con que os va á unir á Aimer de Montfaucon.

Al acabar estas palabras, se llegó á la mesa sobre la cual habia depositado su escudero la preciosa caja de mosaicos, y añadió —al abrirla con convulsa mano: —Toda vez que no os apresurais, como esperaba, á poneros en posesion de mi valioso regalo de tierna despedida, tendré yo mismo la satisfaccion de presentároslo. —¡Héle aquí! prosiguió, sacando asida por la hermosa melena la sangrienta cabeza del desdichado Aimer; ya es vuestro..... ya no volveréis á separaros de él..... Sobre vuestro pecho, que guarda su imágen, le envío por mi propia mano.

Berta no hizo un gesto, no lanzó un gemido: cual si la hiriese súbitamente un rayo, cayó desplomada en tierra; ro-

dando con ella sobre el pavimento la ya helada cabeza de su amante, que el bárbaro marido le habia arrojado con horrible carcajada de triunfo. . . . . .
. . . . . .

VIII.

EL FANTASMA.

El dia que siguió á aquella noche espantosa, no se hablaba en castillos y chozas sino de dos sucesos igualmente imprevistos y desagradables, que excitaban general interes.

El jóven baron Aimer de Montfaucon habia desaparecido nuevamente de su feudal morada, segun aconteciera dos años ántes, y — lo mismo que entónces — practicábanse por sus deudos inútiles indagaciones para descubrir su paradero. Suponian unos que — conservando el antiguo novio de Berta restos dolorosos de su malogrado amor — quiso huir de la comarca al saberse en ella la próxima llegada de su rival venturoso, por ahorrarse el tormento de tenerle cercano; mas eran en mayor número los que — ménos propensos á creer en amorosas constancias — sólo daban por explicacion de tan repentina y misteriosa ausencia, el aventurero carácter que se habia desarrollado en el jóven, y que tan frecuentemente le impulsaba á emprender, de una manera súbita y extraña, lejanas y secretas expediciones.

Lo que llamó sobre todo la atencion, fué la coincidencia de aquel suceso con otro casi simultáneo, y tambien propio para conmover al país. La bella y simpática baronesa de Joux, cuya salud parecia últimamente tan mejorada, habia tenido profunda y repentina recaida; porque — segun dictámen facultativo — proviniendo su mal de orgánica afeccion al corazon, el exceso de su regocijo por la vuelta feliz de su marido, le habia sido peligroso, y áun podria de-

cirse funesto; pues se abrigaban serios temores respecto á su existencia.

En efecto, súpose en seguida que no pertenecia ya al número de los vivientes terrenales aquella peregrina beldad, por todos admirada y querida; siendo tan rápida su muerte, que la dueña Ronsard — cuando regresó del castillo de Luneville, en compañía del viejo baron, al primer anuncio que velozmente les llegó del nuevo accidente sobrevenido á la jóven; — la dueña Alicia, repetimos, aunque apénas descansára algunas horas bajo el techo de su antigua residencia, encontró ya, cuando volvió á la fortaleza de Joux, encerrado en luctuoso ataud el peregrino cuerpo de su amada señora.

Ni ella ni el padre de la difunta tuvieron siquiera el amargo consuelo de contemplar, aunque desfiguradas por la Parca, aquellas celestiales facciones..... El cerrado féretro — cuya llave guardaba como un tesoro el afligido viudo — no se abrió para nadie; como si en su adusto dolor juzgase Amauri profanacion impía toda curiosidad ó interes que intentase exponer á la luz del dia los míseros despojos que dejára la muerte, despues de arrebatarle al bello sér que hiciera sus delicias.

El anciano baron, afectado hondamente con la irreparable pérdida de su única hija, tornó á su casa enfermo y abatido, disculpando los extremos más singulares del pesar de su yerno; y la pobre Alicia — alelada por el súbito golpe — apénas se apercibió de nada de cuanto á sus inmediaciones ocurria.

Fueron celebradas suntuosas exequias en la capilla del castillo de Joux, asistiendo los nobles de los alrededores, y Berta descendió al panteon de la ilustre familia de su esposo entre gemidos de general sentimiento.

Alicia, empero, al comenzar á darse cuenta á sí misma de aquella gran desgracia, encontró afortunadamente un consuelo eficacísimo, capaz de hacérsela sobrellevar con resignacion perfecta. El desaparecimiento de Aimer — al mismo tiempo de recaer la baronesa y sucumbir al mal de que él la habia salvado meses ántes, — pareció á la buena mujer providencial coincidencia; que traducia del modo siguiente á algunos buenos amigos que tenía entre la gente del pueblo.

— No sé cómo ha sucedido, pero abrigo certeza de que el

jóven Montfaucon ha pasado tambien á mejor vida. Dios, en su inmensa bondad, cumplió los votos de dos almas amantes, que sólo anhelaban partir juntas y brevemente al cielo.

Y aquella idea de que eran ya felices en reunion eterna los dos seres que tanto por ello suspiráran, servia tambien de íntima complacencia á la Ronsard, aligerando en gran manera el peso de su dolor durante los primeros momentos.

Aconteció, sin embargo, que pocos dias más tarde se operó en su espíritu cambio notabilísimo, y comenzaron á circular entre los sirvientes del castillo—y áun entre los labriegos de las cercanías—muy extraños rumores.

Decíase que la dueña habia oido salir tristísimos lamentos de los subterráneos del castillo, en los cuales no se sabía existiese entónces ningun preso, y que cuando—deseosa de conocer su procedencia—intentó una noche, en que se hallaban ausentes el baron y Lotario, penetrar dentro de aquellos acompañada de otros criados, vieron ella y ellos aparecer delante de una puerta—cerrada con llave, y perteneciente al calabozo del cual partian los lamentos—el más horrible y pavoroso fantasma..... Un hombre sin cabeza, que—señalando aquel calabozo con la lívida mano—habia hecho salir de su sangriento cuello, en inarticuladas voces, estas singulares palabras:

Priez, vasseaux, priez à deux genoux,
Priez Dieu pour Berthe de Joux (1).

De dia en dia tomaban incremento aquellos extraordinarios rumores, llegando á asegurarse que Alicia estaba íntimamente convencida de que su señora no habia muerto, sino que se encontraba encerrada por su esposo en aquella lóbrega mazmorra, á la cual cada noche bajaba el viejo Lotario para llevarle alimento.

Estas voces populares, ó no llegaron al castillo de Luneville, ó fueron despreciadas como absurdas; pero los vasallos de Joux les prestaron tanto crédito, que—cumpliendo reli-

(1) Rogad, vasallos, rogad de rodillas por la desgraciada Berta de Joux.

giosamente las órdenes del fantasma — hicieron durante algunas semanas piadosas rogativas por la desgraciada baronesa; no cesando en ellas hasta el dia en que les comunicó la Ronsard una consoladora noticia. Habian cesado de oirse los lamentos subterráneos : no aparecia ya por aquellas profundidades sombrías la horrenda vision del hombre decapitado.....; de lo cual inferia ella, con entera confianza, que las almas de Berta y Montfaucon se habian, por fin, reunido en el cielo.

FIN DE LA BARONESA DE JOUX.

EL CACIQUE DE TURMEQUÉ.

LEYENDA AMERICANA.

EL CACIQUE DE TURMEQUÉ.

I.

Tan grandes habian llegado á ser los desórdenes y abusos de la magistratura española en el reino de la Nueva-Granada, hácia el año de 1579, que atravesando los mares el ruido del escándalo resonó dentro de los muros del régio alcázar, obligando á Felipe II á elegir con premura un visitador, ó juez de residencia, cuya honradez, integridad y energía pudieran detener los progresos de aquel mal, que amenazaba hacer para siempre odiosa la administracion de la madre patria en sus ricos dominios del vasto continente americano.

Recayó la eleccion real en el afamado jurisconsulto de aquella época, D. Juan Bautista Monzon, magistrado el más antiguo de la real Audiencia de Lima, y en quien todos reconocian condiciones adecuadas al cargo que se le confiaba.

En efecto, era el nuevo visitador hombre recto y de gran firmeza de carácter, animándole, ademas, los mayores deseos de corresponder dignamente á la confianza de su soberano. Con resolucion tan laudable, abandonó sin pesar la bella ciudad donde habia sabido ganarse general aprecio en el ejercicio de sus funciones de oidor, para trasladarse á aquella en que le aguardaban otras más difíciles y peligrosas.

No pudo, empero, comprender exactamente hasta qué

punto lo eran, hasta despues de haber pisado el suelo de la Nueva-Granada, y áun — mejor dirémos — despues de haber residido algun tiempo en su naciente capital Santa Fe de Bogotá; foco á la sazon de intrigas y de corrupcion pública. Allí tenía su asiento la real Audiencia, que—por sus importantísimas y extraordinarias atribuciones — constituia el poder más extenso y formidable de los existentes entónces en aquellas colonias..... poder con el cual tenía que chocar forzosamente el nuevo funcionario, para quebrantarse con estrépito, si no se prestaba á doblegarse.

Conociólo así D. Juan Bautista Monzon; pero, decidido á no aceptar lo último, preparóse á la colosal lucha que juzgó inevitable, y mostrándose desde luégo insensible á todo linaje de seducciones, y envolviéndose en impenetrable reserva, sólo se ocupó de estudiar concienzudamente, palmo á palmo, el campo donde debia librarse la batalla, midiendo las fuerzas del enemigo, y allegándose auxiliares que robusteciesen las suyas.

Tan luégo se creyó con suficientes probabilidades de éxito, sorprendió á la Audiencia con un primer golpe de justicia, que la hizo comprender el temple del hombre con quien tenía que habérselas: fué dicho golpe la suspension del magistrado Rodriguez de Mora, íntimo amigo del presidente D. Lope Diez de Armendariz; quien empleó en vano toda su influencia para sostenerle y evitarle la mengua de ser enviado preso á la metrópoli.

Aquel acto fué la señal de guerra, comenzada al punto con recíproco encarnizamiento. Dividióse la ciudad, desde tal suceso, en dos bandos irreconciliables, que tomaron los nombres de Monzonista el uno, y de Lopista el otro.

No entra en nuestro propósito desplegar con amplitud, ante los ojos del lector, un cuadro exacto de aquellas intestinas contiendas trabadas en países recientemente conquistados, y convertidos ya — por bastardas pasiones — en teatro de inmorales y sangrientos dramas; bástanos, para la inteligencia del que comenzamos á relatar, la breve exposicion que hemos hecho, y sólo añadirémos que continuando el visitador firme en la resolucion de cumplir severamente sus deberes — despreciando la nube de odiosidades que se iba levantando y envolviéndole — llegó hasta el extremo de de-

poner tambien al mismo presidente Armendariz; no obstante el gran partido con que contaba y el favor que se le suponia en la córte.

Rayaron tan alto el dolor y la cólera de aquel poderoso personaje al verse obligado á abandonar las casas reales, ó palacio de justicia, en que hasta entónces se alojára con el boato de un bajá, que cayó enfermo y murió algun tiempo despues, entre el clamoreo de sus numerosos parciales, que acusaban á D. Juan Bautista Monzon de ser causante aborrecible de aquella pérdida irreparable para la madre patria.

La rabia de los Lopistas contra el visitador y sus amigos, fué — por la antedicha desgracia — llevada á indescribible frenesí, y de los señores de la Audiencia sólo uno — el fiscal D. Alonso de Orozco — se mostraba un tanto desapasionado; sosteniendo con D. Juan Bautista, si no relaciones de cordial amistad, al ménos de agradable cortesía.

Se ufanaban de ello los Monzonistas, porque reputaban á D. Alonso persona de grande iniciativa y trastienda, tan útil, por tanto, para amigo, como temible para adversario. Ejercia, ademas, omnipotente influjo sobre su compañero el oidor Zorrilla; por manera que quien lograba tener propicio al fiscal, podia contar desde luégo con la benevolencia de su amigo.

Quiso, empero, la fatalidad que perdiese Monzon en un momento la ventaja — que procuraba conservar con debida prudencia—de lograr se mantuviesen imparciales aquel hombre peligroso y el otro que era su dócil instrumento, y fué el caso del modo que vamos á referir en breves líneas.

Hallábase cierto dia en su despacho, no poco preocupado en aquellos instantes, con las calumnias que se empleaban — segun noticias fidedignas que habia recibido — para denigrarle en España, cuando fué advertido de que la señora de Orozco solicitaba urgentemente hablarle. Introducida que fué á su presencia, vió á la dama — vestida de luto y bañada en lágrimas — precipitarse á sus piés pidiéndole justicia contra su marido, á quien acusaba de imperdonables agravios.

Me veo aborrecida, sacrificada — gritaba retorciéndose las manos con desesperacion.—El hombre á quien hice dueño de mi mano y de mi cuantiosa fortuna no se conten-

ta con abandonarme, sino que hace pública su ciega idolatría por una mujer casada..... por una coqueta sin corazon, que sólo acepta el suyo por tener el gusto de despedazar el mio. Os pido amparo y remedio, señor visitador, y recurriré hasta el mismo rey si sois indiferente á mi desgracia; si os hallan sordo mis súplicas.

Don Juan Bautista trató en vano de tranquilizarla, ofreciéndola interponer los consejos de la amistad entre ella y su marido, pues tuvo al cabo que recurrir á un arbitrio supremo, empeñándola palabra solemne de amonestar seriamente á la mujer causante de sus celos, para que en lo sucesivo mirase mejor por la paz doméstica del fiscal y por la honra de su propio consorte.

Mediante tal promesa, la afligida señora de Orozco consintió en volver al domicilio conyugal, esperanzada un tanto de recobrar — si no el cariño de su infiel — las consideraciones, al ménos, que le eran debidas como legítima esposa y como dama de posicion elevada.

Pero ¿quién era la rival triunfadora que se habia enseñoreado en poco tiempo del alma de D. Alonso, causando ruidosos disturbios en su ántes apacible matrimonio?.....

En el siguiente capítulo se la harémos conocer á nuestros benévolos lectores.

II.

Entre los capitanes españoles residentes en Santa Fe de Bogotá, se contaba uno — cuyo nombre no necesitamos revelar — que estaba casado con cierta beldad célebre, nacida en las floridas márgenes del Genil, y llegada al apogeo de su desarrollo en las del indiano Funza. Llamábase Estrella, y jamas se la designaba en el pueblo sin anteponer la calificacion de *incomparable*. La incomparable Estrella, la incomparable capitana, eran las dos maneras de nombrarla; porque á la verdad nada podia encontrarse tan admirablemente bello como el cuerpo de aquella jóven dama.

¿Correspondia á la hermosura exterior la del alma que dentro se abrigaba?.....

Estrella, en nuestro concepto, no era una persona positivamente mala, sino que tenía — como otras muchas mujeres — la desgracia de haberse quedado incompleta, acaso por falta de acertada educacion. Viva de fantasía, vehemente de carácter, impresionable por temperamento, carecia, en cambio, de exactitud en el raciocinio, de fijeza en las ideas, de profundidad en los afectos. Podria decirse que las pasiones resbalaban con violencia sobre la superficie de su alma, conmoviéndola toda, mas sin detenerse nunca para poder arraigarse: cuando amaba ó cuando aborrecia, llegaba á lo increible el ímpetu primero de sus sentimientos; pero frecuentemente se operaba en ella, sin darse cuenta á sí misma, una reaccion inevitable, sucediendo á los poderosos arranques la indiferencia y la calma, en cierto modo necesarias pausas de una naturaleza á la vez débil y extremadamente fogosa. Del mismo modo se sucedian en su mente los pensamientos más contradictorios, sin que su juicio — siempre ofuscado por las impresiones del momento — alcanzase á descubrir con certeza dónde estaba la verdad y dónde estaba el error.

Habia contraido Estrella un enlace de inclinacion, siendo el capitan hombre de mérito, y ademas modelo de excelentes maridos; pero, á pesar de todo, dos años despues de casada se aburria grandemente la *incomparable* capitana, porque su novelesca imaginacion no hallaba el idilio—que habia soñado —en la historia real del matrimonio; y una serie de falsos raciocinios la habia casi convencido de que debia ser desgraciada, como víctima de un engaño del que era responsable su cónyuge.

¿Por qué no continuaba siendo á sus ojos el amante medio desconocido, envuelto entre los celajes de oro con que le revistiera su virginal entusiasmo? ¿Por qué se trasformaba en un hombre, noble y cariñoso sin duda, pero asaz distinto de lo que ella lo juzgaba en sus insomnios de jóven enamorada, tan pronto convirtiéndole en héroe, digno de figurar en los libros de caballería — con cuya lectura se extasiaba; — tan pronto adorándole como uno de aquellos se-

res ideales que suelen columbrar los poetas en los arrebatos sublimes de la inspiracion divina?

Estrella se sentia, por tanto, disgustada de su esposo, sin que se la ocurriera acusarse nunca á sí misma de locura é inconstancia; pues ántes bien era — segun su lógica — la persona paciente y sacrificada, asistiéndola, consiguientemente, indisputable derecho para quejarse de su suerte y procurar endulzársela.

En tal concepto, acaso se rindió sin grandes remordimientos á las amorosas persecuciones del ardiente fiscal, á quien durante algunos meses adornó á su placer con los más bellos ropajes que pudo inventar su meridional fantasía; hasta el punto de llegar á persuadirse que era el solo mortal capaz y digno de inspirarla un amor verdadero é indestructible. Aquello, en la lógica de Estrella, no podia aparecer á los ojos de Dios vulgar crímen de adulterio; porque Orozco y ella—predestinados á amarse—cedian fatal é irresistiblemente á la fuerza de ineludible decreto.

Sucedió, no obstante, que pasado algun tiempo, y miéntras la fiscala sufria todos los tormentos de los más fundados celos, el fiscal — por su parte — comenzó á concebir agitadoras sospechas de irse despoetizando á los ojos de su amada, cuyos primeros ardores le parecian entibiados.

No recelaba todavía, á pesar de ello, que hubiese algun rival desconocido, que con su naciente poder fuese debilitando el antiguo; pero la malicia de los curiosos — que suele tener ojos más perspicaces que el amor mismo — hacia circular ya observaciones significativas, sobre la exactitud con que aparecia en su ventana cada tarde la *incomparable* capitana, á la hora precisa en que pasaba por su calle—rigiendo vigoroso alazan—el afamado jinete cacique de Turmequé; á quien nadie se igualaba en destreza y bizarría cuando enfrenaba con hábil mano los corceles más indómitos.

En honor de la verdad, tenemos que confesar que no era solamente Estrella quien se complaciese en contemplar la gallarda apostura de aquel príncipe indiano de elegante talle, de negros y fulgurantes ojos, de tez ligeramente bronceada — pero admirable por su juvenil tersura, — y de profusa cabellera rizada, que sombreaba — prestándole cierta gra-

vedad melancólica — una frente altiva y espaciosa, hecha al parecer expresamente para ostentar una corona.

Nunca resonaban por las calles de Santa Fe las conocidas pisadas del alazan del cacique, sin que se cuajasen de gente todas las ventanas y balcones; y no pocas veces pudo ufanarse el jóven ginete oyendo salir de femeniles labios estas ó semejantes exclamaciones: — ¡Qué hermoso es ese hombre á caballo! — ¡Qué admirablemente monta! — ¡Sobre su alazan, parece el cacique una pintura!

Aquel jinete celebrado llevaba en sus venas sangre régia americana; pues nació del himeneo del conquistador don Juan de Torres con una princesa, hija del soberano de Tunja, la cual le llevó en dote el principado ó cacicazgo de Turmequé (1): pero áun más que por su orígen augusto, era notable por su figura, que ostentaba la singular belleza producida comunmente por el cruzamiento de razas. Con dificultad se podria encontrar otro hombre en quien se amalgamasen tan armónicamente los más nobles rasgos de los hijos de la Europa meridional, con los característicos de las castas superiores americanas; constituyéndole un tipo magnífico, que no vacilamos en calificar como el bello ideal de los mestizos.

¿Quién puede imaginar que la impresionable Estrella mirase con indiferencia aquel príncipe típico, y que su ya decaido entusiasmo por el fiscal alcanzase á preservarla del natural anhelo de ser tambien vista y admirada, por el objeto á quien ella veia y admiraba cada tarde al traves de importuna celosía?

Este deseo debia hallar, por otra parte, eficaz aguijon en la dificultad que se le presentaba para satisfacerlo.

Don Diego de Torres, aunque pasaba largas temporadas en Santa Fe, residia habitualmente en sus dominios patri-

---

(1) El territorio llamado por los españoles *nuevo reino de Granada* estaba dividido á su llegada en dos monarquías, independientes la una de la otra, siendo una de ellas la de Tunja. Ambas — debilitadas por intestinas disensiones — resistieron poco á las armas españolas; gracias á lo cual, al posesionarse pacíficamente del país los conquistadores, dejaron — por algun tiempo al ménos — parte de los dominios que poseian á los reyes y príncipes indígenas.

moniales, donde era adorado por sus vasallos; y áun durante su permanencia en la capital de la Nueva-Granada, veíasele poquísimo ó ningun empeño por frecuentar la sociedad de las damas; ya porque los ejercicios de la equitacion y la caza — en los cuales sobresalia — constituyesen sus placeres favoritos; ya porque le advirtiese secreto instinto, para retraerle del peligro, que habia de ser el amor causa fatal de todas sus desventuras.

La *incomparable* capitana ideaba, por tanto, con afan medios á propósito para hacerse conocer de aquel hombre — que tenía la extravagancia de no haber pretendido hasta entónces la honra de rendir sus homenajes á la belleza más célebre de Bogotá — cuando recibió inesperadamente la visita del señor de Monzon, que iba á cumplir con su acostumbrada formalidad la promesa empeñada á la fiscala.

No era la primera vez que atravesaba los umbrales de la casa del capitan el grave jurisconsulto, pero nunca le habia observado Estrella tan serio y tan preocupado como entónces parecia. Embarazábale, en efecto, no poco lo delicado del asunto que tenía que tratar con una dama cuya vehemencia de carácter no le era desconocida; pero se resolvió al fin á abordar resueltamente la cuestion, y — si bien con las formas más blandas y decorosas que le sugirió su cortesía — hizo comprender á Estrella la necesidad urgente de que por su propia honra, y para poner término á las perturbaciones introducidas en el hogar doméstico de D. Alonso de Orozco, se cuidase de desvanecer apariencias malignamente interpretadas por el vulgo.

Tenía orgullo la *incomparable* capitana; y picada en lo más vivo por la amonestacion que recibia, hubo de contestar con sobrada destemplanza; pues llegó á agriarse hasta tal punto su plática con Monzon, que — indignado éste — dejó escapar una amenaza de destierro.

Entónces no conoció ya límites la violenta cólera de la dama, quien le mandó con imperio saliese al punto de su casa, realizando — si á tanto se atrevia — la imprudente baladronada proferida en su presencia.

El visitador, como ya hemos dicho, no era hombre que se dejase acobardar. Dos dias despues el capitan fué destinado á desempeñar cierta comision á bastante distancia de

Santa Fe, advirtiéndosele que convendria llevase consigo á su mujer, porque podia ser largo el tiempo de su ausencia.

Apénas supo Estrella esta órden comunicada á su esposo, trazó—con mano convulsa y entre lágrimas de despecho—las siguientes líneas, dirigidas al fiscal:

«El odioso viejo que se ufana con oirse llamar *Caton el* »*del azote*, no se contenta ya con los atropellos cometidos »con vuestros compañeros, sino que—para heriros á vos mis»mo de rechazo—me ha insultado echándome en cara el crí»men que cometo en amaros, y acaba de consumar la obra »de su aborrecimiento valiéndose de un pretexto para des»terrarme de Santa Fe, segun osó amenazarme. Quiere á »todo trance separarnos para siempre, y por mi parte os »juro que así sucederá, si no me probais con vuestra con»ducta que sois hombre capaz de vengaros y vengarme.»

No habian pasado muchas horas desde que esta carta fué puesta en manos de D. Alonso de Orozco, cuando se veia ya á la *incomparable* capitana,—despejado el ceño, embellecido el expresivo semblante con el encanto de la más dulce sonrisa,—disponiendo por sí misma, con cierta impaciencia jubilosa, los preparativos de la partida, señalada para la siguiente mañana.

¿Qué habia ocurrido que operase tan repentino cambio?.....

Cosa muy sencilla en apariencia. Estrella se hallaba enterada de que el lugar de su destierro era casualmente..... Turmequé.

III.

La carta y la partida de nuestra heroina rompieron de un golpe las urbanas, si no amistosas relaciones, que hasta entónces se conserváran entre D. Alonso de Orozco y D. Juan Bautista Monzon.

El ódio que el primero concibió contra el segundo, comenzó desde luégo á hacerse ostensible con toda la acrimonia propia de la índole del rencoroso togado, y su amigo

Zorrilla — siempre dominado por el ciego afecto que le profesaba — no tardó en tomar parte en sus desfavorables sentimientos respecto al visitador, quien por su parte — aunque comprendiendo lo temibles que eran aquellos nuevos enemigos — no creyó propio de su dignidad cejar ni siquiera una línea de la posicion en que la suerte le habia colocado casi á despecho suyo; pues siempre tuvo por sistema, durante el desempeño de su delicadísima mision, el respeto más profundo por la vida privada.

La ciudad — hecha ya ántes centro permanente de intrigas — llegó á convertirse, por las influencias de Orozco y de Zorrilla, en verdadero campo de Agramante, donde nadie se consideraba á cubierto de calumnias y maquinaciones, y donde á cada paso se suscitaban alborotos, capaces de mantener á las gentes pacíficas del pueblo en contínua alarma y profundo descontento.

Pero aunque trabajase D. Alonso con empeño constante por atizar los odios de partido, y crear dificultades y tropiezos al severo visitador — á quien á todo trance queria perder—no dejaba por eso de consagrar largas horas á los tiernos desvelos de su pasion amorosa, que se exaltaba con la ausencia de su objeto. Casi no pasaba ningun dia sin que hiciese llegar á manos de Estrella cartas expresivas y largas, en las que — al mismo tiempo que pintaba los tormentos de su amante pecho — explayaba su enconado resentimiento contra D. Juan Bautista, y la resolucion que habia tomado de no sosegar un momento hasta hacerle salir de la Nueva Granada ó encontrar en ella su sepulcro.

Ni una palabra, sin embargo, contestaba á tan repetidas y elocuentes misivas la bella desterrada, y su prolongado silencio fué haciéndose tan insoportable para el fiscal, que — fingiendo un negocio urgente, que le obligaba á ir á Tunja, —entró de incógnito en Turmequé; muy decidido á arrostrar por todo, si era preciso, para ver á su dama y oir de sus labios la causa del enojo que parecia mostrarle al rehusar respuesta á sus escritos apasionados.

El mismo dia en que llegó — sigilosamente y disfrazado — asistian el capitan y su esposa á una gran montería á que los convidára el cacique, con quien el primero contrajo grande amistad, segun fatal tendencia de todos los maridos con

denados por la suerte á ser víctimas de una desgracia que tarde ó nunca conocen.

Tuvo el dolor D. Alonso de ver pasar delante de sus ojos la lucida cabalgata de bizarros cazadores, entre los cuales brillaba esplendorosa la Estrella de su alma, que — para colmo de malandanza — acariciaba en aquel instante, con los más suaves rayos de su luz, al jóven príncipe indiano; colocado en su famoso alazan junto al tordo palafren cuyos lomos oprimia ligeramente la gallardísima amazona.

Tan perfecta pareja formaban aquellos dos tipos, verdaderamente hermosos, que el mismo fiscal no pudo ménos de admirarla; mas sintiendo á la vez abrasársele el pecho con la infernal llama de los celos.

Comenzó entónces la expiacion providencial, debida justamente á tantas humillaciones y angustias como aquel mal marido habia hecho sufrir á su despreciada consorte.

Renunciamos á describir el rabioso despecho que devoró D. Alonso durante las horas de la alegre montería, que se le hizo interminable; y sin meternos tampoco en los corazones del cacique y de la capitana — para escudriñar y descubrir al público el por qué huyeron veloces para ellos aquellas mismas horas que al fiscal le parecieron eternas, — abreviarémos nuestra historia, diciendo únicamente que al regresar la cabalgata ya habia logrado Orozco ponerse de acuerdo con una negra, esclava de su ídolo — y confidenta y favorecedora, en no lejanos dias, de sus adúlteros amores — para que le facilitase con aquélla una conferencia á solas.

Probablemente sospechaba la esclava que ocurrian algunas mudanzas en el fondo del pecho de su ama, pues no osó prevenirla de la visita inesperada que iba á proporcionarla aquella noche, aprovechando el tiempo en que acostumbraba el capitan divertirse con los naipes en la casa de un amigo.

Sucedió, por tanto, que miéntras la negra — pagada anticipadamente por Orozco — le introducia con sigilo en el gabinete en que pensaban encontrar á Estrella, ocupada segun solia en la lectura de sus libros predilectos — que eran todos de aventuras de caballería y de amorosas intrigas — nuestra heroina daba entrada por la puerta trasera de la casa, y entre los arbustos fragantes de su solitario jardin, á otra visita tambien de antemano concertada.

La bella inconstante tocaba al apogeo de la dicha, porque se hallaba en el período álgido de su nueva pasion, y era aquélla la primera cita á que asistia el amante por quien entónces deliraba.

Sorprendidos Orozco y su introductora al no hallarla—como habian supuesto—en su gabinete favorito, recorrieron, buscándola, todas las habitaciones de la casa; mas fué diligencia inútil. La esclava, sin embargo, mostraba certeza de que no habia salido su señora, ocurriéndosele al cabo que era probable se hallase en el jardin; oido lo cual por el impaciente fiscal se dió prisa á descender á él, haciéndosele un siglo cada minuto que tardaba en verse á las plantas de su hermosa querida.

Tan luégo como penetró en aquel recinto perfumado, tuvo por segura la presencia de Estrella; pues nada, en verdad, parecia más natural que escoger tal sitio para asilo misterioso de pensamientos tiernos.

Reinaba una cálida y serena noche de estío: el firmamento —límpido y estrellado— comenzaba, ademas, á argentarse con los suaves rayos de la luna, que iba apareciendo majestuosa en su trono de nácar; los árboles y plantas, de diversas formas, adquirian cierta fantástica vaguedad al balancearse entre los pálidos albores; los efluvios penetrantes de mil variadas flores embalsamaban la atmósfera, refrescada un tanto por aquellas voluptuosas brisas de los mares del Sur americano..... y la soledad poética del lugar, el silencio interrumpido á intervalos por algunas notas musicales del ruiseñor, oculto entre las ramas..... todo, en una palabra, hacia del jardin de la *incomparable capitana* — en aquellas horas de las sombras propicias al amor — un teatro á propósito para las ardientes aspiraciones del deseo y los ensueños dulces de la esperanza.

Tanto era así, que D. Alonso se sintió estremecido de emocion á la sola idea de encontrar allí á su amada, envuelto el lindo talle por aquel ambiente fragante, coronada la alabastrina frente por los tibios destellos del astro apacible de la noche, y acariciada la blonda cabellera por los tenues besos del aura, que uniria sus suspiros á los recogidos en sus alas de los carmíneos labios de la hermosa.

Enajenado con tales pensamientos, habia andado gran

parte del jardin, cuando de pronto — al aproximarse á un cenadorcillo cubierto de madreselva — llegó á sus oidos el suave murmullo de femenil acento.

Palpitó con violencia el corazon del togado, que dió tres pasos más precipitadamente; pero se detuvo en seguida, atónito y como estupefacto.

No podia ya caberle duda; era la voz de Estrella la que oia..... la voz de Estrella, pronunciando dentro del cenador algunas de aquellas inefables palabras que le habian sido á él mismo tantas veces dirigidas.

En la presente ocasion contestaba á ellas otra voz varonil, que con cada una de sus apasionadas inflexiones clavaba en el pecho del fiscal, agudo y emponzoñado dardo.

Tan aterradora fué la impresion recibida, que se quedó éste durante algunos minutos sin movimiento, sin habla, y áun pudiéramos decir sin conciencia exacta de lo que le estaba pasando.

A los esfuerzos que para arrancarle de allí comenzó á hacer la asustadísima esclava — comprendiendo al fin lo crítico de la situacion,— se fué despertando en D. Alonso la paralizada actividad, y con tal ímpetu se desató en su alma la furia de los celos, que — queriendo acaso decir algo — sólo pudo arrojar un grito inarticulado; más semejante al rugido de una fiera que á ninguna exclamacion salida de labio humano.

Oyólo Estrella, y echó á correr despavorida á refugiarse en su casa; en tanto que D. Alonso—tirando frenético de la espada— se precipitaba hácia la entrada del cenador, donde se encontró frente á frente con el jóven cacique de Turmequé.

Aunque disfrazados ambos, reconociéronse los dos rivales á la primera mirada, y — sin trocar una sola palabra — cruzaron al punto los aceros, cuyos estridentes choques sucedieron de pronto á los tiernos conceptos y á los amorosos suspiros de que — momentos ántes — habia sido testigo aquel jardin solitario.

La esclava, miéntras tanto, explicaba con balbuciente labio á su señora — de quien fué en seguimiento — los antecedentes de lo ocurrido; convirtiendo con tales aclaraciones el pánico terror que hiciera huir á Estrella, en fundado y profundísimo espanto.

Ya hemos dicho que no era malo el corazon de la voltaria beldad; que no pertenecia al número de aquellas frias coquetas capaces de hacerse un juego del amor que inspiran, y un triunfo de los desastres que ocasionan. Habia amado al fiscal, idealizándolo con todos los tesoros de su rica fantasía, y ahora — que aquella ilusion se hallaba desvanecida — amaba con nuevo delirante entusiasmo al bello príncipe indígena, que parecia hecho exprofeso para exaltar los sentimientos de una organizacion caprichosa, en la que todo era tan enérgico como pasajero.

A la idea de que dos hombres igualmente enamorados de ella se habian encontrado en su jardin, preveia la *incomparable capitana* la consecuencia inmediata de semejante suceso, y se halló presa de tan terrible angustia é insoportable ansiedad, que — sin atender á las súplicas y reflexiones de su esclava — tornó desatentada al mismo paraje de que habia huido, resuelta á interponer su hermoso pecho entre las espadas de D. Alonso y D. Diego.

En vano, empero, recorrió todo el jardin, llamando al uno y al otro entre desgarradores sollozos; todo estaba desierto y silencioso..... Los dos rivales habian desaparecido, cual si se los tragase la tierra, y acaso juzgara Estrella que cuanto le parecia haber ocurrido aquella fatal noche no era sino alucinacion de un sueño, si de pronto — al pasar cerca del cenador — no hubieran resbalado sus delicados piés en un charco de todavía hirviente sangre.

Cayó sin sentido sobre ella, y al levantarla en sus brazos la negra que la acompañaba, pudo observar — merced á la claridad de la luna, luciendo ya plenamente en lo más alto del firmamento — que el rojizo rastro llegaba hasta la misma puerta del jardin.

Era evidente, por tanto, que uno de los dos contendientes habia sido sacado por allí, regando con su sangre las huellas de su conductor.

IV.

La *incomparable capitana* fué asaltada aquella noche por violentísima fiebre, que su marido y su médico atribuyeron, desde luégo, á las fatigas y emociones de la montería reciente, y que su previsora esclava supo aprovechar para enarenar por sí misma la parte del jardin donde las manchas de sangre revelaban la escena de que habia sido teatro.

Nosotros, por nuestra parte, dejarémos á la señora en su lecho, y á la negra en su prudente trabajo, para trasportar segunda vez al lector á la ciudad de Santa Fe, y presentarle — como es debido — otro personaje de esta verídica historia, del cual áun no hemos tenido ocasion hasta ahora de darle noticia alguna.

Llámase Juan Roldan, y un buen amigo nuestro (distinguido escritor del lejano país en cuya infancia ocurrieron los dramáticos hechos que relatamos) lo ha designado con el nombre del Artagnan de Bogotá (1).

Habia sido aquel hombre alguacil de córte durante la presidencia de D. Lope de Armendariz, quien lo estimaba mucho, y en servicio del cual jugó algunas malas partidas al visitador Monzon; pero descubriendo en ellas tanta travesura de ingenio y tanta decision de carácter, que—léjos de cobrarle ojeriza el viejo jurisconsulto—concibió vivos deseos de conocerle y de atraerle á su bando.

Efectivamente, cierto dia que pasaba Roldan por la plaza donde tenía su morada el visitador — pocas semanas despues de lo narrado en nuestro anterior capítulo — se halló sorprendido por el aviso, dado por un paje, de que su señor le habia visto desde el balcon y le mandaba pasase inmediatamente á su despacho.

Atendiendo á la voz de la conciencia, pensó desde luégo

---

(1) Nuestros ilustrados lectores conocen, sin duda, al Artagnan frances, que tanto figura en una de las más populares novelas del célebre Alejandro Dumas, padre.

el cesante alguacil que era llegado, aunque algo tarde, el momento de pagar sus insignes trapisondas en favor del presidente caido; pero, no obstante, se presentó á Monzon con tranquilo talante y levantado ánimo, porque era persona que no cludia nunca la responsabilidad de sus actos.

—¿Sois vos, le preguntó el juez, quien, segun afirma la pública creencia, me habeis puesto por apodo *Caton el del azote?*

—Sí, señor, respondió sin inmutarse Roldan: Caton, segun dicen gentes más instruidas que yo, era un austero romano, enemigo declarado de toda injusticia. ¿Con quién mejor pudiera, por tanto, comparar á V. S.?

—Veo que no me engañaba, dijo D. Juan Bautista, al suponeros un perillan de talento y de audacia, capaz de salir bien de las mayores dificultades. ¿Habré acertado del mismo modo en otra cosa que imagino de vos?

—Dígala V. S., replicó Roldan, y con toda franqueza le declararé si se equivoca ó si atina.

—Pues bien, repuso Monzon, paréceme — desde que tuve conocimiento de algunos rasgos vuestros — que teneis mucho de duende, y en tal concepto nada puede pasar en todo el reino de la Nueva Granada, sin que os sea fácil dar de ello los más exactos pormenores.

—Exagera un poco V. S., contestó el ex-alguacil, aunque no va del todo descaminado su juicio. Es indudable que casi siempre descubro cuanto quiero descubrir, y averiguo cuanto me conviene averiguar; mas carezco de la facultad — atribuida á los duendes — de penetrar hasta el fondo del alma para descubrir sus secretos; y tan es así, que—cuando V. S. me hizo llamar — hubiera jurado estarme destinada cuando ménos terrible reprimenda; del mismo modo que ahora, viendo la afabilidad con que me trata, no tengo bastante ingenio para explicarme tan impensada fortuna.

—Sin embargo, observó sonriendo el visitador, estoy seguro de que comprendeis perfectamente que un hombre como vos puede ser preciosa adquisicion para otro hombre que se halle en mis especiales circunstancias.

—La verdad es, dijo Roldan, que no me figuraba lo reconociera V. S.; pero me guardaré bien de incurrir en una falsa modestia, negando que encuentro en mí cuanto puede

necesitar, si pretende V. S. tener á su disposicion un amigo á toda prueba.

—¿Quereislo ser desde hoy? inquirió el visitador.

—Lo quiero y lo he menester, respondió Roldan; pues no sólo me complazco en consagrar mi vida al servicio del señor que me escojo, sino que ademas mi cesantía me reduce á vivir con harta escasez, para no aprovechar ardientemente favorable ocasion de proporcionarme, á cualquier precio, tan poderoso patrocinio.

—Dadme, pues, la mano, pronunció el visitador, y contad con que—viviendo yo—no faltará nunca el pan en vuestra mesa; pero sabed tambien que exijo prueba inmediata de que quereis y podeis corresponder á mi buena voluntad en favor vuestro.

—Determine V. S. esa prueba y la tendrá, si no es humanamente imposible.

—Pues bien, tomad este bolsillo, que contiene oro de buena ley, y volved á verme dentro de tres dias, trayéndome informes fidedignos de dónde se encuentra y qué es lo que hace el fiscal D. Alonso de Orozco; pues no ignorais sin duda—como nadie en el pueblo—que partió para Tunja á no sé qué negocios, hace ya cerca de un mes, y nada se sabe de él; lo cual tiene á su esposa muy llena de zozobras, y á mí muy lleno de sospechas de que aquel mi enemigo prepare, entre el misterio, nuevos embrollos y asechanzas.

—Al tiempo fijado por V. S., y á la misma hora que está sonando, me verá entrar en esta estancia, para poner en su conocimiento cuanto logre inquirir sobre el asunto que me encarga.

—Adios, pues, Roldan; cuento con vuestra promesa y con vuestra discrecion.

—Adios, Sr. D. Juan Bautista; aunque se lo haya tragado la ballena de Jonás, juro traer á V. S. noticias ciertas de las operaciones del fiscal.

Éstas fueron las últimas palabras trocadas entre el juez y el alguacil, quienes se separaron en seguida, quedando el uno muy satisfecho del servidor que adquiria, y yendo el otro colmado de esperanzas en el protector que ganaba.

V.

Con la ausencia de D. Alonso de Orozco se habia calmado un tanto la agitacion efervescente de los dos partidos ó bandos en que se hallaba dividida la ciudad de Santa Fe, patentizándose más quién era el principal excitador que tenian por entónces las pasiones populares.

Don Juan Bautista, sin embargo, se hallaba cual nunca preocupado; porque le advertia vago presentimiento que algo muy nuevo y terrible debia surgir pronto de aquella transitoria suspension; que bien podia compararse con la calma que suele preceder á las grandes tempestades.

Esperaba con impaciente anhelo los informes prometidos por Roldan, y llegó al fin el dia señalado para su segunda entrevista, presentándose el alguacil cesante exactamente á la hora por él mismo fijada.

—¡Y bien! ¿podeis sacarme de dudas? preguntó el visitador, apénas le tuvo en su presencia. ¿Se halla en Tunja todavía el silencioso fiscal?

—No se halla en Tunja, ni ha pisado siquiera aquel suelo, respondió Roldan moviendo la cabeza. El señor de Orozco fué solamente á Turmequé, con objeto sin duda de procurar algun solaz á la bella desterrada; pero sé de buena tinta que sólo ha contribuido su visita á aumentar los disgustos de la *incomparable* capitana. Es cosa fuera de duda, al parecer — aunque sabida de muy pocas personas — que el pobre fiscal tuvo un duelo, segun algunos, con el marido de la dama, segun otros — que á mi entender juzgan mejor — con cierto caballero, desconocido todavía, y con el cual medió, por lo visto, alguna casual reyerta. Lo que hay de positivo, hoy por hoy, es que D. Diego de Torres halló — no sé dónde — al susodicho D. Alonso, herido de no poca gravedad, y que lo hubiera pasado harto mal, si piadoso el cacique no lo hubiese confiado sigilosamente á los cuidados de un amigo suyo, que le ha asistido con cariñoso esmero; teniendo el gusto al presente de contemplarle fuera de peligro. Si son de todo punto exactos los informes adquiridos, dentro de pocos dias tendrémos en Santa Fe al convaleciente, y quiera

Dios que la sangría recibida le haya calmado el ardoroso espíritu de intriga, que tanto desarrollo habia adquirido en él durante los meses últimos.

—No esperaba, ciertamente, nada de lo que me habeis contado, dijo Monzon á su nuevo servidor; pero tanto confio en su exactitud, que excuso buscarle confirmacion escribiendo á mi jóven amigo el señor de Turmequé, quien desde luégo me confiaria cuanto supiese, pues creo merecerle absoluta confianza. En cuanto á la llegada de Orozco, no os encargo me deis inmediatamente aviso de ella, porque abrigo certidumbre de que—no obstante la sangría recibida, como vos decis,—ha de volver aquel hombre tan inmutable en sus odios, que—sin que nadie me la advierta—conoceré de seguida su presencia en Santa Fe.

El visitador no se engañaba en cuanto á prever que el regreso de su enemigo se haria sentir prontamente; pero pudo notar con extrañeza un nuevo é inesperado giro en las intrigas que difundia su soplo.

Aunque asaz decaida la robustez física de D. Alonso, á consecuencia—segun él—de unas largas tercianas acabadas de pasar, de ninguna debilidad se resentia su ánimo, fecundo siempre en invenciones dañinas, y la que entónces echó á volar por la atmósfera pública, era de tal naturaleza que desde luégo conocerá el lector cuán meditada habia sido, y qué infernal espíritu la inspiraba.

Comenzó á circular de súbito pavoroso rumor: hablábase nada ménos que de una conspiracion formidable, preparada entre tinieblas y próxima á estallar cuando ménos se esperase. Suponíase que la todavía numerosa raza india—saliendo al cabo de su aparente indolencia por alguna iniciativa secreta—tenía concertado el degüello de todos los españoles, comenzando la sangrienta hecatombe por los magistrados de la real Audiencia y demas autoridades de las provincias de Nueva-Granada.

Esta voz, insólita y alarmante, fué haciéndose de dia en dia más fuerte y más insistente, hasta el punto de inquietar mucho—segun indicios—á los señores magistrados; cuyo espanto pareció llegar á su apogeo al sonar repentinamente el nombre del cacique de Turmequé, como jefe de la conspiracion tenebrosa.

Ninguna de las personas que le conocian particularmente prestó crédito á tal acusacion; pero el bando contrario al visitador—de quien era grande amigo D. Diego—aparentó profunda certeza de ser harto fundada la voz pública; á la que hizo tomar cuerpo y procuró justificar con toda clase de calumnias contra el acusado.

Miéntras tanto los oidores exageraban sus alardes de pavura, y—con motivo todo del vociferado alzamiento—se organizaron á toda prisa compañías y escuadrones de soldados; se puso guardia permanente al real sello—llamando para ello desde Marequita al capitan que tenía dicho cargo—y, suponiendo á la ciudad de Tunja foco de la conspiracion, llenáronla de vigilantes y espías, cortando los caminos por donde se dijo esperaban nuevas fuerzas los conjurados.

En vista de tantos preparativos y armamentos, las gentes sencillas llegaron á amedrentarse de véras, y—segun palabras del cronista D. Juan Rodriguez Tresle—se *alborotó toda aquella tierra; si bien entendian los buenos el engaño y la falsedad en que se fundaba todo.*

Era uno de estos *buenos*, que veian claramente la mano urdidora de la trama, el visitador D. Juan Bautista Monzon, el cual se explicó entónces por quién y con qué motivo habia sido herido el fiscal, resuelto al parecer á vengarse á todo trance.

En consecuencia, confió á Juan Roldan la nueva mision de pasar secretamente á Turmequé para ver al cacique en su nombre, darle conocimiento exacto de lo que estaba pasando, y aconsejarle huyese sin demora, embarcándose para España, donde—á cubierto de las iras de su enemigo—podia poner en claro su completa inocencia y las viles maquinaciones de que se intentaba hacerle víctima.

Roldan desempeñó con su fidelidad acostumbrada el encargo que se le confiára, y puso en juego cuantos recursos le sugirió la imaginacion para decidir á D. Diego á no perder momento, ya que, por fortuna—ó más bien por carencia de pruebas, que áun no habian podido fraguarse,—retardaban mandarle prender el fiscal y sus secuaces.

Todo, sin embargo, fué inútil.—Hércules hilaba á los piés de Ofalia, olvidando toda una vida de gloriosas proezas; y Sanson—adormecido en el regazo de Dalila—se dejaba

despojar de la cabellera, en que consistia su fuerza, para ser entregado á los filisteos.....

¿Qué mucho, pues, que un indolente príncipe indiano, en el período más fuerte de su amorosa pasion, lo olvidase tambien todo y todo lo arriesgase, ántes que consentir en romper la dulce cadena que lo ataba en Turmequé á las plantas de la *incomparable Estrella?*

Los sabios consejos del visitador, y las reflexiones y súplicas de Roldan, se estrellaron fatalmente contra la invencible ceguedad de los primeros amores; y persuadiéndose D. Diego que todas las alharacas y calumnias excitadas por su vencido y rabioso rival, no podrian causarle otro daño que el de inquietarle algunos dias — si era tan cobarde que las temiera — se contentó con agradecer á Monzon y á su emisario el interes que le demostraban, contestando al primero en las siguientes líneas, trazadas al correr de la pluma y sin ningun género de prevision ó cuidado:

«He sabido por vuestro mensajero todo lo que ocurre »allá, y veo que, como me decis, la trama se trasparenta »bastante; pero no tengais cuidado: yo no me amedrento ni »huyo, mas estoy prevenido, y — si fuese menester gente— »de las hojas de los árboles sabremos hacer hombres; ántes »que sucumbir á los sátrapas opresores de este infortunado »país. De todos modos, cuento con vos y con la ayuda del »cielo, para no ser vencido en la lucha.»

Confiado este escrito á Juan Roldan, le despidió el cacique, no sospechando ni remotamente que acababa él mismo de suministrar un arma á la malicia de sus contrarios; arma que le asestarian sin darle tiempo para llevar á efecto ninguna de las prevenciones en su defensa, que — segun indicaba á Monzon—parecia dispuesto á oponerles. La fatalidad, que comenzaba á perseguirle, se encargó de apresurarle la triste evidencia de su imprevision y de la sagacidad de los calumniadores.

Don Alonso se habia creado una policía, por la cual se hallaba al corriente de cuanto pasaba, así en la capital del reino como en Tunja y en Turmequé: ella le dió conocimiento oportuno de la salida de Roldan para el último de dichos puntos, con mision secreta del visitador para D. Diego de Torres; y cuando— desempeñada aquélla—regresaba el ex-

alguacil de córte, un tanto mohino de la inutilidad de sus esfuerzos, se vió asaltado de súbito en lo más solitario del camino, por seis hombres armados que se daban todas las apariencias de ladrones, pero que — segun pudo comprender más tarde — eran agentes disfrazados del infatigable Orozco.

Creyendo al principio Roldan se trataba sólo de despojarle del dinero, y dispuesto á sacrificarlo, á trueque de no perder momento para llevar cuanto ántes á su nuevo protector la carta del cacique — cuyo contenido ignoraba, sin embargo,— no vaciló en vaciar prontamente sus bolsillos en manos de los asaltadores; pero como no era esto lo que ellos buscaban, aparentaron dudar fuese tan escaso el oro que llevaba consigo, expresándole no se satisfarian sino despues de registrarle escrupulosamente.

Al ejecutarlo así, encontraron la carta del cacique al visitador, y la tenaz resistencia opuesta por Roldan á dejársela arrancar, sólo sirvió para convencerlos de la importancia del hallazgo; el cual se apropiaron sin escrúpulo, dejando harto mal parado al animoso alguacil, quien se batió heroicamente contra los seis para defender el objeto que le estaba encomendado.

Quedó el infeliz rendido, y maniatado á un árbol en el fondo de áspero matorral, donde pasó dos dias sin ningun auxilio humano. Acudieron al cabo — atraidos por sus gritos — algunos indios de las cercanías, los cuales le acogieron hospitalariamente en sus chozas, proporcionándole el alimento y descanso de que se hallaba asaz necesitado.

VI.

La carta del cacique al visitador, de que se halló en posesion D. Alonso de Orozco, fué para él un tesoro superior en valía á cuantos hubiera podido concebir en su avidez de

venganza. Aquella carta, que — como habrán notado nuestros lectores — se prestaba sin violencia á las interpretaciones más malignas, no sólo comprometia gravemente á su autor, sino tambien á la persona á quien iba dirigida; por tanto, el fiscal se encontraba impensadamente con medios de satisfacer su ensañado aborrecimiento hácia el hombre que le habia robado el corazon de su querida — regando, ademas, con su sangre el sitio de amorosas citas — y de cumplir al mismo tiempo los votos de su ciego encono contra el severo censor de sus devaneos; quien — desterrándole el objeto amado — habia sido orígen de sus primeros pesares, y áun de las posteriores consecuencias de aquella separacion impía.

Tan grande fué el júbilo que le inundó el alma, que su salud — no poco quebrantada de resultas de las heridas — se robusteció rápidamente, recobrando aquella naturaleza activa y vigorosa todo su resorte primitivo.

El importante documento — espada de dos filos en su mano — fué presentado sin pérdida de tiempo al tribunal y examinado en secreta sesion que el público no conoció hasta ver sus efectos — sirviendo de encabezamiento á la causa criminal incoada contra D. Diego de Torres, sobre el cual recayó en el mismo dia mandamiento de prision. No se atrevió la Audiencia á dictar igual medida respecto del visitador, ya fuese porque se intimidase ante la magnitud del hecho — comprendiendo que si la opinion pública aceptaba sin dificultad la verosimilitud de que un príncipe indígena conspirase por libertar á su pueblo del extranjero yugo, no podria aceptar del mismo modo la absurda suposicion de que se le asociase en la empresa el severo magistrado español honrado con la confianza del rey;—ya fuese porque se propusiera Orozco forjar, durante el curso del proceso, indicios más vehementes en que la inculpacion se apoyára.

Corrieron tan veloces los procedimientos del tribunal, que sorprendido el cacique — cuando ni áun sospechaba posible se intentase llegar á tal extremo en la farsa creada por el ódio — se encontró preso en su propio domicilio, sin que le fuera posible intentar defenderse; entrando en Santa Fe — para ser encerrado en oscuro calabozo — el mismo dia en que Roldan, repuesto un tanto de su malandanza, volvia

tambien confuso y cabizbajo, para presentarse al visitador y darle cuenta de su triste aventura.

De este modo supo D. Juan Bautista simultáneamente el encarcelamiento de su amigo y la existencia de una carta de éste, dirigida á él, en poder de los enemigos de ambos; pero como ignoraba la forma fatalmente ambigua que habia dado el desacertado jóven á aquel escrito familiar, y como no le era posible suponer pudiera redundarle otro daño que el de patentizar su interes por la suerte del simpático príncipe, estuvo muy léjos de prever las ulteriores consecuencias que — para el uno y para el otro — pudiera tener aquella carta.

No obstante esto, le afectó en gran manera la prision de D. Diego, tanto más, cuanto que comprendia que todo lo que intentase hacer en su favor podria resultar en su daño, aumentando — con las pruebas de su cariño — el ódio tan ostensiblemente empezado á mostrar contra D. Diego, por el bando que hasta entónces habia hecho del mismo Monzon blanco principal de sus tiros.

La causa formada al preso avanzaba con inusitada rapidez y envuelta en profundísimo misterio, pero toda la gente desapasionada iba viendo, asaz claro, que la única verdadera conspiracion era la fraguada por el fiscal para comprometer al cacique; persuadiéndose, sin embargo, la generalidad del público — y más que nadie Monzon — de que faltando pruebas con que justificar el crímen imputado á don Diego, el desenlace del drama no podria ser sangriento.

El desengaño de tal juicio no se hizo esperar mucho. Siguiendo sus trámites el proceso sin la menor pausa, llegó á vista, y todo el reino de Granada supo—con escándalo y dolor—que el cacique de Turmequé, convicto de traicion á la madre patria, por una carta suya y por dos testigos — agentes conocidos del fiscal — habia sido condenado al cadalso, confiscándose todos sus bienes á favor de la real cámara.

Cuando D. Juan Bautista tuvo certeza de aquella increible injusticia, la tuvo tambien, por desgracia, de que el asesinato jurídico que se intentaba aparecia revestido de todas las formalidades legales, no prestándose, por tanto, á que se reclamase contra él; pero sí á que cualquiera gestion

suya á favor del sentenciado, apareciese como corroborante de la complicidad que en dicho proceso se procuraba atribuirle, bien que de un modo oscuro y cobarde.

Hasta la misma severidad de Monzon, suspendiendo — como lo habia hecho — á algunos ministros de la real Audiencia, habia servido á los planes de sus adversarios; pues reducido el tribunal á sólo dos oidores, y siendo Zorrilla dócil instrumento de la voluntad de Orozco, del lado á que se inclinase éste iba forzosamente el peso de la mayoría.

Ningun recurso, por tanto, encontraba D. Juan Bautista para salvar á D. Diego; ninguna esperanza podia enviar al infortunado amigo víctima de inicua trama.

Bajo la pesadumbre de este pensamiento, paseábase el visitador nerviosamente agitado por toda la longitud de su aposento, mesándose de vez en cuando las venerables canas, y exhalando á intérvalos dolorosas exclamaciones, cuando entró su paje á advertirle que el ex-alguacil de córte pedia con empeño hablarle.

Todo era importuno para el afligido anciano en aquellos instantes, y estuvo á punto de negarse á recibir á Roldan. Pero era tanta, al parecer, la impaciencia de éste, que — sin aguardar vénia — apareció de pronto en su presencia.

— Ya sabréis el espectáculo que vamos á tener, le dijo con acerba sonrisa D. Juan Bautista; la sangría que esperábais debilitase el ardor de los odios del fiscal, va á producir otra, de efectos más seguros y funestos.

— Sé que está condenado á muerte D. Diego de Torres, contestó el alguacil; pero sé tambien que al entrar en capilla mañana, cesará la incomunicacion en que se le ha tenido hasta hoy.

— ¿Qué consuelo sacais de eso? preguntó Monzon.

— Uno muy importante, repuso su interlocutor; podré verle y hablarle.

— No me hallo con fuerzas para hacer otro tanto, dijo el visitador suspirando.

— Pues yo sí, replicó Roldan — en cuyo rostro pareció brillar cierta vislumbre de esperanza. — ¿Juzga V. S. imposible que ántes de que luzca el dia de la ejecucion ordenada por el tribunal, venga una noche bastante tenebrosa

para favorecer — mediante mi buena voluntad y el auxilio del cielo — la evasion de D. Diego de Torres?

— ¡Ah! si tal lográseis, exclamó el magistrado, á quien parecia comunicarse el ánimo de su nuevo amigo; si á tanto llegára vuestro ingenio y vuestra audacia, juro que os pondria *por medalla de mi gorra* (1).

— Pues yo soy capaz de todo por servir á V. S. y por libertar al pobre cacique, víctima inocente de la más sañosa envidia.

— Pero ¿qué haréis, preguntó D. Juan Bautista, para salir bien de vuestro empeño? ¿Qué plan habeis concebido? ¿Con qué cooperacion contais?

— Suplico á V. S., replicó al punto Roldan, no me pida explicaciones, pues en balde querria dárselas. Sólo sé que me he dicho á mí mismo, con resolucion inmutable, que es menester salvar la vida de D. Diego, impidiendo el triunfo del fiscal. Me lo he dicho á mí mismo, y creo que lo cumpliré. Los medios, dejo á la Providencia el cuidado de suministrarmelos. El sábado, segun tengo entendido, es el dia señalado para la ejecucion sangrienta. Ruego á V. S. que el viérnes por la noche tenga aprestado algun disfraz oportuno, y en sus caballerizas el mejor y más ligero de sus caballos; pues confio presentarle aquí al preso, y conviene que todo esté preparado para su precipitada fuga.

— El visitador, sin poder contenerse, estrechó en sus brazos al alguacil cesante, y le juró solemnemente que ó no podria cosa alguna, ó le alcanzaria la mejor encomienda de la Nueva Granada.

— No me pesará ser rico, contestó Roldan; pero el abrazo que acabo de recibir de V. S. vale más que todas las encomiendas del mundo. Adios, señor; hasta el viérnes por la noche..... ó hasta la eternidad; porque si no salgo airoso de mi empresa, jamas tendré valor para tornar á ponerme en la presencia de V. S.

---

(1) Palabras textuales de la crónica.

VII.

Al llegar á los oidos de Estrella la inesperada cuanto infausta noticia de haber sido sentenciado á muerte el hombre á quien al presente adoraba, por la implacable venganza del amante pretérito y sustituido, sintió con tal violencia los ímpetus del dolor y de la ira, que—en los primeros momentos de febril exaltacion—estuvo á punto de ir á Santa Fe, para traspasar con un golpe de su propia diestra el corazon del malvado, que le parecia entónces imposible hubiese sido nunca objeto de su cariño entusiasta.

Cierto moralista ha dicho que nada llega á ser tan indiferente para una mujer como el amante que no ha sabido conservar su conquista; pero Estrella iba más léjos—y no sin razon—pues concebia ódio á muerte contra D. Alonso, reputando gran desdicha que la espada del cacique hubiera dejado incompleta su obra, la memorable noche del encuentro en el jardin.

Estos arrebatos, sin embargo, tuvieron la limitada duracion de que, al parecer, no acertaban á salir los sentimientos de aquella alma impresionable, y—viniendo el extremo de la reaccion—sucedió á ellos tan profundo abatimiento y tan femenil flaqueza, que acabó Estrella por escribir humilde y patética carta al mismo causador de su amargura, á quien poco ántes hubiera querido aniquilar con su saña.

En aquella carta, no sólo se le imploraba con fervorosas súplicas para que no manchase su buen nombre de magistrado, sacrificando un inocente á sus rencores de hombre, sino que hasta se le dejaba entrever la lisonjera esperanza de recobrar la felicidad perdida, si mostraba merecerla, dando—con la salvacion de su rival—prueba grande y gloriosa de su levantado ánimo.

Al trazar dichas líneas la *incomparable* capitana, creíase de buena fe sublimada hasta la cumbre del más excelso heroismo; porque matar á D. Alonso por amor á D. Diego se le presentaba entónces como cosa vulgar; pero sacrificar su nuevo amor hasta el punto de volver al antiguo—en el mo-

mento de serle más odioso — era comprar la vida del cacique con la inmolacion de sí misma.

Juzgando, pues, segun estas ideas, que forzosamente se rendiria el corazon de Orozco á pruebas tan extraordinarias de la inmensa valía del que se le presentaba posible reconquistar, calmáronse un tanto sus angustias y zozobras, pasando de un modo llevadero los penosos dias de espectativa.

Miéntras tanto, el fiscal — insensible á los elocuentes ruegos y á las dulces esperanzas que la carta contenia — mandaba notificar su sentencia al desventurado D. Diego, haciéndole poner en capilla inmediatamente despues.

Aunque sorprendido el jóven por golpe tan imprevisto — pues jamas se le ocurrió pudiera llegar á tanto la audacia y perversidad de su enemigo — supo mostrar la dignidad y entereza que convenia á su rango; y de la multitud de amigos que se apresuró á ir á visitarle, tomando parte en su desgracia, no hubo siquiera uno que no saliese asombrado del predominio inmenso que ejercia sobre sí mismo aquel príncipe, lleno de porvenir, á quien iban á arrancarle la existencia en lo más florido de sus años.

Las simpatías que siempre mereció de la mayoría del pueblo, se exaltaron, como era natural, por la compasion excitada por su desgracia, y hasta muchos de los mismos partidarios del fiscal se mostraron poco dispuestos á aplaudir aquel triunfo, del que en su interior se avergonzaban.

Durante todo el dia del juéves no se desocupó un momento de visitadores entristecidos el calabozo de D. Diego, siendo uno de los últimos que se presentó á llenar tan amargo deber el ex-alguacil Roldan; pues llegó precisamente en el momento de anunciar el alcaide que habia sonado la hora de cerrar las puertas de la cárcel. Apénas tuvo tiempo, por consiguiente, de precipitarse á abrazar al sentenciado; pero aprovechó aquel acto para decirle al oido, con rápido y claro acento — del que no perdió D. Diego ni siquiera una sílaba — estas palabras misteriosas: — ¡Valor! mañana os traeré un regalo del cual espero mucho.

Dicho esto, dió el pésame al cacique en alta voz, y saliendo del calabozo, acompañado del alcaide, preguntó á éste si le permitiria — segun era costumbre hacerlo con los reos en capilla — obsequiar al dia siguiente á D. Diego con al-

gunos manjares suculentos, que le prestasen fuerzas para el trance terrible.

— No tengo ninguna órden en contrario, respondió el interrogado; podeis, pues, ejecutar vuestro caritativo deseo; mas sin poner en olvido que mañana es viérnes, dia de vigilia, y no parece bien darle carne por alimento á quien va á comparecer delante de Dios el sábado, para rendirle cuenta de sus faltas.

— Os estimo la advertencia, repuso Roldan; pero como creo que nada fortifica tanto como la sustancia animal, traeré á D. Diego dos pasteles; uno de pescado, para que se le sirva mañana, y otro de carne, que podrá comer cuando haya pasado la mitad de la noche.

— Sea en buen hora, dijo el alcaide despidiéndole á la puerta; de todas maneras, me parece que poco apetito ha de tener el pobre mozo para aprovecharse de vuestras previsoras liberalidades.

Las palabras del ex-alguacil agitaron toda la noche, con devorante insomnio, la mente de D. Diego de Torres. El débil rayo de esperanza que de improviso penetraba en su alma, le trastornaba de tal modo que—por más que discurria, formando multitud de conjeturas extrañas—no alcanzaba á encontrar ninguna racional, para prestarle suficiente asidero al empeño con que procuraba persuadirse no ser su salvacion imposible.

En aquellas horas de soledad, en las cuales podia descargarse de la aparente calma, impuesta cuando se hallaba á presencia de testigos por su orgullo de hombre y de príncipe, entregábase la pobre víctima á todo el natural sentimiento que le dominaba. Pesábale morir, porque se sentia jóven, amante y amado..... porque le halagaba la vida pocas semanas ántes, y áun podria volver á embriagarle con sus delicias durante larga serie de venturosos años..... porque su conciencia le daba testimonio de que — no obstante devaneos juveniles — jamas se habia manchado con ningun crímen odioso, digno de aquel castigo..... porque abrigaba, en fin, la noble ambicion de poder algun dia servir y honrar á su patria. Pesábale morir, repetimos, y le pesaba demasiado para que las oscuras indicaciones de Roldan se le apartasen un punto de la mente, permitiéndole reposo; ni bastasen,

sin embargo, para prestar fundamento á ninguna justificable esperanza.

La fiebre que lo devoraba no se habia calmado aún, cuando presentándose el alcaide en su calabozo, le anunció la salida del sol y la llegada del sacerdote que venía á prepararle cristianamente para su fin cercano.

Este brusco llamamiento á la realidad positiva de su tristísima situacion arrancó á D. Diego de sus agitadoras cavilaciones, y — como era religioso de véras — mandó entrar inmediatamente al ministro de Dios, procurando concentrar todas sus facultades para disponerse al cumplimiento de sus postreros deberes.

Así fué. Algunas horas más tarde habia recibido cuantos auxilios brinda la católica Iglesia á los hijos á quienes mira en tan graves circunstancias, y suplicaba al alcaide no permitiese aquel dia la afluencia de gente que le distrajo durante el anterior; pues deseaba pasar en recogimiento las últimas horas que le restaban en la tierra.

— ¿Negaré tambien entrada, preguntó el alcaide, al obsequioso Juan Roldan, que quiere regalaros vuestra comida de despedida?

Estremecióse el cacique al recuerdo que se le hacia de una tan dulce como vaga esperanza, y respondió suspirando:

— Bien; veré á Roldan, aunque harto comprendo que sólo es en la muerte en lo que pensar debo.

VIII.

A la hora precisa de servirse la comida al preso, apareció Roldan con su anunciado regalo, que consistia — segun habia dicho al alcaide la noche ántes — en dos pasteles de diversos tamaños, pero igualmente apetitosos por su aspecto.

Púsolos por sí mismo sobre la mesa, diciendo al indicar

el de ménos volúmen: — De éste puede comer vuestra merced sin escrúpulo alguno, pues no faltará á la vigilia; en cuanto al mayor, déjelo, si gusta, para su última cena, que supongo hará bastante tarde.

Fijó D. Diego los ojos en el gran pastel, comprendiendo que allí era donde se encerraba el misterio; pero como se hallase presente el alcaide, tomó prontamente el más pequeño, y lo partió invitando á los testigos de dicha operacion para que le acompañasen á hacerle los honores.

Aceptaron el alcaide y el ex-alguacil, remojando el primero la comida con tan frecuentes libaciones, que — cuando los tres dejaron la mesa — pudo notar D. Diego el efecto de aquéllas, pues comenzaba á hacerse harto visible.

Guardó entónces cuidadosamente, es decir, en el sitio más recóndito y oscuro de su calabozo, el enorme plato destinado á su cena, y esperó con ansiedad la noche, que por cierto anunciaba — en lo encapotado que se iba poniendo el cielo, y en los relámpagos que de vez en cuando parecian incendiarlo — sería probablemente lóbrega y tempestuosa.

Varios señores de Santa Fe y de Tunja, ligados á D. Diego con particular amistad, le prestaron compañía, lo mismo que Roldan, hasta la llegada de las nocturnas sombras; pues entónces — tanto por el aspecto amenazador del firmamento, como por la impaciencia que mostraba el alcaide deseoso de irse á dormir la borrachera, contra la cual estaba luchando en balde — las visitas se retiraron sucesivamente, no sin verter lágrimas sinceras al dar al cacique los abrazos que juzgaban postreros.

Roldan se despidió despues de todos; pero éste, en vez de llorar, dejó trasparentar en su rostro tal expresion de brío y de confianza, que hubo de sentir D. Diego comunicársele, como por magnetismo, aquellas animadoras impresiones.

Luégo que quedó completamente solo — pues el alcaide se dió prisa á girar su última visita á los presos, para tenderse cuanto ántes en su mullida cama — cerró su puerta D. Diego con agitada mano, y levantó, palpitándole el pecho, la densa cubierta del pastelon misterioso, que acaso encerraba su vida y su libertad.

Efectivamente, presentáronse á su vista várias herra-

mientas, escogidas con acierto para el objeto á que se las destinaba, y entre ellas un billete de Roldan, diciendo: «Limad, sin pérdida de tiempo, la cadena que os sujeta; luégo trabajad por dentro, miéntras yo haré lo mismo por fuera, para arrancar los hierros y dilatar el huéco de la ventanilla que presta luz al calabozo: una vez conseguido esto— que será fácil, porque la oscuridad de la noche debe ostentarse profunda — la misma escala de que haré uso para llegar á la altura de la reja, os dará su auxilio para descender sin trabajo. Animo y actividad. Dios es con nosotros.»

Don Diego cumplió exactamente las anteriores indicaciones, y la noche — justificando por completo los presentimientos de Roldan — desplegó sobre la tierra tan tenebroso manto, que muy en breve todo fué silencio y soledad en torno de los muros de la cárcel, sin que volviera á oirse ni la más leve pisada de importuno transeunte.

Sin embargo, la emocion del cacique en aquellos instantes, y la zozobra que le agitaba — recelando á cada paso ver aparecer al alcaide — hacian que el trabajo emprendido en tales disposiciones progresase con harta lentitud para el ánsia inmensa de su corazon impaciente.

Por dos veces tiró las herramientas, de que no acertaba á servirse con la destreza necesaria, y por dos veces tambien — sintiendo los ligeros golpes dados por Roldan en la reja, y viéndose todavía enlazado por los rudos eslabones de la cadena — la sacudió desesperado, con furor tan violento que ensangrentó sus carnes con el áspero roce de los hierros. . . . . .

Don Juan Bautista Monzon tambien velaba en su casa, en medio de la ansiedad más penosa. Desde temprano habia hecho se recogiese toda su servidumbre, quedándose sin otra compañía que un sobrino suyo, mozo discreto y decidido, á quien otorgaba toda su confianza.

Brioso corcel, enjaezado, aguardaba piafando en la caballeriza; traje completo de indio de las llanuras de Tunja colgaba de una especie de percha; y un par de pistolas de dos cañones, y una aguda partesana de tres filos, se veian encima de la mesa, del mismo despacho donde el visitador se paseaba inquieto, contando las horas de aquella noche que le parecia marchar con lentitud desusada.

De vez en cuando entreabria la ventana que daba sobre la plaza, y levantando los ojos al cielo— en el cual no brillaba ni una estrella solitaria, y del que se desprendia á intervalos menuda lluvia, acompañada de sordos truenos y de silbidos del viento — murmuraba plegarias fervorosas á favor del mísero príncipe, cuya vida ó muerte se estaban jugando al azar en aquellos momentos.

Duraba la espectativa angustiosa desde las nueve de la noche, y habian sonado las doce, sin el menor indicio de que pudiera pronto terminarse.

— Mucho temo, señor, dijo á D. Juan Bautista su sobrino, que el bueno de Roldan se las haya pintado harto felices, seducido por la viveza de su imaginacion fecunda.

— No lo quiera Dios, contestó el visitador — dejándose caer en un sillon, rendido por el movimiento contínuo en que habia estado tres horas; — es necesario creer que la Justicia divina no ha de permitir se consume la más vil iniquidad; pero á pesar de asistirme esta conviccion, confieso que crecen por momentos mis inquietudes, pareciéndome que esta noche — tan lóbrega y tan triste — más bien que protectora de la evasion de D. Diego, es como anuncio luctuoso de su inevitable muerte.

— No tengo miedo por él solo, repuso su interlocutor, sino que me espanta la idea de que la perversidad de don Alonso de Orozco no ha de contentarse con una víctima. Sabed no faltan audaces que propalen, con aire de reserva, ser prueba del grande miramiento que la Audiencia quiere tener por vos, el que no suene ya vuestro nombre como comprometido en el proceso del cacique.

— Reconozco que son capaces de todo mis sañosos enemigos, pero lo absurdo de semejante acusacion no puede escaparse á la claridad de su entendimiento. Nada receleis en ese punto, y como logremos salvar al pobre D. Diego, espero con toda seguridad que hallará en España la proteccion que merece, y sus calumniadores y los mios el castigo que dicta la justicia.

Cuando acababa el visitador de pronunciar estas palabras, parecióle percibir algun rumor en la plaza, y levantándose lleno de esperanza, corrió con su sobrino á la ventana.

La lobreguez era tal, que nada podia distinguirse, pero

prestando atento oido á la voz de un hombre que se acercaba hablando con otros, pudieron comprender tio y sobrino — estremeciéndose de horror — que aquellos individuos, que pasaban delante de su ventana, eran los operarios que dejaban levantado el patíbulo para el cacique, y se retiraban charlando de ello tranquilamente á sus casas.

La campana de la próxima iglesia daba entónces la una..... Habia pasado la primera hora del fatal sábado, cuya luz al nacer debia alumbrar la ejecucion de D. Diego.

A esta idea aterradora se sintió desfallecer Monzon, y hasta su jóven deudo no pudo reprimir la siguiente exclamacion: — ¡Me parece que todo está perdido!

Siguióse largo intervalo de pavoroso silencio, pero de pronto ligerísimo aunque perceptible golpe, sonó en la reja de la ventana, y precipitándose á ella los dos hombres que con ansiedad velaban, oyeron la conocida voz de Roldan articular esta breve y elocuente palabra: — *Aquí estamos.*

Corrió el jóven á abrir la puerta á los recien venidos, y no tardó D. Juan Bautista en ver delante de sí al ex-alguacil triunfante, quien presentándole su conquista, le dijo con su habitual desenfado: — Héle aquí, que viene para pagarle á V. S. el abrazo que me adelantó generoso.

Largo y tierno, sin duda, fué aquel abrazo dado por el anciano magistrado al jóven príncipe su amigo; mas no lo fué ménos el que repitió al libertador de éste, arrancando de aquel corazon — tan entero como agradecido — una lágrima de enternecimiento.

Era, empero, preciso no detenerse en demostraciones afectuosas; el tiempo urgia demasiado.

Don Diego fué revestido con prontitud de su disfraz de indio campesino; D. Juan Bautista le dió en pocas palabras los consejos é instrucciones que juzgó convenientes; su jóven deudo le armó de partesana y pistolas; Roldan trajo por sí mismo de la caballeriza el ligero corcel destinado á alejarlo rápidamente de los sitios que podian serle peligrosos; y el cacique — llorando de júbilo y de reconocimiento inefable — los estrechó uno á uno entre sus brazos, pidió al venerable anciano su bendicion de hombre justo, y plantándose — con su acostumbrada gallardía — en la montura que le aguardaba, emprendió carrera tan veloz, que áun no habian ce-

sado casi los tiernos adioses repetidos desde la ventana, y ya no percibian los oidos del visitador y de sus compañeros, ni un leve rumor del ruido que producian las herraduras del caballo sobre el pedregoso pavimento.

IX.

Renunciamos á expresar la frenética cólera del fiscal cuando, á la hora señalada para el suplicio de su víctima, supo con evidencia que se le habia escapado.

Desde luégo comprenderá el lector la actividad que desplegaria para despachar en todas direcciones requisitorias y agentes, á fin de que se buscára y detuviera al reo en cualquiera parte donde se hubiese refugiado; no siendo menor su diligencia para inquirir quién habia cooperado á su fuga, facilitándole las herramientas de que se sirvió al efecto.

Respecto á lo primero, nada alcanzaron todas las pesquisas; pues nadie dió la más pequeña luz sobre el camino tomado por el fugitivo, ni del sitio en que pudiera ocultarse; pero por desgracia de Roldan no fué tan difícil la averiguacion de lo segundo.

El enorme pastel encontrado en el calabozo sin su cubierta de masa, ostentaba en lo interior señales evidentes de los instrumentos que habia encerrado, y el alcaide declaró, con todos sus detalles, por quién y de qué manera habia llegado aquel regalo á las manos de D. Diego.

Dictóse, por consiguiente, auto de prision contra el alguacil cesante, y como en vez de buscarse escondite aquel hombre singular, paseaba la ufanía de su triunfo por los sitios más públicos, sucedió que—pocas horas despues de haber sacado de la cárcel á su protegido — se vió ocupando aquel puesto que hizo quedar vacante.

A medida que pasaba tiempo sin producir fruto sus disposiciones para descubrir á D. Diego, iba adquiriendo ma-

yor fuerza la sospecha concebida por D. Alonso desde el principio, de que D. Juan Bautista Monzon habia sido secreto motor del hecho que tuvo á Roldan por instrumento; dirigiendo, por tanto, todos los procedimientos del proceso formado á éste, de la manera más hábil para hacer resaltára aquella complicidad, cuyas pruebas acaso podrian consolarle de ver frustrada su primera venganza.

El ex-alguacil era demasiado sagaz para que se le oscurecieran las intenciones del rencoroso togado, en las arterías y argucias de que lo cercaba miéntras se sumariaba su causa, y no fué posible sacarle la menor palabra que comprometiera á Monzon; si bien confesó plenamente haber favorecido la fuga del cacique, por estar convencido de su inocencia y profesarle particular cariño.

Conociendo al cabo el fiscal que se le retardaba la hora de poder descargar en el venerable anciano la fúria de que se habia escapado el jóven príncipe, dirigióla toda contra el infeliz Roldan, á quien se mandó someter á la cuestion del tormento, presenciándola el mismo D. Alonso.

De todas las barbaries de aquel tiempo que la civilizacion ha ido poco á poco desterrando, ninguna nos ha parecido nunca tan brutal y repugnante como la llamada *cuestion del tormento.*

Distamos mucho de ser partidarios de la pena de muerte, mas comprendemos que haya podido—y áun pueda—parecer á muchos una necesidad inexorable; pues confesamos la existencia de ciertas perversidades, innatas y profundas, que parece alejan toda esperanza de regeneracion futura; pero *la cuestion del tormento* no se presta á ningun género de disculpa, porque no obedece á ninguna razon de conveniencia social. Ese refinamiento de crueldad, ideando medios para producir el dolor físico hasta hacerlo irresistible, y pretendiendo arrancar en los gritos desgarradores de la trastornada víctima la serena voz de la verdad, es la más absurda de las demencias, la más inútil de las ferocidades. Se hace, por tanto, inverosímil que semejante inspiracion del infierno haya podido dominar los primeros fervorosos siglos del cristianismo; haya osado querer amalgamarse con el espíritu sublime del Evangelio.

No intentamos afectar el ánimo del lector describiéndole

aquí, con sus horribles detalles, la tortura atroz de la garrucha, que tuvo que sufrir nuestro pobre Roldan; dirémos solamente que — aunque levantado á considerable altura por la cuerda que le sujetaba los puños, y llevando en cada uno de los piés un peso de sesenta libras de hierro,— no flaqueó ni un instante la entereza de aquel corazon viril; ántes por el contrario, cuando — en lo más fuerte del dolor — clamó porque lo bajasen, ofreciendo decir toda la verdad de cuanto habia pasado, supo aprovechar audazmente la atencion con que le escuchaban los circunstantes, y en particular el escribano público, para hacer las inesperadas declaraciones siguientes:

— Puesto que se me obliga á expresar sin rebozo cuanto sepa, aunque para ello me sea necesario aludir á personas dignas de respeto, voy á complacer al tribunal con una exposicion sencilla y exacta de los sucesos ocurridos. Declaro primeramente que ha sido de todo punto falso el vociferado alzamiento, pues—segun noticias recientes, que reputo fidedignas — D. Diego de Torres, léjos de ocuparse en fraguar conspiraciones, estaba consagrado exclusivamente, durante los meses últimos, á sus tiernos amores con una jóven dama, muy conocida de S. S. el fiscal D. Alonso de Orozco, quien fué á visitarla, no hace mucho, á su destierro de Turmequé, donde tuvo ocasion de convencerse de la verdad de mi aserto. Declaro asimismo que he creido prestar servicio á la real Audiencia facilitando la evasion del sentenciado, tanto por evitarle el remordimiento que la asaltaria cuando llegase á entender tardíamente la inocencia del supuesto reo, cuanto por impedir en lo posible se exaltase más en los ánimos el ódio contra el señor fiscal, de quien se aseguraba, calumniándolo, que por celos y envidia habia fraguado contra el cacique una trama verdaderamente satánica.

— ¡Basta! gritó á este punto mordiéndose los labios el personaje aludido; continúese la ejecucion de lo acordado, y que no escriba el secretario las insolentes necedades que ha pronunciado ese hombre.

El vizcaíno Alvis, al cual se dirigia la última órden, miró de alto á bajo á quien la pronunció, cómo quien examina un objeto merecedor de estudio, y respondió gravemente: — *Secretario del rey tiene que ser siempre secretario*

fiel (1). Diga Roldan lo que guste; que yo juro escribirlo sin omitir una tilde.

— Pues bien — añadió entónces el ex-alguacil, más envalentonado con la firmeza del secretario — ponga vuestra merced, señor de Alvis, que recuso al señor fiscal D. Alonso de Orozco, porque, segun proclama la voz pública, no puede S. S. juzgar con imparcialidad nada que esté relacionado con D. Juan Bautista Monzon y con D. Diego de Torres; porque el uno, á pedimento de la mujer legítima — que se veia abandonada — desterró de Santa Fe á la que designaba por rival; y el otro tuvo la buena ó la mala suerte de que dicha señora desterrada lo escogiese para suplantar en su corazon al antiguo amante, de quien parece se encontraba cansada.

Armóse tal alboroto en la sala del tormento al escuchar las anteriores palabras, que durante algunos minutos fué imposible restablecer el órden para que se pudiese entender lo que cada uno reclamaba.

Furibundo D. Alonso, exigia á gritos se continuase la tortura de aquel reo insolente y escandaloso; miéntras el oidor Zorrilla, presente tambien, reforzando las voces de su amigo, apostrofaba á Roldan con amenazas é improperios; y que el secretario, pidiendo desaforadamente calma y dignidad, contribuia á turbar la primera, perdiendo él mismo la segunda. Sólo el paciente se conservaba sereno, aunque sus sangrientos y descoyuntados puños estuviesen delatando los terribles dolores qne sufria.

— ¡A la garrucha! ¡A la garrucha otra vez! fueron últimamente los clamores que, dominando á los otros, se hicieron oir imperiosos. ¡A la garrucha hasta que confiese quién ha sido su cómplice en la evasion facilitada al cacique!

Los ejecutores obedecieron, giró la ruda cuerda por la máquina, y el infeliz torturado fué subido rápidamente, llevando consigo las barras de ciento veinte libras de peso.

En esta ocasion, toda la fuerza del ánimo no bastó á sostener la del dolorido cuerpo.

---

(1) Palabras textuales, segun el cronista Tresle.

Desencajósele al pobre Roldan el ántes sereno rostro, turbósele la mirada, brotó sanguinolenta espuma de sus convulsos labios, y — dejando caer la cabeza sobre el pecho — exhaló tan hondo gemido, que parecia que con él se le escapaba el alma.

— Este hombre se muere — dijo uno de los ejecutores; — y como Zorrilla mandase soltar la cuerda, lo hicieron todos tan de pronto, que el paciente dió en tierra con tremendo golpe, que fué juzgado mortal por cuantos lo presenciaron.

Dispúsose entónces la venida de un médico, y tardándose demasiado el hallarlo, se retiraron, por fin, el fiscal y su amigo, dejando á la víctima sin conocimiento todavía y con las apariencias de cadáver.

Algunas horas despues, sin embargo — y miéntras el facultativo que habia acudido á visitarle daba parte al real acuerdo de que el enfermo se hallaba muy próximo á su fin — éste, que al volver en sí se encontró solo, acostado en la cama y envuelto en una sábana mojada en vino, dió por primeras señales de vida el levantarse al punto, aunque con trabajo, por el quebrantamiento de sus miembros, y ponerse á examinar, curioso, los barrotes empleados en su tortura.

Habíanle dejado una vela encendida, de la cual se aprovechó en seguida para buscar medio de salir de aquella pieza, logrando, en efecto, proporcionarse comunicacion con la inmediata; donde se hallaba otro preso de su mismo partido ó bando, complicado en la supuesta conjuracion del cacique, y el cual pensó mirar un fantasma cuando se le presentó de improviso, semiamortajado en el lienzo de la sábana blanca que lo envolvia, y entre la que resaltaba — á la opaca luz de la vela llevada en su diestra — la amarillez del áun desencajado semblante.

— ¿Quién sois? preguntó con sobresalto.

— Juan Roldan, respondió el interpelado, que viene á pediros algo para comer, ofreciéndoos, en cambio, cuatro famosas barras de hierro para la reja de la casa de campo que estais construyendo en Tunja.

— ¡Qué escucho! exclamó el sorprendido preso, arrojándose del lecho. ¿Ha sido, pues, falsa la noticia que me dieron, de que habias sufrido esta tarde la cuestion del tormento, saliendo de ella espirante?

— En cuanto á lo primero, dijo el ex-alguacil exhibiendo sus manos, viendo estais que no os han engañado; pero respecto á lo último, como me deis con qué matar el hambre, única tortura que sufro por el momento, me atrevo á aseguraros no moriré de ésta, Dios mediante; porque áun me queda mucho que hacer por este pícaro mundo.

— Aquí teneis bizcochos y vino, le dijo su compañero de prision, sirviéndole él mismo lo que ofrecia.

— Me dejo servir de vos, le advirtió Roldan, porque necesito sentarme á causa del temblor de mis piernas; pero —para que el obsequio sea completo — exijo vacieis conmigo esta botella, brindando primeramente por el rey nuestro señor D. Felipe II; despues por el jóven cacique de Turmequé, á quien libre el cielo de volver á esta morada; y últimamente por vuestra libertad y por la mia, que serán pruebas de que por fin ha sido limpiado este hermoso y desgraciado país de la caterva de malandrines que hoy infestan su suelo y deshonran el glorioso nombre de la madre patria.

X.

Siguiendo los consejos del visitador, el fugitivo D. Diego se guardó bien — en los primeros dias que siguieron á su evasion — de presentarse en ningun puerto para facilitarse embarco para España, pues era casi seguro que — suponiéndole esta intencion — hubiesen tomado las autoridades medidas perentorias para su captura en tales puntos. Hizo lo que ménos debia suponerse por sus perseguidores, que fué internarse en los mismos campos de los que fueron sus dominios, y confundido entre los indios sus vasallos — con cuya fidelidad contaba — dedicarse como ellos á las faenas campestres, beneficiando el terreno de que le habian despojado.

El cronista coetáneo de nuestro héroe, en su curioso libro

dedicado al rey de España (y del cual nos hemos servido para esta verídica leyenda), refiere que hubo vez en que se interrogó al mismo cacique por los que le buscaban, sobre si tenian sus antiguos súbditos alguna noticia de su paradero; bastando una cabellera postiza y el disfraz que vestia, para no ser conocido, y que le dejáran *cuidar tranquilamente las labranzas de sus indios, á fin de que no se las comiesen los periquitos* (1).

Sólo los perspicaces ojos del amor podian alcanzar el poder de descubrir, á traves del cambio exterior, la identidad del rústico labrador y del elegante príncipe.

Estrella, cuya salud quebrantaron las fuertes emociones de los últimos sucesos, quiso retirarse á la campiña — despues que tuvo conocimiento de la salvacion de su amante — para probar si los aires puros, la soledad y el sosiego, restablecian por completo su naturaleza fatigada.

Casualidad caprichosa, ó instinto inexplicable del corazon, la hizo escoger precisamente la casa de campo de una amiga suya, que estaba situada cerca de la aldeilla de indios en cuyas chozas habia buscado asilo el cacique.

Se solian pasear la *incomparable* capitana y la amiga á cuyo lado pasaba aquella temporada campestre, en las primeras horas de las frescas tardes de otoño, tomando á veces la direccion del caserío indicado, y entre gran número de indios — encontrados comunmente á su paso — les llamó la atencion, cierto dia, uno que al verlas por primera vez dejó escapar pequeño grito de sorpresa; si bien fué envuelto en seguida, como para ocultarlo á sus miradas, por un tropel de trabajadores compañeros suyos.

Sin explicarse claramente el por qué, Estrella estuvo desvelada toda la noche, y á la siguiente mañana, abriendo la ventana de su aposento, se encontró depositado en ella un lucido ramillete atado con encarnada cinta, que reconoció al instante por haberle pertenecido, aunque hurto amoroso se la sustrajese cierto dia.

La vista sola de aquel objeto hizo que lo adivinase todo;

---

(1) Palabras de la crónica.

D. Diego de Torres estaba cerca..... D. Diego de Torres era el fingido labriego de cuyos labios se escapára, el dia ántes, al encontrarla, el grito extraño que resonó por largo tiempo en su pecho.

Aquella tarde salió la jóven á paseo más temprano que de costumbre, y sin la compañía de su amiga, de quien suponemos logró desembarazarse por medio de algun ingenioso artificio — de esos en que son tan fecundas las mujeres,— y al regresar á su morada, cualquier curioso que la hubiera observado no podria ménos de admirar la expresion de salud, de contento y de ufanía que brillaba de nuevo en su peregrino semblante.

Era fácil comprender, con sólo verla, que se hallaba de nuevo en posesion del objeto amado, por quien tanto habia tenido que temer y sufrir durante largas semanas.

En sus sucesivas excursiones pedestres, siempre que lograba hacerlas sola ó sin otra compañía que la de su fiel negra, regresaba comunmente bastante tarde, y tan satisfecha, al parecer, que la amiga que la hospedaba no podia ménos de asombrarse de aquella complacencia, extraordinaria y constante, que hallaba su huéspeda en contemplar las labranzas de los indígenas.

No era llegada aún para el amor de Estrella hácia el cacique la época de decadencia; ántes, al contrario, prestábanle exaltacion y poesía todas las circunstancias que lo acompañaban.

Las calumnias y persecuciones de que habia sido blanco D. Diego; su sentencia de muerte, dictada por los celos de un rival aborrecible; los peligros que áun corria en aquellos campos patrimoniales, en los que se hallaba acogido por la piedad de los que eran sus naturales vasallos; la casualidad ó el destino, que le habia reunido allí con la que tantos infortunios le atrajera con su amor; las misteriosas citas en el fondo de una cabaña india, guardada por la fidelidad de hombres semisalvajes; la imposibilidad misma de prolongar aquella situacion, llena á la vez de inquietudes acerbas y de embriagadoras delicias..... todo parecia concertado á propósito para enardecer la mente de una mujer novelesca y ávida siempre de nuevas impresiones.

Pero miéntras ella representaba con entusiasmo loco aque-

llas interesantes escenas del drama secreto de su vida, el desenlace — todavía ignorado — que la Providencia le señalaba, se iba preparando silenciosamente por el actor que hasta entónces habia figurado ménos.

Las declaraciones de Roldan en el tormento, trascendiendo al público, despertaron de nuevo poderosamente á la maledicencia. Todos hablaban de los celos del fiscal y de los nuevos amores de la capitana; todos referian hechos descubiertos, ó inventados, para hacer más digna de execracion y desprecio á la liviana mujer causa de tantas revueltas y desgracias; todos ponderaban la estúpida ceguedad ó la inconcebible indiferencia del deshonrado marido; y los mayores amigos de éste fueron los primeros en darle muestras de un desvío—que si al principio sólo le causó extrañeza— le produjo bien pronto largas y tormentosas cavilaciones.

Habíase quedado en Turmequé cuando se retiró Estrella á la campiña; pero tan insoportable llegó á hacérsele el ostensible alejamiento de cuantas personas frecuentaban ántes su trato; de tal naturaleza fueron las sospechas que empezaron á asaltarle, por palabras sueltas cogidas aquí y allá en los corrillos á que se aproximaba, y que solian deshacerse á su llegada, que al cabo de algunos dias resolvió salir á toda costa de tan cruel incertidumbre.

Una vez despertados en su mente recelos terribles sobre la conducta de su mujer, veníansele á la memoria recuerdos de circunstancias que pasáran desapercibidas, pero que adquirian de repente toda la fuerza de datos acusadores, y aunque no acertaba todavía á comprender toda la extension del ridículo que llevaba encima, la sospecha sola de que intentaban imponérselo, bastaba para herirle mortalmente en lo más íntimo de su delicado pundonor.

Don Diego, por su parte, no se adormecia tanto esta vez en brazos de su fortuna amorosa, que descuidára el hacer practicar diligencias activas á fin de facilitarse modo seguro de embarcarse en Cartagena con direccion á España. Hubiera sido peligroso intentarlo en los primeros dias de su evasion; pero el tiempo trascurrido ya era suficiente para que pudiera creerse ménos perseguido y expuesto, y sólo esperaba aviso de algun buque que se diese á la vela, para abandonar su asilo y gozar verdaderamente la libertad conquistada.

El capitan, marido de Estrella, acertó casualmente á presentarse en la casa de campo en que ésta se hospedaba, el mismo dia en que los dos amantes acababan de darse los más tiernos adioses, partiendo él para Cartagena y quedando ella llena de tristeza, ansiando prontas noticias de haberse felizmente embarcado.

El capitan llegó pensativo y sombrío; la capitana le recibió sorprendida y turbada. Por más que el uno y la otra se esforzáran por disimular sus secretos sentimientos, ni ella pudo desconocer que su marido venía preocupado de alguna idea penosa, ni á él se le ocultó un momento que su mujer se hallaba agitada por algun recelo misterioso.

Habia, empero, una diferencia notable, y es que la esposa más pensaba en el amante que observaba al marido, y que éste no dejaba un instante de acechar, por decirlo así, cada uno de los movimientos y de las impresiones de aquélla.

De este modo, cuando la negra — confidenta de nuestra heroína — obedeciendo á un encargo recibido de ella, vino, pocos dias despues, á entregarla secretamente un pequeño escrito, en que el cacique la comunicaba haberse embarcado sin contratiempo y darse al mar en seguida, la emocion gozosa de la enamorada dama no pudo ocultársele al observador capitan; así como tampoco ni el más pequeño fragmento del pliego que su mujer — apénas leido — habia con una tijera menudamente cortado.

No le fué posible en verdad, por más que trabajó para coordinar los esparcidos trozos, tomar conocimiento del sentido de las palabras que contenian; pero dos cosas quedaron desde aquel momento para él fuera de toda duda: la primera, que su mujer tenía un amante, de quien habia recibido favorables noticias aquel dia..... otra, que la esclava negra era sabedora de todos los secretos de su ama.

Fué entónces instantánea la resolucion del capitan. Manifestó á Estrella que siendo ya tiempo de que regresára á Turmequé, y estando la casa que allí habitaban en el desórden consiguiente á la ausencia suya y al descuido de un militar poco avezado á las incumbencias domésticas, creia conveniente adelantarse él con la esclava, para que, cuando ella tornase á su hogar, lo hallára todo en disposicion de recibirla dignamente.

En consecuencia, la jóven permaneció algunos dias más con su amiga — en completa libertad para ir á contemplar amorosa los sitios de sus últimas entrevistas con el caeique, y de la tierna despedida en que se habian jurado mutuamente no olvidarse jamas; — y el capitan partió para Turmequé, llevándose á la negra, resuelto á arrancarle á todo trance los secretos de que era depositaria.

XI.

Al regresar el marido de Estrella á Turmequé, corrian en dicha poblacion nuevas escandalosas noticias de sucesos ocurridos en la capital del reino. El fiscal parecia realizar — con la enormidad de los desmanes á que se abandonaba — el popular aserto de que ciega Dios al que debe perderse.

No habia conseguido, ni con torturas, ni con amenazas de muerte, ni con promesas de galardones, arrancarle al impertérrito Roldan nada que le diese luz sobre el paradero del cacique, ni nada tampoco en que pudiese apoyar las acusaciones de complicidad en que queria envolver al visitador respecto al supuesto delito de aquel personaje; pero, en cambio, logró al cabo ganarse á un criado infiel, que prestára testimonio de las íntimas relaciones del reo fugitivo con el severo magistrado, y de que habia estado el primero en la casa del segundo, apénas escapado de su prision, para proveerse de armas y de caballo con que emprender la fuga.

Sobre estos datos aglomeró el fiscal otros, hábilmente combinados por su ingenio, no vacilando despues en instruir proceso en forma, dirigido á hacer evidente la criminalidad del alto funcionario contra quien dirigia entónces los tiros de su saña.

Comprendiendo Monzon lo que se fraguaba en su daño, resolvió — con aprobacion del cabildo de regidores, y del arzobispo y alto clero, á quienes consultó — anticipar un

golpe decisivo, suspendiendo á toda la real audiencia; pero ántes de que el auto se hubiese firmado, la actividad de don Alonso le ganó de mano, y vió—con tanta sorpresa como indignacion—asaltada su casa en mitad del dia por alguaciles y hombres de armas, capitaneándolos el capitan del sello y el mismo fiscal Orozco, que venian á prenderle, segun disposicion del real acuerdo.

El jóven sobrino del visitador — su compañero de velada la noche de la evasion del cacique — les salió al encuentro, desarmado, y dirigiéndose al capitan, le dijo únicamente:

—¿Qué significa esto? ¿Quién ha ordenado semejante traicion y villanía?

A cuyas palabras contestó el interpelado: — Aquí no hay más traidores que vosotros — apuntándole al mismo tiempo con una pistola, que por fortuna se negó á hacer fuego, pero con la cual dió al mancebo tan tremendo golpe entre ceja y ceja, que lo tendió á sus piés sin conocimiento.

En los mismos instantes, segun refiere la crónica, se trababan á cuchilladas en el patio los alguaciles de la audiencia y los criados del visitador, hasta que interponiéndose la fuerza armada, tuvieron que ceder los últimos, no sin haber ántes sellado en la tierra con su sangre el testimonio de fidelidad que daban á su señor.

Éste, miéntras tanto, se presentó indignado á sus enemigos, protestando enérgicamente contra el inaudito atropello que se intentaba cometer en su persona; pero el fiscal — sordo á todas las razones — mandó echarle mano sin tardanza, y así lo ejecutaron sus secuaces.

«Asiéronle de piernas y brazos (dice el cronista), levantándole en peso, y echaron á andar por la escalera abajo, y como al descender fuese colgando hácia atras la cabeza de D. Juan Bautista, un buen hidalgo de Tunja — que se hallaba allí atraido por el tumulto — sostúvole la cabeza con sus dos manos; pero habiéndosele deslizado en los últimos tramos, por querer cuidarse de la espada que llevaba debajo del brazo, llevó tan grande golpe el pobre visitador, que se quedó desmayado. Al hidalgo de Tunja le costó el comedimiento de haberle sostenido algunos minutos la cabeza, mil quinientos pesos de multa.»

Con la prision del anciano y digno magistrado no se dió por satisfecha la venganza del fiscal; habia ido muy léjos, para retroceder ó estacionarse. — *Los muertos no hablan*, decia á su amigo Zorrilla, indicando de este modo, asaz claramente, lo que faltaba por hacer si querian ponerse á cubierto, despues de tales desmanes, de la justicia del rey, á quien tarde ó temprano le serian conocidos.

Intentóse, por tanto, envenenar al preso; pero adivinándolo éste, no comia otra cosa que lo que le llevaba—dentro de las mangas de su hábito—cierto fraile de San Francisco, amigo y confesor suyo, que le visitaba con frecuencia.

Pensóse tambien en ahorcarle en la cárcel, haciendo creer se habia suicidado en un momento de despecho furioso; pero llegando á entenderlo los regidores, se juntaron en cabildo, y redactaron una peticion al real acuerdo, á fin de que se les hiciese depositarios de la persona del visitador Monzon, para lo cual ofrecian fianzas suficientes, respondiendo de que lo entregarian cuando llegára el caso; pues sólo pretendian salvarle la vida de asechanzas alevosas, y no sustraerle al fallo que dictase la justicia.

El arzobispo, por su parte — acompañándole en este empeño todos los prebendados — se presentó, asimismo, al real acuerdo, reclamando se pusiesen guardias de vista responsables de la vida del visitador, á quien se decia de público trataban de asesinar cobardemente algunos de sus enemigos, y — á despecho del fiscal — la audiencia tuvo que atender á tan respetables peticiones, dictando medidas bastantes para impedir los atentados que se temian y anunciaban.

De este modo quedó á salvo de la venganza, que queria darle el postrer golpe, uno de los personajes más notables de cuantos figuran en esta breve historia; y declaramos con entera verdad — aunque se nos acusa de tendencias grandes hácia lo trágico, y aunque reconocemos que nos place hacer patente en nuestras obras la ineludible ley de las expiaciones — declaramos, repito, sentir vivos deseos en la ocasion presente, de poder decir lo mismo que de aquel, de la *incomparable Estrella*, sobre cuya luz vimos extenderse al final del anterior capítulo cierta nube tempestuosa.

El deber que nos hemos impuesto, sin embargo, de no alterar la exactitud de los hechos, nos obliga á confesar que

no tuvo la esclava negra el heroico sufrimiento que ostentó Roldan en la tortura; pues declaró plenamente, bajo los golpes del látigo, cuantos secretos le eran conocidos por la confianza que en ella tenía la imprevisora capitana.

La crónica refiere — sin salir garante de que sean ciertos todos los pormenores del suceso — que el ofendido esposo, una vez enterado de toda la extension de su desgracia, hizo venir á Estrella á Turmequé, donde no se hallaba ya su confidenta, á quien se alejó de allí bajo especioso pretexto.

Nada hubo de alarmante en la manera con que recibió á la querida del cacique el marido conocedor de sus faltas. La casa que habitaban habia sido convenientemente dispuesta para las comodidades de la elegante jóven; perfumaban su nupcial aposento ramos de las últimas flores otoñales, pagadas á alto precio; cantaban sus pájaros favoritos en nuevas jaulas doradas, vestidas con festones de campanillas matizadas; y la nueva camarera que debia servirla durante la ausencia de la esclava negra, se engalanó extraordinariamente, por órden del amo, para presentarse á la señora con agradable aspecto..... todo, en una palabra, parecia demostrar que el capitan era, como siempre, el fino y amante esposo de la célebre beldad de cuya posesion se ufanaba.

Estrella sólo pudo notar con extrañeza la carencia de visitas de bienvenida, que la costumbre la autorizaba á esperar, y se quejó de seguida á su cónyuge de tan inexplicable aislamiento.

— Tiene mucha disculpa, á mi juicio, la respondió el capitan con la mayor naturalidad posible; todo el mundo está disgustado en estos dias por los tristes sucesos ocurridos.

— Tambien me afecta la prision del pobre D. Juan Bautista, repuso la dama; pero no creo que deba ser motivo suficiente para faltar las gentes de Turmequé á los usuales deberes de cortesía.

— ¿Ignorais — preguntó el marido, clavando la vista en el semblante de su interlocutora — que corren otras noticias más tristes para este pueblo que el encarcelamiento del juez visitador?

— ¿Cuáles son esas noticias? Nada he sabido, sino los atropellos contra Monzon, dijo Estrella.

— Pues no se habla hoy de otro cosa, pronunció el ma-

rido, soltando una mentira — al parecer meditada de antemano — sino de la desgracia de nuestro jóven amigo el cacique D. Diego, quien despues de tener la fortuna de escaparse de manos del verdugo, ha hallado la muerte entre las olas, porque se asegura el naufragio del bergantin en que se embarcó há pocos dias con direccion á España.

Estrella se esforzó en vano por conservar aplomo y firmeza. El capitan — que no apartaba de su rostro la escrutadora mirada — vióla palidecer, estremecerse, y sucumbir al cabo á la impresion del nuevo é inesperado golpe, cayendo en completo síncope.

Estaba, sin embargo, tan bella, caida á los piés del marido, blanca é inanimada como estatua de alabastro — obra maestra de cincel inspirado,— y las madejas de oro de sus profusos cabellos semivelaban con tan poética gracia aquellas facciones admirablemente armónicas, que el causante del daño — al contemplarla cruzado de brazos durante algunos minutos — acabó, acaso, por conmoverse á su despecho; pues hizo llamar médico que la socorriese con urgencia.

El esculapio ordenó inmediatamente sangrarla, y — conociendo la costumbre seguida en tales accidentes — el marido lo habia previsto, sin duda, pues todo estaba preparado para que se cumpliese sin el menor retardo la prescripcion facultativa.

Picóse, pues, la vena en uno de los hermosos brazos de la paciente, sin embargo de que empezaba á recobrar los sentidos, y la vista de la sangre debió causar tan irresistible impresion en el ánimo del esposo, que—apénas la vió brotar—dióse prisa á poner sobre la herida el pulgar de su diestra, exclamando que no tenía valor para permitir continuase corriendo aquella sangre preciosa, que le era tan querida.

El cirujano, obediente, vendó en seguida el brazo de la jóven, y — ¡cosa extraña! — pocos instantes despues su dolencia, cambiando de carácter, presentó síntomas terribles é inexplicables para el médico.

Consternado, al parecer, el capitan, no se daba cuenta de lo que estaba pasando; pero la enferma, sintiendo que la muerte discurria por sus venas con rapidez asombrosa, pidió ansiosamente los auxilios espirituales.

Fué complacido su religioso afan: confesóse con peniten-

tes disposiciones, recibió de seguida el santo viático, y en un momento de conversacion á solas que tuvo despues con su marido, se asegura que le pidió perdon llena de arrepentimiento profundo, y que lo alcanzó de véras.

Al dia siguiente no existia ya aquella mujer bellísima, cuya desgracia repentina trocó en compasion y en simpatía las maledicencias públicas.

La voz general acusaba al capitan de haberle introducido en las venas — al cubrir con su dedo la cisura de la sangría — un veneno sutilísimo conocido en el país, y que puesto en el más ligero contacto con la sangre la descompone toda en pocas horas; llegando á difundirse de tal modo la sospecha del indicado crímen, que el capitan fué preso, abriéndose sumaria en averiguacion de la verdad de los hechos.

No estaba extinguida en el pecho del fiscal la frenética pasion que le inspirára Estrella, y acaso lo hubiera pasado mal el vengativo esposo si posteriores acontecimientos — que serán asunto del siguiente capítulo, último de esta historia — no hubiesen producido trastorno completo en el curso de las cosas pasadas.

XII.

Llegadas á España las noticias de los escándalos de que dejamos hecha sucinta relacion, procedióse, como era consiguiente, al nombramiento de nuevo visitador y nuevos oidores, los cuales — con grande júbilo del país — llegaron felizmente á las playas americanas, para poner término á una situacion insoportable.

El mismo dia en que los nuevos funcionarios fueron recibidos con públicos festejos en la ciudad de Santa Fe — cansada de agitaciones y alborotos — pasó el Sr. Prieto de Orellana á la prision de su antecesor D. Juan Bautista, para ponerle en libertad y desagraviarle, con las mayores demostraciones de deferencia y respeto.

Tan grande fué el gentío agolpado al paso del respetable Monzon, que — segun refiere el cronista — no pudo entrar en la iglesia mayor, adonde se dirigió para rendir gracias al cielo, impidiéndoselo la muchedumbre jubilosa, que por todas partes lo cercaba.

Algunos dias despues se abrieron tambien las puertas de la cárcel para Roldan y cuantos fueron complicados en el fingido alzamiento; y no pasó mucho tiempo tampoco sin que se satisfaciese por completo la pública vindicta, residenciándose al fiscal Orozco y á su amigo el licenciado Zorrilla, los cuales fueron embarcados para Castilla en calidad de presos; cabiéndoles, ademas, el sentimiento de saber que partia al mismo tiempo que ellos — llevándose á Roldan, y despedidos ambos por generales bendiciones del pueblo,— D. Juan Bautista Monzon, nombrado por S. M. presidente de la real audiencia de Lima, donde habia dejado ántes los recuerdos más gratos.

Comenzó á respirar el reino de la Nueva-Granada—despues de tantos disturbios—bajo la nueva administracion, cuya suavidad quiso ser tanta, que no bastándole haber puesto en libertad á los encausados por intrigas de partido, hizo sobreseer hasta muchos procesos por delitos comunes, contándose entre ellos el del capitan viudo de la infortunada Estrella.

Desde el momento en que se vió libre, sólo se ocupó éste de poner órden en sus negocios, realizado lo cual solicitó permiso de pasar á España, que le fué al fin otorgado.

Su venganza se habia quedado á medias, y estaba resuelto á completarla. Érale preciso lavar del todo la mancha de su honra, siguiendo al traves de los mares á los dos hombres funestos para él, y cuya sangre tenía que verter su espada.

Firme en este propósito, no alcanzó á debilitarlo un momento, ni la circunstancia de haberlo detenido largos meses en el puerto de su desembarco una enfermedad peligrosa, de cuyas resultas quedó largo tiempo baldado, ni la oscuridad que parecia rodear la existencia de sus dos enemigos, de cuyo paradero pedia en vano noticias á sus corresponsales de la córte.

Tan luégo le fué posible, emprendió el capitan personales diligencias para descubrir lo que anhelaba saber, y —

efectivamente — llegó á su conocimiento que el primer corruptor de su infeliz consorte se hallaba entónces en una pequeña poblacion de la vieja Castilla.

Pasó en seguida al punto designado, y se presentó sin anunciarse en la casa en que se le dijo habitaba D. Alonso.

Quiso la casualidad saliese á recibirle la esposa del que buscaba, y al preguntarla el capitan la hora en que podria hablar reservadamente con su marido, vió — admirado — que en vez de contestarle la señora de Orozco, dejó caer de sus ojos algunas irreprimibles lágrimas, balbuceando al cabo entre sollozos: — Señor, no os será posible tratar con mi marido de ningun asunto serio, si es eso lo que deseais.

— ¿Por qué causa, señora? preguntó el viudo con alguna impaciencia; puede tener tal importancia lo que necesito comunicar á D. Alonso, que — cualesquiera que sean sus ocupaciones presentes — se crea en el deber de interrumpirlas para prestarme audiencia.

— Segun lo que os oigo, repuso la señora, ignorais, caballero, el estado de mi esposo.

— ¿Cuál es, pues?

— ¡Está loco!..... ¡completamente loco!..... articuló la exfiscala, prorumpiendo de nuevo en amarguísimo llanto.....

El capitan se retiró preocupado.

— ¿Por qué vengarse el hombre — se decia á sí mismo — cuando la Providencia sabe de esta manera volver por el ofendido, castigando al ofensor?

Sin embargo de esta justísima reflexion, continuó sus diligencias para encontrar al cacique.

Durante muchas semanas hízolo inútilmente; pero cierto dia — visitando en Madrid las caballerizas reales — vió de pronto pasar cerca de él á un jóven modestamente vestido y con aspecto macilento y triste, pero en el que se descubria, no obstante, maravillosa semejanza con D. Diego de Torres.

— ¿Quién es ese hombre? preguntó al jefe de las caballerizas, que le iba acompañando.

— Es el picador de los caballos de S. M., respondió sencillamente el interrogado.

— Se parece mucho á un conocido mio, dijo entónces el capitan, volviendo la cabeza para seguir con los ojos al objeto de la conversacion.

— No sería extraño que lo hubiéseis visto durante vuestra residencia en la Nueva-Granada, repuso el jefe de las caballerizas; porque habeis de saber que ese hombre era un personaje no hace mucho tiempo todavía. Hizo la calaverada de promover cierto alzamiento de indios — á cuya raza pertenece por su madre — y fué condenado á muerte por la real audiencia de Santa Fe. Logró, empero, escaparse, viniendo á pedir amparo á nuestro augusto soberano, quien tuvo á bien dispensárselo, y como todos sus bienes — que se dice eran cuantiosos — fueron confiscados á favor de la real cámara, le señaló S. M. una pension de mil cuatrocientos cuarenta reales anuales, á condicion de que se ocupase algun tiempo en adiestrar las caballerías de palacio, porque es un jinete sin segundo.

El capitan no quiso hablar ni oir más. Se despidió de su amigo, y salió de aquel sitio convencido plenamente de la exactitud de sus raciocinios al dejar la casa de D. Alonso de Orozco. — Sí, sí, — afirmaba en su interior, miéntras el recuerdo de la muerte de Estrella sacaba una lágrima á sus párpados; — no le toca al hombre tomar venganza del hombre: hay invisible mano justiciera, que ningun delito deja impune jamas. Sólo ella sabe dónde, y cuándo, y cómo, debe descargar su azote.

¿Qué pena podria imponérsele, mayor que la que sufre, al jóven príncipe indiano, reducido á adiestrar los caballos del rey por el salario de una peseta al dia?. . . . . .

FIN DEL CACIQUE DE TURMEQUÉ.

LA MUJER.

Artículos publicados en un periódico el año de 1860, y dedicados por la autora al bello sexo.

LA MUJER

CONSIDERADA

respecto al sentimiento y á la importancia que él le ha asignado en los anales de la religion.

I.

Mucho se ha escrito sobre la mujer y mucho resta que decir todavía, segun observa con razon un elegante publicista español, que recientemente ha enriquecido la historia del bello sexo con un volúmen precioso, dedicado exclusivamente á su estudio (1). No entra, sin embargo, en nuestro ánimo la idea de acompañarle por el vasto campo de su filosófica exploracion, ni la de prestarle nuevos y desconocidos datos, para ensanche y apoyo de sus teorías. Vamos principalmente, por ahora, á echar rápida mirada sobre los antecedentes de la mujer respecto al sentimiento, comenzando por el religioso; esto es, por el papel que le ha cabido representar en el augusto drama de las relaciones de Dios con la humanidad caida y regenerada.

II.

Concedemos sin la menor repugnancia que en la dualidad que constituye nuestra especie, el hombre recibió de la

(1) El Sr. D. Severo Catalina.

naturaleza la superioridad de fuerza física, y ni áun queremos disputarle en este breve artículo la mayor potencia intelectual, que con poca modestia se adjudica. Nos basta, lo declaramos sinceramente, nos basta la conviccion de que nadie puede, de buena fe, negar á nuestro sexo la supremacía en los afectos, los títulos de su soberanía en la inmensa esfera del sentimiento.

«Las almas grandes — ha dicho un poeta — aspiran á descender, no por laxitud, sino por instinto de la verdadera elevacion, que consiste en el sacrificio.» Tal es, precisamente, el carácter de la mujer; ella posee aquella intuicion de la verdadera grandeza, aquel instinto del supremo heroismo, que hace se complazca *descendiendo;* que hace se glorifique en el dolor; que hace, en fin, que consagre su corazon altar secreto de holocaustos continuos. Pero no temais que ese gran corazon, en que se aposentan los inmensos afectos de hija, de esposa, de madre, exigiendo triple tributo de abnegaciones ignoradas, se postre ó se rompa por no ser bastante á contenerlos. Desbordan, es verdad, aquellos sentimientos, y se derraman y se extienden por el mundo, pero es para servir de bálsamo á todas las úlceras que lo corroen; es para formar esas instituciones de beneficencia, que todas tienen á la mujer por fundadora ó tutelar. ¡Oh! ella no es madre solamente en el sentido material de la palabra; la maternidad de su alma comprende al universo. La Providencia misma lo indicó así, al hacer que naciera del seno virginal de María el divino representante del mundo regenerado.

III.

La dolorosa maternidad, expiacion en Eva, triunfo en María (que fué, sin embargo, la más mártir de todas las madres), ciñe las sienes de la mujer, penitente ó santa, con la aureola augusta del sacrificio; la reviste del sacerdocio más sublime — porque es el que exige mayor abnegacion — del sacerdocio del amor. ¡Oh! ¡sí! Eva llorando la esclavitud de sus hijos, echados al mundo con dolores de sus entrañas; María rescatándolos, tambien con sus lágrimas, y

abriéndoles las puertas del cielo con la inmolacion de su alma, sintetizan —digámoslo así— toda la historia de su sexo. ¡Siempre el sacrificio, hasta en el triunfo! De este modo la mujer se alza reina por *derecho divino* en los vastos dominios del sentimiento; reina como primera en el dolor expiatorio; reina como primera en el dolor glorioso de la lucha y la victoria.

Notadlo bien, vosotros los que recordais sin cesar la flaqueza de la primera madre, poniéndola como indeleble estigma sobre la frente del sexo; notad que María fué saludada *llena de gracia* por el mensajero celeste, ántes de que la gracia se hubiese encarnado en el hombre. Notad tambien que Adan delinquió con Eva, y con ella produjo descendencia corrompida; pero María *venció sola*, y—sin intervencion de ningun Adan — produjo descendencia divina. La gloria de María borró y cubrió con resplandores eternos la ignominia de Eva. La derrota de Adan necesitó de un Hombre-Dios para ser reparada.

IV.

El mundo — á pesar de las vulgaridades que circulan por su seno en detractacion del sexo femenino — no ha podido rehusarle los dictados de *bello*, *tierno* y *piadoso*, si bien desquitándose de este homenaje con llamarlo tambien *débil*. Apurado se veria, sin embargo, si le exigiésemos nos probase la justicia de esta última calificacion con la minoría vergonzosa en que apareciese el sexo en las páginas sangrientas del heroismo religioso. ¡Y eso que las mujeres no aprenden á ser fuertes y á despreciar la vida!

Mucho tambien habria de costarle el encontrar en la historia de las naciones un pueblo, un siglo, que no le suministrasen ejemplos admirables de mujeres magnánimas, ilustradas por hechos extraordinarios de patriotismo, que les han merecido de la posteridad el asombro y el aplauso.

¡Y eso que la mujer no está admitida á tomar parte en los intereses públicos, ni ha tenido jamas un Capitolio!

No es allí tampoco donde en este momento nos propone-

mos buscarla, porque no están allí los títulos más bellos de su gloria.

Volved, volved los ojos á aquellos dias señalados por el más grande de todos los sucesos del orbe; á aquellos dias en que brilló la luz tanto tiempo esperada, difundiendo sus resplandores hasta en *los que yacian á la sombra de la muerte.*

V.

El Redentor recorre la Judea dando voz á los mudos, movimiento á las paralíticos, vista á los ciegos, salud á los enfermos, y *anunciando el Evangelio á los pobres*, segun sus mismas palabras.

Los doctores de la ley le persiguen, acusándolo de perturbador del órden público.

Las mujeres ignorantes se van en pos suya, bendiciendo el vientre donde fué concebido.

El fariseo preciado de justo, que le recibe en su casa, no le ofrece agua para la ablucion prescrita por el uso.

La mujer pecadora llega á lavarle los piés con sus lágrimas y á enjugárselos con sus cabellos.

Pilato, débil ante el ciego furor de los ancianos y sacerdotes, que le piden sangre inocente, la hace saltar bajo los golpes del látigo, y abandona el Mesías al escarnio de sus soldados.

La mujer del gobernador romano salta de su lecho, perturbada por misteriosos presentimientos, y despacha mensajeros que le supliquen vivamente no permita sea derramada la sangre de aquel justo.

Y Pilato, y los doctores, y los sacerdotes, y los ancianos, y el pueblo, todos condenan al Hijo de Dios, todos le envian al suplicio, cargado con la cruz.

Las hijas de Jerusalen le siguen gimiendo y regando con sus lágrimas las últimas huellas del Mártir divino.

VI.

¡Oh! mirad levantada la cruz entre el cielo y la tierra, que une con sus brazos sangrientos. La Víctima santa, enclavada en aquel madero (que de instrumento de muerte queda convertido—á su contacto—en símbolo de vida), tiende las muribundas miradas en torno de aquel duro lecho de agonía..... ¿Qué se han hecho tantos discípulos honrados con su amor, ilustrados con su doctrina? ¿Dónde están los hombres privilegiados, escogidos por él para ministerio augusto, revestidos por él de potestad contra el infierno? ¡Uno solo está allí!..... ¡uno solo!..... Pero en cambio *hay tres mujeres.* Ninguna de ellas se halló presente á la gloria del Tabor; todas acuden á participar de la ignominia del Gólgota.

Luégo, cuando la noche extiende su lúgubre manto sobre la ciudad deicida, ¿quiénes velan en medio del silencio, preparando perfumes para embalsamar con piadosas manos los sacrosantos restos? — ¡Mirad! mujeres tambien. Por eso merecen que una de ellas escuche ántes que nadie aquel anuncio solemne de felicidad para todas las generaciones humanas. — «¡Mujer! no está aquí el que buscas; ha resucitado, como dijo.»

Y no es esto sólo; otro júbilo, otra gracia nos estaba reservada. La mujer— que fué la primera en recibir la noticia del triunfo—fué tambien la primera que contempló con sus ojos al *Primogénito de entre los muertos.*

Era justo; ella le habia acompañado en el suplicio y le buscaba en la tumba.

VII.

Hemos visto ántes á Eva y á María—á la madre culpable y á la Madre Santísima — ofreciendo igualmente al cielo abundante tributo de maternales dolores. Vemos ahora á María y á Magdalena—á la Vírgen sin mancha y á la cortesana arrepentida — ofreciendo igualmente á la admiracion del mundo el sublime ejemplo de la fortaleza del amor.

Las dos se nos presentan al pié de la cruz, y allí la una, y junto al sepulcro la otra, oyen de labios divinos y de labios angélicos aquel vocativo — ¡mujer! — que tiene en ambos casos significacion gloriosa.

¡Mujer! hé ahí á tu hijo, le dice el Redentor á María, simbolizando en San Juan á todos los hombres. Notadlo; no la llama madre suya, porque la Reina de los mártires no representa allí solamente á la augusta Madre del Mesías; representa á la *mujer*..... á la mujer rehabilitada, á la mujer santificada, á la mujer co-redentora, cuyo grande corazon puede contener la maternidad del universo.

¡Mujer! dice tambien el ángel á Magdalena, *el que buscas no está aquí; ha resucitado, como dijo.*

Tampoco la amante penitente es llamada por su nombre; el vocativo de que se sirve el nuncio celeste es el mismo empleado por el Redentor al dirigir á María sus últimas palabras: *¡Mujer!* Porque, lo mismo que la Vírgen sin mancha, la pecadora absuelta *porque amó mucho*, personifica allí á todo el sexo..... á ese sexo que acompañó á Jesus hasta el Calvario, que le bendijo cuando le maldecian los hombres, que le buscó en el sepulcro cuando le olvidaba en él un pueblo entero colmado de sus beneficios, y que — conquistándose para siempre las calificaciones de *piadoso y amante* — mereció la dicha de ser el primero en saber que la muerte habia sido vencida por el amor, y abiertas para el amor las eternas puertas de la gloria.

VIII.

María y Magdalena, la pureza y la penitencia, se ciñen á la par, en la divina epopeya del cristianismo, la corona inmarcesible del sentimiento, sintetizando á su sexo, grande siempre por el corazon.

Leed las sagradas páginas del Evangelio y en ellas hallaréis toda la historia de la *mujer*, y por ellas comprenderéis cuán noble, cuán bello, cuán augusto es el papel que le ha tocado representar en la historia de la humanidad.

María llena de gracia, Magdalena llena de amor; María madre y modelo de todas las generaciones redimidas, Mag-

dalena hermana y ejemplo de todas las almas penitentes; ambas amantes, ambas doloridas, ambas al pié de la cruz, simbolizan igualmente al sexo magnánimo, al que concedió el Eterno la soberanía en todos los afectos, y—por los merecimientos de todos los sacrificios—las primicias de todos los triunfos.

LA MUJER

CONSIDERADA

respecto á las grandes cualidades de carácter, de que se derivan el valor y el patriotismo.

I.

En el artículo que antecede, sólo quisimos considerar á la compañera del hombre bajo el aspecto que particularmente la distingue; esto es, en los dominios del sentimiento, que constituyen su más legítimo patrimonio. Vista de tal manera, y limitándonos, como lo hicimos, al rápido exámen del papel que le ha tocado representar — por aquella incuestionable supremacía — en los sagrados fastos de la religion, sentiamos entónces cierta orgullosa complacencia en mostrar desden por toda gloria que no fuese aquélla, dejando al que se llama *sexo fuerte* en tranquila posesion de cuantas exclusivas dotes se atribuye. Hoy, empero, se nos ocurre echar á la ligera otra ojeada sobre la historia de nuestro sexo *débil*, siquiera no sea más que por curiosidad de encontrar los fundamentos de esa calificacion que hace tantos siglos venimos aceptando. Sí, lo confesamos: nos punza un poco el deseo de averiguar si la mayor delicadeza de nuestra organizacion física, es obstáculo insuperable opuesto por la naturaleza al vigor intelectual y moral; si enriquecidas con los tesoros del corazon, nos desheredó, en cambio, el Padre universal de las grandes facultades de la inteligencia y del carácter.

Parécenos á primera vista, apénas iniciamos esta cuestion, que léjos de excluir la superioridad afectiva otras cualidades preciosas, se derivan de ella estímulos poderosísimos para todos los resortes del alma, y—viniéndosenos á la memoria tantas maravillas ejecutadas por el entusiasmo — no sólo nos sentimos dispuestas á declarar, con Pascal, que *los grandes pensamientos nacen del corazon*, sino que nos asalta la idea de que los más gloriosos hechos, consignados en los anales de la humanidad, han sido siempre obra del sentimiento; que los más fuertes héroes han sido en todo tiempo los más ricos corazones.

La vasta inteligencia asociada á mezquino poder afectivo es — si existe — una monstruosidad: solemos encontrar genios pervertidos ó extraviados por violentas pasiones, pero es rarísimo, si no imposible, el hallar gran potencia intelectual en desgraciadas organizaciones desprovistas de sensibilidad apasionada. Del mismo modo los vigorosos caractéres, los que son capaces de emprender y realizar grandes cosas, los que se atreven á echar sobre sí responsabilidades inmensas, no son comunmente propiedad de hombres áridos y frios, en quienes la accion no tiene otro móvil que meras especulaciones.

El poder del corazon es, por tanto, orígen y centro de otras muchas facultades, y aunque á veces ese poder pueda dar al carácter y á la inteligencia una iniciativa errada; aunque mal educado y dirigido — como lo está por lo comun en la mujer — suela emplearse indigna y lastimosamente, no por eso nos es permitido rebajar su incomparable importancia; ántes bien, debemos decir con Lacordaire: *Que el que quisiera despojar al hombre de la pasion por los males de que ha sido á veces instrumento, se asemejaria á un insensato que rompiera la lira de Homero, porque ha servido para cantar falsos dioses.*

II.

Siendo la potencia afectiva fuente y motora de otras, resalta la consecuencia de que la mujer — que privilegiadamente la posee — en vez de hallarse incapacitada de ejercer

otro influjo que el exclusivo del amor, debe á ella y tiene en ella una fuerza asombrosa, cuya esfera de accion sería muy aventurado determinar.

¿Buscarémos hechos que justifiquen esta teoría? La dificultad que se nos presenta consiste en tener que limitarnos á entresacar algunos, de entre los innumerables que nos ofrecen la tradicion y la historia.

Nada parece tan ajeno del tierno corazon femenino, nada tan incompatible con el dictado de *débil* con que se nos distingue, como las acciones extraordinarias de valor arrojado y de constancia invencible. Sin embargo, mirad á Débora declarando guerra á los cananeos, bajo la palma que le sirve de sólio cuando administra justicia á los hijos de Israel, y guiándolos por sí misma al combate en que derrotan al soberbio enemigo. Mirad á Jahel descargando con firme mano el martillo que traspasa las sienes de Sisara; á Judit penetrando en la tienda de Holofórnes para salir de ella con la sangrienta cabeza del invasor; á la madre de los Macabeos presenciando heroicamente el sacrificio de sus hijos, víctimas del amor patrio.

Y si apartamos los ojos de ese sagrado libro—el más antiguo y auténtico del mundo—verémos á las espartanas, quienes, al aproximarse Pirro para consumar la ruina de su ciudad, se resisten á ser trasportadas á la isla de Creta—donde para seguridad de sus vidas las mandaba el senado—y presentándose á éste, blandiendo espadas en sus blancas manos, le declaran que no obedecerán nunca un decreto que las deshonra, pues todas están dispuestas á vencer ó á morir con sus conciudadanos. Verémos á las hijas del tebano Antípedes, inmolándose sin vacilar cuando declara el oráculo que sólo triunfará Tébas si se derrama ilustre sangre en holocausto á los dioses. Verémos á Boadicea vengando la esclavitud de su pueblo con la muerte de 70.000 romanos; á las argivas defendiendo la ciudad que asalta el rey de los lacedemonios, y rechazándolo con pérdidas enormes; á una princesa sármata—colocada á la cabeza del gobierno en lo más florido de su edad—no sólo administrar recta justicia, sino sorprender y derribar del trono á un monarca ambicioso, que habia osado amenazar sus estados burlándose de la debilidad de su sexo. Verémos á Artemisa combatiendo—como

auxiliar de Xérjes —en Salamina, despues de ilustrarle con tan sabios consejos que — á seguirlos el persa — contaria la Grecia un lauro ménos en su corona de gloria. Verémos á la digna esposa de Germánico dejar el lecho, en que acaba de ser madre, para reanimar con su voz las huestes del campamento, y desempeñando, en ausencia de su marido, las veces de general. Verémos á la disoluta Antonina, siempre pronta á lavar las manchas del tálamo nupcial con la sangre enemiga que sabe verter su espada en los campos de batalla, al lado de su esposo Belisario. Verémos á las matronas de Alba Real — en Hungría — defender heroicamente aquella plaza sitiada por los turcos, cuando ya los hombres desalentados trataban de rendirla. Verémos á Juana de Arco, de cuya maravillosa historia no necesito recordaros hechos. Verémos á aquella ilustre griega (1) que desafiando el poder de Turquía — opresora de su patria — arma buques, los capitanea, y con la divisa de *libertad ó muerte*, logra que su pabellon, triunfante en los mares, difunda espanto dentro de los muros de Constantinopla; y á aquella famosa polaca (2) que presentándose á su marido — gobernador de una plaza sitiada — con dos puñales en la mano, le dice resueltamente: *El uno traspasará tu pecho y el otro el mio, si eres capaz de la flaqueza de rendirte;* y á aquella notabilísima figura de la revolucion francesa, que tiene por nombre madama de Roland; y á la no ménos extraordinaria que tiñó su delicada diestra con la inmunda sangre de Marat..... (3). ¿Para qué, empero, recorrer los fastos del mundo, entresacando de ellos heroínas?

Nos basta abrir un momento las páginas nacionales. Ellas nos presentan á la ilustre viuda de Padilla, rival de su esposo en gloria; — á María Pita, esgrimiendo el acero que abandonan los desfallecidos defensores de la Coruña y lanzándose á la brecha, ocupada ya por los ingleses; — á la infortunada Pineda, víctima de su amor á la libertad, marchando al suplicio con sereno continente; á la inolvidable Agustina de

(1) Bobolina
(2) Kazanowska.
(3) Carlota Corday.

Aragon, que arranca la mecha de las moribundas manos del último artillero que defiende la Puerta del Portillo, atacada por los franceses en el primer sitio de Zaragoza, y prende fuego al cañon, difundiendo el espanto en las filas enemigas.

Estos ejemplos, y tantos otros que citar pudiéramos (aun prescindiendo completamente de las innumerables mártires de la fe), ¿pueden dejarnos duda sobre la resolucion que debemos sentar respecto al problema examinado? ¿Se nos acusará de ligereza ó de parcialidad, si declaramos que tocante al valor y á la energía, ningun título nos presenta el *sexo fuerte* que no pueda disputarle el *débil*, con derechos incuestionables?

¡Oh! y no olvideis que las mujeres en ningun país del mundo somos educadas para sufrir fatigas, afrontar peligros, defender intereses públicos y conquistar laureles cívicos.

III.

Pero todavía es posible — queremos concederlo — que el entusiasmo, tan propio de los corazones apasionados, preste á la mujer en determinadas circunstancias un valor momentáneo, tanto más exaltado y violento, cuanto sea ménos propio de su naturaleza; y en tal concepto, los hechos más asombrosos de arrojo y de energía no son bastantes á dejar probado que el sexo dotado privilegiadamente con la hermosura y el sentimiento, lo esté tambien con grandes cualidades de carácter.

Los extremos se tocan — pueden decirnos; — la debilidad suele tener arranques de temeraria audacia; y sin negaros, por tanto, que la mujer sea capaz de actos admirables en un impulso de pasion, no os concederémos que sea tan apta como el hombre para llevar á cabo empresas arduas y dilatadas. En una palabra, ántes de aceptar la capacidad de la mujer como igual á la del hombre en todos conceptos, necesitamos algo más que esos hechos extraordinarios, que sólo nos convencen de que teniais razon en proclamar al entusiasmo autor de grandes prodigios.

Ahora bien, queridas lectoras, atendiendo, como es justo,

á las anteriores indicaciones, vamos á echar otra mirada rápida sobre los antecedentes del sexo, relativamente á la inteligencia y al carácter, comenzando por lo que haya de más arduo, trascendental y sublime.

Nada requiere mayores dotes de talento, firmeza y constancia; nada aparece revestido de tanta gravedad y grandeza como el gobierno de los pueblos. Regir á los hombres es la más difícil de las empresas; regirlos bien es, por consiguiente, la más excelsa de las glorias.

¿Puede la mujer alcanzarla? Un solo ejemplo de ello sería bastante á demostrar que su organizacion física no es incompatible con las más poderosas facultades del alma; pero nosotras desdeñamos soberbiamente — ¿por qué ocultarlo? — el acogernos á uno ni á dos ejemplos, por más decisivos que parezcan, y lanzando — sin eleccion, en tropel, segun se nos vengan á la memoria — algunos de los infinitos recuerdos que atesora el mundo de mujeres famosas en la administracion de los grandes intereses públicos, intentamos probar — no ya la igualdad de los dos sexos — sino *la superioridad del nuestro* en el desempeño de aquella mision augusta, la más ardua de cuantas plugo al cielo encargar á los humanos.

LA MUJER

CONSIDERADA

respecto á su capacidad para el gobierno de los pueblos y la administracion de los intereses públicos.

I.

Aunque somos deudoras al Cristianismo de la proclamacion solemne de la dignidad de la mujer, cuyos derechos de compañera del hombre y su co-habitante del cielo quedaron para siempre consignados; y aunque sea cierto tambien que á pesar de ello — y en deplorable muestra de la resistencia que opusieron las tinieblas de la razon humana al luminoso espíritu del Evangelio — todavía fué objeto de risibles debates la singular cuestion de si debia ser considerado nuestro sexo como parte integrante de la especie racional (1), es hecho no ménos evidente que desde muy antiguo — y á despecho de todas las egoistas teorías del sexo dominador — cedia éste en la práctica á la influencia poderosa del avasallado, y hasta reconocia en él, como por instinto, cierta grandeza, que no acertaba á explicar sino atribuyéndole inspiraciones divinas. La historia de los francos, los celtas y los

(1) Dicha cuestion fué seriamente discutida en un concilio (no ecuménico), que sólo despues de muchas dificultades pronunció la afirmativa. Véase la *Historia de Gregorio de Tours*, libro VIII, y los *Ensayos* de Saint Foix.

germanos, nos muestra á cada paso la veneracion que alcanzaban entre aquellos pueblos las mujeres, en cuyas manos depositaban muchas veces — al ocurrir circunstancias graves — toda la autoridad civil y política. Los francos podian censurar libremente la conducta de sus magistrados, pero no les era permitido poner en duda la sabiduría de los consejos femeniles, porque eran reputados oráculos del cielo.

En las Galias se instituyó un tribunal de damas, que fué por largo tiempo el más ilustre y respetable de la nacion: el alto concepto de que gozaba, áun entre los extranjeros, resplandece en el hecho de que al concluir Anníbal un tratado de paz con los galos, estipuló solemnemente que si alguno de éstos cometia ofensa contra un cartagines, sería sometido al fallo del senado de damas, y no á ningun otro.

¡Cosa notable! cuando decayó la influencia de la mujer en las Galias, y la administracion del país quedó exclusivamente en manos de los Druidas, aquel pueblo — independiente y vencedor hasta entónces — no tardó mucho en verse tributario de Roma (1).

II.

En ningun tiempo la mujer — no obstante su pasada degradacion — ha dejado de empuñar algunas veces el cetro del poder, y ¡cosa tambien notable! casi siempre lo ha empuñado con gloria.

Tomíris, á la vez que reina, fué legisladora de los scitas. Dido fundó la nacion que llegó á ser con el tiempo rival temible de la dominadora del mundo. Semíramis brilla entre los monarcas caldeos con un resplandor que — traspasando sombras de los tiempos — ha llegado á nuestros dias. Débora — á quien ya citamos como belicosa heroína — no se hizo notar ménos por su acierto en la administracion de justicia. Las dos Artemisas merecieron que áun vivan sus nombres. Zenobia no les probó á los romanos que era un gran

(1) *Historia de las Galias*, por el benedictino D. Martin, tomo I.

capitan, sino despues de ser venerada por sus súbditos como una grande reina, y así alcanzó de sus mismos enemigos el glorioso título de *Augusta.*

Si cesando de remontarnos á tan lejanas edades, nos fijamos un momento en las del Cristianismo, preséntansenos en tropel — una Amalasunta, que se conquista el nombre de *Salomon de su sexo;* — una Alix de Champaña, regenteando con singular acierto la turbulenta Francia durante la minoría de su hijo Felipe Augusto; — una Margarita de Valdemar, que une en sus sienes las coronas de Noruega, Dinamarca y Suecia, oyéndose aclamar *la Semíramis del Norte;* — una Sancha de Leon, mereciéndose el dictado de *heroína leonesa;* — una Berenguela de Castilla, á quien da la historia el sobrenombre de *Grande;*— una madre de San Luis, digna de este título y del de hermana de la gran Berenguela; — una María Teresa, cuya figura histórica no tiene rival entre los monarcas austriacos; — una Isabel de Inglaterra, maestra en la ciencia política; — una María de Molina, que empuñando el timon del Estado en circunstancias difíciles, hace proverbial su prudencia..... Volved la vista, en fin, hácia esas ilustres princesas de la Rusia, continuadoras de la asombrosa revolucion iniciada por Pedro el Grande, y durante su gobierno femenil mirad abolir suplicios, promover reformas, cultivar las ciencias y las artes, llevar á cabo colosales empresas que ensanchan los límites y la preponderancia del Estado, poblándose el Mediterráneo como el Océano de buques construidos á las orillas del Báltico y del Mar Negro.

Despues, por conclusion (pues de seguro no nos pediréis más), deteneos algunos minutos contemplando con legítimo orgullo nacional la magnífica figura de Isabel la Católica. Miradla — recibiendo de un rey impotente una nacion arrastrada á los bordes de su ruina — empuñar con mano vigorosa el cetro por tanto tiempo juguete de facciones, y — acallando exigencias de un marido que se juzga desairado dejando á su exclusivo cargo las riendas del gobierno — plantear sin descanso larga serie de sábias disposiciones, por medio de las cuales pone freno á ciegas parcialidades; ahoga ambiciones locas de una oligarquía turbulenta; anula el anárquico poder de las órdenes militares, cuyas gran-

des maestranzas reasume el trono; echa por tierra los privilegios rodados; reforma al clero; instituye hermandades que purguen la tierra de malhechores; restablece y asegura la tranquilidad de los pueblos, y — fomentando el comercio, la navegacion, la industria, la agricultura y las ciencias — abre los caminos de los honores y de la riqueza, al talento creador y á la virtud laboriosa..... Miradla sacar al Erario — con auxilio de las Córtes — de la profunda extenuacion á que lo redujeran pésimas administraciones; ordenar la forma y los atributos de superiores tribunales; tirar las primeras líneas para la magna obra de una legislacion armónica, comun á todos sus dominios; asentar, en fin, la monarquía sobre sólidas bases, y — cuando logra alzarla vivificada por el nuevo espíritu que la infunde — llamarla á las armas, ceñirse el casco guerrero, blandir la espada de Pelayo, y conducirla — bajo la enseña de la cruz — á arrojar á los ismaelitas, que áun mancillan el hermoso suelo de Granada, á los desiertos arenales del Africa.

La Europa entónces saluda con asombro tan excelsa gloria femenil — que hace ya presentir los próximos laureles de España en el Rosellon y en Italia — y la Providencia le abre un nuevo mundo donde se extienda triunfante, para constituir aquel imperio grandioso, del que pudo decirse que nunca el sol cesaba de alumbrarlo.

Despues de esto, ¿quién se atreverá á poner en duda la capacidad privilegiada de la mujer para los árduos deberes del gobierno? *Privilegiada* he dicho — ¡notadlo bien! — porque los individuos de nuestro sexo que han regido naciones, están en exigua minoría comparativamente á los del otro, y atendida esa diferencia, son más lós nombres regios femeninos que consagra la historia, que los nombres regios varoniles.

Podemos tirar el guante al sexo fuerte, provocándole á esta decisiva prueba. Nosotras sentamos sin vacilar, que de cada diez reinas por derecho propio, señalarémos cinco, cuando ménos, dignas del respeto de la posteridad; ¿se atreverá él á presentarnos, de cada cien reyes, cincuenta que merezcan igual honra?

LA MUJER

CONSIDERADA

particularmente en su capacidad científica artística y literaria.

I.

Si áun necesitásemos nuevas demostraciones de que la fuerza moral é intelectual de la mujer se iguala, cuando ménos, con la del hombre, no tendriamos más que buscarlas —con sólo otra mirada rapidísima—en el vasto campo de la literatura y las artes. No decimos tambien de la ciencia, porque estando ésta basada únicamente en el conocimiento de las realidades — conocimiento que los mayores genios no pueden poseer por intuicion — sería absurdo pretender hallar gran número de celebridades científicas en esa mitad de la especie racional, para la que están cerradas todas las puertas de los graves institutos, reputándose hasta ridícula la aspiracion de su alma á los estudios profundos. La capacidad de la mujer para la ciencia no es admitida á prueba por los que deciden soberanamente su negacion, y causa sumo asombro que — áun así y todo — no falten ejemplos gloriosos de perseverantes talentos femeninos, que han logrado forzar de vez en cuando la entrada del santuario, para arrancar á la misteriosa deidad algunos de sus secretos. Dígalo Areta (hija de Aristipo), autora de cuarenta libros científicos, maestra de ciento diez filósofos distinguidos, heredera

(segun decian los atenienses) del alma de Sócrates y de la facundia de Homero. Díganlo Aspasia—de quien aprendian retórica Pericles y Alcibíades, y á la que debió Aténas una escuela de elocuencia;—y Laura Bassi, no ménos celebrada por sus contemporáneos como instruida en la física, el álgebra y la geometría, que como inspirada en la poética; y la princesa de Piombino, teóloga y filósofa; y madama Chatelet, reconocida como astrónoma, etc., etc.

Si la mujer—á pesar de estos y otros brillantes indicios de su capacidad científica—áun sigue proscrita del templo de los conocimientos profundos, no se crea tampoco que data de muchos siglos su aceptacion en el campo literario y artístico: ¡ah! ¡no! tambien ese terreno le ha sido disputado palmo á palmo por el exclusivismo varonil, y áun hoy dia se la mira en él como intrusa y usurpadora, tratándosela, en consecuencia, con cierta ojeriza y desconfianza, que se echa de ver en el alejamiento en que se la mantiene de las academias *barbudas*.—Pasadnos este adjetivo, queridas lectoras, porque se nos ha venido naturalmente á la pluma al mencionar esas ilustres corporaciones de gentes de letras, cuyo primero y más importante título es el de *tener barbas*. Como desgraciadamente la mayor potencia intelectual no alcanza á hacer brotar en la parte inferior del rostro humano esa exuberancia animal que requiere el filo de la navaja, ella ha venido á ser la única é insuperable distincion de los literatos varones, quienes—viéndose despojados cada dia de otras prerogativas que reputaban exclusivas—se aferran á aquélla con todas sus fuerzas de *sexo fuerte*, haciéndola prudentísimamente el *sine qua non* de las académicas glorias.

Pero ¡admirad la audacia y la astucia del *sexo débil!* Hay *ellas* que, no sé cómo, se alzaron súbitamente con borlas de doctores (1). Otras que cubriendo sus lampiñas caras con máscara varonil, se entraron, sin más ni más, tan adentro del templo de la fama, que cuando vino á conocerse *que carecian de barbas* y no podian, por consiguiente, ser admitidas entre las capacidades académicas, ya no habia medio

(1) Recordamos, entre otras, á la célebre doña María Isidra de Guzman, conocida con el nombre de Doctora de Alcalá.

hábil de negarles que poseian justos títulos para figurar eternamente entre las capacidades europeas (1).

II.

Aun es mayor — ¡espantaos! — áun es mayor el número de temerarias que á cara descubierta se han hecho inscribir *sans façon* en los fastos gloriosos de la inteligencia. ¿A qué citar ejemplos, siendo tan públicos y palpables los hechos?

Desde la más remota antigüedad vemos á la mujer dando muestras de que nació dotada del instinto artístico, que habia de salvar al cabo cuantas murallas se le opusieran. Las musas mitológicas eran, probablemente, apoteósis de mujeres ilustres de los primeros tiempos, iniciadoras de las artes; pero sin necesidad de recurrir á hipótesis, sabido es que — segun respetables opiniones — se debe á una mujer la invencion de la pintura; que otra ha puesto las bases de la primera sociedad de bellas artes, estableciendo los juegos florales..... (2). Y ¿quién ignora que Safo fué célebre entre los más célebres poetas griegos de su época; que Corinna venció á Píndaro; que Tesálida infundia — con los mágicos sones de su lira — el heroismo del guerrero en los juveniles corazones de las doncellas argivas?

No intentarémos descender á los tiempos modernos : la Europa sola nos abrumaria con el inmenso número de sus glorias femeniles; y la América — ese mundo tan nuevo en que he nacido — la América misma lloveria sobre nosotras multitud de nombres de distinguidas hembras, que sostienen en ella el movimiento intelectual amenazado de sofocacion,

---

(1) Nos contentarémos con citar á Jorge Sand, jefe de todas esas *lampiñas disfrazadas*. El nombre varonil que supo ilustrar con sus escritos, figuraria indudablemente entre los más notables de la Academia francesa; pero ¡oh dolor! se supo demasiado pronto que eran postizas las *barbas* de aquel gran talento verdadero, y hé aquí que la falta del apéndice precioso jamas podrá ser subsanada por toda la gloria del Byron frances.

(2) Clemencia Isaura, cuyo hermoso retrato hemos tenido el gusto de ver conservado con veneracion en uno de los salones de la Academia de Ciencias y Letras de Tolosa de Francia.

en unas partes por la preponderancia de los intereses materiales, y en otras por las disensiones civiles.

Y ¿cómo no ser así, cuando—al descubrir Colon una parte de esas regiones vírgenes—pudo notar con asombro que la naciente civilizacion de aquel pueblo y el genio de su poesía estaban encarnados en el hermoso cuerpo de una mujer? Anacaona era la sibila inspirada de una de nuestras ricas islas tropicales. A su voz—resonando entre las armonías de los bosques—se suavizaron las costumbres de aquellas tribus bárbaras, se reveló á sus entendimientos la soberanía de la inteligencia, y obedecieron como á reina á la que veneraban como á oráculo.

III.

En cuanto á capacidades femeniles contemporáneas, sólo añadirémos, por conclusion, que acaban de ver la luz pública en Francia dos obras notables por más de un concepto. La una, debida á la pluma de Mlle. Marchet Girard, lleva por título: *Las mujeres, su pasado, su presente, su porvenir.* La otra, de que es autora la ya célebre condesa Dora d'Istria, tiene por epígrafe: *Las mujeres en Oriente.* Aun no hemos tenido el gusto de leer ninguna de dichas producciones; pero—á juzgar por los juicios de la prensa periódica parisiense—ambas son interesantísimas por su esencia y bellas en su forma. Los documentos esparcidos de la gran causa de una de las mitades de la especie humana, esto es, todo cuanto prueba algo á favor de la emancipacion de la mujer, parece que ha sido reunido y puesto en órden por la primera de las dos nombradas escritoras, y apoyado aquel importante interes social con argumentos de una lógica irrebatible. El libro de la condesa Dora d'Istria es—segun palabras de un periódico acreditado—corroborante enérgico del de mademoiselle Marchet Girard, *viniendo* (dice) *á prestarle el testimonio de una parte del globo, despues de compulsar archivos vivientes; esto es, viajeros, historiadores, costumbres, vida íntima.*

«Las mujeres—dice tambien el citado periódico—pare-

cen decididas, por fin, á tomar en manos sus propios intereses, y preciso es confesar que — aparte de la fuerza que puedan tener los argumentos contenidos en los dos libros mencionados — ellos por sí mismos son dos argumentos irrefutables en favor de la igualdad intelectual de ambos sexos.»

La humilde persona que suscribe estos artículos, queridas lectoras, no aspira en manera alguna á presentarse á vosotras como digno campeon de nuestro comun derecho; pero séale permitido — al enorgullecerse de los triunfos del sexo — haceros notar, por término final de estas breves observaciones, un hecho evidente, que quizá prueba más que todos los argumentos.

En las naciones en que es honrada la mujer, en que su influencia domina en la sociedad, allí de seguro hallaréis civilizacion, progreso, vida pública.

En los países en que la mujer está envilecida, no vive nada que sea grande; la servidumbre, la barbarie, la ruina moral es el destino inevitable á que se hallan condenados.

FIN DE LA MUJER.

APÉNDICE.

APÉNDICE.

DOS PALABRAS SOBRE ÉL.

No por los elogios dados á algunas de las obras de que consta la *Coleccion* que terminamos, sino más bien á pesar de ellos, y como sencilla muestra del aprecio que hace la autora de los distinguidos críticos que tan favorablemente la han juzgado, vamos á poner á continuacion de estas líneas algunos artículos, autorizados por ilustres nombres.

En sumo grado nos complaceria poder insertar tambien otros muchos, dedicados—por plumas no ménos acreditadas—á las demas producciones que forman la *Coleccion*, y singularmente algunos muy notables que recordamos, sobre *Munio Alfonso*, y la concienzuda crítica de *La Hija de las flores* dada á luz en Madrid por D. Francisco Muñoz Delmonte, erudito publicista cubano; pero, por desgracia, no ha sido posible encontrar oportunamente sino los pocos artículos que á continuacion aparecen, los

cuales comenzamos á imprimir sin saber todavía si tendrémos el gusto de aumentarlos con dos más, de literatos eminentes, quienes se ocupan del exámen de la *Coleccion* en general, pero áun no han formulado su juicio por escrito. Si lo hacen, como nos aseguran, y llegan con tiempo á nuestras manos tan respetables juicios, servirán de coronamiento á la publicacion, que terminamos en el presente tomo á causa de no permitirle á la autora el mal estado de su salud arreglar los materiales del tomo VI, que deberia ser el último, segun anunciaba el Prospecto.

JUICIO CRÍTICO

DEL DRAMA

LA AVENTURERA,

debido á la distinguida pluma del Sr. D. Antonio Romero Ortiz, y publicado en el periódico «La Nacion», el 7 de Junio de 1853.

En estos despreocupadísimos tiempos que alcanzamos, en que el adjetivo *original* y el sustantivo *traduccion* han llegado á ser dos palabras homólogas, nadie ha podido ménos de sorprenderse al ver la rara ingenuidad con que la Sra. Avellaneda confiesa que su *Aventurera* es una imitacion de la comedia dada á luz, bajo el mismo título, por el poeta traspirenaico Emilio Augier; pero la sorpresa ha sido infinitamente mayor para los que hemos tenido el gusto ó la paciencia de cotejar estas dos producciones. Hay entre ellas una desemejanza tan completa, una disparidad tan profunda y absoluta, que así se parecen la una á la otra como los proyectos de Bravo Murillo á la Constitucion del año doce; ó como las insulsas revistas de ciertos literatos del dia á las concienzudas críticas de Fígaro. Caractéres, situaciones, episodios, desenlace, todo es diverso. El género á que pertenecen, el pensamiento moral que desenvuelven, las tendencias filosóficas que revelan, son enteramente distintos. En fin, para que en nada guarden la más remota relacion, ni es el mismo el número de los actos, ni son los mismos los personajes, ni siquiera son iguales sus nombres. Lo único quizá en que se asimilan es en que no ofrece su conjunto un colorido fijo, determinado, monótono. Hay en ambas rasgos dignos

de Molière y pinceladas propias de Delavigne: *vera efigies* de este gran teatro que se llama sociedad, donde no todo es entremes ni es todo epopeya; donde los Demócritos representan en union con los Heráclitos; donde alternan las burlas con los gemidos y las risas con las lágrimas.

Ahora sólo resta añadir que sería una injusticia aplicar á *La Aventurera* española lo que de las traducciones en general dijo Cervantes, cuando las comparó con un tapiz flamenco mirado por el reves. Sucede, por el contrario, que en el cuadro de la Sra. Avellaneda es donde se descubren los rasgos más correctos, los perfiles más delicados y las medias tintas más suaves; miéntras que en el del autor de la *Gabrielle* y de la *Cigue* es donde se notan los hilos que alteran las formas, los nudos que endurecen los contornos, y las hebras que confunden los colores. Aquél es el derecho, y éste el reves. En el primero se destacan las figuras veladas con un casto ropaje; en el segundo se las ve casi enteramente desnudas, como en la *Dama de las camelias*. La *Clorinda* de Augier sale á la escena como las cortesanas del Lacio en aquel famoso espectáculo que dió Tigelino á Neron. La *Natalia* de la Sra. Avellaneda parece una arrepentida Magdalena, delineada por el púdico pincel de Hannah More.

Dejando, pues, á un lado el lienzo—asaz defectuoso é incompleto—de Emilio Augier, cuyo mérito principal consiste, á nuestro modo de ver, en haber inspirado la obra de que nos ocupamos al autor de *Alfonso Munio*, vamos á emitir nuestro juicio sobre *La Aventurera*. Es éste un drama sencillísimo en su estructura, y en él están escrupulosamente guardadas las unidades de accion y de lugar; unidades de que nosotros solemos hacer gracia al talento dramático, porque recordamos, con Voltaire, que las reglas aristotélicas han permitido escribir una tragedia medianamente detestable al buen abad de Auvignac; pero no por eso dejamos de admirar, con La Bruyère, al ingenio que sabe caminar desembarazadamente sin romper las trabas de Metastasio.

Hé aquí el boceto del argumento, que empieza y concluye en una casa de Sevilla, poco tiempo despues de la insurreccion de Méjico. Don Julian, viudo sesenton, ha ofrecido su arrugada mano á Natalia, que apénas raya en los veinte

y cuatro, y que, segun ella misma le asegura, es el último vástago del esclarecido linaje azteca. Eduardo, hijo de don Julian, que tiene una idea ménos ventajosa de su futura madrastra, viene repentinamente á Sevilla, de donde estaba ausente hacia doce años, y se presenta á su padre bajo supuesto nombre, con el objeto de impedir á todo trance la proyectada boda. De acuerdo con su hermana Luisa y con su primo Cárlos, tambien prometidos esposos, se finge enamorado de Natalia para robarla, y desengañar así á su obcecado padre; pero su intriga se estrella en la virtud de la mujer que reputaba veleidosa y frágil. Consigue, no obstante, hacer confesar á ésta que no es de ilustre familia americana, sino una oscura aventurera, que tuvo la mala suerte al venir al mundo,

> De hallarse niña y sin madre,
> Con belleza y sin fortuna,

y la más negra desdicha todavía de ser amparada en su orfandad por un zurcidor de voluntades y traficante en amoríos, que se tituló hermano suyo y marqués de Iztacpalapa para mejor encubrir la mercancía. Viendo Eduardo que á pesar de estas revelaciones no desiste el amartelado viejo de su loco himeneo, resuelve alejarse para siempre del hogar paterno, adoptando igual resolucion su desconsolada hermana. Entónces Natalia, que ha concebido una violenta pasion por su perseguidor, renuncia al matrimonio, retirándose á un convento y destinando los cuantiosos caudales que posee al socorro de las pobres huérfanas, que al pisar el umbral de la vida se encuentran — como ella se encontró — sin otro auxilio que el de la Providencia. Éste es, digámoslo así, el cróquis del drama, despojado de todos los accesorios que lo embellecen y de todos los incidentes que sostienen el interes de su accion.

No ha faltado quien calificase de poco moral esta obra, cuando no en su fin, por lo ménos en sus medios; no ha faltado quien desease suprimir en boca del marqués de Iztacpalapa las rudas frases que tan bien lo caracterizan; es decir, quien quisiera que este personaje fuese otra cosa distinta de lo que es. Nosotros comprendemos el teatro de muy distinta manera. En esa repugnancia, verdadera ó aparente,

que el público manifiesta siempre que mueve los labios el supuesto hermano de Natalia, es donde nosotros encontramos la moralidad dramática. No corrige los vicios quien al pintarlos los oculta y desfigura, sino quien los diseña con toda la verdad que permiten la delicadeza y el buen gusto; esto es, suponiendo que el teatro corrija y moralice, porque — con perdon sea dicho de Walsh y de Boileau — nosotros creemos que desde Aristófanes hasta Schiller no ha ejercido la más pequeña influencia sobre las costumbres, y que se ha limitado exclusivamente á reflejarlas. Así se observa que ha venido cambiando sucesivamente de faz con la civilizacion. Tragedia mitológica, fatalista, heroica, en los siglos de Heredoto y de Tácito; auto sacramental, amalgama de misticismo y de licencia, en la edad del fanatismo religioso y del libertinaje monástico; comedia de capa y espada, galante y caballeresca, en los tiempos del honor y de la hidalguía; drama escéptico, materialista y anárquico, en la época actual de impiedad, de ateismo y de cáos. Esquilo hace bajar al circo de Aténas á los dioses y á los semi dioses: Terencio expone en el circo de Flora á la *Andriana* y al *Eunuco;* Gil Vicente personifica bajo las bóvedas de una iglesia á la *Lujuria* y á doña *Cuaresma;* Fr. Gabriel Tellez expone en el corral de Isabel de Burguillos al *Burlador de Sevilla;* Alejandro Dumas presenta sobre el foro de la Porte-Saint-Martin á *Antony.* Siempre copistas, nunca maestros; si alguna vez suben á la cátedra, es como pintores.

Terminada esta ligera digresion, volvamos á *La Aventurera.* ¡Qué profundo conocimiento del alma humana revela el elevado carácter de Natalia, de esa desventurada belleza que apura hasta las heces el cáliz de todos los goces, sin encontrar en el fondo más que el negro hastío, y que sube precipitadamente todas las gradas de las desigualdades sociales —desde la miseria hasta la opulencia —devorada siempre por la amargura de los recuerdos y por la impotencia de los deseos! Para describir ese carácter, es necesario haber rasgado los más recónditos pliegues del corazon con el escalpelo de Pascal; es necesario poseer la profunda inteligencia fisiológica de Balzac. Envidiada de las más hermosas por su hermosura, Natalia desea entrar en esa sociedad, donde imagina que se respira una suave y tranquila atmósfera de

castidad y de pureza, sacrificando á este noble anhelo su juventud y su fortuna; pero cuando se le exige la humillacion de su altivez, entónces se revela como el ángel caido, dando orgullo al orgullo y volviendo desprecio por desprecio. Dueña del corazon de D. Julian; que la idolatra con la intensidad del postrer afecto, y apasionada de Eduardo, que ha pisado su amor propio, renuncia al matrimonio que es su más risueña esperanza, y ahoga en el pecho aquel amor que es el primero de su vida. Poseedora de grandes riquezas, las destina al socorro de las desvalidas huérfanas que, como ella en su agitada infancia, carecen de apoyo para sostenerse en el angosto sendero de la virtud. Hundida desde su niñez en el cieno por un protector depravado, pero vírgen todavía su alma, es el tipo de ese sér débil que careciendo de fuerzas para luchar con la cruel miseria, concluye por sucumbir desfallecida..... tipo que estamos viendo á cada paso, y que, sin embargo, negamos, porque en nuestra risible severidad no comprendemos las flaquezas del cuerpo sin la corrupcion moral; tipo de esa mujer que nosotros cubrimos de flores para arrastrarla á la perdicion, como hacian los sacerdotes de la antigüedad con las víctimas que inmolaban; tipo de esa mujer que nosotros, hombres de honor, arrojamos brutalmente en el lodo por satisfacer un ligero capricho de vanidad, ó por el torpe deleite de un minuto, y á quien despues pedimos estrecha cuenta de la honra que nosotros mismos la hemos robado traidoramente. Hé ahí nuestra rígida moral. Tendemos mano amistosa al político concusionario que construyó los muros de su palacio con los materiales del tesoro público; mendigamos los saludos del usurero que ha amasado una fortuna oriental con las lágrimas de la pobreza, y no tenemos piedad para la víctima que levanta hácia su verdugo una mirada arrepentida, ni concebimos que haya rehabilitacion posible para la desventurada que intenta lavar pasados y casi involuntarios deslices.

Eduardo, que, habiendo consumido las horas de su licenciosa juventud en la liviandad y la disipacion, viene con la frente erguida á despedazar el tálamo nupcial de la pobre Natalia—cuando en él busca la reparacion de sus pasados extravíos y un asilo sagrado contra los remordimientos de su

conciencia—es la personificacion del hombre que invoca osadamente la virtud despues de haberla escarnecido, y que la sociedad, tan injusta como él, disculpa y considera, cerrando al mismo tiempo los oidos á las hondas quejas de sus víctimas. Pero Eduardo halla tambien su expiacion en el secreto amor que en su alma gastada despierta al fin la arrepentida aventurera.

En la descripcion de estos dos caractéres está expuesto el alto fin moral del drama que analizamos. Si nos fuese permitido desenvolver por completo su pensamiento filosófico, indicado más bien en su conjunto que en sus frases, diriamos que la Sra. Avellaneda ha querido presentar en relieve la mísera y desesperante condicion de esas abandonadas criaturas para las cuales sólo hay dos caminos abiertos, el de la prostitucion y el de la indigencia; diriamos que *La Aventurera* es, bajo este punto de vista, una elocuente protesta contra nuestra imperfecta organizacion social.

El episodio de los amores de Cárlos y Luisa, léjos de ser innecesario, como hemos oido á alguno de nuestros caricaturescos Montaigne, no tan sólo está íntimamente ligado con el argumento principal, sino que es de un magnífico efecto, por el contraste que forma su pasion tan pura y tan inocente con los remordimientos que acibaran la triste existencia de Natalia.

La intriga amorosa fraguada por Eduardo para separar á su padre de un matrimonio que juzga deshonroso, es sumamente laudable por su fin; pero nosotros hubiéramos preferido que desempeñase ese papel otro pariente ménos cercano de D. Julian, porque hay algo que es refractario á los sentimientos de respeto filial en enamorar á la que nuestro padre ha elegido por esposa, aunque el objeto que nos guie sea muy noble y muy santo. Este defecto, si como tal se le considera, pertenece á Emilio Augier.

La versificacion de *La Aventurera* es fácil, armoniosa y poética. La escena final del segundo acto, tan justamente aplaudida, es un modelo por la profundidad de sus pensamientos, por la valentía de sus imágenes y por la cadenciosa sonoridad de su rima. Los críticos que se han detenido á señalar incorrecciones en el lenguaje de este drama, olvidan que mal pudo detenerse á limar sus escritos quien dió en

este último año seis producciones al teatro. No es así como se debe juzgar á los grandes escritores, ni hay elucubracion del entendimiento humano que resista á un severo y minucioso análisis. Clemencin encontró un defecto en cada renglon de la obra inmortal de Cervántes. Warton demostró, sin grande esfuerzo, que Ariosto — el más fácil de los clásicos italianos — dejó plagado de errores su inimitable poema, á pesar de haberlo enmendado repetidas veces. La crítica es á las obras del ingenio lo que el telescopio á los cuerpos celestes; mirando los objetos á traves de su cristal, se descubren manchas hasta en el disco del sol.

BALTASAR,

TRAGEDIA DE LA SEÑORA GOMEZ DE AVELLANEDA (1).

Hace dos años, cuando redactábamos el folletin de este periódico — seccion que á orgullo tenemos haber iniciado en él — ocupándonos un dia de las obras del Sr. D. Manuel Fernandez y Gonzalez, actual folletinista del mismo, y ensalzando como era debido la grande aptitud del eminente poeta y fecundo novelista para calzarse el régio coturno y blandir el puñal de Melpómene, paseamos una mirada por nuestros actuales poetas heroicos, escasos en número por cierto, y despues de hablar de Zorrilla en el tono encomiástico que era natural, dijimos las siguientes palabras acerca de la Sra. Avellaneda, con cuya amistad áun no teniamos la dicha de honrarnos:

«La Sra. Gomez de Avellaneda, más grave, más sobria, »más precisa en sus obras dramáticas, ha cogido envidiables »laureles en *Alfonso Munio*, en el *Príncipe de Viana* y en »*Saul*. Hállanse en estas obras la cadencia tranquila, la gran- »diosidad, el córte majestuoso de la verdadera tragedia..... »Pocos, muy pocos poetas de nuestros dias han alcanzado al »valiente ritmo del poema escénico.»

Y es que, segun nosotros, la musa heroica demanda á los que la rinden culto unas condiciones especialísimas, así como

---

(1) Apareció este bello artículo del Sr. de Alarcon en el periódico *La Discusion* del 11 de Abril de 1858.

el poema escénico, cuando se levanta á tal altura, está fuera de las reglas comunes del arte dramático, con tal que nunca falte á las mucho más estrechas y difíciles de la epopeya. Haya grandeza y grandilocuencia en los personajes, ancho horizonte en el fondo del cuadro, por ejemplo (la vida de un pueblo ó de una civilizacion pendiente de una accion secundaria, personal, ocasional, por decirlo así); haya un cántico eterno, fruto espontáneo de la inspiracion, al par que un profundo pensamiento social, humanitario, *histórico* en el sentido trascendental de esta palabra, y aunque la obra no tenga la armoniosa complexion que recomiendan los preceptistas, aunque sea extravagante como los grandes dramas de Shakspeare, *Julio César*, *Ricardo III* ó *Coriolano;* aunque no reconozca otra ley ni más justificaciones ni más reglas que las misteriosas é indefinibles que presiden á la oda primitiva, el resultado será conmover, persuadir, convencer al espectador, mucho más, ciertamente, que el frio razonamiento del moderno drama filosófico; rara vez acordado con la accion y encarnado en ella, y mucho más, por supuesto, que aquellas tragedias inanimadas que desde los tiempos de Luis XIV en adelante constituyen lo que algunos llaman *renacimiento de las letras*, y que no es sino la exhumacion de la antigüedad en el estado de momia; el paganismo *fiambre* y trasnochado, que hubiéramos dicho en nuestros tiempos de crítico de buen humor.

Pues esas superiores condiciones, esa valiente inspiracion, ese grandioso ritmo en la palabra, esa severidad en el pensamiento, son las más brillantes dotes literarias que distinguen á la Sra. Avellaneda, y constituyen el indisputable, el felizmente reconocido mérito de su nueva creacion, *Baltasar.*

Esta obra se presenta á nuestros ojos majestuosa y descomunal, ataviada con magnificencia, siempre excedente de nuestro modo actual de ser y de sentir, bien avenida con los santos é inmortales libros de que está arrancada, consonando con aquellos imperios que chocaban en las márgenes del Eufrates.

Es un lienzo vastísimo, en que han cabido, sin esfuerzo de parte de la autora, sin extrañeza de nuestra parte — y hay que reparar mucho en esto — figuras tan estupendas como Joaquin, rey destronado; Baltasar, rey de Babilonia y ene-

migo de Dios; Daniel, el profeta de las setenta semanas; toda una córte; la misma reina que gobierna en nombre de su hijo; el pueblo elegido y el pueblo abominado; y en lontananza el hijo de Cambises, que llega á borrar de la faz de la tierra el imperio babilónico..... y más léjos otro actor invisible de este drama, el Dios de Abraham, última apelacion en la gran contienda de Baltasar y Daniel, aquel espíritu misterioso que se anuncia en el nublado, que llega en la ráfaga del viento, que habla, al fin, en las tres enigmáticas palabras: *Mane*, *Thecel*, *Phares*. Y esto sin contar con la desventurada Elda y el heroico Ruben, tipos de una dulzura que hace presentir la civilizacion cristiana..... el esclavo y la mujer, que debia rehabilitar la sangre de Jesucristo. Nada, nada falta en este inmenso cuadro; cuadro que por su índole y grandeza pertenece al género de la pintura mural, de la pintura de los grandes tapices ó de los frescos asombrosos de Miguel Angel, que pasman y empequeñecen al que los mira.

Si con un microscopio en la mano nos pusiéramos á buscar defectos á esta obra, indudablemente se los encontraríamos; es más, no concebimos que pudiera escribirse sin ellos. Es condicion y tal vez cualidad necesaria de los más bellos metales, salir del seno de la naturaleza entre groseras piritas y pedregoso cuarzo. Rara vez se da con el milagro de la plata nativa, y cuando esto sucede, es en exigua cantidad. Bástanos para codiciar un puñado de arena aurífera, saber que contiene más riqueza que un puñado de fundido metal. Dejemos, pues, este ingrato símil, y convengamos en que *Baltasar* es una de esas obras tan *beneficiables* por la crítica (todavía un término mineralógico), que las bellezas eclipsan los defectos hasta el punto de ser un deber, y acaso tambien una dicha, olvidarlos completamente.

Determinemos ahora alguna de estas bellezas. Encontramos primeramente verdad y constancia en todos los caractéres. El de *Baltasar*, no faltará quien diga que recuerda el *Sardanápalo* de Byron. A esto contestarémos de antemano que no es el *Baltasar* de la Sra. Avellaneda quien se parece al *Sardanápalo* de Byron, sino el *Baltasar* de la Biblia al *Sardanápalo* de la historia. Ambos son la agonía de una raza, la muerte de una dinastía, fenómeno histórico muy repeti-

do, y que siempre presenta unos mismos caractéres: abyeccion en el alma, cansancio en los sentidos, tedio en el corazon, frialdad razonadora en la mente. Hoy, que no es ya una nacion, sino la sociedad entera la que agoniza; hoy, que el viejo mundo se acaba y que una nueva civilizacion llama á las puertas de la historia, vemos que ese estado miserable de descreimiento y apatía, de fatiga y desesperacion, es el sello distintivo de toda la humanidad, que apartada de Dios y apegada á los intereses de la tierra no sabe qué hacer de su alma; llora, blasfema ó rie, y se envilece y prostituye ante el becerro de oro, sino arroja á su alma de su cuerpo, arrojando su cuerpo en la sepultura.

Baltasar se parece á *Sardanápalo*, porque á iguales causas iguales efectos. Por eso Cárlos II de España se parece á Enrique III de Francia. Ambos son la degeneracion, la muerte de una dinastía. Por eso el Occidente de Europa se parece hoy al bajo imperio. Por eso la España de nuestros dias se parece á la España de Enrique IV el *Impotente*.

Sin embargo, aunque tan iguales histórica y fisiológicamente, el *Baltasar* de la Sra. Avellaneda y el *Sardanápalo* de Byron (hablamos siempre de los personajes, que no de las obras, entre las cuales no hay ni la más ligera analogía) diferéncianse completamente en la forma, en el modo, en las relaciones de su carácter con la accion.

Por lo demas, desde que Baltasar aparece en escena diciendo aquel admirable *¡Basta!* que revela todo el personaje, hasta que muere reconociendo *al Dios que engrandece al hombre*, su figura es de un dibujo tan inflexible, conserva un colorido tan igual, habla y obra tan en consonancia consigo mismo, que dudamos que nuestros anales dramáticos conserven muchos caractéres tan profundamente desentrañados y tan sabiamente sostenidos. Una intuicion, que sólo es dada al verdadero genio, ha permitido á la Sra. Avellaneda analizar el corazon de su héroe hasta el punto de señalarnos el orígen y progreso de sus vicios, el gérmen muerto de sus virtudes, los resortes ocultos de sus pasiones, ¡todo aquel abismo de grandes instintos y miserables convicciones, que constituyen la desventura de Baltasar!

Los demas caractéres ofrecen la misma lógica en su desenvolvimiento: ¡qué delicados perfiles, pero qué profundos,

sin embargo, distinguen á Joaquin de Daniel! — El uno es el rey, el otro el profeta.— El dolor del primero es más terrenal, su cólera más intolerante, más impaciente. El segundo, en el dolor como en la cólera, no ve sino los designios de Dios. Joaquin piensa en su familia, en su patria, en la corona que le usurparon. Daniel en el pueblo hebreo, en la tierra de promision, en la larga penitencia que aquel tiene que sufrir, *donec veniat qui mittendus est.*

Elda y Ruben se agitan dentro del círculo de sus pasiones; y sin salir de él, como jóvenes y enamorados que son, anuncian con su espiritualismo la libertad futura del espíritu, contrastando admirablemente con aquella córte servil y vergonzosa, escarnio horrible de la dignidad humana.

Si de estas consideraciones descendemos á las galas poéticas de la obra, señaladas por el público con incesantes vítores y aplausos, nos hallamos perplejos, sin saber qué citar; si los rasgos escépticos del monarca, ó los dulces conceptos de la judía; si los salmos inspirados del profeta, ó las imágenes bíblicas que todos emplean en sus discursos, en las descripciones, en la expresion de sus afectos.

Ni ¿qué admirar más en todo esto? ¿Los conceptos ó la versificacion? ¿La frase ó el giro? ¿La concepcion ó la armonía? Como obra poética — en esto convendrán todos, hasta los más profanos del arte — *Baltasar* es una joya de insuperable valor.

Los salmos con que principia la tragedia están magistralmente traducidos de la Biblia. . . . . .

. . . . . .

(*Aquí copia el autor del artículo un gran trozo de versos del drama que examina.*)

Así está versificada toda la tragedia. — En la imposibilidad de copiarla entera, y en la imposibilidad tambien de escoger cuando todo es bueno, remitimos al lector al teatro de *Novedades*, donde la verá presentar con un lujo asombroso, que honra al Sr. Valero, al pintor y á cuantos hayan entendido en el decorado de la escena, y en los trajes de actores y comparsas; así como la encontrará muy bien declamada á trozos, y perfectamente ensayada siempre.

La premura con que escribimos y la escasez de nuestras fuerzas, no nos permiten tampoco dar una idea de la marcha de la accion, hábil en extremo, sobre todo en los actos tercero y segundo. El argumento se ajusta completamente á la historia. Las situaciones son grandes y sorprendentes; la frase—por lo viva y dramática—muchas veces parece del autor de *Machbet*. Cuando Baltasar recoge el manto régio de manos de Daniel, á quien se lo habia entregado; cuando se olvida de Elda para atender á Ruben, que lo desafia; cuando Rabsares, que entra á ver al rey, y Neregel que sale, cambian en la puerta de la estancia aquellas frases:

Di en contra de los judíos
Cuanto sepas.
A eso vengo.

cuando Ruben dice que Elda está perdida, mancillada, y Joaquin exclama:

¡Ella!..... ¿Y lo dices tú?

en fin, cuando Baltasar, herido en su única creencia, dice:

. . . . . ¡La verdad
Yo quise hallar en los hombres!

la autora se acredita de gran dramática, recuerda á Calderon y á Víctor Hugo, tan elocuentes para cifrar en una palabra todo un cambio moral de sus personajes, y confirma la idea—ya vulgar en España—de que, por la valentía de sus arranques, por la fuerza de su expresion, por la severidad de sus pensamientos, la Sra. Avellaneda es un poeta, no una poetisa, y un poeta de varonil empuje, de soberano aliento, de brío tan poderoso que—á quien medita en su orígen americano — le hace creer en la existencia de las amazonas.

No abandone la escena la musa de Occidente, como anuncia en el prólogo de su última obra. — La creadora de *Alfonso Munio*, de *Saul* y de *Baltasar*, hoy en la plenitud de su inteligencia, y más que nunca penetrada, cual debe de estar, del grande, del *exclusivo* puesto que tiene en nuestro Parnaso como poeta heroico, como autor trágico, como cantora épica, está obigada á escribir para su gloria, para nuestro

orgullo, para el pueblo que se honra con su talento, y si no, para la *posteridad*, que no puede ser una palabra hueca para quien la ha colocado, por boca de Daniel y de la madre de Baltasar, sobre todas las miserias de esta vida.

Hemos concluido. En cuanto al éxito de la tragedia—ya lo habrá consignado *La Discusion*—ha sido completo. Puede decirse que los cuatro actos fueron oidos entre una continuada aclamacion. La autora fué llamada várias veces á la escena, donde se presentó por último á recibir—en flores, vítores y aplausos—el testimonio de admiracion que nunca niega nuestro público al verdadero mérito.

Por nuestra parte, nos adherimos cordialmente al clamoreo universal, dando mil enhorabuenas á la inspirada poetisa, y un voto de gracias á la empresa de *Novedades* por la magnificencia con que ha exornado esta obra.

PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

BALTASAR.

DRAMA BÍBLICO EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO, ORIGINAL DE LA SEÑORA DOÑA GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA (1).

La historia del pueblo hebreo, que no se parece á la historia de ningun otro pueblo de la tierra, puede considerarse como un gran poema, que en el trayecto de los siglos ofrece á todas las generaciones un tesoro de enseñanza.

Mucho debia tener, mucho tenía, en efecto, de especial un pueblo de quien el mismo Dios se dignó ser caudillo y legislador.

Si lo consideramos en las primeras edades del mundo, viviendo á la sombra de sus anchas tiendas en los risueños valles de Mesopotamia, se presentarán á nuestros ojos las sombras de Abraham, de Isaac y de Jacob, radiantes de majestad; y las sombras de Sarah, de Rebeca y de Rachel, radiantes de hermosura.

Si lo consideramos tributario de Faraon, arrastrando la mísera existencia del esclavo en las orillas del Nilo, surge en la mente la noble figura de Moisés, elegido por Dios para obrar estupendas maravillas.

Si lo acompañamos al salir de Egipto, atravesando á pié enjuto el mar, en cuyas aguas se hundieron Faraon y sus

---

(1) Se dió á luz, por su distinguido autor, este bien escrito juicio del *Baltasar*, en el periódico *El Estado*, 10 de Abril del 58.

caballeros, penetrando en el desierto donde los milagros se sucedian, y llegando, por último, á la falda del Sinaí, en cuya cumbre escribió una ley inmortal el dedo que sostiene y mueve la mole colosal del universo, no ya las venerandas sombras de algunos patriarcas, no la figura de algun hombre inspirado excitarán nuestra respetuosa admiracion; son tantos los sucesos, tantos y tan magníficos los detalles, que ni siquiera para admirarlos dignamente se halla con fuerzas la pobre razon humana.

¡Siempre la palabra y la mano de Dios dejándose sentir del pueblo escogido! ¡Siempre creciendo los beneficios, y no siempre creciendo la gratitud!

Si, por último, consideramos á la raza de Abraham en los tiempos de la monarquía, tambien en ellos saldrán á nuestro encuentro reyes y acontecimientos como no los tuvo ni los tendrá nunca la historia de ningun pueblo: David, Salomon, el templo, los profetas; hé aquí la gigantesca faz de una grande y providencial civilizacion.

Pero estaba escrito que Jerusalen, con sus plazas y sus jardines, con su templo y sus murallas, habia de ser presa de enemigos y convertirse en escombros.

Al lado del pueblo de Israel crecia y se dilataba otro pueblo, á quien el Dios de los hebreos permitió ensanchar sus conquistas y llegar hasta las puertas de la ciudad Santa.

Y llegó en efecto. Las armas de Babilonia se ostentaron un dia triunfadoras en Jerusalen, despues de un largo sitio y de una heroica resistencia. El infortunado Sedecias fué conducido á la ciudad de los caldeos; perecieron los caudillos de Israel; sufrió horrible despojo el templo de Salomon; Nabucodonosor hizo del pueblo de Dios una triste grey de esclavos.

No habian pasado aún 70 años (faltaban 543 para la venida del Mesías), y se sentaba en el trono de la idólatra Babilonia, en el trono más alto que á la sazon veia la oprimida humanidad, un monarca á quien en caldeo se llamaba Naboandel, y la historia designa con el nombre de BALTASAR.

Este monarca, al nacer lo halló todo conquistado para él; al ser hombre lo halló todo poseido por él, y en la flor de la juventud no halló nada que pudiera satisfacer su corazon.

Hé aquí algunos rasgos característicos del estado de su alma:

. . . . . .

. . . . . .

(*Copia aquí el Sr. Catalina uno de los más aplaudidos pasajes de la tragedia que juzga.*)

Pero el lector preguntará: ¿Quién es ese gran poeta, que así retrata á Baltasar, que así penetra en los misterios de su lejana existencia?

Tiene razon el lector: se trata de un gran poeta; el mismo que no há mucho tiempo prestó vida escénica con su genio poderoso á la gran figura de *Saul*, primer rey de la casa de Jacob, hizo anoche resucitar tambien á Baltasar, último rey de la corrompida Babilonia: ese gran poeta, cuyo corazon y cuya inteligencia se ocultan bajo las formas de una mujer, se llama doña Gertrudis Gomez de Avellaneda.

Nadie le disputará con justicia la gloria de haber, si no creado, ilustrado grandemente en España el género dramático más difícil, más delicado, y que mayor talento y habilidad exige: el drama bíblico.

La *Biblia*, el gran libro de todas las edades y de todas las generaciones, el primer poema del mundo, el mayor monumento de la literatura, al mismo tiempo que el depósito sagrado de la revelacion, contiene páginas y sucesos altamente dramáticos; baste decir que encierra la historia del pueblo escogido, con todas sus vicisitudes, con todas sus peripecias, con la venerable gravedad de sus patriarcas, las grandezas y miserias de sus reyes, la sublimidad de sus cantores, y la solemne entonacion de sus profetas.

Pero ese libro, que vive á traves de los siglos y en la perpétua admiracion de las gentes, es el Testamento de Dios, del cual no puede faltar ni una letra ni un ápice; en el cual cada palabra contiene un tesoro de ciencia, un raudal de poesía.

Si, pues, tratándose de la historia profana, pocas empresas literarias hay más difíciles que la de arrancarle un personaje cualquiera para convertirle en protagonista de una composicion dramática, tratándose de la inspirada historia de lo pasado, lo presente y lo porvenir, tratándose del LIBRO

DE LOS LIBROS, esas dificultades se acrecientan, se multiplican y llegan á hacerse insuperables para las medianías del talento, para los pecheros de la inteligencia.

Escribir un buen drama bíblico es llegar al supremo grado en la espinosa ciencia de escribir dramas; *arte de hacer comedias*, como le llaman el vulgo iliterato y algunos grandes filósofos; que en esto unos y otros coinciden: ¡y al cabo si fuera en esto solo!.....

La Sra. Avellaneda ha tocado ese confin: su *Baltasar* representa para nuestra literatura un gran paso en los estudios verdaderamente clásicos.

Para formar idea de su mérito es preciso conocer, haber leido siquiera el período de la historia antigua á que el drama se refiere; es preciso estudiar aquella época de transicion, aquel choque de razas y de civilizaciones, que—alterando la faz de la tierra—cooperaban ya á preparar otros magníficos acontecimientos, que influirian por ventura en la suerte de la humanidad.

La insigne escritora que nos invitó en *Saul* á presenciar el nacimiento de una monarquía, nos invita en *Baltasar* á presenciar la muerte del más famoso imperio que el sol alumbró en aquellos remotos siglos.

El imperio de Babilonia era, como sus dioses, un magnífico ídolo de barro vestido de oro: poderoso en su brillante apariencia, llevaba la agonía en el alma y la muerte en el corazon: regido por un rey cuyo retrato acaba de facilitarnos el drama que nos ocupa; entregado al poder de sátrapas ambiciosos, que adulaban para ser adulados, como de ordinario sucede con los infelices que toman ese camino; compuesto de razas diversas, que entre sí conservaban profundo encono; descreido en religion, por lo mismo que bulligueaban sus dioses; corrompido en moral, por lo mismo que era descreido en religion; esclavo, en fin, de cuerpo y alma, por lo mismo que era corrompido en moral; tenía en sí todas las señales de próxima disolucion, muchas de las señales que ocho siglos más tarde presentaba el coloso de Occidente, el imperio de los Césares. Hé aquí cómo pinta Daniel, el inspirado por Dios, la situacion de aquel rey y de aquel pueblo:

. . . . . .

(*Suprimimos en este lugar y en otros, versos que cita el articulista.*)

Nacion que se convierte en vil grey, tiene que desmoronarse y perecer.

Este es el gran suceso del drama, y no es mucho que lo sea del drama cuando lo fué del mundo todo.

Pero la Sra. Avellaneda, al presentarnos á Baltasar como monstruo de escepticismo, como tumba dorada de un corazon yerto, ha revestido su obra de preciosos accidentes, que —influyendo en el carácter del monarca—dan inmenso interes á las escenas.

Los ministros que rodean á Baltasar se proponen sacarlo de su desesperante hastío ofreciéndole emociones, ó cuando ménos motivos para sentirlas; pero ni todos los perfumes de Oriente, ni todas las armonías de los músicos israelitas, ni la belleza de sus numerosísimas esclavas bastan para distraerlo, y pregunta á sus cortesanos:

¿No hay más que pompa gastada.....
Placeres que se acumulan
Y ni áun vil antojo encienden.....
Hermosuras que se venden
Y cortesanos que adulan?

Pero se halla en Babilonia una esclava judía, bella como las más bellas de su raza: sobrina de Daniel é hija de adopcion del ciego y destronado Joaquin, llega á serlo verdadera uniéndose en lazo eterno con Ruben, su nieto, gallardo jóven, en cuyo pecho arde encarnizado ódio hacia el pueblo opresor.

La figura de Joaquin es simpática, digna y majestuosa; interesante la de Ruben; y tierna, apasionada y firme la de Elda.

Baltasar la ve, y siente al influjo de su mirada una emocion desconocida, ó por mejor decir, una emocion: la valentía, el fuego que se revelan en las palabras de la jóven israelita sorprenden al monarca, quien concluye por prendarse de Elda, á quien cree hermana de Ruben—único hombre que le ha hablado como tal — y declara libre á Elda, y otorga el segundo puesto en su reino á Ruben, y señala rentas á Joaquin, y manda que se permita el culto del Dios de Jacob..... y cuando el pueblo murmura de la proteccion que dispensa á los vencidos y á sus creencias, convoca á su córte para que presencie su enlace régio con la vírgen judía;

pero en este momento se declara que pertenece á Ruben, y todo un mundo de ira y de furor se desprende sobre el corazon de Baltasar. Ruben es entregado á la saña del pueblo, su infortunada esposa conducida violentamente al harem.

La alegría, la animacion de Baltasar habian sido luz de un relámpago, que brilló breves instantes; las nubes volvieron á cerrarse; Baltasar tornó á ser el mismo; y en testimonio de su impotente despecho, de su profundo malestar, hace disponer el más suntuoso banquete que pudiera concebir una imaginacion oriental.

Llega la hora del festin; el festin presentado en el teatro de Novedades debe parecerse mucho á su original; es preciso verlo para formar idea de él. La entrada de Joaquin y la de Elda, presa de lastimoso delirio, dan lugar á escenas de gran efecto y por mano maestra desenvueltas. Entónces la impiedad, el bárbaro frenesí llegan á su colmo; los vasos del templo de Salomon son profanados por los impuros labios de aquellos cortesanos ebrios y de aquellas mujeres vendidas al placer. . . . . .

Pero en ese momento supremo la tempestad se desencadena, las estatuas caen de sus pedestales, y entre la oscuridad y el general estupor aparecen sobre la pared, en caractéres de fuego, las misteriosas palabras: *Mane, Thekel, Phares.* Los sabios de Caldea, que acababan de proponer la apoteósis de Baltasar y de adorarlo como Dios, no aciertan á explicar su sentido, y por indicacion y ruego de la madre del rey, Daniel es traido de la prision para que interprete aquella sentencia; aquel *número* que contiene los reinos y los crímenes de Baltasar; aquel *peso* donde sus obras se han apreciado; aquella *division* de que va á ser víctima su vasto imperio.. . . . . .

En efecto, los reyes coligados están ya á las puertas de Babilonia. Baltasar y sus guerreros salen á defender la ciudad; y el monarca, despues de la huida de los suyos, vuelve mortalmente herido, y espira pronunciando estas palabras:

Ese Dios..... ¡Madre!..... yo muero.....
¡Mas la verdad resplandece!.....
¡El Dios que al hombre engrandece.....
Ese..... ése es el verdadero!

Ciro se apodera de Babilonia; Ciro, que al decir de Daniel,

> ¡Es el que escoge el Señor
> Para alzarle el nuevo templo!

Y el soberbio edificio, donde no ha mucho se condensaban los perfumes hasta producir vértigo, y donde ahora yacen el cadáver de Baltasar y el de Elda — que sucumbió á la violencia del dolor y del delirio — es presa de las llamas, terminando así en una siniestra hoguera la un tiempo casi omnipotente monarquía de los caldeos.

Brillan, pues, en el drama de la Sra. Avellaneda profundo conocimiento de la materia sobre que versa, recto y exquisito criterio en la apreciacion de los sucesos y de las personas, elevacion, pureza y ortodoxia de sentimientos, grande habilidad dramática, y profusion de conceptos sublimes y de galas de lenguaje.

Es inútil descender al análisis de la estructura artística, de las entradas y salidas, de la correccion del diálogo y de la belleza de las frases, porque en obras como *Baltasar*, y para autores justamente reputados por otras composiciones dramáticas de ingenio, estos accidentes llegan á hacerse muy secundarios. Sin embargo, dirémos, para concluir, que si hay algo en *Baltasar* digno del fondo es la forma; y que si en otra esfera algo podia haber digno de ese fondo y de esa forma, eran seguramente el aparato con que ha presentado la obra la empresa de Novedades, y la ovacion de que la autora fué objeto.

S. Catalina.

BALTASAR [1].

I.

No es de nuestro cargo especial en *La Época* la seccion de teatros: otra persona más autorizada es la que—con una elevacion de criterio á que nosotros no podemos de ningun modo aspirar—desempeña esta parte de nuestro periódico. No tenemos tampoco aquellas cualidades que da el talento, que fortifica el estudio y que perfeccionan la observacion y la costumbre, prestando al crítico, al juzgar una obra, aquella seguridad para desentrañar sus bellezas y sus defectos, que tiene el anatómico para separar con gran precision y delicadeza los diferentes miembros de un cuerpo al hacer la auptosia ó la diseccion de un cadáver. Nuestro carácter tampoco nos llevaria con gusto por la senda de los críticos: lo único que deseamos hacer hoy es dejar grabada en nuestro artículo la impresion que anoche dejó en nosotros la última obra dramática de la Sra. Avellaneda, con la misma verdad, con la misma espontaneidad, con igual calor que la sentimos; con la misma ingenuidad que emplea el público—extraño á todo linaje de mistificaciones de amigos y enemigos de los autores—para aplaudir lo que le gusta, para rechazar lo que le desagrada.

Deseamos que nuestra voz sea el eco de las impresiones

(1) El notable publicista que lo firma, publicó este artículo en el periódico *La Época* el 12 de Abril de 58.

de ese público, tan ajena al ódio como al amor. Quien, como la Sra. Avellaneda, ha obtenido en su vida de artista tan repetidos y señalados triunfos, no tiene derecho á galantes lisonjas, y nosotros estimamos demasiado nuestra dignidad y nuestra conciencia, para hacernos eco envenenado de ninguna *coterie* que tenga por objeto bastardo deprimir el mérito y ahogar las inspiraciones del genio. No contamos tampoco un nombre literario que enaltecer á costa del oscurecimiento del de los demas, y hasta estamos dispensados, por este motivo, de ser envidiosos; plantas parásitas que se alimentan del árbol de la gloria, espíritus pequeños que se entretienen en arrojar piedras—siguiendo el proverbio árabe—á los árboles cargados de frutos de oro.

Como la Sra. Avellaneda tiene ya un nombre demasiado ilustre en nuestra literatura, sólo le faltaba, por decirlo así, la sancion de la envidia, y aunque no creamos literalmente aquella máxima que dice que el mérito de un literato se mide por el número de sus enemigos, no por eso dejamos de confesar que la inspirada poetisa es un árbol demasiado frondoso en el campo de nuestras letras, para que los parásitos no quieran alimentarse con su savia; demasiado cargado de frutos de oro, para que los envidiosos no le arrojen piedras con el fin de despojarle de algunos.

Esto solo puede explicar que quien ha asociado su nombre á tantas obras bellísimas de arte; que ha obtenido triunfos tan repetidos en el variado campo de la poesía, de la novela y del teatro; que quien es una señora—por añadidura—y lleva un nombre que nosotros respetamos, y que envidian hombres de más talento que nosotros, recibiera recientemente en el teatro del Circo la prueba más miserable del ódio que atesoran algunos espíritus mezquinos contra todo lo que es grande y levantado. Primera y acaso en el porvenir única protesta que ha recibido públicamente en nuestro suelo la proverbial galantería española.

II.

Ya que hemos indicado que no queremos ser ciegos encomiadores, y mucho ménos que se nos confunda entre la turba de envidiosos que tratan de minar el pedestal sobre que se levanta la figura artística de la Sra. Avellaneda, pasamos á juzgar el *Baltasar*, que tan lisonjera y ruidosa acogida tuvo anoche en el teatro de Novedades. Los que dudasen del talento dramático de nuestra ilustre poetisa; los que, con una malignidad que casi es inocencia, suponian que el éxito no feliz de *Los tres amores* anunciaba la muerte de la inspiracion de la Sra. Avellaneda, podrán haberse convencido en el *Baltasar* de que su musa no ha muerto, de que su musa vive para gloria de España, y está tan fresca y tan lozana como siempre, como lo podria estar en sus mejores tiempos.

Universalmente conocida es esa figura histórica que se llama Baltasar. Síntesis de su pueblo, resúmen de una civilizacion caduca, última y acabada expresion de una raza gastada y corroida por el vicio, Baltasar personifica toda la decrepitud, todo el escepticismo, todo el cansancio, todas las flaquezas y toda la impotencia del imperio asirio..... de aquel poderoso imperio que, segun nos dice la autora — recordándonos en esto al profundo Pelletan — celebró con una pascua de libertinaje el primer pensamiento de unidad que brotó en el hombre, aludiendo á la fusion de las razas, que por medio de la prostitucion habia intentado realizar Babilonia.

Baltasar, último suspiro de aquella civilizacion agonizante, es á esta misma civilizacion y á la raza de Nabucodonosor, de que era degenerado heredero, lo que Augústulo á César, lo que nuestro Cárlos II al ilustre fundador de la casa de Austria en España. Es el punto moral en que terminan esas pirámides que forman las razas, los pueblos, las sociedades, las civilizaciones, que comienzan por anchas bases y que se achican y se desvanecen, por último, en el tiempo y en el espacio.

Frente á frente de Baltasar y del pueblo babilónico, co-

loca la Sra. Avellaneda al pueblo judío, con su raza de reyes y de profetas. Es decir, la civilizacion moribunda y la civilizacion del porvenir, la verdad y la mentira, la luz que brilla perenne y la sombra que cada vez se hace más densa, el politeismo y Jehová. ¡Admirable, profunda, continuada y bellísima antítesis, que constituye el mayor mérito del drama, que le da un carácter histórico indeleble, y que nos hace ver — como dice la autora en la dedicatoria al Príncipe de Astúrias — que, en efecto, la caida del imperio babilónico, fué más que el hundimiento de un trono!

No creais, sin embargo, que para hacer resaltar los extremos de la antítesis la autora recarga de odiosidad la figura de Baltasar. Es un recurso vulgar, que se desdeñára de aceptar la Sra. Avellaneda; por el contrario, procura hacer interesante á su personaje, presentándole únicamente consumido por el hastío moral que nace de no encontrar un límite al deseo en la vida, y de no abrigar una esperanza inmortal despues de la tumba.

Al lado del rey está tambien la figura simpática y generosa de Nitocris, su madre, que no cree en la perversion de su hijo, y que espera — ¿dejaria de ser madre? — que se regenere y gobierne á sus pueblos con amor.

Duerme su alma, no está muerta,

dice de su hijo.

Cerca del rey están tambien los cortesanos, sátrapas y magos, que disputan la influencia á la madre, y que le facilitan á aquel la senda del mal para levantarse al puesto que ésta ocupa.

Del lado del pueblo judío, cautivo en Babilonia, figuran Joaquin, ex-rey de Judea; Ruben, su nieto y heredero; el profeta Daniel y su sobrina Elda, prometida y despues desposada con Ruben.

III.

Conocemos ya á los personajes que figuran en el drama: veamos cómo la poetisa los pone en accion.

La hermosura de Elda es incomparable; su virtud más

incomparable todavía. El cortesano Rabsares quiere valerse de ella para interesar el corazon de su soberano, pensando conquistarse de este modo su favor. Inclina á la madre del rey á favorecer á Elda, y en efecto, la piadosa princesa desciende con el corrompido cortesano á la prision de Joaquin, en donde se encuentra Elda, la colma de caricias y la brinda su proteccion.

Elda, para favorecer al pueblo judío, que está prisionero á las orillas del Eufrates, acepta y pasa al palacio del rey Baltasar, contando con la aprobacion de Joaquin y de Ruben. Cuando ya ha partido, viene el profeta Daniel y les dice el infame intento de Rabsares. Entónces el anciano rey, que ha consentido en la partida de Elda, cae en la desesperacion; miéntras que Ruben se precipita á palacio para salvar á la que es ya su esposa, y el profeta pone su causa en las manos de Dios.

El segundo acto pasa en el palacio del rey Baltasar. Éste sale acompañado de inmensa comitiva. Los cortesanos y esclavos llenan el salon; los himnos pueblan los aires; las esclavas esparcen perfumes; las flores cubren el pavimento; las danzas alegran la escena..... y miéntras que Baltasar pisa con indiferencia las flores, y oye las músicas con hastío, y ve sin emocion las hermosas esclavas, y aspira sin deleite los blandos aromas, y se sienta fatigado en el divan para él dispuesto, aparece apartada la figura melancólica, grave, severa y hermosísima de la Virgen de Judá.

Es imposible describir la belleza de forma y de pensamiento que hay en los dos diálogos de Baltasar con Rabsares y con Nitocris. ¿Quereis conocer un hastío como nadie hasta ahora os lo ha pintado? Pues leed las redondillas en que Baltasar contesta á su cortesano, que le pregunta temblando si le gusta aquella fiesta, despues de haber expresado su hastío con un *¡basta!* inimitable.

Nos falta espacio, y no sólo no podemos copiar, sino ni siquiera mencionar las grandes bellezas, los profundos pensamientos de que están salpicadas las escenas siguientes.

. . . . . .

. . . . . .

(*Tambien en esta crítica suprimimos várias veces versos del drama, citados por el autor.*)

Tambien nos es imposible, por falta de espacio, describir el diálogo, salpicado de delicados y de bellísimos pensamientos, que luégo se entabla entre Baltasar y la hebrea, y en el que se ve cada vez más grande la figura de la última, resultando, por fin, embriagado el primero. Ofendido, sin embargo, de la resistencia de Elda, quiere rendirla por medio de la fuerza, y — sujetándola violentamente — se burla de su Dios, que ella cree el protector escudo de su inocencia, cuando sale á defenderla Ruben, á quien supone el rey hermano de la judía, y que se habia disfrazado y confundido entre la comitiva.

Baltasar ya ha encontrado un hombre en su camino, un hombre que no sólo no se doblega á su voluntad, sino que audaz lo resiste; entónces lucha con él, le desarma, y cuando ve que no quiere recoger su acero y que le presenta su pecho para que le mate, le dice con una ironía tan amarga, que pone por el momento punzante frio en el corazon:

¡Ya lo ves! Ese Dios justo
Que todo lo ordenó con su sapiencia,
Y del que debo ser remedo augusto,
Hizo — mostrando su alta providencia —
Que presa del leon fuese el cordero,
Del águila el milano, del milano
La paloma indefensa. El mundo entero
— ¡Obra estupenda de la excelsa mano! —
Doquier la ley te muestra inexorable,
Que hace que al débil lo devore el fuerte,
Al chico el grande, el rico al miserable.....
¡Esto tu suerte explica, esto mi suerte!

Perdonado, humillado Ruben por quien es su rival, se encuentra ante su padre, que ha obtenido libertad. Quiere abrazar á sus hijos, busca á Elda, y al oir que el jóven le dice:

¡Búscala, anciano,
Y la hallarás perdida, mancillada!

le contesta

¡Ella!..... ¿Y lo dices tú?.....

frase de una sublime grandilocuencia. Ante un reproche tan

amargo y tan sencillo, tan breve y tan expresivo á la vez, Ruben se siente desesperado y arroja de sí el acero que no ha obedecido á su venganza. El anciano se propone entónces obtener piedad del rey y arrancarle su hija; pero al pensar que sus súplicas pueden no ser oidas, busca el acero arrojado por Ruben, se arrastra por el suelo para encontrarle, y entónces pide al cielo que ilumine sus ojos, que le preste un rayo de luz en la perpétua noche á que está condenado:

¡Noche horrenda,
Que el ódio mismo á iluminar no alcanza!

En este momento solemne se interpone al paso del anciano y ciego rey, la figura severa y majestuosa del profeta, para ahogar aquel salvaje grito del ódio invocando un nombre que es el secreto de la creacion.

¡No! ¡Sólo á Dios le toca la venganza!

Así termina el segundo acto, que le ha parecido al público el más dramático, el más interesante, el más bello del drama. La elevacion de los conceptos, la grandilocuencia de la frase, la belleza de los giros, el desenvolvimiento de los caractéres, la naturalidad de la accion, el interes creciente de ella, y la multitud y perfeccion de los cuadros que en este acto se presentan al público, le fascinan y arrebatan. —Al final de este acto la autora fué llamada con entusiasmo á la escena, á la cual, sin embargo, no quiso aún presentarse.

En el tercer acto, Rabsares encuentra tan enamorado al rey de la hermosa judía, que casi se arrepiente de haber escitado en su alma esta pasion. Así al salir le dice al ministro, que conoce su secreto, estas palabras:

— Di en contra de los judíos
Cuanto sepas.
—A eso vengo.

El ministro dice al rey que la plebe, movida por los sátrapas, se exalta contra los judíos. El rey manda que para distraer á los sátrapas de sus intrigas se celebre aquella misma

noche en su palacio un espléndido banquete; que al pueblo se le imponga un nuevo tributo el dia siguiente en castigo; y que el Dios de Elda figure tambien en los altares de los dioses caldeos. Baltasar colma de favores á Joaquin, á Ruben, á Elda, y cuando oye los alaridos del pueblo contra los judíos, manda que se le abran las puertas para que se postre á los piés de Elda y adore en una judía á su régia esposa. Estalla entónces la indignacion de Ruben, que rechaza la proteccion de Baltasar, al cual declara que es marido de Elda; y al verse así burlado el rey en su única creencia, en su solo cariño, ruge como una fiera, se entrega á la venganza, y va por instantes reuniendo, condensando ódio en su corazon, como se acumula la electricidad en una nube. El rayo, por fin, salió de su oscuro y cargado seno.

¡No son hermanos!..... ¡Mentian!
¡Y yo encontrar pechos nobles
Pensé, iluso!..... ¡La verdad
Yo quise hallar en los hombres!
. . . . . .

La esclava vuelve á sus prisiones, y cuando el pueblo penetra en palacio á pedir víctimas judías, el rey le entrega á Ruben para que se cebe en él y le despedace. Este cuadro, tan justificado y tan verosímil, hiela la sangre y estremece de horror.

Llegamos á la catástrofe. En el cuarto acto va á celebrarse el banquete tan magnífico, tan oriental, y tan fastuoso que nos parecerá un sueño. El rey quiere

¡Que entre aromas y mujeres
Se turbe, se pierda el juicio!

Cuando empieza el festin, Elda, escapada del harem, se presenta loca á turbar aquella alegría. La sombría tristeza que cubria el rostro de Baltasar se condensa más. Elda, exaltada por el delirio, en aquel paroxismo de dolor y de locura á que habia llegado, parece como que ve el porvenir, y cree estar en un cementerio, y no en un palacio. La infeliz cae desvanecida, se la llevan, y entónces el festin sigue más animado, más loco, más libre, más incitante, más desen-

vuelto y horrible. De pronto, empero, se presenta á la escena el anciano rey Joaquin, y con una amargura y una ironía que parten el alma, dice que quiere brindar por la gloria de Baltasar: éste acepta y devuelve el sarcasmo, pidiendo los vasos sagrados del templo de Salomon; mas en el momento en que se va á consumar el sacrílego atentado, cuando los cortesanos van á llevar la copa á sus labios, una ráfaga tremenda abre puertas y ventanas, derriba estatuas, apaga luces, y en medio de ruinas, del silencio y del espanto de todos, aparecen trazados por mano invisible, frente á Baltasar, aquellos fatídicos caractéres de fuego: *Mane*, *Thecel*, *Phares*.

El efecto es mágico é indecible. Los magos no saben interpretar aquel letrero sangriento; se llama á Daniel, preso en palacio, y el profeta traduce el tremendo anatema. Se resiste el rey á creer la profecía; pero llega Rabsares y acredita su verdad. Los medos y persas están á las puertas de Babilonia; Baltasar sale ya tarde á oponer una estéril resistencia, y á poco vuelve herido, y ya sin aliento — en medio de su agonía — exclama:

Ese Dios..... ¡Madre!..... yo muero.....
¡Mas la verdad resplandece!.....
¡El Dios que al hombre engrandece.....
Ese..... ése es el verdadero!

En estos momentos los medos y persas han vencido toda resistencia; los asirios huyen; el fuego se apodera del palacio; y el profeta — tranquilo con la vision del porvenir — dice que Ciro es el elegido por el Señor para levantar el nuevo templo, que oirá la voz del Mesías!

IV.

Éste es el drama de la Sra. Avellaneda, pálida y toscamente presentado en sus principales situaciones y en sus más culminantes detalles. Si no le ven, si no le oyen, es imposible que nuestros lectores puedan formarse idea del vastísimo cuadro que les describimos. *Baltasar* es una crea-

cion soberbia, un verdadero acontecimiento literario; es una luz que ilumina las sombras del mundo oriental; es un contraste admirable de dos civilizaciones, de dos pueblos que llenan el mundo.

Alguien nos ha dicho ya que el *Baltasar* de la Sra. Avellaneda se parece al *Sardanápalo* de Byron. ¡Mentira! El drama de la gran poetisa española es más vasto, es más trascendental que el poema del gran poeta inglés. El uno es la descripcion magistral de un carácter, y el otro el desenvolvimiento dramático de un pensamiento profundo; el espacio en que libran batalla dos civilizaciones opuestas; el teatro en que aparecen en accion dos pueblos tan grandes como el pueblo hebreo y el pueblo asirio.

Alguien nos dirá tambien que Baltasar en algunos puntos está falsificado históricamente; que muchos de sus pensamientos, de sus ideas, de sus actos, son pensamientos, ideas y actos de nuestro siglo. El drama está ajustado á la historia; pero como drama está embellecido. El molde es éste; pero el metal con que se ha fundido la estatua es la poesía moderna, la elocuencia, la elevacion, la belleza y la profundidad de nuestros tiempos. La historia en el drama se ha de transfigurar, se ha de embellecer á impulsos del poeta. De otra manera, ¿podria representarse? La estatua de Memnon sólo arrojaba dulcísimos suspiros cuando la herian los rayos del sol. Sin la inspiracion del poeta, ¿cómo presentar en la escena un período histórico? La historia para un drama, recordando ahora una comparacion de Víctor Hugo, es como los alveolos del panal que labran las abejas. El poeta derrama su inspiracion y su poesía sobre un período histórico. La abeja deposita la miel en los alveolos de sus panales.

Aparte de todo, y en lo que creemos que no habrá divergencia de opiniones, es en considerar como grandiosa y verdaderamente trágica y solemne la versificacion del *Baltasar*.

Nos hemos extendido demasiado, y—sin embargo—todavía tendríamos que decir mucho. La falta de espacio nos obliga á reducirnos, y las fuerzas nos faltan tambien. Digamos sólo, para concluir, que la Sra. Avellaneda no tiene de ningun modo derecho para retirarse de la escena, como parece anunciar en su última obra. Un genio tan fecundo y tan vigoroso

como el suyo, acreditado con tantas obras, y que ha impreso su sello maravilloso en *Alfonso Munio*, en *El Príncipe de Viana*, en el *Saul*, y por último, en el *Baltasar*, no puede faltar á uno de los más altos deberes de las personas de talento. Quien teniendo genio le deja sin producir, es peor que el avaro; peor que el propietario que no quiere aprovechar sus más fértiles terrenos; por la misma razon que las obras del genio valen más que los tesoros que no utiliza el avaro; por lo mismo que los productos de una elevada inteligencia van á alimentar las almas, y que los productos de la tierra dan sólo el pan material á nuestra vida.

V.

Esto fué lo que escribimos el sábado último, pocas horas despues de asistir al triunfo de la Sra. Avellaneda en el teatro de Novedades. Lo que entónces escribimos sin meditarlo, y no pudo publicarse ese dia por sus dimensiones, lo aceptamos tambien ahora, que la agradable primera impresion ha sido aprobada debidamente por nuestro juicio en reposo y con toda frialdad. Despues hemos asistido á la tercera representacion del *Baltasar*, y no tenemos tampoco motivos para rectificar nuestro juicio, sino, por el contrario, para robustecerlo.

Completemos nuestra revista diciendo que la obra ha sido presentada al público con un lujo, con una propiedad, con una magnificencia—lo mismo en lo principal que en lo accesorio—que no vacilamos en confesar no haber visto nada igual en Madrid hasta ahora. El teatro de la plazuela de la Cebada ha eclipsado por esta vez al aristocrático coliseo de Oriente.

¡Ah! nos deciamos la última noche, al salir del teatro, si fuera posible que el *Baltasar* se hiciera por actores á la altura todos del Sr. Valero, se veria la distancia que hay de esta tragedia bíblica á la *Judith*, que tanto nos hizo aplaudir la Ristori en el teatro de Jovellanos.

C. Navarro y Rodrigo.

JUICIO CRÍTICO

DE LAS POESÍAS LÍRICAS

DE LA SEÑORITA DOÑA GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA (1).

Esfuerzo es de valor, tanto como de talento y de genio, dar á luz en estos malaventurados tiempos un libro de poesías. Hay algo de heroismo literario, algo de verdadera abnegacion en quien se atreve á poner su firma al pié de una coleccion de versos. Precisa es una vocacion irresistible; preciso es que el corazon se vea arrastrado por una pasion, que no preve ni calcula, que ningun placer ni satisfaccion alguna, más que la pasion misma, ha de venir á recompensar.

¡Un libro de poesías! ¿A qué fin, ni para qué objeto le arroja el poeta en medio de esta fútil y prosaica sociedad, en medio del siglo positivo y financiero, en medio de la literatura convertida en industria, á los piés del altar solitario del arte, condenado al olvido, ú objeto del desprecio?

Quien á tal se arroja, hechas tiene las pruebas del desinteres de su corazon, de su talento y de la pródiga riqueza de su alma desprendida. ¡Ninguna recompensa le espera, ninguna!..... ni la palma celestial del genio, ni aquellos aéreos perfumes de que vivian, como en su empíreo, las deidades, los númenes de la imaginacion que en los antiguos tiempos elevaba casi á su igual y ceñia tambien con una corona de inmortalidad, la admiracion de un pueblo encantado y seducido.

Ahora no hay gloria. Ahora las artes no tienen templo, ni tienen culto; sus ántes reverenciados sacerdotes, convertido se han en retirados y oscuros ermitaños, que han llevado á una escondida gruta su divinidad querida. Ahora no

(1) Juicio publicado en *El Conservador*. — 23 de Enero de 1842.

hay para ellos aplausos ni coronas. Ahora sólo les esperan, de un lado la crítica, armada de su tienta dolorosa y de su anatómico escalpelo; del otro la ironía y el sarcasmo de la sociedad, que sin leerlos los juzga, y sin examinarles los condena.

¡Poeta!..... Este nombre tiene que ocultarle el triste que le lleva; tiene que rechazarle con desden el que sin embargo se afanó tan largos dias, y soñó tantas noches sólo por merecerle. Este nombre es para su felicidad un anatema; para su reputacion un escándalo; acaso hasta para su virtud y su moralidad, una mancha.

¡Sed poeta!..... cantad las maravillas de la naturaleza, las borrascas del corazon, las tristezas del alma, las esperanzas del cielo, ó la desesperacion del mundo; y en respuesta á vuestros cantos, y en eco á la expresion de vuestros afectos, os negarán la posibilidad de sentirlos. Sed poeta, describid las pasiones; que no creerán en las vuestras. Sed poeta, y hablad de virtud; que os llamarán hipócrita. Sed poeta, cantad el nombre de Dios; que os llamarán ateo. Sed poeta, dad al viento los ardientes suspiros de amor; y ninguna hermosura creerá que podeis consagrarle vuestro corazon. Sed poeta, y no halle vuestra ideal fantasía bastantes placeres en la vida, bastante alimento para vuestro insaciable corazon; y ocultad cuidadosamente vuestro tedio y vuestro desaliento; llenad, aunque sea de piedras, vuestro vacío; secad vuestras lágrimas, y no consagreis ni un suspiro á las ajenas; reios y mostraos jovial y dichoso á la faz del mundo;..... porque vendrán los hombres positivos á probaros que sois feliz, á llamar manía vuestra tristeza y ridiculez vuestro dolor; porque vendrá la crítica á deciros que éste — que la misma religion llama valle de lágrimas, — es el mejor de los mundos posibles. Sed poeta, y dad á luz vuestros cantos; los sabios de los grandes volúmenes os llamarán compasivamente superficial, y deplorarán un talento perdido. Sed poeta, y publicad un libro, si los aterrados libreros se han decidido al arrojo de imprimirle; y os habréis incapacitado ante el mundo para todo lo que exige y supone ciencia, gravedad, perseverancia, estudio, conciencia, acaso virtud.

Pero sobre todo, sed poeta mujer; y á todas las desgra-

cias y miserias de vuestro sexo, y á todas las agitaciones y tristezas de vuestro corazon, añadid una más grande todavía. Cuando la preocupacion de los hombres no os dispute la originalidad de vuestro genio, la de vuestro propio sexo os condenará á la pena, que en el pueblo de Aténas alcanzaba á todos los que por alguna calidad eminente se elevaban sobre los demas. No será el desprecio, no, que tanto no pueden; pero sufriréis el ostracismo.

Y sin embargo, preciso es que haya un encanto irresistible todavía en esta inclinacion que á ser poetas, y á confesarlo, y á gloriarnos de ello nos arrastra; cuando, á pesar de tantos obstáculos como se les oponen, y del triste galardon que las espera, hay almas todavía en gran número, que se inmolan generosas y ardientes á la profesion de tan austero sacerdocio; cuando en medio del frio de esta sociedad, helada por el positivismo egoista que forma su base, no se apaga aún el fuego sagrado del altar de la poesía; cuando todos los años vemos aparecer como brillantes y esparcidas chispas, multitud de colecciones de versos, que para sostener y conservar el culto del arte, basta que se escriban, ya que por desdicha no podamos asegurar que se lean.

No siempre son, á la verdad, centellas ardientes ó luminosas antorchas; hay tambien en esas apariciones, exhalaciones fosfóricas que cruzan las nubes, fuegos fatuos de aquellos que se ven alzarse efímeros en los cementerios. Pero si no siempre alumbran ó calientan esos resplandores, revelan á lo ménos, á trechos y á ráfagas, la electricidad de la atmósfera; nos vienen á decir todavía por intervalos que hay en el corazon sentimientos, idealismo en la imaginacion, amor en la vida, calor en el alma; vienen algunas noches á arrullar el sueño en que el hielo del mundo nos aletarga, con dulces cantos y brillantes notas, que nos hacen ver ilusiones y maravillas, aunque al despertar nada veamos, y nada por desgracia escuchemos.

La poesía, en medio de lo positivo de la ciencia y del mercantilismo del arte, es como una de esas hermosuras coquetas que aparecen en la sociedad para desgracia de los hombres sensibles, y por las cuales, á su pesar, se mueren, y no obstante el ridículo del mundo, arrostrando burlas y desdenes, se sacrifican; miéntras que tal yez otras bellezas mé-

nos caprichosas y esquivas, que les brindan caricias y favores, suspiran desatendidas ó lloran abandonadas. No les importa su desgracia ó el disfavor de su ídolo. Su placer es su pasion propia; su deleite, su mismo sacrificio.

¡Y todavía se quiere que la crítica se ensañe con los poetas! ¡Todavía se pretende que la pedantesca gravedad de la ciencia los proscriba, que la moral los destierre, como Platon de su república! Son sus libros acaso los únicos en que se revela sin disfraz el corazon; ¡y se les ha de poner en ridículo á nombre de esa verdad de convencion que reina en la sociedad! Son sus producciones acaso el último asilo adonde se ha refugiado la originalidad de nuestra literatura; ¡y se ha de decir que la corrompen! Son sus cantos la única protesta del espíritu que cree, y del corazon que siente, contra el escepticismo del siglo y el egoismo del mundo; ¡y se les ha de despreciar todavía como vanos y estériles y perniciosos!

«¡Hay tantos poetas!», decis con desden. — Y ¿por qué no guardais con más razon esa desdeñosa pedantería para decir, ¡hay tantos filósofos, tantos políticos, tantos oradores, tantos publicistas!..... ¡y la verdad y la prosperidad de los pueblos, y la felicidad del género humano no adelanta un paso con sus vanas teorías, con sus reformas efímeras y sus revoluciones ominosas! — A lo ménos la poesía no tiene tan altas pretensiones. Guárdese, pues, vuestra severa censura para los errores detenidamente pensados; quédense vuestras invectivas para la inmoralidad fria y calculada, para las teorías anárquicas, para la filosofía atea, para la moral disolvente.

Los poetas, los artistas, los cantores de lo ideal y de lo bello, los escritores que hacen vibrar todavía las flojas y enmohecidas cuerdas de nuestro corazon; los que prefieren al peligro de los extravíos de la inteligencia las emociones del sentimiento, bien venidos sean..... ¡enhorabuena vengan! Nunca les dirémos nosotros que *hay muchos;* nunca serán para nosotros bastantes. Nunca nuestra crítica les condenará desdeñosa, sólo por el arte divino que cultivan, nuestro arte querido, nuestra primera pasion literaria, aunque despues, — ¡á pesar nuestro y con harta amargura! — hayan venido otros estudios y otras tareas á ocupar nuestra inteligencia y á surcar de precoces arrugas nuestra frente.

Y venga en buen hora, y bienvenida sea, descollando entre el coro de nuestros jóvenes poetas, la jóven y brillante poetisa, cuyo libro anunciamos al frente de estas líneas. Venga; que nada tiene que temer de nuestra crítica ni de nuestra censura. Hace tiempo que esperábamos la ocasion de consagrarle el lauro debido á su mérito. Hace tiempo que hemos anunciado su nombre. Los bellísimos destellos de su genio han hermoseado más de una vez nuestras columnas y amenizado nuestras tareas (1).

Nuestro fallo no puede ser dudoso; nuestro juicio está hecho muy de antemano. Porque acaso parezca — por esta razon misma — un tributo de gratitud, no es un juicio de parcialidad. Cuando vamos á calificar como una joya preciosa de nuestra literatura el libro de la señorita de Avellaneda, no es sólo, ciertamente, porque hayamos mostrado de antemano alguna de las brillantes perlas que le adornan. Por el convencimiento de su mérito las habiamos insertado; ahora que ella las ha publicado y reunido, inconsecuencia sería que no se le concediéramos, y no le ensalzáramos en todo su alto y relevante valor. Prueba hemos dado de que la amistad no nos ciega, de que el entusiasmo no nos impone deberes de adulacion. Con la autora de *Sab* más severos hemos sido acaso que indulgentes. Con la inspirada poetisa no tenemos que faltar á la crítica entonando en su justo loor un canto de alabanza, y consagrándole por todo análisis un sincero y desapasionado tributo de admiracion.

No somos nosotros solamente los que emitimos este juicio; por eso le asentamos con toda confianza. Un célebre poeta,— acaso el más distinguido entre todos nuestros líricos contemporáneos, y que áun entre los antiguos puede contar pocos rivales; — un poeta, que conservando en su vigorosa ancianidad toda la frescura y lozanía de las inspiraciones de su juventud, no puede creerse que paga en sus juicios tributo á la debilidad de los años; un poeta, que conservando como una tradicion viva entre nosotros, jóvenes é innovadores, la severidad del gusto clásico, la belleza pura

(1) Las de *El Conservador*, revista que escribia el Sr. Pastor Diaz en 1841, con los Sres. Pacheco y Cárdenas, y para la cual vió la luz pública este artículo.

de las antiguas formas, la robustez del lenguaje y la fuerza del pensamiento de nuestros autores del siglo XVI, no puede ser tachado de que se deja contaminar por el espíritu de nuestro siglo y por las preocupaciones de nuestra literatura; el respetable D. Juan Nicasio Gallego, cuyo nombre hemos leido con placer y veneracion al pié del prólogo con que se encabeza el libro que anunciamos, no ha vacilado en afirmar *que nadie, sin hacerla agravio, podrá negar á la señorita de Avellaneda la primacía sobre cuantas personas de su sexo han pulsado la lira castellana, así en este como en los pasados siglos.*

Nosotros extenderémos á más nuestras alabanzas; nosotros tampoco vacilamos en asegurar que la preciosa coleccion á que nos referimos, puede sostener ventajosamente el parangon con las colecciones de mayor mérito que han dado á luz en este último período los poetas masculinos. Ninguno de ellos le excede en imaginacion, en talento, en genio. Ninguno, en la grandeza, elevacion y originalidad de los pensamientos; ninguno, en la robustez y valentía de la expresion; ninguno, en la facilidad, pureza y armonía del lenguaje, en la riqueza del colorido, en la brillantez y propiedad de las imágenes; ninguno, en la belleza y en la variedad de las formas; ninguno, en la espontaneidad de la inspiracion; muy pocos y contados, en la filosofía y profundidad de sus conceptos, en la extension y trascendencia de sus ideas.

Abrase por donde quiera su libro, y no tememos haber de retractar nuestras alabanzas ante las pruebas de él sacadas. Hariamos un artículo interminable, si con ellas hubiéramos de corroborar nuestros asertos, porque tendriamos que trasladar á nuestras columnas su libro entero; habriamos de copiar íntegros sus bellísimos sonetos, modelos algunos de perfeccion, como el que encabeza sus versos, dando en él la autora un triste adios á Cuba, su patria; como el que se intitula *En una tarde tempestuosa;* habriamos de reproducir sus vagas letrillas, entre las que descuella el *Paseo por el Bétis*, *A la mariposa y El ruiseñor;* ó los sentidos romances *A un jilguero*, *A un niño dormido* y *A su madre en sus dias;* y sobre todo, tendriamos que insertar las composiciones profundas, fantásticas y elevadas, en que la autora se deja arrebatar á la altura de la más ardiente y sostenida inspiracion.

Nada más grande y poético que su oda *Al mar;* nada más ardiente y apasionado que los versos *A él;* nada más sentido y dulcemente melancólico que las bellísimas estrofas *A la esperanza*, ó la triste elegía que lleva por título *Contemplacion;* nada más vago y puro que su himno *A la luna*, ó más fantástico que su *Insomnio* ó *La serenata*; ó más acabado y perfecto en versificacion y estilo que las magníficas octavas *Al genio.* Nuestros lectores conocen ya la composicion titulada *Amor y orgullo*, esa composicion que sólo una mujer puede escribir. A nosotros nos parece una de las mejores de la coleccion, y que bastaria por sí sola para dar á su autora el nombre de poeta, y asegurarle el lauro de una gloria duradera.

Y no es solamente siendo original cuando brilla su genio, y aparece como eminente artista. Hay traducciones que revelan tan grande talento como sus más bellos originales. Léanse algunas de Lamartine, especialmente la dedicada á Bonaparte; *La Polonia*, traducida de Víctor Hugo; y se conocerá cuánta facilidad y estro y númen abriga quien tales dificultades supera. Sobre todo es á nuestros ojos de relevante mérito la imitacion de Víctor Hugo titulada *Los duendes*, que ha merecido del Sr. D. Juan Nicasio Gallego una censura, con la cual no podemos convenir. Cualquiera que sea el mérito intrínseco de este fantástico capricho, y aunque á nosotros tambien nos ha parecido en el original un tanto extravagante, creemos que la traduccion ha hecho desaparecer las rarezas que le afean, y que hay verdad y armonía y naturalidad en esa descripcion de las abultadas ilusiones de una noche agitada, en que la fantasía presta cuerpo real y formas temerosas á las molestas é informes ideas que sobre ella cruzan. Enhorabuena que califiquen esos versos como ridículas quimeras, los que tienen la fortuna de dormir siempre tranquilos un apacible y sosegado sueño, ó de trasnochar en una vigilia serena. El autor de estas líneas tiene la desgracia de haber sentido pasar muchas veces sobre el lecho de sus delirantes insomnios algunos *enjambres de duendes.*

Han tachado algunos los versos de que nos ocupamos, de que falta en ellos aquella suavidad y ternura, que parecia debia ser el carácter distintivo de la poesía del bello sexo.—

No dirémos nosotros que sobresalgan en esta cualidad más que en otras, ni tanto como en algunas. Ni es el sello de estas poesías la languidez, la ternura; ni tiene nada de bucólica, pastoril y afeminada la vigorosa entonacion de la ardiente poetisa cubana: no hay ley más general en la naturaleza que la ley de los contrastes, ni hecho más constante que las reacciones. A nosotros no nos parece que cuando una mujer toma la lira, necesaria y fatalmente ha de suspirar amores, ni exhalar blandas melodías. Acordémonos los críticos (los hombres) de la triste condicion del sexo hermoso; del destino nada envidiable que sobre él pesa; meditemos sobre ello, y despues, cuando alguna escritora rompe la coyunda á que las tenemos ligadas, y cede al impulso del estro que la agita, y del númen que de ella se apodera, no esperémos sino la dureza de la amargura y el arranque de la reaccion en los esfuerzos vigorosos de ese súbdito que lucha, de ese esclavo que se emancipa.

Sin embargo, nosotros no asentimos á que carezcan de dulzura estas composiciones; de aquella dulzura que no está en la fluidez de las palabras, ni en lo almibarado y muelle de los afectos; de aquella dulzura, sí, que reside más honda en la profundidad del sentimiento y en la verdad de la situacion. Versos hay muchos en las composiciones que hemos citado, que han hecho asomar á nuestros párpados suaves lágrimas, y en cuya lectura hemos buscado alguna vez blando consuelo, ó apacible reposo á penosos accesos de congojoso esplin ó de lánguida melancolía.

Otros nos han hecho la observacion de que si estos versos son siempre buenos como versos, las composiciones no son á veces, como tales, acabadas, ni tienen siempre la unidad y las proporciones que les corresponden. Nosotros no creemos que la señorita Avellaneda haya llegado á la perfeccion y altura á que puede y debe encumbrarse; pero confesamos tambien que es muy aventurado analizar en una situacion tranquila las proporciones de lo que se escribe en la agitacion del estro poético, ó en los arrobos del entusiasmo; y que la inspiracion tiene su lógica peculiar, su unidad que le es propia, y que no percibe jamas quien no se entusiasma, ni se inspira.— Los poetas no escriben para esas almas.

No, no serémos linces para los defectos, lunares, é incor-

recciones que podrán tener estos versos; tanto más cuanto que podrémos haber sido topos para sus bellezas. No es la tarea nuestra la crítica de los preceptistas ó de los gramáticos. A las producciones del género de la que analizamos, cumple otra crítica del corazon, del sentimiento. Crítica, sin embargo, más severa, más exigente, más escrupulosa todavía. La obra de la señorita de Avellaneda puede arrostrarla sin temor, y salir de ella espléndida y acrisolada. Nosotros creemos cumplir un deber en asegurarlo así, y en que nuestras manos puedan colocar una flor en la corona que de hoy más ciñe su hermosa frente.

Sólo sentimos que nuestro juicio no pueda tal vez servirla de consuelo, y que siendo de amigo, nuestro testimonio pueda á ella misma parecerle parcial y apasionado. Rogámosla, empero, que cuando oiga zumbar al rededor los murmullos de los que llaman fútil, y vana, y frívola á la poesía, recuerde que á las más grandes obras de la ciencia antigua han sobrevivido inmortales algunas frívolas letrillas de Anacreonte, y que no han perecido con los gigantescos monumentos de la grandeza romana las odas del flexible Horacio, ó los suspiros que exhalaba Tibulo en el gabinete de Delia. Recuerde que acaso cuando la posteridad haya olvidado las estrepitosas cuestiones á que se da hoy tan grande importancia en las regiones de la ciencia y de la política; cuando ni los nombres se sepan de los estadistas y oradores que tanto figuran hoy en la escena del mundo, y mil volúmenes de moral y derecho político duerman en el polvo de las bibliotecas, leeránse quizá todavía algunas estrofas de versos de los que en este período se han publicado, y el nombre de sus autores podrá sobrevivir á muchos nombres muy famosos hoy.

Por último, si la preocupacion ó la rutina hacen sonar en su oido que la ocupacion de hacer versos es incompatible con las tareas de su sexo, tambien á nosotros nos lo han dicho tanto alguna vez respecto á las del nuestro, que hemos abandonado ingratos nuestra aficion. Y despues de habernos engolfado en serios estudios, en profundas meditaciones; despues de haber invertido algunos años de nuestra vida en el asiduo cumplimiento de graves deberes; despues de haber sido alguna vez hombres públicos, alguna escrito-

res políticos; hemos vuelto muchas los ojos al dichoso tiempo de nuestros amores con las Musas; hemos apreciado cada vez más los purísimos é inefables placeres del entusiasmo de las artes, y envidiamos—ahora más que nunca—la facultad de hacer versos tan bellos como los de la amable y hermosa amiga, á cuyo talento, y á cuyo triunfo consagramos estas líneas.

NICOMÉDES PASTOR DIAZ.

OBSERVACIONES

SOBRE

EL DRAMA TITULADO BALTASAR,

DE LA SEÑORA DOÑA GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA (1).

Si bien casi todos los periódicos de esta capital han encomiado el drama de la señora Avellaneda, titulado *Baltasar*, y si bien el público ha hecho la debida justicia á su ilustre autora, llamándola á la escena y prodigándole repetidos y unánimes aplausos, todavía entiende el que suscribe este artículo (sin contradecir en lo sustancial la opinion ya manifestada por el público y por varios escritores acerca de este drama), que no es inútil el que vuelva la crítica á ocuparse de él, tratando de poner en su punto su verdadero mérito, y de dar razon de su calidad é importancia. Algunos de los artículos que sobre dicho drama se han escrito, debieran tenerse por muy razonados é imparciales; pero acontece en España, que á par de la crítica que en los periódicos se publica, se hace otra crítica de palabra, tan vehemente y contínua, que por este y otros motivos, infunde dudas en los ánimos sobre la imparcialidad y exactitud de

---

(1) Este artículo, que debió colocarse entre los otros referentes al *Baltasar*, ha llegado algo tarde á nuestras manos, y le damos cabida — aunque sea fuera de su sitio—por la importancia literaria que le presta el nombre de su ilustre autor, el Sr. D. Juan Valera, de la Real Academia Española.

la crítica escrita, y contribuye más que ésta á formar, con el transcurso del tiempo, nueva opinion pública, á menudo desfavorable al autor de la obra criticada. En un principio se suele ceder al entusiasmo y á la sorpresa que inspira lo que es nuevo y hermoso; y lo que es hermoso y nuevo se encomia y aplaude; pero despues, cuando pasa este entusiasmo, suele condenarse, ó lo que es peor, suele menospreciarse y olvidarse completamente lo mismo que ántes se ha aplaudido. Por eso quisiéramos nosotros, que ya hemos oido hablar del drama de la señora Avellaneda ménos favorablemente de lo que en los periódicos se ha hablado, marcar el verdadero término medio en que la opinion sobre esta obra debiera fundarse. Así quedaria marcado tambien hasta qué extremo se han de atribuir á malevolencia y á envidia las censuras que se hacen de palabra, y hasta qué extremo puede sospecharse que los elogios de los periódicos, por lo mismo que son en no pocas ocasiones exorbitantes é infundados, vengan á serlo en la ocasion presente, y nazcan de la galantería y amistad de los críticos, y no de su buen juicio.

No cabe duda, sin embargo, en que á algunos parecerá impertinente, y hasta odiosa tarea, la que emprendemos, pues aplaudido el drama por el público, y ensalzado sin contradiccion en los periódicos, acaso se diga que, al señalar nosotros algunas faltas en él, y áun al defenderle de las censuras ocultas é infundadas, vamos á rebajar y á denigrar el mérito de la autora, y á sacar á luz esas ocultas censuras, sin refutarlas como se debe, tal vez por incapacidad, tal vez con una intencion aviesa. Mas el recelo y la intranquilidad de conciencia que esto nos causa, se desvanece al considerar que el análisis detenido de una obra cualquiera, áun cuando sea para buscar en ella algunas faltas y hacerlas patentes, no perjudica en realidad á la obra. De las malas no es menester afanarse para desentrañar los defectos. Éstos son tan claros, que se ven sin exámen, y están, asimismo, tan bajos, que la crítica no debe descender hasta ellos. El crítico, por consiguiente, no puede ménos de reconocer cierto valor é importancia en la produccion que critica, áun cuando la censure. La célebre fabulilla de Iriarte es un chiste ingenioso, que nada prueba en contra de esta asercion, ántes bien la corrobora; porque si los sabios se ocupaban de aque-

llos objetos, en apariencia tan ruines, era porque en ellos habia mucho que estudiar y que aprender, y porque eran tambien maravillosas obras de arte, que daban testimonio del artífice portentoso que las habia creado.

Se debe, asimismo, tener presente que la crítica de una produccion literaria no se ha de escribir con la intencion de favorecer ó perjudicar al autor, sino con el más elevado propósito de dilucidar los puntos oscuros de la filosofía del arte, y de fijar la verdad entre las opuestas doctrinas que separan á los literatos en várias parcialidades. Para que una obra se preste á este fin, es necesario que pueda servir de tipo, de modelo ó de ejemplo; por donde, al ocuparnos del drama *Baltasar* de la señora Avellaneda, ya implícitamente le contamos en el número de estas obras.

En el *Baltasar* hay, en nuestro entender, no sólo aquel acierto dichoso que cautiva la atencion del vulgo, y le conmueve ó distrae; no sólo aquellos primores y delicadezas que proceden de la completa inteligencia del arte, de la práctica y buen tino con que el arte se ejerce, y del magistral conocimiento y dominio del idioma, sino que hay tambien elevada y legítima hermosura, en cuya creacion y manifestacion no caben ya procedimientos ni reglas. Por estar dotado de esta hermosura el drama de *Baltasar*, nos parece á nosotros digno de la crítica, la cual debe emplearse en el exámen de esta hermosura, mostrando el modo de ser y las circunstancias que la determinan y constituyen, y señalando las manchas y lunares que la turban y empañan.

El vulgo siente y percibe por instinto la hermosura; pero la percibe y la siente como una cosa misteriosa é inefable, de la cual no llega á darse razon. Por donde acontece que colectivamente se admira de lo hermoso; mas cuando cada persona de por sí se aplica al oficio de crítico de la misma composicion de que se ha admirado, suele atribuir esta admiracion á muy distinta causa, ó da por fundamento de ella méritos indignos é insuficientes, ya apreciando sólo lo que llaman los franceses *savoir-faire*, ya levantándose, á lo más, si tiene alguna tintura de las reglas, á la consideracion y ponderacion de los primores que nacen de su observancia y empleo.

Concurre, asimismo, á que se juzguen desacertadamente

las obras literarias, la errada opinion, ahora muy válida, y singularmente cuando se trata de teatro, de que todo drama ó poema ha de tener un fin ú objeto que caiga fuera del arte mismo; lo cual vale tanto como decir que el teatro debe ponerse al servicio de la metafísica, de la moral, de la política ó de otra disciplina cualquiera. Los que esto sostienen, no consideran que la poesía, ya lírica, ya épica, ya dramática, tiene en sí un fin noble y elevadísimo, cual es la creacion y manifestacion de la hermosura, revestida—por medio de la palabra y del ritmo—de una forma sensible. Subordinar á otro fin la poesía, es degradarla, en vez de levantarla. No es esto negar que pueda expresar el poeta sus sentimientos y creencias en todo género de obras. En todas ellas, áun en las ménos subjetivas, pone el poeta el sello de la propia personalidad, y muestra sus ideas é inclinaciones, haciéndolas valer y estimar en más con el adorno de su elocuencia y el fuego de su entusiasmo. Pero esto debe ser ó aparecer como fatal. Si esto se hiciese de propósito, el drama sería alegato ó disertacion, y no drama; el poeta, abogado ó sofista, y no poeta. El único fin que se proponga, repetimos que ha de ser la creacion de la hermosura. Creada ésta, y sublimada hasta cierta altura y excelencia, se confunde é identifica con la bondad y con la verdad, que son sus hermanas, y reconocen un mismo orígen, siendo entónces el poeta más que el sabio, porque el sabio halla y el poeta crea.

La hermosura ideal se ocasiona, sin embargo, en la poesía de la imitacion de lo existente. No es este arte como la música y la arquitectura, que se adelantan á él en cuanto para crear la hermosura no han menester de la imitacion, produciéndola toda fantástica, ya en el espacio por medio de líneas, ya en el tiempo por medio de sonidos. La poesía, en cambio, les lleva grandes ventajas, porque las palabras abarcan con claridad y precision todo pensamiento distinto; y el número y la concertada armonía de las palabras expresan á veces los pensamientos vagos é inefables por tan alta manera como la música los expresa. Pero la poesía, como hemos dicho, tiene que tomar por objeto lo existente ó lo que ya ha existido en la historia; y al revestirlo y mostrarlo, produce la hermosura, siendo ocasion, si no causa de ella, lo que toma de la realidad de las cosas. El poeta, por consi-

guiente, debe elegir asunto; éste puede ser filosófico, histórico ó religioso; y el poeta, ántes de servirse de él como poeta, debe comprenderle y apreciarle como filósofo, porque no produciria con él la hermosura, si ántes no le comprendiese en toda su verdad y magnitud. Así es que si del asunto que elige el poeta, sobre todo cuando el asunto es noble y grande, dimana naturalmente una leccion moral, religiosa ó política, con mayor brillo y viveza se desprenderá de él esa leccion cuando el poeta le revista y presente con toda la sublimidad y todo el encanto de su ingenio y de su arte.—Lo cual se verifica cumplidamente en el drama de la señora Avellaneda.—En él se pone en escena, valiéndonos aquí de las propias palabras de la poetisa en su elocuente dedicatoria, «la caida del imperio babilónico, señalada por celeste » prodigio; y *esta caida* fué más que el hundimiento de un » trono; fué un gran suceso providencial, de más alta tras- » cendencia que otras revoluciones análogas. Ciro, anunciado » por los profetas, era el escogido para romper las cadenas » del pueblo de Dios, para levantarle nuevo templo, aquel » templo en que resonó la divina palabra del Mesías. Con » Baltasar, y como él, la copa del festin en las manos y la » hiel de la impotencia en el alma, se hundió una civiliza- » cion gastada y corrompida, «que entre las púrpuras de la » orgullosa reina del Eufrates parecia haber soñado en la » fusion de las razas por medio de la prostitucion; celebran- » do, segun la enérgica expresion de un escritor moderno, » con una pascua de libertinaje su primer pensamiento de » unidad.» Cayó aquella civilizacion anunciando otra ruina » más grande, más profunda, más trascendental: la del » mundo antiguo, la de la sociedad idólatra, cuya última » hora vibraba ya en los oidos de Daniel al término de las » setenta semanas, por entre cuyas sombras columbraba los » crepúsculos del dia eterno de la verdad.» De esta suerte ha comprendido la autora el asunto histórico que ha elegido, y el gran pensamiento religioso que encierra en sí. Veamos ahora cómo ha sabido darle vida, animacion y realce, y poner en él la hermosura y sublimidad de la poesía sobre la sublimidad y la hermosura que ya en sí tiene.

Se acusa á la señora Avellaneda de que ha tomado del *Sardanápalo* de Byron para su *Baltasar;* pero, bien exami-

nada esta acusacion, carece de razonable fundamento. Hay, sin duda, semejanza entre ambos dramas; pero esta semejanza no es otra que la existente entre los hechos históricos que les dan asunto, y áun así, no es tan grande como vulgarmente se cree.

Sardanápalo, último rey de la monarquía asiria, cae al impulso de dos de sus sátrapas rebeldes, y cae por medios naturalísimos. La guerra civil entre los sátrapas y el rey dura algunos años con vária fortuna, mostrándose éste, así en la adversa como en la próspera, magnánimo y entendido capitan, hasta que al cabo sucumbe y termina su vida con heroicidad, si bárbara, sublime, quemándose vivo en su propio alcázar con sus innumerables tesoros y las mujeres que por amor le siguen voluntariamente. Diodoro de Sicilia refiere los hechos como van aquí referidos, y de ellos se vale el poeta inglés para argumento de su tragedia, cambiando sólo, á fin de guardar la unidad de tiempo, la duracion de la guerra civil, y haciendo triunfar en un dia á los rebeldes.

En la caida de Sardanápalo, así como en todos los demas acontecimientos humanos, no puede ménos de reconocer el hombre piadoso la universal providencia con que atiende Dios á las criaturas; pero no aquella providencia especialísima, que, sacando el curso de los sucesos fuera de su cauce natural, y moviéndolos y encaminándolos con insólito movimiento y en direccion extraña, sin sujetarlos á las leyes, órden y compas que de ordinario siguen, les da el carácter de milagrosos y sobrenaturales. Así es que en el drama de Byron no se excusa, á pesar de los esfuerzos que hace para ello el poeta, la incuria é imprevision del rey, que tan fácilmente se deja sorprender y vencer. Mas en el *Baltasar* de la Avellaneda están disculpados la sorpresa y el vencimiento, ya que Dios mismo, por singular disposicion de su sabiduría, hace que los soldados de Ciro entren en Babilonia y derriben el trono de Baltasar la noche misma en que la mano misteriosa escribe la sentencia sobre el muro.

Todos los comentadores del libro de Daniel, incluso el benedictino Calmet, convienen en que la catástrofe fué aquella noche; y los historiadores profanos, y singularmente Xenofonte, que en su *Ciropedia* describe con toda detencion la toma de Babilonia, concuerdan en lo propio. La señora Ave-

llaneda no ha tenido, por lo tanto, necesidad alguna de trastornar el órden cronológico de los sucesos, aunque pudiera haberlo hecho, como lo hizo Byron, para acelerar la catástrofe y dar mayor rapidez á la accion de su drama.

Xenofonte, historiador gentil, que no podia comprender la proteccion que Dios dispensaba á Ciro, y que trata de presentar á este príncipe como un perfecto y acabadísimo dechado del héroe y del repúblico, busca modo de motivar naturalmente su conquista de Babilonia; mas al propio tiempo no puede ménos de motejar de imprevision y de abandono al rey babilónico, á quien no designa con nombre alguno. Segun este historiador ó novelista, Ciro hacia tiempo que tenía sitiada aquella grande y populosa ciudad; pero, confiados los moradores de ella en la fortaleza de los muros, y en las muchas provisiones y pertrechos bélicos que tenian, y no queriendo aventurarse con los enemigos en batalla campal, permanecian encerrados dentro de sus murallas, tal vez esperando que algun ejército de distantes satrapías viniese á libertarlos y á vencer al de Ciro. Ocurrió en esto la famosa fiesta y convite, de que tambien habla el escritor profano, y como Ciro entendiese lo que iba á acontecer, y hubiese averiguado, asimismo, que era fácil separar el curso del Eufrates, y dejar sin reparo un lado de la ciudad, que, por contar con la natural defensa del rio no estaba guarecido como el resto, puso aquella misma noche por obra el apartar al rio de su cauce, y entró en la ciudad cuando estaban desapercibidos los que debieran custodiarla, y hasta los que debieran velar en las atalayas, ebrios ó entregados á los placeres. Acudió, sin embargo, Baltasar á la defensa, y pereció combatiendo. Pero si la señora Avellaneda hubiera seguido en todo la version de Xenofonte, ni hubiera estado de acuerdo con el sagrado texto, ni la profecía milagrosa lo hubiera sido tanto, ni el providencial castigo de la soberbia babilónica y el sobrenatural cumplimiento de los escondidos designios del Eterno, hubieran resplandecido, como en la narracion bíblica, y en la tragedia que la sigue, resplandecen á maravilla. Así quedan tambien á salvo el valor y la prudencia del rey Baltasar, que en balde luchaba contra los divinos decretos. En la catástrofe que termina la tragedia de Sardanápalo, todo, como ya hemos dicho, se verifica por

medios naturales; en la que termina la de Baltasar obra el Señor prodigios espantables. El héroe de la última tragedia es, y debe ser, por este solo motivo, más grande que el de Byron. Al de Byron le vencen los hombres sólos; al de la Avellaneda, Dios y los hombres, y éstos no aparecen sino como meros instrumentos de la justicia divina.

Entre los caractéres de Sardanápalo y de Baltasar media la misma distancia que entre los lances de su historia. Ambos son, por cierto, descreidos y blasfemos, mas en lo demas bien diferentes. Sardanápalo es un elegante libertino; sano, robusto, y jóven de cuerpo y alma; amable y jovial, y por ningun estilo misántropo, ni mucho ménos menospreciador del género humano. Artista, poeta y pagano voluptuoso hasta la médula de los huesos, quiere que la vida y el mundo sean un magnífico festin, un espectáculo solemne, un bello drama, en el cual conviene hacer bien su papel, áun cuando no sea más que por amor al arte, y para concurrir á la general armonía y consonancia de las cosas. Ni los placeres le cansan, ni el dolor le perturba, ni el peligro le conmueve; con la misma dulzura sonrie al amor que á la muerte; con la misma serenidad y petulancia va al festin que á la pelea; y con el mismo deleite artístico, con la misma elegancia aristocrática, y con la misma coquetería de *dandy* asirio, empuña el abanico ó la espada; se ciñe el yelmo ó la guirnalda de rosas. Es un Lovelace sin hiel, rey de Nínive; un personaje seductor, el más alegre, ameno y de *buen tono* que ha imaginado Byron. Las ladies y señoritas inglesas, cuando leen este drama, suelen enamorarse del héroe, y envidian la suerte de Myrrha hasta para quemarse vivas con él.

Baltasar, por el contrario, aborrece y desprecia á la humanidad; el mundo y la vida le cansan, y no halla placer que no le fastidie, ni mujer digna de su amor, ni hombre, no ya digno de su amistad, pero ni siquiera de su cólera. Con un alma llena de deseos levantados y de aspiraciones infinitas, no halla cosa creada ni increada que pueda satisfacerle y contentarle, ni centro donde se repose su herido corazon, fatigado y ansioso de sosiego. Baltasar es un ateista místico; es el alma apasionada del poeta Leopardi, que se ha trasformado en rey de Babilonia; es la negacion completa de todo bien, fuera del bien supremo; de todo amor

á los hombres, fuera del amor de Dios; de la dignidad humana cuando no se acata la divina, y de la felicidad en esta vida cuando no se cuenta con la otra. Pocas veces se ha puesto en escena, y se ha desenvuelto con igual maestría, carácter tan alto, extraordinario y bien sostenido.

La tendencia de ambos dramas es áun más opuesta que los caractéres de sus protagonistas. Byron hace la apoteósis de la naturaleza humana como á despecho de Dios. Sin su auxilio, y hasta desafiándole, son los hombres magnánimos y dichosos. Sardanápalo triunfa, se goza y resplandece en el trono, en el tálamo y en la pira. Como soberano, tiene leales, desinteresados, celosos é inteligentes ministros, devotos, aunque no bajos servidores suyos, y amantes de la patria; como esposo, una consorte fiel, cariñosa y llena de virtudes; y como amante, una amiga, la más enamorada y bella. Su esclava Myrrha siente por él una pasion sublime; está dotada de clarísimo ingenio, de un corazon heroico y de singular hermosura. Quizás por un anacronismo dichoso avalora el poeta el amor de Myrrha con una delicadeza de sentimientos más cristianos que gentílicos. Para amar al rey tiene Myrrha que vencer su pudor de vírgen, su orgullo de griega, su repugnancia por un bárbaro, y su despecho de verse esclava. Por último, vencido Sardanápalo por los sátrapas rebeldes, áun tiene el placer de salvar á su mujer y á sus hijos, y de satisfacer su vanidad aniquilando con él los inmensos tesoros que sus mayores habian reunido, y dándose en lujoso y sorprendente espectáculo á las futuras generaciones. Hay en toda esta historia—y sobre todo en el espíritu con que la presenta lord Byron—un horrible y titánico desprecio de la Providencia divina.

Lo contrario se nota en la tragedia de la eminente y cristiana poetisa, y son tan vivos y acendrados sus sentimientos religiosos, que si en algo se extrema, es en que esos sentimientos la llevan, á nuestro modo de ver, á tocar un tanto en lo que ahora se llama neo-catolicismo. Ya se entiende que no hablamos del neo-catolicismo de los que con artificio grosero aplican torcidamente la religion á la política, á fin de medrar con ambas. Hablamos del neo-catolicismo filosófico y desinteresado; del que exagerando por misantropía la creencia en la decaida y flacà condicion del género humano

y en su incapacidad de elevarse á la virtud sin el auxilio divino, no ve ni reconoce nada respetable, ni noble, ni bello, en las sociedades ó en los individuos que no están iluminados por la luz de la revelacion. En este sentido, no sólo hay mucho de católico, sino tambien algo de neo-católico en el drama de Baltasar. A ninguna persona de carácter noble, nada que merezca estimacion y respeto ve el rey en torno suyo. Hasta la hermosa y casta hebrea de quien por un momento se enamora, y hasta el jóven que llega á despertar su ira y á presentarse á su imaginacion como un digno rival, le engañan y le dan aparente motivo para que los tenga por tan viles como á los demas. Sólo la madre de Baltasar es una excepcion de la regla, y merece ser excluida del anatema de reprobacion que Baltasar lanza con justicia sobre sus súbditos y sobre el mundo entero. Mas para la doctrina que la señora Avellaneda trata de defender, ó que impremeditadamente defiende (pues la señora Avellaneda es demasiado poeta para ponerse de propósito deliberado á defender doctrinas en su drama), el rey Baltasar es una contradiccion; el rey Baltasar—dado el supuesto de la mezquindad y miseria de cuantos le rodean—tiene razon de despreciarlos, y es, por lo restante, un nobilísimo personaje. La grandeza de los cielos, la hermosura y la gala de los campos, y la pompa y el espectáculo soberbio de la civilizacion babilónica, no podian subsanar en la mente del rey la vileza de los hombres; y no hallando en su alma, ciega y sin fe, modo de justificar la Providencia, que tan viles los mantenia, debió fatalmente negar la Providencia. Por eso el rey Baltasar se fastidia y aborrece; por eso no hay resorte que levante su alma. ¡Cuánto se asombra, cuánto se regocija al encontrar una mujer que no se le rinde, un hombre que se le opone! Son dos objetos raros, únicos, que casi imagina que no pertenecen al mundo real, que teme se le desvanezcan entre las manos como vaporosos engendros de su anhelante fantasía. Inmensa debió ser la degradacion de entónces, cuando pudo eclipsar á los ojos del rey la virtud de su madre y las hazañas de los héroes de los tiempos pasados. Y sin embargo, la autora motiva, y hasta cierto punto justifica el carácter y la condicion de Baltasar; el cual, desde que sale á la escena, se muestra profundamente hastiado y despreciador de los hombres; ca-

rácter y condicion que jamas se desmienten, y que son más grandes que el carácter de Sardanápalo, elegante *mauvais sujet*, y sectario de una filosofía risueña y amablemente egoista.

Pero la grandeza moral del rey de Babilonia resalta, no sólo á expensas de la humanidad en general, sino á expensas tambien de los otros personajes del drama, los cuales, ó son claramente ruines como Rabsares, Neregel y demas sátrapas y magos, ó están ligeramente trazados como Nitocris, ó no se presentan bajo buen aspecto á los ojos del rey hasta el cuarto acto, esto es, cuando ya animados de una inspiracion soberana vienen á anunciarle su perdicion y ruina. Elda sólo se muestra desde luégo noble y digna á los ojos del rey; mas no tiene la suficiente resolucion para confesarle su amor á otro hombre que es su esposo, y le engaña diciéndole que es su hermano.

Por lo demas, sólo los judíos valen algo como carácter; y como los babilonios no valen nada, no parece sino que los judíos, si valen algo, es sobrenaturalmente y no por naturaleza. Así se destaca sobre el fondo oscuro del cuadro la figura gigantesca y simbólica del rey desesperado, que representa toda una civilizacion que se va á hundir para siempre, y todo un mundo sin virtud y sin creencias, que se desprecia y se maldice. No se debe censurar, por lo tanto, que algunos personajes del drama no sean tan bellos como pudieran ser. Como para que sirva de disculpa parece, por otra parte, que de propósito presenta la señora Avellaneda á Rúben y á Elda extremadamente jóvenes, y á Joaquin muy anciano. En cuanto al carácter de Daniel, más elogio que censura merece la señora Avellaneda por no haberle desenvuelto. Daniel no debia aparecer en el drama como una figura distintamente trazada; esto hubiera sido una profanacion. Daniel es la voz del Altísimo y el intérprete sobrenatural de sus justos decretos.

Réstame, por último, decir del carácter del rey Baltasar, que no es anacrónico, como algunos suponen, asegurando que sólo es propio de nuestra moderna civilizacion más compleja y refinada. Lara, Manfredo y Fausto no han tenido que servir de modelo á Baltasar. El inspirado autor del *Eclesiastés*, parece que le pinta y describe: —«Examiné,

» exclama, cuanto hay bajo el sol, y en ninguna parte hallé » más que vanidad; y vi que cuanto más saber se adquiere, » más crece la indignacion. Entónces quise gozar, edifiqué » soberbios palacios, planté viñas y huertos, formé estan- » ques de agua, tuve siervas y criadas y ganados mayores, » y rebaños de ovejas, y oro y plata, y cantores y cantoras, » y toneles de vino; y nada me negué de lo que deseaban » mis ojos, pero vi que todo era vanidad. Busqué tambien la » sabiduría, y conocí que el sabio y el ignorante acaban del » mismo modo. ¿De qué sirve, pues, al hombre tanto afan, » si sus dias están llenos de dolores y padecimientos? Más » feliz es el muerto que el vivo, y más todavía el que no ha » nacido ni probado los males que nos afligen. »

Por lo tocante á la accion del drama, es indudable que la autora ha sabido darle la debida unidad, dificilísima de hallar en este asunto. Para llenar cuatro actos, no eran bastantes la cena y el prodigio de la sentencia escrita sobre el muro, y sin embargo, con la caida de un imperio colosal, que se desploma inesperada y repentinamente para que se cumpla esa sentencia, nada podia ponerse en relacion que no desdijese ó apareciese mezquino. Así es que los amores de Elda y Rúben, la prision y libertad de Joaquin, la súbita pasion del rey, y la resistencia de la sobrina de Daniel, no pueden ser ni son más que incidentes, enlazados con diestro artificio, y que contribuyen todos á la manifestacion y desenvolvimiento del carácter de Baltasar, en el cual desenvolvimiento está la unidad, así como la accion en su lucha con la Providencia. Baltasar la niega al principio, la desafia luégo, y al cabo, vencido por ella, la reconoce y proclama. Daniel termina el poema, profetizando la venida del Salvador de los hombres.

Esta indispensable economía de la accion es tambien causa de que los demas caractéres parezcan pálidos junto al carácter de Baltasar. Dios y Baltasar son los personajes esenciales del drama; los otros son personajes episódicos.

Lo mucho que hasta aquí nos hemos dilatado, y el recelo de convertir en libro este artículo, no consienten que hablemos de las bellas situaciones en que abunda el drama de la señora doña Gertrudis Gomez de Avellaneda, y de los sonoros y elegantes versos, y del estilo enérgico y conciso, y

del castizo lenguaje con que ha sabido escribirle. Terminarémos, pues, diciendo, ya que hemos comparado este drama con el *Sardanápalo* de Byron, que nuestra poetisa, sin imitarle, ha podido crear una obra de no muy inferior belleza, con la ventaja de ser moral y religiosa, miéntras la del poeta inglés es inmoral é impía. Sólo sentimos que la señora Avellaneda persista en su propósito de no volver á escribir para el teatro, al cual ha dado, en el *Baltasar*, una de las más excelentes producciones de que puede gloriarse la moderna literatura dramática, tan decaida ahora, aunque más floreciente en nuestra patria que en otras naciones de Europa.

Abril de 1858.

(El Diario Español.)

ALFONSO MUNIO [1].

El dia 13 de Junio de 1844 se ha estrenado, en el teatro de *La Cruz*, una tragedia en cuatro actos, escrita por la señorita doña Gertrudis Gomez de Avellaneda, y que lleva por título el mismo que estas líneas.

Quisiéramos examinarla con toda la detencion que exige la novedad del género á que pertenece, ó mejor aún, en el que está escrita; pero nos lo impiden dos dificultades: la una es cuestion de tiempo, la otra de insuficiencia. La primera pudiéramos vencerla remitiendo nuestro juicio al número próximo; pero eso sería retardar demasiado á nuestros suscritores la noticia de un acontecimiento literario que hará época, por más de una razon, en nuestro teatro. El otro inconveniente no sería tampoco difícil de allanar, si el que estas líneas suscribe no se prevaliese — por abuso egoista acaso — de su posicion en el periódico, para disputar á sus ilustrados compañeros de redaccion la honra de ser el órgano por donde sepan los lectores del *Laberinto* el triunfo que ha obtenido en la escena española la autora de *Espatolino*.

---

(1) A *última hora*, digámoslo así, se nos remite este breve artículo, en que el malogrado escritor D. Antonio Flores dió cuenta á los suscritores del *Laberinto*,— revista de que fué director por la época de la aparicion de *Alfonso Munio*, hoy *Munio Alfonso*,—del brillante éxito alcanzado en su estreno por aquella primera obra dramática de la autora de la presente coleccion. Le damos cabida en el *Apéndice*, descargándole de la extensa exposicion del argumento del drama y de muchos trozos de escenas copiadas por el articulista.

Vamos á empezar, pues, nuestra grata tarea, procurando ceder todas las líneas posibles á la insercion de trozos de la obra, seguros de que el lector los ha de preferir á nuestras observaciones. . . . . .

(*Aquí la exposicion del argumento.*)

Hemos referido el asunto de la tragedia con toda la brevedad posible, sin detenernos en accesorios, para que el lector pueda conocer, aunque en esqueleto, una obra que el poeta ha sabido presentar, con asombro de los inteligentes, revestida de las severas formas de la tragedia clásica y animada con todo el interes del drama moderno.

Nosotros queremos prescindir aquí del sexo del autor al hablar de *Alfonso Munio*, porque los escritos que conocemos de su pluma — y con especialidad sus odas, llenas de robustez, energía y originalidad — no dejan ver más que un poeta valiente, llamado por sus obras á figurar en primera línea entre nuestros líricos, y á descollar un dia entre los dramáticos. Pero llevemos nuestra justa admiracion al terreno de los hechos, y con los mismos versos de la tragedia mostremos la arrogancia de los pensamientos, la belleza de las imágenes, la pureza de la diccion, y muy particularmente lo brillante de la versificacion, que no decae un punto en toda la tragedia. Sí, remitamos el mérito de *Alfonso Munio* al juicio de nuestros lectores, ofreciéndoles ejemplos de situaciones, de caractéres de los personajes, de galanura en el estilo. . . . . .
. . . . . .

(*Copia el Sr. Flores varios trozos de diferentes escenas de la obra de que trata.*)

Poco nos resta que decir, despues de haber indicado el argumento de la tragedia y copiado trozos de su hermosa versificacion, para que conozcan los lectores las principales cualidades de esa obra, entre las que resalta la grandeza de los caractéres. El de Munio es una creacion colosal: está dibujado correctamente, y animado por colores tan vivos, y sostenidos con tal vigor en toda la tragedia, que se hace digno rival de los mayores personajes trágicos que hay esparcidos en las obras maestras del teatro clásico.

El extremado celo de su honra, que le lleva hasta matar su hija cuando la cree criminal, y el entusiasmo fanático con que se vuelve á la guerra para lavar su sangre — al saber que era inocente — con la sangre de los sarracenos, son rasgos característicos de la época, que en toda la tragedia está perfectamente comprendida. El Arzobispo es tambien un personaje grande, y el autor — sin separarse por cierto de la verdad histórica — ha sabido presentar en él un modelo de prelados, lleno de caridad cristiana y de uncion evangélica. Don Sancho es otro personaje muy digno de los anteriores. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

El interes de la accion es tan grande, y está tan hábilmente manejada su gradacion, que desde la primera escena hasta la última va tomando nueva vida y aumentándose de situacion en situacion, de verso en verso. Pero donde sube más admirablemente es al final del acto segundo, sosteniendo esa elevacion en los dos últimos actos. La ansiedad del público — y con especialidad de los inteligentes — es extremada cuando, al terminar el acto tercero, pasa la catástrofe. Nadie cree posible otro acto, ni es fácil concebir que el autor pueda volver á presentar á Munio — sin que decaiga el interes — ante un público que ha visto la inocencia de Fronilde y que ha simpatizado con ese delicado personaje desde el principio de la representacion. . . .

. . . . . .

. . . . . .

La concurrencia fué muy escogida, y pocas veces hemos visto aplaudir con igual entusiasmo, interrumpiendo várias veces la representacion, que terminó entre una salva de aplausos, y con gritos, en los que el público manifestaba sus deseos de contemplar al poeta, que — luchando con las dificultades que encuentran hoy las representaciones de esa índole — ha sabido entusiasmarle con una tragedia nueva en su género, y, á nuestro juicio, la única acaso compatible con el gusto moderno. Multitud de coronas y de ramilletes cayeron á los piés de nuestra ilustre colaboradora, quien con la mayor modestia colocó aquéllas en las sienes de las actrices que la condujeron á la escena, teatro de su gloria;

retirándose de allí á su casa, acompañada de numerosos amigos, que la obsequiaron con una serenata, en la cual, entre otras conocidas piezas de música, se tocó el himno de su tragedia.

La redaccion de *El Laberinto* siente un placer inmenso al ver cubierta la frente de la autora de *Espatolino* con tan merecidos laureles, y el que suscribe tiene la honra de felicitarla á nombre de aquélla.

ANTONIO FLORES.

LA NOVELA EN LA EDAD MODERNA.

OBRAS LITERARIAS

DE LA

SEÑORA DOÑA GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.

TOMO IV.

I.

Se ha dicho que la novela es un poema en prosa, y ciertamente que si se reuniesen en ordenada coleccion las principales producciones novelescas que han aparecido desde el Renacimiento hasta nuestros dias, se tendria la verdadera, la única epopeya posible de la edad moderna. Y no podia ser de otro modo. Si por epopeya se entiende la obra literaria que resume y presenta como en cifra todas las ideas y todos los sentimientos que agitan á una edad histórica, ¿qué obra literaria, por extensa que fuera, podria encerrar en sus páginas las múltiples, las infinitas direcciones que sigue el espíritu humano en los críticos tiempos de la edad presente?

Vanamente el genio de Goethe intentó en el *Fausto* sintetizar las creencias del paganismo, los sueños sobrenaturales de la Edad Media y el escepticismo negativo del espíritu moderno; el *Fausto*, en que el poeta quizás soñó formular la epopeya de la Edad Media, sólo es un poema subjetivo, donde se ve claramente que su autor es aleman, filósofo y racionalista. Y otros poetas y pensadores acometieron la misma empresa que Goethe no habia conseguido llevar á cabo; y sus esfuer-

zos sólo pudieran hallar excusa en aquellos conocidos versos de un poeta sevillano:

> Dirán que al cielo se atrevió el abismo;
> El atreverse sólo es heroismo.

Porque, en efecto, escribir hoy la epopeya de la edad moderna es de todo punto imposible. Desde el Renacimiento hasta nuestros dias sólo viven la crítica y el análisis; la crítica, que no tiene la satánica grandeza de la negacion, sino la fria tranquilidad de la duda; el análisis, que no presenta la armónica unidad del órden, sino la variedad y la oposicion caótica, que anteceden al organismo de la vida.

II.

Al comenzar el siglo XVII, cuando la reforma religiosa de Lutero habia ya desenvuelto el espíritu del libre exámen en oposicion á la fe ciega de la Edad Media, y cuando los humanistas del Renacimiento habian opuesto las formas sensuales de la belleza griega al severo ideal del arte cristiano, un soldado español, más versado en desdichas que en letras, adivinó, con la intuicion propia del genio, los caractéres más generales de la civilizacion moderna, mostrando cómo la idealidad, sin el contrapeso de la reflexion, se pierde en los desvaríos de la utopia; y á la vez, cómo el grosero materialismo sólo es, sólo puede ser, el ignorante servidor de la idea, siquiera esta idea llegue á convertirse en rematada locura. Y no se nos diga que Cervántes desconoció el valor total de sus dos admirables creaciones, D. Quijote y Sancho, pues si bien es cierto que el artista produce espontánea, irreflexivamente, toda obra de arte tiene una significacion objetiva, la cual, en cierto sentido, puede ser independiente y áun hallarse fuera de la intencion que su mismo autor al producirla se propusiera. Es cuestion excusada la de averiguar si el manco de Lepanto sabía ó no que D. Quijote es un idealista, á quien sus ideas perturban la razon, y Sancho un materialista, que, á fuerza de buscar su inmediato provecho, concluye por servir á un loco y hasta participar algun tanto de la locura de su amo; pues siendo cierto que éstos, y no

otros, son los verdaderos caractéres de los dos personajes principales de su notabilísima fábula novelesca, nada les quitaria ni les añadiria la averiguacion antedicha. Despues de este valor esotérico de la obra cervantina, no se puede desconocer la libertad de espíritu de su autor, que, adelantándose algunas centurias á aquella en que le tocó vivir, mostraba cómo la lanza del caballero, cómo el espíritu individualista del feudalismo, no eran suficientes ya para desfacer entuertos y enderezar agravios; cómo el derecho del individuo sólo puede ser amparado por el derecho de la sociedad.

Y si del fondo pasamos á la forma de la inmortal novela de Cervántes, recordarémos que esas dos teorías artísticas, que se disputan la supremacía en el campo de las letras, el idealismo, que busca la belleza en la creacion libre de la fantasía, y el realismo, que pretende hallarla en la imitacion, ó mejor en la copia fotográfica, de la naturaleza; esas dos teorías, decimos, se ven llevadas á la práctica, ora en los desvaríos de una idea desordenada, que rompe hasta los moldes de la razon, ora en las más groseras funciones del organismo humano, descritas, tal vez con sobra de colorido, en la aventura de los batanes.

Bien puede decirse, no inspirándose en los sentimientos del patriotismo, sino escuchando el severo dictado de la razon desapasionada, que si hay algun libro que por algun modo se acerque á la epopeya de la edad presente, de esta edad crítica que duda de su propia duda y vive entre la locura de la utopia y el rebajamiento que engendra la grosería del interes personal, es sin duda alguna esa gran novela en cuya portada se halla escrito: *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, por Miguel de Cervántes Saavedra.

III.

Pero ya lo hemos dicho ántes: no cabe en los estrechos límites de una obra literaria la fórmula complicadísima en que se hallen sintetizadas las várias y múltiples manifestaciones de la edad presente. Podrá ser el *Quijote* la comprensiva concepcion de la vida humana en la esfera del puro pen-

sar; pero fuera de esta esfera se hallan los mundos infinitos del sentimiento y de la voluntad; podrá ser el *Quijote* la sintetizada crítica de las dos direcciones capitales de la filosofía, el idealismo y el materialismo; pero la filosofía no es la ciencia toda, y fuera de ella se encuentran la física y la química, el derecho y la política, las matemáticas y la historia natural, y tantas otras que fuera prolijo enumerar. Así fué que la empresa no realizada ni realizable por una sola produccion novelesca, se ha llevado á cabo en muchas, en infinitas novelas, que debieran considerarse como los varios y esparcidos capítulos de la inmensa epopeya de la edad moderna.

Propónese Fenelon aleccionar á un príncipe segun el concepto socialista que da del Estado el espíritu del cristianismo, y escribe el *Telémaco*. Quiere Voltaire condenar el optimismo de Leibnitz, y publica el *Cándido*, poniendo en ridículo á aquel buen doctor, que sostenia que este, á quien la voz pública ha dado en llamar *¡pícaro mundo!* era el mejor de los mundos posibles. Y Rousseau, en su novela el *Emilio*, desenvuelve sus teorías sobre la educacion; y Jacobi escribe una novela para condensar sus ideas sobre el sentimiento, considerado como base de la verdad filosófica.

Llega la revolucion francesa del siglo XVIII, y á contar de esta fecha crece más y más la importancia de la novela, hasta tal punto, que no hay ninguna cuestion de todas las que conmueven los cimientos de la cultura moderna, que se haya dejado de debatir en las páginas de producciones comprendidas en este género literario.

¿Quereis saber lo que hoy se piensa sobre religion? *Fabiola*, del cardenal Wisseman, os mostrará el espíritu del catolicismo tal como lo entienden los creyentes no fanáticos; la *Historia de Sibila*, de Octavio Feuillet, os presentará el cuadro de lo que se acostumbra llamar catolicismo liberal; la contestacion dada á esta novela por Jorge Sand, *Mlle. de la Quintinie*, las doctrinas de la religion segun el racionalismo; y en esa serie de obras novelescas que llevan por títulos *El Maldito*, *El Jesuita*, *La Religiosa*, y otras várias escritas por el Abate de ***, veréis debatidos los problemas de disciplina eclesiástica referentes al matrimonio del sacerdote, á la perpetuidad de los votos monásticos; y sobre todo,

en esas obras se halla descrita de mano maestra la lucha ardiente, apasionada que han librado dentro del catolicismo la tendencia tradicionalista y la tendencia progresiva, los que generalmente se llaman neo-católicos y los católicos liberales.

Esa tempestuosa nube, que viene á turbar los ensueños optimistas de los políticos cándidos; esa tempestuosa nube, que entre los resplandores del relámpago deja ver escrito en un horizonte no muy lejano, quizá próximo, estas palabras: cuestion social; esa tempestuosa nube, que viene formándose desde la *República* de Platon á la *Ciudad de Sol* de Campanella, desde la *Utopia* de Tomas Moro á las teorías de Saint Simon, se condensa y amenaza estallar en las novelas socialistas de Eugenio Sue, por más que la escuela individualista aguce su imaginacion, y ponga como para-rayos el entretenido libro de Laboulaye, *París en América.*

Y si de las cuestiones sociales pasamos á las cuestiones políticas; ¿tendrémos que recordar aquí que una novela, *La cabaña del tio Tomas*, puede considerarse como el prólogo de la gigantesca lucha sostenida entre los estados del Norte y los del Sur de la gran república americana?

IV.

Siguiendo nuestras observaciones en otro órden de ideas, es de evidencia que la tolerancia, hija unas veces de la indiferencia y otras de la superior cultura del espíritu, es uno de los caractéres propios de la civilizacion contemporánea. Hoy se afirma que el hombre, como parte de la humanidad, siempre es *esencialmente* bueno; afirmacion que un amigo nuestro admite como exacta, pero dice que es conveniente completarla añadiendo que, el hombre como individuo siempre es *accidentalmente* malo. Este complemento de nuestro amigo no halla hoy el apoyo de la soberanía del mayor número; es, como si dijésemos, un voto particular desechado por la mayoría del parlamento, y por lo tanto, el criminal, segun el juicio de los hombres cultos del siglo XIX, debe considerarse como un enfermo á quien es preciso curar, pero de ningun modo como un malvado que deba expiar su falta por el dolor

del castigo. Esta teoria de benévolo optimismo, preferible sin duda alguna á la furia que inspira el fanatismo, siquiera sea el fanatismo de la virtud; esta teoría, que quizá reconoce como fundamento la duda sobre si la ley natural al imponer realmente todos los deberes que hoy exige el sentido moral ó el interes de la sociedad, tal como se halla constituida, ha sido desenvuelta ampliamente en la novela contemporánea, ya presentando en la cortesana de *La Dama de las Camelias* un tipo moralmente superior al de los *honrados* personajes que la rodean, ó ya mostrando en *El proceso de Clemanceau* cómo la pasion, sobreponiéndose á la voluntad, llega á producir un estado intermedio entre la razon y la locura, en que difícilmente puede precisarse la responsabilidad del presunto criminal.

Y siguiendo el mismo camino Ernesto Feydeau en esa serie de estudios que llevan por título *Fanny*, *Daniel* y *La Condesa de Chalis*, dedícase á ennoblecer los actos que la pasion inspira, siquiera sean hoy severamente condenados en nombre de las leyes de la moral y de las exigencias sociales.

Y fuera excusado hacer aquí detenida y expresa mencion de la serie de obras novelescas en que el insigne escritor Honorato de Balzac trazó de mano maestra los rasgos culminantes de las costumbres contemporáneas. No se hallan las novelas de Balzac inspiradas por ninguna de las nueve musas de la antigüedad clásica, no en verdad; en sus páginas resalta siempre una idea, que es la musa, digámoslo así, de industriales, comerciantes y banqueros en todos tiempos y lugares, y que al presente ha llegado á ser la única creencia de los que en nada creen, la innegable utilidad del dinero para conseguir la mayor parte de los bienes que afanosamente desea este átomo de la creacion que llamamos el sér humano.

El dinero es la musa de Balzac, y esa dorada ó plateada deidad es la que dictó las páginas más admirables de *La piel de Zapa* y los cuadros más terribles de *El Padre Goriot*. Así es que el desapoderado anhelo de goces materiales, que constituye uno de los más acerbos dolores que en nuestra época padecen las clases medias y las clases populares, halla en las novelas del ilustre escritor frances su más viva y genuina expresion estética.

V.

Aun aquellos asuntos que parece más difícil puedan amoldarse á las formas de la amena literatura, han sido tratados y bellamente desenvueltos en composiciones novelescas. Y como prueba de la verdad de tal aserto, recordarémos á Walter Scott describiendo en sus novelas la confusa vida de la Edad Media y contribuyendo poderosamente á promover los estudios históricos acerca de esta época, tan enaltecida por algunos, como por otros menospreciada, hasta que la crítica moderna ha comenzado á iluminar por igual el soberbio castillo del *rico-home* y la pobre morada del siervo de la gleba. Recordarémos, mejor dicho, presentarémos á nuestros lectores algunas novelas de las que ahora escribe Julio Verne, donde las ciencias naturales, la física, la química, la astronomía y hasta la balística, hallan un lugar y llegan á constituir parte integrante de la fábula novelesca por el autor ideada.

Imposible fuera pasar revista á todas las obras y autores que ponen en punto de evidencia cómo la flexibilidad de la novela ha conseguido seguir todas las múltiples direcciones de la civilizacion contemporánea, pero fuera imperdonable falta la de no mentar aquí, siquiera sea de pasada, las modernas novelas inglesas, donde Dickens, Bulwer, Tackeray y otros varios han fotografiado á la sociedad del Reino-Unido con todas sus excelencias públicas y sus mezquindades secretas. Y tambien fuera reprensible el que no consagráramos algunas líneas á decir la importancia que alcanza la novela en el vecino reino de Portugal, donde Herculano, ántes de tomar la pluma del historiador, describió en una serie de leyendas la vida del pueblo portugues en la Edad Media, y supo trazar en *Eurico* una obra que los críticos no saben si clasificar como novela ó como poema, tal es la grandeza de los cuadros en ella presentados; y donde existe el fecundísimo Castello Branco, escritor de ingenio penetrante, con sus puntas y ribetes de teólogo y filósofo, á quien el Sr. Romero Ortiz, en su libro *La literatura portuguesa del siglo* XIX, considera como el primer novelista de la península ibérica en la edad presente.

VI.

Las anteriores consideraciones generales acerca de la alta significacion que alcanza en nuestros dias la literatura novelesca se hallan plenamente confirmadas, si más confirmacion necesitase que los ejemplos ya aducidos, en las novelas de la Sra. D.ª Gertrudis Gomez de Avellaneda, cuya coleccion ha comenzado á publicarse en el tomo IV de sus *Obras literarias*. Comprende este tomo tres novelas, *El artista barquero*, *Espatolino* y *Dolores;* y sabemos que en el tomo V y último de la coleccion aparecerán: *La Velada del helecho*, *La bella Toda*, *Los doce Jabalíes*, *La Montaña maldita*, *La flor del Ángel*, *La Ondina del lago azul*, *La dama de Amboto*, *Una anécdota de la vida de Cortés*, *El Aura blanca*, *La Baronesa de Joux* y *El Cacique de Turmequé*.

Y comenzando á cumplir el penoso deber que la crítica impone á los que, siquiera como aficionados, en criticar nos ocupamos, preguntarémos aquí: ¿por qué la Sra. Avellaneda no ha dado un lugar en la coleccion de sus obras literarias á las novelas *Sab*, *Dos mujeres* y *Guatimozin?* Presumimos que la modestia de la inspirada poetisa habrá considerado como indignos de la reproduccion aquellos ensayos de amena literatura, escrito alguno de ellos, segun tenemos entendido, en edad más propia para *jugar á las muñecas* que para patentizar por medio de la prensa las privilegiadas dotes de su creador ingenio. Pero esta misma circunstancia era motivo suficiente para que *Sab*, que es la novela á que aludimos, figurase entre las obras coleccionadas, y así, despues de haberla leido, no faltaria quien repitiese el dicho de un literato ilustre, en otra ocasion semejante públicamente pronunciado: *Es el ensayo de Hércules*.

Y para que no se tachen de parciales nuestras apreciaciones, véase cómo juzgaba á *Sab* el insigne escritor D. Nicomédes Pastor Diaz.—«No es *Sab*, decia el melancólico »poeta, una novela española, ni ménos inglesa ó francesa. »*Sab* es una novela americana, como su autora. No es una »novela histórica ni de costumbres. *Sab* es una pasion, »un carácter, nada más.»

Y despues de este juicio general acerca de la novela, en

el cual queda marcada la originalidad que la autora ha sabido dar siempre á sus obras, añade el ilustre crítico: «El »sentimiento que respira en la obra de la señorita Avellane»da es muy natural, muy generoso en ella. El primer es»pectáculo, que se hubo de ofrecer á sus ojos en aquellas »regiones y herir desde sus más tiernos años su sensibilidad, »fué el espectáculo de la esclavitud. ¡Espectáculo horrible, »tan humillante para el siervo como para el señor; espec»táculo que subleva hondamente el corazon del hombre, y »hace necesarias todas las fuerzas del hábito, toda la dureza »del cálculo, todo el egoismo del interes, para que el horror »que infunde se modifique!

»Bajo esta impresion profunda está concebida la novela, ó »más bien está escogido su héroe, *Sab*, el pobre esclavo, »que se enamora de su señorita, y que, devorado de celos y »abrumado con la idea de que el amante que va á ser su »esposo es indigno de ella, y no puede hacer su felicidad, »no sólo no estorba su union, sino que pone los medios de »que se realice, y sacrifica á esta idea su fortuna y su vida. »Sab, sin embargo, pudiera haber sido tomado en otra con»dicion y en otra sociedad, y acaso, á lo ménos entre nos»otros, puede ser que tuviese más interes teniendo más »verosimilitud. Por lo demas, el carácter y la pasion de *Sab*, »que es toda la novela, están descritos con un pincel de »fuego. Hay páginas magníficas, hay rasgos sublimes.»

VII.

Si *Sab*, pues, no merecia el olvido á que le ha condenado su autora, áun nos parece más digna de figurar en la coleccion de sus obras su novela titulada *Dos mujeres*. En *Sab* se ocupó la Sra. Avellaneda de llamar la atencion pública sobre los dolores del esclavo; en *Dos mujeres* en pintar los dolores no ménos acerbos de los seres que se creen libres. La esclavitud ha sido ya condenada por la razon y hasta por el sentido histórico de nuestro siglo; pero quizá existen instituciones que, tal como hoy se hallan establecidas, forman una especie de esclavitud social, tan contraria á la naturaleza humana como la que sujeta á los pobres africanos que

trabajan en los ingenios de la siempre fiel isla de Cuba.

Indícase en *Dos mujeres* que su autora, áun soltera cuando escribió este libro, habia meditado largamente en esos oscuros problemas que se hallan en el fondo de la constitucion de la familia; esos problemas en que de un lado aparece la exigencia de la propagacion de la especie y el asiduo cuidado que la prole requiere, y de otro las condiciones propias de todo sentimiento, sér, en cierto límite, involuntario, y al propio tiempo necesitar de la libertad como natural atmósfera, que su vida hace posible.

Se dirá que Jorge Sand ha precedido á la Sr. Avellaneda en escribir novelas acerca de asuntos matrimoniales, y que en *Dos mujeres* se hallan huellas de la lectura y conocimiento de estas obras. Respecto á la cuestion de precedencia, es un privilegio de la edad, que no negarémos; pero respecto á la segunda objecion, dirémos que la novela de nuestra compatriota presenta una radical diferencia, que la separa de las escritas por la célebre dama francesa, en las que generalmente se mira el problema matrimonial desde el punto de vista de la mujer casada, y en *Dos mujeres* se considera el mismo problema con relacion al marido y á la persona por él amada. Esto solo basta para marcar un carácter que distingue en gran manera la novela de la Sra. Avellaneda de las escritas con alguna semejanza de pensamiento fundamental por la autora de *Indiana*.

Guatimozin es la tercera novela que la Sra. de Avellaneda ha dejado de incluir en la coleccion de sus obras; pero templa algun tanto el sentimiento que esta omision nos produce, el que sabemos que las páginas que aparecerán en el tomo quinto de la coleccion, con el título de *Una anécdota de la vida de Cortés*, son el epílogo del *Guatimozin*, en el cual se halla resumido el pensamiento capital que guió la pluma de la autora al trazar el cuadro conmovedor de la vida y muerte del infortunado heredero de Motezuma. ¿Y cuál es este pensamiento? En los escritos del poeta, del verdadero poeta, y la Sra. Avellaneda lo es, siempre palpitará aquel nobilísimo sentimiento que hizo exclamar á Rioja:

El corazon entero y generoso
Al caso adverso inclinará la frente
Antes que la rodilla al poderoso;

y siempre se hallará la tendencia que hizo decir á otro de nuestros poetas:

Héroes, si no ya dioses, el inmenso
Vulgo los llama; mas con tanto incienso
Yo mi razon no ofusco;
Y de Belona en el dudoso empeño,
Donde muestra fortuna airado el ceño,
Allí los héroes busco.

Sentimiento y tendencia que se convierte, cuando de asuntos históricos se trata, en simpatía por las causas vencidas, en instintiva repulsion á doblar la rodilla ante los altares del Dios-Éxito.

Así Ercilla, al ver el triunfo de su patria sobre los araucanos, que por su independencia combaten; así Ercilla, que con la espada del soldado contribuye á este triunfo, escribe con la pluma del poeta el poema de los vencidos; así Garcilaso, que lucha valerosamente para afirmar en Europa el poderío del invicto emperador Cárlos V, no se deja cegar por los resplandores de la fortuna bélica, y en un momento de duda, quizá de simpatía por los que padecen y mueren en defensa de la libertad de conciencia, escribe con inspiracion profética:

¿Qué se saca de aquesto? ¿Alguna gloria?
¿Algunos premios ó aborrecimiento?
Sabrálo quien leyere nuestra historia;
Veráse allí que, como el humo al viento,
Así se deshará nuestra fatiga.

La Sra. Avellaneda en *Guatimozin* no amengua, no, la gran figura histórica del vencedor de Otumba, pero muestra que el Emperador de Méjico supo llegar hasta la heroicidad por el camino de la desventura; camino donde es triunfo el martirio y glorificacion la muerte. La mujer ha derramado lágrimas sobre la tumba del emperador mejicano; el poeta ha alzado su canto en loor del heroismo sin ventura; tal es la novela *Guatimozin*....., una lágrima y una protesta contra los ciegos adoradores de la ciega fortuna.

VIII.

El Artista barquero, novela en que comienza la coleccion formada por la Sra. Avellaneda, pudiera decirse que es un rayo de poesía que viene á iluminar la manchada memoria de Mad. de Pompadour.

Ya lo dijimos anteriormente: es carácter propio de la civilizacion moderna cierta tendencia benévola, y áun pudiera decirse *bonachona*, que busca siempre entre las sombras del mal algun resquicio por donde contemplar ese sumo bien, ordenador y corrector permanente de las flaquezas y miserias de los seres humanos. Y esta benévola tendencia ha engendrado una serie de rehabilitaciones morales por medio de la literatura de los que, al decir de un escritor humorístico, se hallaban condenados al presidio eterno de la historia. Por este camino el emperador Neron se ha transformado en un distinguido y entusiasta artista, que gozaba con las sensaciones fuertes, tales como el incendio de Roma, la muerte de su maestro y hasta la de su propia madre; y el rey D. Pedro I de Castilla, á quien sus contemporáneos llamaron Cruel porque hizo matar á su hermano y envenenar á su mujer, aparece como una especie de caballero andante, siempre pronto á proteger á los débiles y á castigar á los malvados.

Pero, sobre todo, el amor es en nuestra época el universal redentor de toda culpa, y parece que aquellas palabras que Jesucristo dirigió á la Magdalena: «Mucho te será perdonado, porque has amado mucho», han adquirido hoy una extension verdaderamente ilimitada. Léase *Redencion*, de Octavio Feuillet, y allí se verá cómo la cortesana más descreida puede llegar, por medio de la pasion, á convertirse en amantísima esposa, y hasta á creer en Dios, por amor al hombre.

No ha caido la Sra. Avellaneda en estas exageraciones eróticas y hase limitado en *El Artista barquero* á mostrar cómo la corrupcion de la carne, usando el lenguaje de los místicos, no engendra, ni engendrar puede, la total corrupcion del espíritu. Mad. de Pompadour, manchada en lo más preciado de la honra femenina, lleva á cabo un sublime sa-

crificio, que la enaltece á los ojos del lector, demostrándole que así como el justo peca siete veces al dia, tambien es cierto que el pecador puede llegar en ocasiones dadas hasta el heroismo de la virtud.

IX.

Sigue la Sra. Avellaneda en su novela *Espatolino* la misma tendencia de humanitaria benevolencia, que ha inspirado las páginas del *Artista barquero*. *Espatolino*, el famosísimo bandido italiano, ha llegado al mal, no obstante sus elevados instintos, por circunstancias terribles en que le ha colocado la suerte. Espatolino ha visto en el mundo á la hipocresía usurpando el puesto de la virtud; al interes mezquino vendiendo al amor; á la perfidia vil disfrazándose bajo el velo sagrado de la amistad; al libertinaje del poderoso queriendo pagar con oro la honra del desvalido; á la justicia humana, en fin, confundiendo al crímen y á la desgracia en una misma ignominia, en esos establecimientos penales cuyas defectuosísimas condiciones los hacen más bien focos de corrupcion contagiosa que no asilos de correccion y enseñanza.

El bandido italiano, tal como le describe la Sra. Avellaneda, viene á representar la protesta del individuo sublevado contra la ley social, por considerarla ineficaz para reprimir el mal, ya que no causante y fomentadora de este mal mismo.

Hállase ademas en *Espatolino* una ardiente y vigorosa condenacion de la pena de muerte, que, por más que haya sido defendida por filósofos tan ilustres como Manuel Kant y el hegeliano Vera, es lo cierto que hoy por hoy se ve rechazada por la dulzura de las costumbres modernas y por los pensadores más liberales que de filosofía del derecho en sus obras se ocupan. Hé aquí cómo la Sra. Avellaneda, sin salir de los límites de una fábula novelesca, escribe tambien un capítulo de la ciencia del derecho bajo el punto de vista del sentimiento estético.

X.

Llegamos á la tercera novela de las coleccionadas por la Sra. Gomez de Avellaneda. Llámase *Dolores, páginas de una crónica de familia*, y es, en efecto, una página de la historia de los ilustres antepasados de la autora de la novela.

Pero ¿cómo aparece *Dolores*, en el fondo de su argumento considerada? En nuestro concepto, como demostracion clara y evidente de que esa Edad Media, tan celebrada por los adoradores de lo pasado, presenta caractéres generales, propios sin duda alguna para exaltar la fantasía del poeta, pero tambien dignos de severísima censura ante el infalible dictado de la ley moral.

Muestra la Sra. Avellaneda en *Dolores* de qué modo una buena esposa y madre amantísima llega á sacrificar al brillo de sus nobiliarios timbres la felicidad de su esposo y la de su propia hija. Para explicar esta contradiccion, penetra la autora en esos abismos sin fondo del corazon humano, donde el crímen reviste á veces las formas del heroismo, donde la rectitud del propósito y la maldad del hecho engendran problemas que difícilmente se resuelven mediante la distincion entre la moral individual y la moral absoluta.

Puede tambien considerarse la novela *Dolores* como un canto al progreso de la humanidad; pues despues de leida fórmase la conviccion, si ántes no estuviera ya formada, de que las ideas de la Edad Media acerca del honor son sin duda alguna inferiores hasta á la teoría del interes personal bien entendido, que es el más mezquino de los conceptos morales en nuestra época reinantes.

Fuerza es confesar, sin embargo, que la ilustre señora castellana, la Condesa de Castro, descrita por la señora Avellaneda, aparece sí, fanatizada por una idea falsa de la honra, pero tambien engrandecida por la firmeza inquebrantable de su gran carácter; que en esta flaca naturaleza humana, como dicen nuestros vecinos transpirenaicos, *cada uno tiene los defectos de sus cualidades*, y tambien puede añadirse que, siendo verdadera la recíproca, *cada uno tiene las cualidades de sus defectos*. Los que se llaman buenos, son los ménos malos; los que se llaman malos son los ménos buenos.

¿Dónde se halla la perfeccion? En la tierra ciertamente que no.

XI.

En la rápida reseña que hemos hecho de las novelas de la Sra. Avellaneda incluidas en el tomo IV de la coleccion de sus obras, y de las que no han tenido lugar en esta coleccion, aparece claro que la autora pertenece al número de esos privilegiados seres que, en medio de la turbada edad histórica que alcanzamos, conservan la fe en los futuros destinos de la humanidad, las nobles creencias en los más nobles sentimientos que agitan el espíritu humano. Sus obras, consideradas en su pensamiento íntimo, responden á la exigencia de la literatura novelesca tal cual hoy debe ser; sus novelas son capítulos de la inmensa epopeya del siglo XIX.

Pero en las obras literarias hay que considerar, no sólo el pensamiento que las da vida, sino tambien la forma en que este pensamiento se manifiesta. Y considerando el fondo y la forma de todas las manifestaciones del talento artístico de la escritora de que ahora nos ocupamos, condensaríamos nuestro juicio en estas palabras: la Sra. Avellaneda es un eminente autor dramático, un insigne poeta lírico, un notable novelista.

No sin intencion hemos dicho *autor*, en vez de autora; *poeta*, en vez de poetisa; pues la índole de la inteligencia de la Sra. Avellaneda es tan varonil, que años hace ya que el señor Ferrer del Rio dijo con notable exactitud: «Al frente de las poetisas españolas figura Carolina Coronado; no es la Avellaneda una poetisa, es un poeta.»

No hay que decir que la escritora que supo idear y desenvolver los pensamientos altísimos que se encierran en el *Saul* y el *Baltasar*, sabe tambien interesar y conmover por medio del argumento de sus obras novelescas; y tampoco hay que decir que la que supo cantar tan altamente las glorias de *La Cruz*, escribe páginas en que el fuego de la poesía tal vez traspasa los límites propios del género novelesco. Si la señora Avellaneda no hubiese escrito más que novelas, éstas serian citadas con merecidísimos elogios; perjudican á su re-

nombre de novelista los superiores méritos de sus obras dramáticas y de sus poesías líricas.

XII.

Es costumbre generalmente admitida, á la cual no queremos ahora faltar, que siempre que se trata de obras escritas por alguna dama, se suscita la cuestion de si el sexo femenino debe emplear toda su actividad en los quehaceres domésticos, ó si, por el contrario, la mujer está llamada á ser igual al hombre en todo, en cuyo caso debe llegar dia en que predique en los templos, perore en los clubs políticos y discuta en los parlamentos.

Nosotros en esta cuestion profesamos una teoría de término medio, que podrá ser tachada de ecléctica, doctrinaria y otros calificativos que hoy comienzan á aplicarse á lo que es práctico y posible; pero que se halla fundada en la profunda distincion entre los dos sexos en que se divide la especie humana; teoría que no es ocasion de desenvolver ahora, pero quedará indicada diciendo que el sentimiento y la espontaneidad es lo distintivo del sexo femenino; la razon, la reflexion, es lo distintivo del sexo masculino. Y dada esta distincion, ¿podrá negarse que el bello arte puede y debe ser cultivado por la mujer?

La espontaneidad y el sentimiento son las condiciones que forman los genios artísticos, y éstas son las cualidades predominantes del sexo que, con galantería siempre, y con exactitud frecuentemente, calificamos de bello. Hé aquí la causa del gran número de escritoras notables que presenta la historia de la literatura contemporánea; número cuya importancia crece si se considera la diferente educacion que reciben los dos sexos, pues para que una mujer llegue á ser escritora, puede decirse que casi es preciso que comience por aprender á escribir materialmente. ¡Tal y tan grande es el abandono en que hasta ahora ha estado la educacion de la mitad del género humano!

Entre el fárrago inmenso de novelas que ha producido la literatura española en estos últimos años, la posteridad encontrará algunas obras, muy pocas en número, verdadera-

mente literarias; y justo es decir que al lado de los nombres de novelistas masculinos aparecerán los de Fernan Caballero, *que es señora, y no caballero;* Gertrudis Gomez de Avellaneda, Carolina Coronado, Pilar Sinués, Ángela Grassi, y quizás algunos otros nombres femeninos que en este momento no recordamos.

Despues de todo lo dicho, llegamos á tocar ahora en una suprema dificultad. ¿Cómo debemos terminar estas desordenadas consideraciones generales acerca de la novela en la edad moderna, aplicadas luégo á las novelas de la Sra. Avellaneda, y olvidadas últimamente por la digresion que acabamos de hacer al ocuparnos de la mujer considerada como escritora?..... Resumir todas las opiniones expuestas sería por extremo enojoso; hallar una frase oportuna no siempre es fácil, y por ahora ninguna se me ocurre; formular un juicio sintético sobre el mérito de la autora de *Espatolino*, ya lo hemos hecho cuando escribimos: *La Sra. Avellaneda es un escritor dramático eminente, un insigne poeta lírico y un notable novelista.* Los nudos que no se saben desatar se cortan. Cortemos, pues, el nudo de la deficultad que se nos presenta, poniendo aquí punto final.

Luis Vidart.

GALERÍA DE POETISAS CONTEMPORÁNEAS.

DOÑA GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA (1).

I.

«No es la Avellaneda poetisa, sino poeta.» Con la autoridad del hombre docto, con el desenfado del crítico infalible, lanzó el Sr. Ferrer del Rio este rotundo fallo en una galería que publicó de poetas españoles. En los pu blos cortesanos como lo fué Aténas, como lo es París y como Madrid lo va siendo, una frase aguda es mejor acogida que una sentencia grave; porque los círculos activos y bulliciosos de los salones de la moda viven del ingenio y gustan de las cosas agradables y ligeras, que arrancan una sonrisa ó dan lugar á un chistoso comentario. El libro del Sr. Ferrer del Rio, por otra parte, debia obtener muy buen éxito, porque estaba bien escrito, y Madrid es justo ante todo. El juicio hecho por el erudito escritor sobre cada uno de los po tas pareció inapelable, y fué la Avellaneda declarada poeta, pero sólo poeta, no poetisa, porque así lo decia aquel libro: «No es la

(1) Estas preciosas líneas, de la ilustre escritora Sra. Coronado, serian las primeras del presente *Apéndice*, si la autora de esta coleccion hubiera logrado entónces su vivo deseo de poseerlas. Sólo llegan á sus manos cuando el libro toca á su conclusion; pero, aunque tal circunstancia no permita darles el preferente lugar que las asignaba justa galantería, no queremos privarnos del placer de insertarlas, como una de las muestras de simpatía que estima en más la Sra. Avellaneda.

Avellaneda poetisa, sino poeta.» La fama de este bautizo masculino voló de universidad en universidad, fué celebrado por la prensa, los liceos le aceptaron como un hecho, y los hombres más sabios lo sancionaron.

Tan general, tan unánime era la voz que proscribia el sexo poético femenil de la ilustre cubana, que ella misma fascinada por la opinion, llegó en cierto modo á creerse hombre, no hallando inconveniente una vez en mudar su nombre de pila por un nombre masculino para triunfar en un certámen, y resolviéndose bizarramente á pretender plaza de académico en la Academia de la Lengua española. ¿Cómo, decia yo, asombrada y afligida, aquella mujer tan hermosa, que he visto coronada de flores y de laureles, no es una poetisa? ¿qué estrella infausta preside á la gloria de nuestro sexo, para que semejante trasformacion se haya verificado? Despues de tantos siglos de esperar la aparicion de un astro donde la luz de Safo se reflejase, cuando del centro del Océano aparece, vivo, reluciente, espléndido, radioso, nos le quieren quitar de nuestro cielo? Los otros hombres del tiempo antiguo negaban el genio de la mujer; hoy los del moderno, ya que no pueden negar al que triunfa, le metamorfosean. Yo he visto las estampas de un libro en cuya portada se lee *Ovidio*, y me acuerdo de aquellas metamórfosis que me hacian reir; pero ésta me indigna, y es para protestar contra ella, no para juzgar las obras de la que tiene ya el voto universal, para lo que yo escribo este artículo. Pues decidme, poetas, ¿tan pocos sois en la creadora España, donde son poetas los legisladores, poetas los diplomáticos, poetas los sacerdotes y poetas los guerreros, que necesitais aumentar vuestro número con el nombre de una mujer? Y decidme, ¿tantas son las poetisas que han nacido en nuestro país despues de la *señora de Maturana*, que juzgais fácil de nuestra parte la cesion de una de ellas? ¿y cuál vais á escoger? La primera, la más eminente, la que de fijo ha de sobrevivir en los siglos venideros. Pero es imposible que sólo por ambicion de gloria y por espíritu de invasion, hayais querido usurparnos el genio de la Avellaneda. Al observar vuestra galería, confieso que su retrato, colocado en ella, no me ha parecido fuera de su lugar; hallo que es, cuando ménos, tan gran poeta como vosotros, y

me he dedicado á examinar la razon que puede haber para que doctores de la ciencia duden sobre el sexo de este ingenio. ¿Quién sabe si descubriré el misterio?

Hame acontecido el estar creyendo por muchos años que Lamartine era una mujer. Como los franceses tienen en nombres y apellidos esas terminaciones ambiguas, y yo no soy maestra en ese idioma, creia que la *e* podia ser femenina; porque ¿quién habia de pensar que aquel que gemia tan mimosamente era un poeta? Al copiar los versos de la Avellaneda justificaré que ella es más poetisa que poeta Lamartine, y á pesar de eso, á ningun crítico frances (y cuidado que los hay extravagantes) se le ha ocurrido el colocar á Lamartine entre las poetisas. Aquí en España misma hay algunos poetas cuyo canto afeminado parece arrullo de paloma, y no obstante, los dejo entre los milanos, porque no me gusta arrancar á los pájaros de su nido..... Pero vamos á la cuestion.

Todas las afirmaciones absolutas son falsas.— La explicacion verdadera de las cosas no se consigue sino por transacciones con los extremos.— A veces se hallan en un caso reunidas dos verdades, que parecen contrarias entre sí.— El juicio se confunde sobre cuál de las dos es la verdadera, y por fin, al escoger una de las dos declara á la otra falsa. Es verdad que la Avellaneda es poeta, pero es verdad tambien que es poetisa, y de estas dos verdades resulta la razon de que el Sr. Ferrer del Rio la haya colocado entre los poetas, y de que yo la coloque entre las poetisas.

Para explicar este fenómeno, es preciso que definamos el carácter de algunos talentos. Me parece imperfecta la calificacion que se hace del ingenio, llamándole, segun su tono, femenino ó masculino. Como hay flores sencillas y flores dobles, hallo que algunos ingenios tienen la doble facultad concedida á los dos sexos. Doble facultad que necesariamente ha de poseer el poeta para ser buen dramático. Doble facultad que poseen en grado eminente Skaskspeare, Schiller, Lope de Vega y Hartzenbusch.—No pueden expresarse en el teatro con perfecta propiedad las pasiones de una mujer, ni puede imitarse su acento, si el poeta no tiene la cualidad de sentir é imaginar como una poetisa. No basta para ello el arte. Esto pertenece sólo y exclusivamente á la

sensibilidad. En vano la actriz se presenta en las tablas á interpretar el papel de una heroína, á quien el autor ha prestado su carácter, si el autor no tiene la dote de poetisa. Aunque parece dama, es galan. Todos son hombres en aquella comedia. Al contrario, cuando escribe los papeles una poetisa que no tiene la dote del poeta, el galan habla como ella, y en aquella comedia todas son mujeres. La mayor parte de las obras dramáticas que han sido escritas por poetas, y todas las que conozco escritas por poetisas, excepto las de la Avellaneda, adolecen de aquel defecto.

Muchas veces he asistido al teatro español ó al frances á ver dramas que se decian excelentes, y me ha causado risa oir cómo el autor tiene que atiplar la voz para que sus mujeres parezcan mujeres, sin que haya conseguido engañarme. Cansada estoy de ver en los coliseos fuertes varones con tocado de doncellas; y aprovecho la ocasion de decirlo, para que algunos escritores dramáticos sepan que si los críticos no han reparado en que las damas de sus obras eran barbudas, es porque no las han mirado con los ojos de la mujer. Y tomando por ejemplo al autor más reciente de los que he citado, les recuerdo á los *Amantes de Teruel*, para que hallen la diferencia que debe haber del galan á la dama. Lo que Isabel siente, eso es lo femenil; lo que Isabel dice, eso es lo propio y natural. Hartzenbusch es poeta, pero su genio tiene la doble calidad de poetisa para cuando necesita hacer oir en el teatro el dolorido llanto de una enamorada mujer. La Avellaneda es poetisa, pero tiene la doble calidad del poeta para cuando necesita hacer vibrar en las tablas el enérgico grito del guerrero. Isabel es creacion de un poeta, Munio es creacion de una poetisa. Si declarais poeta á la Avellaneda porque caracteriza á Munio, declarad poetisa á Hartzenbusch porque caracteriza á Isabel. El conjunto de estas dos cualidades es la perfeccion del genio; sólo poseyendo ambas es flexible para poder recorrer en la escala del arte todos los tonos y producir todos los sonidos; en lo lírico, en lo dramático, en lo épico. Sólo así puede la Avellaneda escribir una oda, una tragedia, y si quiere un poema..... pero esto no la despoja de su primitiva esencia de poetisa. — No puede ser. — No es el genio sólo el que decide. La mujer, aunque nazca con dotes de ingenio varo-

nil, es siempre bastante mujer para ser bastante poetisa.

Un jóven, tan jóven y tan sabio, que no se puede explicar su sabiduría en su juventud sino es diciendo que algunos seres traen su saber de los cielos, ha explicado ya, refiriéndose á madama Stael, la preponderancia de la sensibilidad de la mujer que, á despecho del genio, aparece en las obras de aquella escritora, y que no se observa en las de ningun escritor. Y es verdad: madama Stael es sabio como puede serlo un hombre, parece un hombre como puede serlo un sabio, y á pesar de eso, todavía su facultad de mujer se revela en ella con una sensibilidad que no pertenece al corazon varonil. Acontece con la fisonomía del alma lo que acontece con la fisonomía del rostro. Por muy duras que os parezcan las facciones de una mujer, poned sobre su frente un casco de bruñido acero, y os parecerá un niño.

Por muy blandas que os parezcan las facciones de un hombre, colocad sobre su frente una guirnalda de blancas rosas, y os parecerá un demonio. Una cosa hay que conceder á los que han proclamado poeta á la Avellaneda con perjuicio de su mérito de poetisa, y es que no hay otra que posea las dos cualidades que producen la confusion y que necesariamente han debido sorprender el juicio de los que no pueden concederla un talento sin negarle el otro. Hubieran sido más exactos y más justos si, en vez de arrancarla de nuestra galería, hubieran dicho: «Hé ahí una poetisa que sabe tambien cantar como nosotros.» ¿Por qué no, si así sucede con las aves canoras? Yo poseia una calandria que cantaba como ruiseñor. ¿Dejaba por eso de ser calandria? No, no carece la Avellaneda de la facultad que los críticos nos conceden á las llamadas poetisas; somos nosotras, poetisas, las que carecemos de una dote que el cielo ha concedido á la Avellaneda. Ella puede cantar como nosotras; somos nosotras las que no podemos cantar como ella. Pero mejor que cuanto yo pueda decir, será presentar sus obras en el contraste que forman cuando escribe como poetisa y cuando escribe como poeta; contraste que se verá marcado en sus poesías líricas como en las dramáticas. Ellas darán más claridad á los pensamientos que mi pluma haya dejado oscuros por ser ellos difíciles y mi doctrina escasa para explicarlos bien.

(*Aquí insertó la Sra. Coronado versos de la Sra. de Avellaneda.*)

No se hagan ilusiones los poetas. Los que más tierna, blanda, suave y dulcemente cantan, no producen sonidos como la *Contemplacion*, *A la Vírgen*, y los cuartetos *A Sabater*. No se hagan ilusiones las poetisas; las que más brava, fuerte, enérgica y valientemente cantan, no producen ecos como *A Francia*, *Al Escorial*, *A Washington*.

Un poeta festivo pudo exclamar, al leer estas últimas composiciones: «Es mucho hombre esta mujer.» Yo, al leer las primeras, pensando en que han declarado hombre á su autora, exclamo: ¡Es mucha mujer este hombre!

II.

No hay duda alguna. Como hemos dicho ántes, España no ha tenido nunca una poetisa de tanta energía, de tan sublime genio, de tanta elevacion y grandeza. Yo, al ménos, no la conozco, por más que miro al traves de los siglos. Santa Teresa, si tenía más alto espíritu y más tierna sensibilidad, no fué un sér humano: pertenecia á esa raza intermedia de mujer y divinidad, que da por resultado la santa. Á pesar de los frailes, que quisieron con sus ridículas pantomimas hacerla una monja vulgar, Santa Teresa tenía ese dón sobrenatural de virtud y sabiduría, que no se explica por la posesion de talento y ciencias conocidas, ni áun por la inspiracion del genio. Más allá del genio, más allá todavía de la inspiracion poética, Santa Teresa nació con una cualidad, que ninguna mujer poseyó en el mundo, ni acaso volverá á poseer. Pude compararla á Safo en todo cuanto tenía de poetisa; pero la luz santa que radia de su aureola, sólo ella la tuvo, sólo ella la tendrá. Nosotros escribirémos odas, dramas, poemas; *Los conceptos del amor de Dios* sólo Santa Teresa los escribe.

Pero la Avellaneda es una heroína más en los fastos de la historia; un escritor, cuyo ingenioso talento concuerda con su apellido literario, dice que su existencia hace creer

en la de las amazonas. Es, en efecto, la amazona de nuestro Parnaso; y mejor era que la hubiesen dado desde luégo esta calificacion los doctos varones que se empeñaban en que varon habia de ser, porque es más fuerte que nosotras. Es más fuerte, no porque es hombre-poeta, sino porque es poetisa-amazona. Puede en el palenque literario armarse de casco y lanza, combatir con los poetas y vencerlos; pero el laurel de la victoria no redundará en gloria de los hombres porque la haya alcanzado como guerrero, sino en gloria de las poetisas, porque la alcanza como amazona.

Es la Avellaneda demasiado hermosa para trasformarse en general. Si como poeta asombra su fuerza, como poetisa encanta su blandura. Los versos que copié para muestra de ello, en los capítulos anteriores, bastarian á convencer al mundo imparcial; pero estoy recelosa de lo mucho que se ha extendido el influjo del dicho agudo que la convirtió en hombre, y quisiera acumular pruebas para desvanecerlo, porque es cuestion de gloria para nuestro Parnaso, del cual no debemos dejar arrebatar la primera de sus poetisas, sin protestar, al ménos, contra los hombres ambiciosos. Por fortuna, los versos que tengo que citar son tan magníficos y bellos, que no me acusarán de fatigadora insistencia.

(*Aquí ponia la Sra. Coronado varios fragmentos de algunas obras dramáticas de la Sra. Avellaneda.*)

Digan con la voz del alma los que lean estos versos, que he copiado, si hay muchos poetas dramáticos que puedan caracterizar con igual propiedad los sentimientos varoniles y femeniles, de manera que parece que el drama está escrito por un hombre y una mujer. ¿No reconoceis en Munio al guerrero como sólo es capaz de interpretarlo un poeta de gran fibra? ¿No reconoceis en Flora y Elda los sentimientos que sólo puede adivinar una amorosa poetisa?

Sí, Madrid es justo, Madrid comprende y admira lo que hay de grande en este doble ingenio. El tributo ha sido universal. Los príncipes, en su manera de premiar al poeta, suponiéndole buenamente al nivel de otra clase de artistas, no han escaseado sus joyas para dar á la Avellaneda muestras de su estimacion, toda vez que ha cantado la real munificencia; el pueblo, que no tiene joyas que dar, pero que tie-

ne corazon para sentir, la ha dado aplausos siempre que ha acertado á conmover sus recónditos sentimientos.

No repareis, poetisas, en las joyas, no en el oro que el genio alcanza del mundo; reparad sólo en sus laureles para que os valgan de altivo estímulo. En otros países, la sencilla, la inocente, la generosa y primitiva poesía se ha convertido en especulacion, y la gloria en empresa. ¡Que nunca acontezca en España! Si nada aquí se librase de la codicia, hagamos que se libre el genio. Harto trafican ya los políticos con la libertad y con la religion. Bastantes mercaderes hay ya en Madrid. Los poetas, pero sobre todo las poetisas, han de conservar ilesa y pura la musa que en los pueblos reserva el destino para consuelo de sus desgracias. ¡Qué pueblo habrá tenido más desgracias que las que tenemos y aguardamos nosotros? ¡Qué musa será tan necesaria para llorar sobre ellas?

CAROLINA CORONADO.

(LA DISCUSION, 5 *de Agosto de* 1857 *y* 29 *de Mayo de* 1858.)

OBSERVACIONES

ACERCA DE ALGUNAS LEYENDAS Y NOVELAS

DE LA SEÑORA DOÑA GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA,

Obras literarias, t. v.

Muchos hay que, desconociendo las nobles y elevadas facultades creadoras con que Dios ha dotado la inteligencia y el corazon de la mujer, pretenden relegarla en la sociedad humana, sin remision y para siempre, á una esfera doméstica (cual fué para ella, por lo comun, en la Roma del paganismo) sin luz, sin movimiento, sin vida intelectual. *Domi mansit, lanam fecit;* guardó la casa, hiló la lana: ésta es la fórmula proverbial, la alabanza consagrada con que los romanos definian y ensalzaban á un tiempo la condicion y el deber social de la mujer. Juvenal satiriza implacablemente á la mujer literata, y Várgas Ponce, haciéndose eco entre nosotros del poeta latino, escribe estos chistosísimos versos:

¿Dómine por mujer? ¿Purista? ¡Cuerno!
¿Qué tilde escapa de sus uñas horro?
¡Armar un cipizape sempiterno
Porque en lugar de *gorra* dije *gorro!*
Ó bien, porque escribí sin *h* ibierno,
Verme tratar de bárbaro y de porro,
Y dar la casa y la quietud al diablo,
¿Por qué? ¡crímen atroz! ¡por un vocablo!

Otrosí, traductoras abrenuncio;
Harto habla una mujer sin diccionarios.
De caletre infeliz pícaro anuncio
Es llenar de sandeces los diarios.
De Jansenio y Molinos trate el Nuncio;
De hierbas y jarabes boticarios;

Los pilotos del viento y de la luna.....
¿Qué toca á la mujer? Mecer su cuna (1).

Es achaque y privilegio de la sátira extremar las ideas y atacar la cosa misma para castigar el abuso de ella. Pero todas las mofas antiguas y modernas contra las *marisabidillas*, las *précieuses*, las *blue-stockings*, las *spinsters* literatas, y cuantas burlescas calificaciones se hagan de la pedantería femenina, no impedirán que adquieran influencia y renombre las mujeres de alto y verdadero talento. Si de caseras y hacendosas blasonaban, con razon, las admirables matronas romanas, no es bastante motivo para que, degenerando este ejemplo en preocupacion censurable, se comprima el vuelo de la fantasía de las mujeres, las cuales, sin dejar de cultivar en el santuario de la familia las insignes y robustas virtudes de las Lucrecias, las Veturias, las Porcias y las Cornelias, pueden ser al mismo tiempo lumbreras literarias ó artísticas de la humanidad y de la patria.

No hay indicio más claro de que las civilizaciones han llegado al apogeo relativo á que están destinadas en los arcanos de la Providencia, que ver á las mujeres confundirse con los hombres y emular con ellos en las gloriosas contiendas del pensamiento y de la inspiracion. En el tomo de leyendas que nos sugiere estas reflexiones, la Sra. Gomez de Avellaneda ha incluido un rápido, pero ameno y luminoso estudio acerca de *La Mujer;* ingenioso alegato en que, como parte interesada, vuelve con incisiva y vigorosa pluma por los fueros religiosos, intelectuales, políticos y áun guerreros del sexo hermoso, no siempre igualmente reconocidos y acatados por hombres que no comprenden todos los tesoros de ingenio, de sensibilidad y áun de energía que caben en el alma de una mujer. Nuestra esclarecida escritora no lleva con cabal conformidad, ni siquiera con asomo de conviccion, que los hombres se arroguen orgullosamente el derecho de aplicar, como cosa incontrovertible é inconcusa, el dictado de *débil* á un sexo que ha producido, en

(1) *Proclama de un solteron*, sátira de D. José Várgas y Ponce, corregida por D. Juan Nicasio Gallego.

todas edades y naciones, brillantes y prodigiosas heroínas. Acaso toma nuestra ilustre amiga la excepcion por la regla; pero no queremos contradecirla en nada, y ni siquiera le recordarémos las abundantes y agudas reflexiones de Proudhon, que se empeña en probar que en la *debilidad* relativa de la mujer está el secreto principal del inefable y poderoso hechizo que ejercen sobre el ánimo de los hombres unos seres á los cuales, para ensalzarlos y admirarlos, se les compara con la gacela, la paloma, la azucena, la rosa, la palmera, la leche, la nieve, el alabastro; esto es, con todo cuanto es bello, gracioso, delicado, lustroso, suave, blando, tímido y puro (1). No seguirémos á la señora Gomez de Avellaneda buscando excelencias y grandezas bélicas en las reinas de los tiempos heróicos, que la tradicion épica nos presenta tan bellos como fantásticos y nebulosos. Cleopatra, mezcla de flaqueza y elevacion, fascinando los ojos y cautivando el alma de los grandes Césares romanos con la cultura de Alejandría, con el fausto asiático de su córte, con su provocante belleza y con los refinamientos de su incomparable elegancia, nos parece más verdadera, más histórica, y, sobre todo, más *mujer* que las Tomíris, las Zenobias y las Semíramis, gobernando cohortes y conquistando imperios. Confesamos, por otra parte, que no nos inspiran, ni entusiasmo, ni fe, esas *viragos* militares, esas *varonas*, como las llamaban los antiguos españoles, que saben conducir, segun el arte de la guerra, numerosas huestes en la batalla, y pueden hombrearse con los guerreros en el manejo de la espada ó de la lanza. Nuestra Isabel la Católica, perfecta en todo, fué, cuanto cabe serlo, dechado de esforzadas mujeres. Ella acudia tambien, en momentos de apuro, á los reales de su esposo; pero no á hacer alarde del saber estratégico de los generales ni de la fuerza y destreza material de los campeones, sino á llevar vituallas, ropas, armas, y, lo que es aún de mayor valía, consuelo, esperanza y ese noble aliento que infunde en ánimos varoniles la presencia de un ser débil y delicado, que

(1) *De la justice dans la révolution et dans l'Église;* nouveaux principes de philosophie pratique.

arrostra, por Dios y por la patria, los azares, las amarguras y los peligros de la guerra.

Caben, sin duda alguna, en el alma de las mujeres todas las grandezas del corazon. *Reinas del sentimiento*, por él suben á las más sublimes esferas del sacrificio y de la abnegacion; por él saben ser mártires de la religion, de la patria y del amor. La Sra. Gomez de Avellaneda dice, con Pascal, que los grandes intentos nacen del corazon, y cree que los memorables hechos en que estriba la gloria humana nacen necesariamente de la sensibilidad del corazon. En esto dispensa sobrado favor á los hombres. Obran á veces los más ilustres estadistas y los más famosos capitanes movidos únicamente por la fuerza avasalladora de la ambicion, por la ciega ilusion del dominio, por la imperiosa ley de la gloria terrestre. Oyen ménos las voces del corazon que el rumor de la fama. Los hombres son meros instrumentos de sus especulaciones y de sus miras. La historia está llena de estos ejemplos. Basta con recordar á Napoleon. Todos saben cuán escasas eran sus facultades afectivas, y que á él habria podido aplicar Santa Teresa lo que decia del demonio: ¡Desgraciado, no sabe amar! Y sin embargo, su renombre llegará á las más remotas edades, inmenso y portentoso, como ha llegado á nosotros la gloria de Alejandro.

En las mujeres no se halla nunca ese abismo de la pasion abstracta, de la inteligencia sin corazon. Pueden arrostrar impávidas la muerte por el amor á Dios, por el amor á la familia, por el amor á la patria, que es el mismo amor á la familia. Siempre el *amor;* siempre el entusiasmo que brota ardiente y poderoso de la hoguera del corazon. Éste es el glorioso privilegio de la mujer; ceder al imperio de un sentimiento, y no al imperio de una idea. Por grande es tenida la estóica hazaña de Guzman el Bueno, arrojando al enemigo el arma que ha de atravesar el pecho de su hijo. De esta bárbara hazaña no habria sido capaz mujer alguna.

En donde la mujer se levanta incontestablemente al nivel del hombre, es en la esfera noble y luminosa del ingenio y del arte. Y en ella no sólo encuentra y cultiva los encantos y primores delicados de su índole sensible y de su organizacion sensitiva. Puede igualar á los hombres y áun aventajarlos en las robustas inspiraciones del valor y de la energía.

Hasta en esa misma Roma, donde la mujer estaba reducida á poco más que á la modesta mision de la nodriza y de la despensera, la poetisa Sulpicia, en favor de su esposo, tiene el arrojo de emplear con vigor varonil las armas de la sátira contra el emperador Domiciano, cuando el temor á la tiranía embargaba la voz de los filósofos y de los poetas. En la edad presente no caben tiranías personales, semejantes á las de los Césares de la decadencia; pero los ímpetus irreflexivos del vulgo, las preocupaciones y los antojos de la opinion mal encaminada, y la exorbitante vanidad de la medianía entronizada, son á menudo déspotas de no mejor ralea que los Nerones y los Calígulas. Combatirlos con las armas de la razon y del talento suele ser molesto y arriesgado, y sin embargo, á esta noble y sana tarea se han consagrado con perseverancia, con éxito y con gloria, ilustres plumas femeniles. Señalado ejemplo es el reciente, de todos conocido, que ha dado la ilustre anglo-americana Mrs. Harriet Becher Stowe, con sus dos novelas *abolicionistas* UNCLE TOM'S CABIN y DRED. Como novelas, á pesar de su falta de unidad dramática, ha leido la Europa estas dos obras singulares, y admirado, en la primera, el carácter de Tom, que pertenece al ideal bíblico; en la segunda, el carácter, más verdadero y más conmovedor, del negro Tiff; y, en ambas, la vida, la variedad y el movimiento de los cuadros. En América estas novelas no fueron obras literarias, sino actos políticos de incalculable trascendencia. Inmenso fué el éxito de *La Cabaña del tio Tom*, vehemente alegato abolicionista, que, escondido en las amenas formas de una novela, fué ávidamente leida en todos los estados de la Confederacion anglo-americana, en unos con ira y asombro, en los más con el entusiasmo que brota infaliblemente de la simpatía humana y del sentimiento cristiano. En balde fué tachada Mrs. Stowe de exageracion y sentimentalismo; en balde una escritora distinguida, Mrs. Eastman, del Sur por de contado, contestó indirectamente á *La Cabaña del tio Tom* con *La Cabaña de la tia Filis* (*Aunt Phillis's Cabin*), novela anti-abolicionista, no escasa de mérito, pero harto inferior á la obra popular de Mrs. Stowe en verdad, en conviccion y en fuerza. La lucha era imposible, áun dada la igualdad de ingenio. Mrs. Eastman sostenia la esclavitud, esto es, un hecho, y no un prin-

cipio; Mrs. Stowe abogaba por la libertad, y con ella estaban en todas partes los fueros de la razon y los clamores de la conciencia. *La Cabaña de Tom* fué arma más poderosa para la causa de la libertad de los negros que todos los discursos doctrinales pronunciados en este sentido en el Congreso de Washington y en los *meetings* abolicionistas, y sólo Dios sabe hasta qué punto han contribuido los libros de Mrs. Stowe á acelerar el desenlace de aquella recia contienda de los intereses con los principios, por medio de una guerra civil gigantesca, que ha costado á la Confederacion más de medio millon de víctimas, y ha demostrado una vez más que son cosa muy deleznable é insegura la decantada paz y patriarcal armonía de las repúblicas modernas.

La literatura amena de nuestros dias ha tomado, especialmente en manos de las mujeres, un carácter de desesperacion, de dogmatismo, de presuncion reformadora, que le quita gran parte de su *amenidad*. En Alemania, Carlota Stieglitz, la canonesa Gunderode y Juana Kinckel se suicidan, porque la gloria y la felicidad no corresponden en la tierra al ideal imposible que sus funestas tendencias literarias han forjado en su imaginacion descaminada y enfermiza; y dos de las escritoras más notables que han producido las letras germánicas de la era presente, la Condesa de Hahn y la judía Fanny Lewald, se pierden, aquélla en un misticismo falso y melancólico, ésta en las quejas contra las leyes de la sociedad humana, y en el manoseado y quimérico tema de la *emancipacion de la mujer*, la cual, á decir verdad, suele mostrarse no poco *emancipada* en la sociedad de nuestro tiempo. Fanny Lewald, fecunda, ingeniosa, analizadora y osada por el estilo de Jorge Sand, ha escrito una curiosísima autobiografía (1), no ménos animada y detenida, y probablemente más sincera que la publicada, casi al mismo tiempo, por la eminente escritora francesa. Hasta la candorosa Federica Brémer, que no concibe la ventura sino en la disciplina y en el amor de la familia, dió una vez, si bien retrocedió muy pronto, en la confusa y peligrosa idea de cambio en el estado social de la mujer. Tuvimos el gusto

(1) *Meine Lebensgeschichte* (Historia de mi vida), 6 tomos. Berlin, 1862.

de conocer en Dinamarca á esta célebre novelista. Jamas hemos visto una índole moral en que rebosen más abundantemente la rectitud, la bondad, la indulgencia y el amor para con sus semejantes. Educada la señorita Brémer, triste y austeramente, en un castillo antiguo y solitario de la Finlandia, concentrada en sí misma y en el hogar doméstico, porque no ignoraba que carecia de hermosura y que le estaban negados los triunfos del festin y del estrado, ni asomo habia del contagio mundano en aquel alma indulgente y serena. En un viaje que hizo á los Estados-Unidos advirtió que allí, por virtud de las costumbres, y no de las instituciones, la mujer goza de mayor concepto y respeto que en los demas países, y á su vuelta soñó un instante poder introducir en Europa cierto espíritu de renovacion, encaminado únicamente á abrir á las mujeres mayor campo para ciertos géneros de honroso trabajo, de que las privan las costumbres y las preocupaciones; pero nunca abogó por la *emancipacion de la mujer*, y no tardó en echar de ver que, en la industria, en las letras y en las artes, este campo les está abierto en el siglo presente. Semejante en ello á Fernan Caballero y á Mme. de Cráven, escritoras de purísimo instinto, nunca dejó de creer y de afirmar que el hogar doméstico es la esfera propia y natural de la mujer, y que este hogar, tranquilo y virtuoso, encierra tanta poesía como las glorias del tumulto mundano; y solia decir que «una madre que cria bien á sus hijos, hace más en provecho de la moral que todos los libros del mundo.»

No podemos detenernos á juzgar en estas páginas, rápida y desordenadamente escritas, ni las novelistas anglo-americanas, ni las inglesas, porque sería interminable y casi imposible tarea. Maravillado, años há, el que esto escribe del cúmulo inmenso de novelas que veia hacinadas en una librería de Nueva-York, díjole el librero que se habian calculado en una novela diaria las que al cabo del año se dan á la estampa en los estados de la Confederacion. No hay para qué decir que todas ellas, con raras excepciones, son parto de imaginaciones femeniles. Allí los hombres, ó escasos de instinto estético, ó consagrados, ya á los negocios positivos de la industria y de la granjería, ya al ocio fácil que á muchos proporciona la opulenta produccion de aquel

inagotable suelo, cultivan poco las letras amenas. Las mujeres monopolizan, por decirlo así, este ramo de la cultura humana, llenando gloriosamente el vacío que, sin ellas, quedaria necesariamente en la civilizacion de aquel pueblo especulador y materialista.

En Inglaterra, donde la literatura tiene más alto vuelo y más espiritual alcance que en los Estados-Unidos, es igualmente copioso y brillante el catálogo de nombres femeninos que han alcanzado merecido renombre en las obras de imaginacion. Pero aquí las mujeres tienen siempre á la vista obras de primer órden, de orígen masculino, las novelas de Bulwer, de Dikens, de Thackeray, de Trollope, de Kingsley, de Warren, de Disraeli y de otros profundos observadores de las costumbres y de los sentimientos morales, y estas novelas son para las escritoras inglesas á un tiempo modelo y escollo. Olvidan que la mujer, en la esfera del sentimiento, tiene más gracia, más delicadeza y á menudo más perspicacia que el hombre; y deslumbradas por la intencion filosófica de dichas obras, y tambien inconsideradamente inclinadas á rivalizar con los hombres, seres no pocas veces inferiores á ellas, y siempre de muy diferente linaje, se empeñan en seguirlos en sutiles estudios ideológicos y fisiológicos, malogrando así el verdadero hechizo del femenil talento. El ingenio de la mujer, cuando cree, cuando siente y cuando pinta, es más poderoso, más simpático y más fecundo que cuando examina y analiza. Por eso, en la misma Inglaterra, se ha dicho burlescamente de miss Ogle, miss Craik, miss Kavanag, miss Sewell, miss Yonge y hasta las insignes miss Bronte, miss Evans y miss Mulock, y otras muchas, que forman la interesante falange de *misses* más ó ménos ilustres en las letras británicas, que acometen resuelta y temerariamente la escabrosa pintura de pasiones que sólo deben conocer de oidas.

La Sra. Gomez de Avellaneda goza del inapreciable privilegio de ver el mundo como es, y de conservar sano y limpio en el fondo del corazon el sentimiento de su religion y de su patria, y no se engolfa en abstractos y nebulosos problemas relativos á la esencia, condicion y destino del alma humana. Ni profesa á ciegas el benévolo optimismo de Federica Brémer, ni prorumpe, como Fanny Lewald, en

clamores falsos y elegantes contra la sociedad; clamores que sólo prueban que á una parte de esta sociedad le pesan sus leyes morales, y que el calor dulce y benéfico de las virtudes cristianas ha sido reemplazado, en el corazon de muchos, por el hielo de la incredulidad ó por el fuego de la soberbia.

La literatura moderna, con pocas excepciones, es un gemido eterno y monótono de dolores artificiales del corazon, en que la conciencia toma poca parte; una protesta desesperada y angustiosa de la impotencia de la razon, que no llega ni llegará nunca al límite supremo adonde locamente la encamina su orgullo. Nuestra escritora insigne, cuya imaginacion no es, por cierto, ni perezosa ni apocada cuando se trata de subir á las alturas del pensamiento, no se hace eco de esa lamentacion fatigosa, que ofrece sin tregua la imágen de una humanidad doliente, pervertida é incurable. Pinta indistintamente y sin espíritu de sistema, el mal y el bien, tal como lo requiere la verdad de los cuadros y lo presenta el embate de las pasiones. La única de las escritoras de la escuela analítica sentimental que tiene alguna semejanza con la Sra. Gomez de Avellaneda es miss Mulock, porque, llevada de su instinto vigoroso, refiere los acontecimientos con desembarazado y firme estilo, comenta con sobriedad, no abusa demasiado del análisis filosófico, da cierto carácter leyendario áun á sus obras de asunto moderno, como, por ejemplo, á la interesante novela *Vida por vida* (1), y corre, por último, como nuestra poetisa, con libre y fácil vuelo todas las edades y todos los misterios, así de la historia como de las creencias populares. En sus *Relaciones románticas* (2), donde se complace en pasar de las antiguas leyendas de Escandinavia y de Grecia á las de Roma y de Germania, con femenil primor explica la misteriosa naturaleza del *hyldemör*, duende dinamarqués que reside dentro del saúco. Esta creacion de la fantasía popular, hábilmente reproducida por miss Mulock, vino á nuestra memoria, como delicada analogía de naturalezas femeniles, al leer *La flor del ángel* de la Sra. Gomez de Avellaneda; flor del Deva, muy semejante en forma á una abeja,

(1) *A life for a life.*
(2) *Romantic tales.*

é identificada, en la preciosa y mística leyenda guipuzcoana, con el amor de una mujer. Las mujeres comprenden y sienten más delicada é intensamente que los hombres estas fantásticas ilusiones de la musa de las montañas, y la Sra. Gomez de Avellaneda nada tiene que envidiar en esta parte á la imaginacion soñadora de las razas septentrionales.

Una de las leyendas fantásticas más notables del presente volúmen es *La Ondina del lago azul.* No intentaremos dar idea de ella, porque el verdadero hechizo de las obras de esta clase consiste en el lujo del idealismo fantasmagórico, por decirlo así, que cautiva y fascina la imaginacion del lector. La fantasía se siente con la fantasía, pero no se explica con la razon. Insigne prueba da nuestra autora, en esta ocasion, de la vária y fecunda fuerza poética que encierra su mente. Sólo una cosa nos atrevemos á tachar en esta obra singular, y es lo que ya no le pertenece, esto es, la explicacion dada despues de terminada la leyenda, de las causas prosáicas y tangibles que han ocasionado el alucinamiento apasionado de Gabriel. De repente, y con cierta desagradable violencia, se desvanece la ilusion que ha de quedar necesariamente en la imaginacion del lector, despues de los mágicos cuadros de la leyenda. Gabriel no es ya el mancebo instruido, artista, algo misántropo, que huye de la realidad prosáica de la vida, prendado únicamente del ideal que le forjan á un tiempo su enardecida fantasía y los inefables y misteriosos hechizos de la naturaleza. ¿Qué importa al lector saber que la ondina no es la creacion aérea y conmovedora de un cerebro juvenil y enfermizo, sino una coqueta de Paris, que se burla del sándio aldeano?

Púchkin, el gran poeta ruso, escribió una leyenda fantástica, titulada *Rusalka*, que es la ondina de las consejas moscovitas; leyenda por cierto muy inferior á *La Ondina del lago azul.* Pero se guarda bien de dar explicacion alguna de las cosas sobrenaturales que en ella pasan. Lo mismo hace Hoffmann, gran maestro de la literatura fantástica. Dar la clave de la ilusion, es disiparla; es imitar al niño que rompe el juguete mecánico para conocer su estructura, y en lugar del prodigio que busca, encuentra sólo un muelle, un alambre y un cascabel. No hay que dudarlo: si el lector no se deja arrastrar por el embeleso de ciertas quimeras de la imagina-

cion, no hay para qué darle explicaciones. Esta literatura impalpable y misteriosa no se ha hecho para él. Si, por el contrario, se enardece su mente y se deleita con las bellas ficciones, no le hagais caer del mundo invisible de las maravillas fantásticas al mundo positivo, donde todo se toca y se demuestra. Dejadle el placer y la gloria de hacerse cómplice de aquel poético engaño.

La moral de las leyendas y novelas de la Sra. Gomez de Avellaneda es franca, resuelta y sana, cual la ofrece de suyo el estudio sincero de la naturaleza humana, sin barruntos de doctrina social y sin melindres de forma. En esto difiere grandemente, y en ventaja suya, de su hermana en letras, la célebre y admirable escritora francesa Jorge Sand. Esta nunca prescinde de sus insanos designios sistemáticos, por lo general tan inciertos, tan contradictorios y tan insensatos, que hasta Proudhon, que no es por cierto escrupuloso y asustadizo en materia de audacias y de innovaciones, condena con energía y hasta con desabrimiento su encarnizado afan de emancipacion femenina, sin restriccion y sin medida, y todas las consecuencias inevitables de esta filosofía de *bacante rebelada*, segun la expresion violenta de Proudhon, á saber: la igualdad absoluta de ambos sexos, la libertad en el amor, la proscripcion del matrimonio; ó, en otros términos, envidia y ódio al hombre, y espontáneo envilecimiento de la mujer. Como implacable moralista habla Proudhon de la osada y elocuente escritora, y como cosa curiosa, merecen citarse algunas de sus enconadas palabras:

«Fácil es advertir en las novelas de Mad. Sand el desarreglo de un alma mal equilibrada..... En ellas se descubre desde luégo un fondo tenebroso de *andrófobia* (1), y en este fondo tenebroso asoman el panteismo, la *omnigamia* (2) y la confusion..... Artista y emancipada, Mad. Sand persevera en su designio, que la conduce al más impúdico descaro..... A fuerza de buscar la libertad y el amor, acaba por perder hasta la comprension de las cosas morales..... Hay más sentido y estilo en un aforismo de Hipócrates, en una fórmula

(1) Aversion al hombre.
(2) Casamiento con todos.

del derecho romano, en algunos versos de Corneille, de Racine, de Molière, y en un proverbio de Sancho Panza, que en todas las novelas de Jorge Sand.»

Nada añadirémos nosotros á este tremendo juicio del crítico frances sobre una escritora cuya ática sobriedad y elegancia, cuya infatigable inventiva, cuyo arrojo mismo nos admira y asombra. Sólo harémos notar el contraste que, en cuanto á los fines morales y religiosos, presenta con la autora de *Spyridion* y de *Mlle. de la Quintinie*, nuestra ilustre escritora, dotada, como la francesa, de vigoroso y varonil ingenio. La Sra. Gomez de Avellaneda es novelista, y no propagadora de arriesgadas y ambiciosas doctrinas; no desnaturaliza la novela ni el drama, convirtiendo estos géneros literarios, destinados al culto y honesto recreo de las gentes, en órganos de trastorno y agitacion moral; á las cavilaciones metafísicas y á las vanas temeridades del pensamiento antepone los sentimientos y las ideas que descansan en la firme basa de la conciencia humana; y sin duda exclama, gozosa y serena, allá en el fondo de su alma:

¡ Oh Dieu de mon berceau, sois le Dieu de ma tombe!

La Sra. Gomez de Avellaneda sigue fielmente, en sus narraciones, las leyes morales del instinto universal de las gentes, que en este punto no se engaña fácilmente, ni busca sendas escabrosas y extraviadas. Las leyendas que crea la imaginacion popular suelen encerrar verdades profundas y sentimientos elevados, de tanta trascendencia y alcance como los que explican y prueban los filósofos y los moralistas. Son á veces parábolas magníficas, en que el pueblo encierra, sin echarlo de ver, sus doctrinas; esto es, sus instintos, sus sentimientos, sus ilusiones, todos sus impulsos morales.

El sentido moral de las leyendas populares es á veces, en medio de la sencillez de su forma y del candor de sus narraciones, tan profundo y tan trascendental, que ellas son el centro de donde suele arrancar en letras y en artes la grave y briosa inspiracion que produce las grandes creaciones. De la fantasía popular sacó, sin duda, Lucio Apuleyo aquella

incomparable leyenda de *Psíquis*, medio asiática, medio romana, que, en la ingeniosa pero á menudo inmunda novela picaresca titulada *La Metamórfosis* (vulgarmente *El Asno de oro*), refiere una vieja, cocinera de una partida de salteadores, y probablemente modelo de la Sra. Leonarda, tambien cocinera de bandoleros en el *Gil Blas*. De una leyenda vulgar escandinava brotó en la imaginacion soñadora de Shakspeare el místico y peregrino poema dramático de *Hamlet*. Una conseja de nodriza es el fundamento filosófico donde formó Calderon su drama inmortal *La Vida es sueño*. Y por último, y para no citar sino ejemplos eminentes, un cuento popular de Pomerania ó de Suabia inspiró á Goethe el *Fausto*, mezcla singular de abstraccion metafísica, de pasion terrestre y de lirismo germánico; y á Schuber la hechicera balada:

Meine Ruh is hin,
Mein Herz ist schwer..... (1).

El secreto principal que por diferentes formas y maneras infundió el genio á estos hombres ilustres, consiste en que, al dar formas artísticas elevadas á las leyendas del vulgo, supieron conservar á las altas lecciones morales de la inspiracion popular su primitiva naturalidad y su esencial llaneza; dejando á la doctrina, como ántes estaba en las candorosas narraciones, encerrada y como escondida, sin presuncion dogmática, en los vuelos de la fantasía, en la intensidad de los afectos, en el vaiven de los acontecimientos, en el movimiento de la vida humana.

La Sra. Gomez de Avellaneda, encaminada por su noble instinto, ha seguido la senda trazada en esta parte por los grandes modelos. En sus leyendas, aunque escritas en atildado estilo, nada han perdido las narraciones tradicionales de su índole esencial; esto es, de su carácter popular y sencillo. No podemos detenernos en el análisis crítico de ellas.

---

(1) He perdido la calma,
Me abruma el corazon.....

Recordarémos, sin embargo, *La Montaña maldita*, una de las más breves, pero la que encierra acaso, entre todas, más provechosa y severa enseñanza. Una madre, pobre y abandonada, que no alimenta en su corazon más vida ni más ilusion que su hijo, se presenta en una noche triste y fria á pedir hospitalidad y consuelo al hijo de sus entrañas, que vive opulento en una esplendorosa quinta, situada en la falda de una montaña feraz y pintoresca. El hijo desnaturalizado, no contento con arrojar sin piedad á su madre de su casa, la insulta y escarnece bárbaramente delante de sus criados, hasta que la dulce y paciente madre, cansada, al fin, de tanto ultraje, y órgano en aquel momento de la ira divina, maldice al hijo, sus riquezas y hasta la montaña que habita. Huye en seguida de aquella mansion de crueldad y de ingratitud, se oye un estrépito horroroso, y al dia siguiente los habitantes de las comarcas cercanas sólo ven esterilidad, cadáveres y escombros donde ántes reinaban la lozanía, la vida y la abundancia.

Esta sencilla tradicion helvética, bajo la pluma de la novelista española, es un vigoroso cuadro de esos que bosqueja, en su literatura rápida y sencilla, la imaginacion popular, inexorable y vehemente en materia de sentimientos morales. Y cuenta que en este punto la fantasía del pueblo no le extravía, porque siente colectivamente, y le mueven los impulsos eternos de la conciencia humana. En las creaciones instintivas del vulgo la accion es más poderosa que la palabra. La leyenda no razona, no analiza, no declama; siente y obra. ¿Qué oracion, qué tratado, qué explicacion dogmática puede anatematizar con mayor fuerza y energía la ingratitud filial, que la tremenda catástrofe de la *Montaña maldita?*

En brío, concision y entereza, nada tiene que envidiar nuestra esclarecida poetisa á los más robustos escritores. Las mujeres privilegiadas, cuando están conmovidas por las ilusiones de la ternura ó por la imágen de la gloria, hallan acentos de tan firme y encumbrada naturaleza como los poetas de más noble y enérgico temple. Ejemplos sin número podrian presentarse; pero viene á nuestra memoria el de una ilustre poetisa italiana, Teresa Bandettini, que, en un soneto á *Porsena*, compite, sin saberlo, con el soneto á

Horacio Cocles, de Arguijo, y le supera, acaso, en emocion poética y en severa y vigorosa entonacion.

Así empieza su soneto el célebre poeta sevillano:

Con prodigioso ejemplo de osadía,
Un hombre miro en el romano puente,
Resistir sólo de la etrusca gente
El grueso campo que pasar porfia.....

Así empieza el suyo la escritora italiana:

Torvo guatò, fremè, le man si morse,
Cuando, Porsenna, in disastrosa lutta,
Sul contrastato ponte vide oporse
Orazio sol contra Toscana tutta.....

Ambos se igualan en la armonía poética, y en la expresion firme y levantada que brota de su inspiracion al recordar el grande aliento del héroe romano. Si no hubiéramos de ceñirnos á un somero juicio de las leyendas contenidas en el presente tomo, nos complaceríamos en citar brillantes rasgos de las poesías y de los dramas de la Sra. Gomez de Avellaneda, en que la expresion alcanza, en gala, en elevacion, en rapidez y en brío, á la esfera de los grandes poetas. Refiriéndonos, pues, exclusivamente á la prosa de estas leyendas, dirémos que, si la diccion no es algunas veces de tan puro linaje y sabor castellano cual podrian apetecerlo los amantes escrupulosos del buen decir, otras, y esto es lo más comun en las obras de la insigne escritora, el lenguaje es castizo y acendrado, sin afectados melindres y sin presuncion arcaística. En cuanto al estilo, sólo alabanza merece nuestra célebre amiga. El estilo, esto es, la forma que toma el pensamiento en cualquiera lengua humana, es, en los escritos de la Sra. Gomez de Avellaneda, conciso, noble y claro. Se adapta á maravilla así á la fantasía descriptiva como á la relacion de los acontecimientos, á la pintura de los afectos delicados y á la expresion vehemente de la pasion y del entusiasmo. Su estilo tiene fisonomía propia, ó, para decirlo de una vez, la Sra. Gomez de Avellaneda *tiene estilo;* privilegio negado al vulgo de los escritores, hijo á un tiempo de la naturaleza y del arte, y del cual disfrutan sólo los inge-

nios de alta valía. Puede aplicarse con exactitud á nuestra poetisa el famoso dicho de Buffon: *el estilo es el hombre;* pero puede decirse igualmente con respecto á ella que *el estilo es la mujer*, pues la Sra. Gomez de Avellaneda reune en verdad á las facultades de expresion peculiares del hombre, ciertas prendas propias del femenil talento, con las cuales saben las mujeres dar vida, gracia y realce á cosas delicadas, que la mente del hombre, por lo comun más ambiciosa y ménos flexible, no alcanza á percibir ni á pintar. De fuerza, desembarazo y propiedad de estilo, narrativo y poético, ha dado la autora nuevos y señalados testimonios en las leyendas y novelas del presente tomo, especialmente en *La Baronesa de Joux*, *La Ondina del lago azul* y *El Cacique de Turmequé.*

La Sra. Gomez de Avellaneda no escribe, como el comun de las mujeres y áun de los hombres, en alas de un afan vanidoso, que lleva á tantos á buscar sendas de prosperidad y de gloria donde sólo hallan los más lo que merecen, esto es, amarguras y desengaños. Sigue, al contrario, el camino por donde la llama la vocacion imperiosa de su razon y de su ingenio; se mueve al impulso poderoso de su claro y firme talento, cuya fuerza y alcance intuitivamente conoce. Por eso encuentra aquel arduo camino lleno de esplendor y de flores.

Si la Sra. Gomez de Avellaneda es feliz en la eleccion de los asuntos, y expresiva y sóbria en el estilo, si sabe dar órden é interes á los hechos, y propiedad y consecuencia á los caractéres, ¿qué le falta? ¿Carece absolutamente de defectos?..... Uno tiene, á nuestro juicio, del cual adolecen los más de los escritores de noble y vigoroso temple. Vamos á manifestarlo sin rebozo, porque la franqueza en el reparo sea garantía de la sinceridad en la alabanza. La Sra. Gomez de Avellaneda hace hablar, por lo comun, á los personajes vulgares de sus leyendas y de sus novelas un lenguaje harto acicalado y brillante, poco adecuado á veces á su condicion ruda ó ignorante; esto es, todos hablan el lenguaje elevado y elegante de la Sra. Gomez de Avellaneda. Muy pocos aciertan, como Walter Scott, á dar al lenguaje de cada personaje un sello individual, una especie de color privativo, que distingue al mismo personaje de los demas, y contribuye grandemente á determinar su carácter. Pero repetimos

que aquel defecto es muy general, y que en él incurren los Châteaubriand, los Dumas, los Lamartine, y casi todos los escritores insignes que tienen arraigado en su estilo cierto sabor peculiar de su personalidad literaria.

No terminarémos estas desaliñadas páginas sin proclamar de nuevo el inefable encanto de las mujeres que, sin énfasis ni pedantería, cultivan su entendimiento, y ayudan, en las letras ó en las artes, á la civilizacion general y al lustre de su patria. No hay infamia ni delito que no hayan acumulado á porfía sobre la frente de Lucrecia Borgia historiadores, novelistas y poetas. Y sin embargo, cuando se leen sus sencillas y elegantes cartas al cardenal Bembo, y sus trovas sentimentales castellanas (1), la prevencion desfavorable insensiblemente se desvanece; nace la sospecha de que los Burcardo, los Leti, los Pontano, los Guicciardini y otros terribles acusadores de los Borgias se hacen eco de las calumnias ó de las exageraciones vulgares y se copian unos á otros; el amor del Bembo, que tanto ha dado que decir á la historia maldiciente, no parece, cuando más, sino un amor de palabras, moda literaria de aquellos tiempos, muy semejante al desinteresado y místico que sentia Miguel Ángel por Victoria Colonna; y no es dable, por último, imaginar que una señora que escribe tales cartas, comedidas urbanas y hasta circunspectas, y versos que expresan cavilaciones de amor sutiles y extáticas, pueda ser la mujer impúdica de los historiadores, sólo comparable con la *Cuartila* ó la *Trifena* de Petronio, y ménos todavía el monstruo odioso y terrorífico que ha forjado la fantasía exuberante de Víctor Hugo. Tal es la fuerza simpática de la cultura en la mujer. En los vestigios literarios de Lucrecia Borgia se estrellan hoy las horrendas acusaciones de los pasados tiempos.

En el siglo XVI escribia Cristóbal de Acosta un *Tratado en loor de las mujeres.* En la edad presente no necesitan, en

---

(1) *Lettere di Lucrezia Borgia á Messer Pietro Bembo, dagli autografi conservati in un codice della Biblioteca Ambrosiana.* Milano, 1859.

En este libro hay algunos versos castellanos de Lucrecia Borgia. Los demas se imprimieron en el tomo II de las *Opere del Bembo;* Venecia, 1729, in-f.

verdad, que se escriban *tratados* para demostrar sus excelencias. Ellas, y entre ellas muy señaladamente nuestra esclarecida compatriota, saben conquistar y sostener, con las armas de su saber y de su ingenio, el alto lugar intelectual que les corresponde en la sociedad humana. Y ¿á qué suscitan hoy la estéril controversia de la comparacion moral de ambos sexos? ¿No reconocemos todos que pueden subir y suben las mujeres al nivel del hombre en la esfera de la inteligencia? ¿No les concedemos tres superioridades, que son las tres fuerzas principales que dominan el mundo, á saber: la belleza, la gracia y la ternura? ¿Qué falta les hace esa soñada *emancipacion*, cuando en realidad ejercen un imperio absoluto en la tierra?

No es fácil hallar hoy hombres que repitan de corazon la famosa y lúgubre exclamacion de Salomon: «¡He encontrado á la mujer más amarga que la muerte!»

LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO.

CARTAS.

Srta. D.ª Gertrudis Gomez de Avellaneda (1) :

Mi muy amada amiga : Creí tener el gusto de verla á V. esta noche para felicitarla de viva voz por el éxito de *El Príncipe de Viana*; pero una indisposicion repentina, propia de la estacion, me imposibilita de salir de casa, y como siento impaciencia por decirle á V. lo mucho que me ha agradado en la escena aquella obra de la que V. tanto desconfiaba, y de la que yo formé desde luégo tan ventajoso concepto, quiero, por medio de algunos renglones, comunicarle parte de mis impresiones en el teatro.

Ya sabrá V. que la ejecucion distó mucho de ser buena: sólo las dos damas estuvieron á la altura de sus papeles; pero, á pesar de todo, el triunfo fué completo, por más que no hayan faltado *críticos de pasillos*, que declarasen la obra muy inferior en mérito á *Alfonso Munio*. En mi sentir, no es eso verdad, y el dia en que tengamos *verdadera crí-*

---

(1) No habiendo logrado poder incluir en este *Apéndice* ninguno de los juicios críticos emitidos por la prensa periódica respecto al drama *El Príncipe de Viana*, insertamos esta carta del Excmo. Sr. Duque de Frias, dirigida á la autora, quien la ha conservado como uno de los más favorables fallos pronunciados sobre sus obras por competentes jueces. Tambien damos á continuacion otras dos cartas de ilustres maestros, igualmente honoríficas para la Sra. Avellaneda, aunque en la una de ellas sólo se trate de sus primeros ensayos literarios, y en la otra se eche de ver que eran desconocidas para el célebre crítico que la escribió, la mayor parte de las producciones de que consta esta coleccion.

tica, *El Príncipe de Viana* será colocado muy alto entre las producciones dramáticas más notables de la época presente.

Los caractéres en general, y en particular los de los reyes D. Juan y D.ª Juana, están magistralmente trazados y sostenidos; todas las principales situaciones son buenas, se hallan bien preparadas, y hay escenas dignas de Shakespeare. De la versificacion no hablemos, porque siendo de V. dicho se está que es bella, vigorosa y correcta. Lo que sí apuntaré es que ha salpicado V. su drama de pensamientos filosóficos, y hasta de máximas políticas, que sorprenden mucho en boca de una señorita; causando tambien no poca admiracion el profundo estudio que se conoce haber hecho de la época de que trata.

En fin, doy á V. cordial enhorabuena, porque su *Príncipe de Viana*, digan lo que quieran ciertos Aristarcos, es digno en todos conceptos del autor de *Alfonso Munio*, y ha justificado en la representacion cuanto opiné la noche en que nos leyó V. á Gallego y á mí algunos trozos en los borradores de los primeros actos. Seguro estoy de que la otra produccion dramática, que la preocupa á V. en estos dias, será tambien nuevo comprobante de que, ademas de las dotes de gran poeta lírico, posee V. privilegiadamente las de pujantísimo poeta trágico. Si á esto se añade que en *Guatimozin*, *Espatolino* y *La Baronesa de Joux* (con cuya dedicatoria me ha honrado) hemos visto ya muestras indudables de que tambien tiene V. á su disposicion no comunes facultades de novelista, es imposible dejar de asombrarse ante la extension y la flexibilidad de un talento que, para mayor maravilla, ha colocado la naturaleza en la delicada organizacion femenina.

Tan pronto como pueda, iré á verla, rindiendo nuevamente á sus piés el homenaje del afecto y de la admiracion, con que soy su apasionado amigo.

FRIAS.

MI SRA. D.ª GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.

Cádiz, 20 de Marzo de 1842.

Mi amadísima señorita: Recibí á su tiempo la apreciable de V., de Enero último, y no la he contestado hasta ahora, porque hasta esta semana no he recibido la novela ni la coleccioncita de poesías. La primera, que V. ha tenido la bondad de dedicarme, es quizás la mejor corona que puede ponerse sobre la losa de mi sepultura, porque creo que ya no me será posible dedicarme más á las Musas, atendidas la severidad de mis actuales obligaciones, y las pocas fuerzas que la edad me ha dejado para cumplirlas.

Sab me ha parecido un ensayo feliz, que promete á España un buen novelista: V. sabe interesar á favor del amante no correspondido, lo cual Voltaire, si no he perdido los memoriales, ha declarado imposible en el teatro. Su novelita de V. hace que yo desconfie de esta máxima.

En cuanto á los versos, sólo diré á V. que, aunque no sean muchos en número, bastan y sobran, en mi concepto, para conquistarle á V. el título de *sobresaliente poeta*. Hay en ellos genio y respeto al idioma; cosas que, no sé por qué, han creido incompatibles muchos escritores de la época.

No puedo seguir adelante, aunque me seria grato; tampoco puedo prometer á V. formalmente escribir en ningun periódico; bien es verdad que todo lo que podria poner en ellos es lo mismo que digo en esta carta, de la que hará V. el uso que quiera, recibiéndola como testimonio sincero de mi admiracion por su talento.

Queda suyo, afectísimo servidor y capellan,

ALBERTO LISTA.

París, 7 de Marzo de 1856 (1).

Señora: Una ausencia forzosa y algunas atenciones perentorias me han retardado la satisfaccion de contestar á la carta con que V. me ha honrado; así debo comenzar por

excusas el homenaje tan justamente debido á sus grandes talentos. Debo añadir, señora, que la lectura de tres dramas tan diferentes entre sí, como lo son *Alfonso Munio*, *Saul* y *La Hija de las Flores*, ha sido para mí objeto de un serio estudio, pues no hallaba posible penetrar, sin algunos esfuerzos de aplicacion, en esas formas tan variadas y tan nuevas de la brillante poesía de V.

El otro precioso volúmen de composiciones líricas me era ya conocido y familiar; pero la inscripcion que se ha dignado V. ponerle de su mano, me hará doblemente querido el nuevo ejemplar que poseo. Respecto á esta coleccion ya me habia ocupado de ella ántes de ahora, al trazar una historia de la poesía lírica en sus relaciones con la elevacion religiosa y moral de los pueblos; dicho trabajo, colocado á la cabeza de una traduccion de los himnos de Píndaro, está concluido y será bien pronto publicado. El nombre de V., señora, como el de su compatriota Heredia, y algunos otros nombres de la gloriosa literatura española, estaban naturalmente llamados á figurar allí, y sólo temo que parezca demasiado débil la voz del heraldo que los proclama. Debo decir, sin embargo, que habiendo leido algunos fragmentos de mi indicado trabajo, hace algunos dias, en una reunion ilustradísima, la oda de V. á la Cruz, y sus composiciones á la muerte de Heredia y á la tumba de Napoleon en Santa Elena, bien que traducidas en humilde prosa, han excitado el interes más vivo; porque la ausencia de la armonía de los versos no rebajaba el encanto de su bella poesía; así como, segun un poeta antiguo, la pobreza del traje no podia degradar las superiores gracias de cierta beldad que celebraba.

Dígnese V. aceptar, con la expresion de mi agradecimiento, el homenaje de mi admiracion respetuosa.

A. Villemain.

---

(1) Hemos traducido, lo más literalmente posible, la elegante carta del ilustre secretario perpétuo de la Academia Francesa.

FIN.

ÍNDICE.

Páginas.

La Velada del Helecho ó el Donativo del Diablo. 3
La bella Toda y Los doce jabalíes. 59
La Montaña maldita. 75
La Flor del Ángel. 89
La Ondina del Lago Azul. 113
La Dama de Amboto. 147
Una anécdota de la vida de Cortés. 157
El Aura blanca. 175
La Baronesa de Joux. 183
El Cacique de Turmequé. 227
La Mujer : artículos. 283

APÉNDICE.

Dos palabras sobre él. 309
Juicio del drama *La Aventurera*, por el Excmo. Sr. D. Antonio Romero Ortiz. 311
Juicio del drama *Baltasar*, por el Sr. D. P. A. de Alarcon. . 318
Idem del idem, por el Excmo. Sr. D. Severo Catalina. . . . 325
Idem del idem, por el Sr. D. C. Navarro y Rodrigo. . . . 332
Juicio de las *Poesías Líricas*, por el Excmo. Sr. D. Nicomédes Pastor Díaz. 343
Observaciones sobre el *Baltasar*, por el Ilmo. Sr. D. Juan Valera. 353
Artículo sobre *Munio Alfonso*, por el Sr. D. Antonio Flores. . 367

Páginas.

Artículo sobre las novelas del cuarto tomo, por el Sr. Don Luis Vidart. 371
Artículo de la Sra. Coronado sobre la Sra. Avellaneda. . . 389
Artículo sobre el quinto tomo, por el Excmo. Sr. D. L. A. de Cueto. 397
Carta del Excmo. Sr. Duque de Frias, sobre *El Príncipe de Viana*. 415
Carta del Sr. D. Alberto Lista, sobre los primeros ensayos literarios de la señora Avellaneda. 417
Carta del Sr. Secretario perpétuo de la Academia francesa, Mr. de Villemain, sobre algunas obras de la misma autora. 418

FE DE ERRATAS GENERAL.

TOMO PRIMERO.

Página.	Línea.	Dice.	Debe decir.
90	4	la juventud—cuando riente—.	la juventud cuando—riente—
115	10	Orŏon.	Orïon
116	29	seno líquidos.	seno líquido
166	23	envidiado.	envidiado
211	30	tú solo, amor,	tú solo amor,
232	3	débil insano,	débil anciano,
232	36	La divina piedad,	La divina piedad
254	8	sacudes,	sacudes
257	3 de la nota.	ante.	ántes
260	1	las vergeles.	los vergeles
266	2 del título.	Lamatine.	Lamartine
281	1	se alza un grito en las montañas.	en las montañas se alza un grito
281	16	Entre montes peñascos,	Entre montes, peñascos
283	10	sobre de ellas.	encima de ellas.
306	7	le envaneció.	lo envaneció
372	14	Vírgen agreste,	Vírgen, agreste,

TOMO II.

12	32	Tras meses tanto.	Tras meses tantos
69	5 en la lista de actores.	—Sr. Romea (D. J.).	—Sr. Romea (D. F.).
73	25	La voz de la justicia.	La voz de la prudencia
79	8	tendrán presto.	verán presto.
93	26	Me mezca.	Me meza
108	22	Pronto ¡oh Dios! á Isabel.	Pronto á Isabel ¡oh Dios!
109	9	Cuando serena.	Pues que serena
122	21	Os rogára, señor; ¿lo consintierais?.	¿Os rogára, señor, lo consintierais?
137	Portada del *Recaredo*	Drama.	Drama original.
141	6	renuevo,	renuevo

Página.	Línea.	Dice.	Debe decir.
155	30	en su España,.	en su España
155	37	suplico, ...	suplico
158	1	culto,.	culto
158	7	Votos fervientes,. . . .	Votos fervientes
161	33	nombre.	nombre
182	21	¡Oh rey! te liberta. . .	¡Rey! te liberta
212	27	cualquiera que sean. . .	cualesquiera que sean
227	última.	nos enperan!.	nos esperan!
236	2	campo.	campo,
252	7	del arpa,.	del arpa;
254	21	príncipe merece.	príncipe merece,
264	11	¡Oh padre! tiempo es aún.	¡Oh padre! es tiempo aún.
265	16	Tu hijo te invoca á defenderlo: vamos!	Tu hijo te invoca: á defenderlo vamos.
293	Portada del *Baltasar*.	Drama oriental.	Drama original.
296	Desde la línea 15 hasta el fin de la 19.	que entre las púrpuras, etc.	«que entre las púrpuras, etc. (*Todo entre comillas, indicando que son palabras tomadas de otro escritor.*)
297	25	sello de una civilizacion..	sello de la agonía de una civilizacion
299	3	Dios único universal.....	Dios único, universal.....
309	12	«Y aquí!—la hubiese dicho—..	¡Y aquí, —la hubiese dicho—
355	33	¡Todo á mi mente se eleva!.	¡Todo en mi mente se eleva!

TOMO III.

100	34	¡Ah!	CONDE.—¡Ah!
128	última.	me acuerda.	recuerda
167	14	Adonte.	Adonde
175	13	le he mostrado.	la he mostrado
178	4	digniad.	dignidad.
179	20	Natall.	Natal.
191	30	ejmplos.	ejemplos.
251	5	se obre.	se abre
258	18	se explicará?	se explicará.
264	52	dél.	de él.
270	30	os afirmo;	os lo afirmo;.
274	4	¿Lo exijis?....	¿La exijis?....
285	25	ufanar;.	ufanar,
353	20	dulce calor,.	dulce calor
390	11	intontinenti.	incontinenti.....
399	27	¡ah! qué torpe. . . .	¡qué torpe!
399	32	¡Oh! ¡Gabriela!. . . .	¡Oh, Gabriela!
565	16	no, no me falta. . . .	no me falta
566	27	música clásica. . . .	musa clásica.

TOMO IV.

Página.	Linea.	Dice.	Debe decir.
111	22	diamantes,.	diamantes;
120	38	mano de la marquesa,. .	mano de la marquesa;
121	1	poéticos amores,. . . .	poéticos amores;
125	19	no se mezclaba.	pues no se mezclaba
125	20	con las intrigas.	en las intrigas
129	5	aritsta.	artista.
132	35	cima profunda.	sima profunda.
233	34	morirá de pesar.	sucumbirá al pesar.
235	3	hace tres dias que no. . .	hace ya tres dias no.
249	26	talla estaba.	talla aparecia.
270	9	repiten voces.	repiten en voces.
270	36	humanidad.	humanidad.
272	20	contestarle,.	contestarle :
274	32	se cifra por consiguiente.	se cifra —por consiguiente—
363	36	pero aguardaos.	mas aguardaos.
374	21	con cándido traje, . . .	con sencillo traje,
376	14	que ya ha calmado. . . .	que ya se ha calmado.
414	31	atenuado su dolor;. . . .	atenuado su dolor.
431	11	tú lo señalarás.	tú la señalarás,

TOMO V.

6	37	lo concurrencia, ...	la concurrencia,
51	12	prevenciones.	precauciones.
51	32	pasó,.	pesó,
54	11	Arnolno,.	Arnoldo,
71	12	habian comprendido. . .	comprendian.
71	13	presentian que la sangre.	presintiendo que la sangre.
133	12	en los árboles.	entre los árboles
150	30	no tardó.	no tardaron
172	23	acrecer éstas al hallar. .	acrecer éstas el hallar
181	20	teniéndolo, ademas,. . .	teniendo, ademas,.
198	3 de la nota.	para marido.	por marido.
238	18	los odios de partido,. . .	los odios de los partidos,
250	29	de que se halló en posesion.	de que se vió en posesion.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU